

The book cover features a futuristic cityscape with tall buildings and a large, glowing blue sphere in the sky. A large, dark, jagged rock formation is in the foreground, and a body of water is visible in the lower part of the image. The background is a dark, starry space with red and blue light beams. The title is written in large, bold, black letters with a white outline.

**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DE
ANTICIPACIÓN
XV**

Lectulandia

Decimoquinto volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Hoity-Toity*, *Sobre el abismo*, *El proceso del tántalo*, *El mensajero del cosmos*, *El marciano*, *El Golub-Yaban*, *Flores voladoras*, *Seis fósforos*, *Arcoiris lejano*, *Reflejo espontáneo*, *El despertar del profesor Berne*, *Una piedra caída de las estrellas* y *MEA*.

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación
XV**

(Ciencia ficción Rusa)

Antología de novelas de anticipación - 15

ePub r1.0

Watcher 03-04-2018

AA. VV., 1972

Traducción: Desconocido

Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Hoity-Toity

Alexander Beliaev

I - Un artista extraordinario

El enorme circo berlinés Busch estaba atestado. Por unas anchas escaleras, desplazándose sin ruido, como murciélagos, los camareros llevaban cerveza a los sedientos. Las mamás entradas en carnes, acompañadas de sus hijas, devoraban bocadillos de salchicha sin apartar los ojos de la pista.

Para hacer justicia a los espectadores, hay que decir que lo que les había atraído en tan gran número al circo no era un fakir ni un devorador de ranas. Todo el mundo esperaba con impaciencia el final de la primera parte del espectáculo y el entreacto, después del cual entraría en escena Hoity-Toity. Se contaban maravillas de él: se le dedicaban artículos, los sabios se interesaban por su persona. Era un enigma, un favorito y un imán. Desde que estaba allí, todos los días aparecía en las taquillas el cartel de «No hay billetes». Había sabido atraer al circo a un público que hasta entonces no había puesto los pies en él. Desde luego, la galería y el anfiteatro estaban siempre invadidos por los habituales empleados y obreros con sus familias, comerciantes y vendedores. Pero los palcos y las primeras filas estaban ocupados por unos hombres de cabellos grises, de aspecto grave e incluso cejijunto vestidos con abrigos y chaquetas un poco pasadas de moda. Entre ellos veíanse también algunos jóvenes, serios y silenciosos. No masticaban bocadillos ni bebían cerveza. Aislados como una casta de brahmanes, esperaban la segunda parte, el número de Hoity-Toity por el cual habían venido.

Durante el entreacto sólo se habló de él. Los eruditos de las primeras filas perdieron algo de su rigidez. Finalmente, llegó el momento tan esperado. Sonaron las fanfarrias, los mozos de pista, vestidos con libreas rojas con bordados en oro se alinearon, la cortina se descorrió y, entre los aplausos del público, Hoity-Toity hizo su aparición. Era un enorme elefante, tocado con un pequeño gorro recamado en oro. Hoity-Toity dio la vuelta a la pista acompañado de su cornac, un hombre de baja estatura vestido de frac, que saludaba a derecha e izquierda. Luego se dirigió al centro de la pista y se detuvo.

—Es un elefante africano —dijo un profesor de cabellos grises al oído de su colega.

—Me gustan más los elefantes indios. Sus formas son mis redondeadas. Los de África tienen unas formas más pesadas, más angulosas. Cuando alargan la trompa,

parecen aves rapaces...

El hombrecillo vestido de frac que permanecía junto al animal carraspeó y tomó la palabra:

—¡Señoras y caballeros! Tengo el honor de presentarles al célebre elefante Hoity-Toity. Su cuerpo tiene una longitud de cuatro metros y tiene tres metros y medio de altura. La distancia desde la punta de su trompa hasta el extremo de su cola es de nueve metros...

Hoity-Toity levantó bruscamente la trompa y la agitó delante del hombrecillo.

—Perdón, me he equivocado —dijo el cornac—. Su trompa tiene dos metros de longitud, y su cola alrededor de un metro y medio. Por lo tanto, son siete metros noventa centímetros desde la punta de la trompa hasta el extremo de la cola. El animal come trescientos sesenta y cinco kilos de forraje y bebe dieciséis cubos de agua diariamente.

—¡El elefante cuenta mejor que ese hombre! —dijo una voz.

—Habrá usted observado que ha llamado la atención de su cornac cuando éste se ha equivocado en su cálculo... le dijo el profesor de zoología a su colega.

—¡Una casualidad! —respondió el otro.

—Hoity-Toity —continuó el cornac— es el más genial de los elefantes existentes en la Tierra, y, seguramente, el más genial de todos los animales. Entiende el alemán... ¿No es cierto que lo entiendes, Hoity?

El elefante inclinó gravemente la cabeza. El público aplaudió.

—¡Truco! —dijo el profesor Schmit.

—Va usted a ver la continuación —replicó Stoltz.

—Hoity-Toity sabe calcular y distinguir las cifras...

—¡Basta de explicaciones! ¡Al grano! —gritó alguien desde el gallinero.

—Para evitar todo malentendido —continuó el hombrecillo, imperturbable—, ruego que bajen a la pista algunos testigos que podrán certificar que no se trata de ningún truco.

Schmit y Stoltz se miraron y bajaron juntos.

Hoity-Toity empezó a mostrar sus asombrosos talentos. Habían instalado delante de él un montón de grandes cuadrados de cartón con diversas cifras, y sumaba, multiplicaba y dividía, sacando del montón las cifras que correspondían a los resultados de sus cálculos. De los números de una cifra pasó a los de dos, y finalmente a los de tres cifras; el elefante resolvía los problemas sin cometer un solo error.

—Bien, qué dice usted ahora? —preguntó Stoltz.

—Vamos a comprobar si entiende las cifras. —Levantando su reloj, Schmit le preguntó al elefante—: ¿Puedes decirnos que hora es, Hoity-Toity?

Con un movimiento inesperado de su trompa, el elefante arrancó el reloj de la mano de Schmit y lo acercó a sus ojos; luego se lo devolvió al desconcertado propietario y, con ayuda de los cartones, compuso la respuesta:

«10:25».

Schmit miró su reloj y se encogió de hombros con aire aturdido: el elefante había indicado la hora exacta.

El número siguiente era la lectura. El cornac instaló delante del animal unos grandes grabados representando toda clase de bestias. Otras hojas de cartón llevaban las inscripciones «León», «Mono», «Elefante», etc. Le mostraba a Hoity-Toity las bestias, y él señalaba con su trompa el nombre correspondiente. No se equivocó ni una sola vez. Schmit trató de cambiar las condiciones de la prueba, mostrando primeramente al elefante las inscripciones y obligándole después a encontrar la imagen. El resultado fue el mismo.

Finalmente, colocaron delante de él un alfabeto. Tenía que contestar a las preguntas componiendo las palabras necesarias con las letras.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el profesor Stoltz.

—Ahora, Hoity-Toity —fue la respuesta.

—¿Por qué «ahora»? —preguntó a su vez Schmit—. ¿Acaso te has llamado de otro modo? ¿Cual era tu otro nombre?

—Sapiens —respondió el elefante.

—¿Tal vez Homo-Sapiens, por casualidad? —dijo Stoltz, echándose a reír.

—Tal vez —fue la enigmática respuesta.

Luego, empezó a escoger unas letras con la trompa y compuso la frase:

—Por esta noche es suficiente.

Después de haber inclinado la cabeza en todas direcciones, Hoity-Toity abandonó la pista a pesar de las protestas de su cornac.

Durante el entreacto, los sabios se reunieron en grupos en el vestíbulo y entablaron una animada conversación.

En un apartado rincón, Schmit discutía con Stoltz.

—¿Recuerda usted, querido colega, la sensación que en su época produjo el caballo llamado Hans? —decía Schmit—. Sabía extraer las raíces cuadradas y realizar otros cálculos complicados, marcando las respuestas con su pezuña. Pero luego se descubrió que su propietario le había enseñado a golpear el suelo con la pezuña obedeciendo a unas señales que el público no podía ver. En cuanto al cálculo, sabía tanto como un perro recién nacido.

—Eso no es más que una suposición —replicó Stoltz.

—¿Y los experimentos de Torndik y de Yorks? Todos ellos se basaban en la formación de asociaciones naturales en los animales. Delante de ellos se colocaban unas cajas, una de las cuales contenía la comida. Podía ser la segunda empezando por la derecha, por ejemplo. Si el animal la adivinaba, el comedero se abría automáticamente y él recibía su ración. Esto debía conducirle a la siguiente asociación: «La segunda caja de la derecha es la comida». A continuación, se cambiaba el orden de las cajas.

—Supongo que su reloj no tiene comedero... —dijo Stoltz con ironía—. ¿Cómo

explica el hecho en ese caso?

—El elefante no comprendió nada de mi reloj. Para él no era más que un objeto brillante que se acercó a los ojos. Cuando escogió las cifras en los cartones, obedeció sin duda a unas señas de su cornac, imperceptibles para nosotros. Todo eso son trucos, empezando por la corrección que efectuó cuando el cornac se equivocó al calcular su longitud. Reflejos condicionados, y nada más.

—El director del circo me ha autorizado a quedarme con mis colegas después de la función y a realizar una serie de experimentos con Hoity-Toity —dijo Stoltz—. Supongo que no se negará usted a tomar parte en ellos...

—Desde luego que no —respondió Schmit.

II - Se negó a tolerar la ofensa

Cuando el circo quedó vacío y las enormes lámparas se apagaron, a excepción de una colgada encima de la pista, llevaron de nuevo a Hoity-Toity. Schmit exigió que el cornac no asistiera a las pruebas. El hombrecillo, que se había despojado ya del frac y llevaba ahora un jersey de cuello alto, se encogió de hombros.

—No lo tome a mal —dijo Schmit—. Disculpe, no conozco su nombre...

—Young, Friedrich Young, para servirle.

—No se lo tome a mal, señor Young. Queremos que la prueba se desarrolle de modo que no quepa la menor sospecha.

—No se preocupe —dijo el cornac—. Llámeme cuando hayan terminado.

Y se dirigió hacia la salida.

Los sabios iniciaron sus experimentos. El elefante se mostraba atento, dócil, contestaba sin error a las preguntas, encontraba soluciones a todos los problemas. Lo que hacía resultaba sorprendente. Sus respuestas no podían ser atribuidas a trucos de ninguna clase. Había que admitir que el animal estaba dotado de una inteligencia extraordinaria, casi de una conciencia. Schmit, casi convencido, sólo discutía por terquedad.

El elefante pareció cansarse de aquella interminable sesión. Súbitamente alargó la trompa, sacó diestramente el reloj del bolsillo de Schmit y se lo mostró. Las saetas señalaban la medianoche. Después de haberle devuelto el reloj, el animal agarró a Schmit por la cintura, lo levantó y le transportó hacia la salida a través de la pista. El profesor aulló como un condenado. Sus colegas reían a más y mejor. Young, que había acudido precipitadamente, empezó a apostrofar al elefante. Pero Hoity-Toity no le prestó la menor atención.

Después de haber dejado a Schmit en el pasillo, dirigió una significativa mirada a los sabios que habían permanecido en la pista.

—Vamos a marcharnos inmediatamente —dijo Stoltz, dirigiéndose al elefante como si fuera un hombre—. No se enfade, por favor.

Stoltz y los demás profesores abandonaron la pista, desconcertados.

—Has hecho muy bien en echarles, Hoity —dijo Young—. Tenemos aun mucho trabajo. ¡Johann! ¡Friedrich! ¡Wilhelm! ¿Dónde os habéis metido?

Varios obreros entraron en la pista y empezaron a arreglarlo todo: barrieron el suelo, recogieron las perchas, las escalerillas, los aros... En cuanto al elefante, ayudaba a Young a transportar los decorados. Pero no parecía tener ganas de la segunda sesión a una hora tardía. Resoplaba, sacudía la cabeza y desplazaba los decorados ruidosamente. Tiró uno de ellos con tanta fuerza, que lo rompió.

—¡Eh! ¡Cuidado, animal! —gritó Young—. No quieres trabajar, ¿eh? Desde que has aprendido a escribir y a contar le haces ascos al trabajo manual, ¿verdad? Pues empieza a quitarte esa idea de la cabeza. Esto no es un asilo de ancianos. En el circo

todo el mundo trabaja. Fíjate en Enricot Feriy. Es el mejor caballista, tiene fama mundial, pero cuando no tiene que salir a la pista se endosa una librea y forma en el desfile al lado de los mozos. Y no tiene inconveniente en barrer la pista...

Era cierto. Y el elefante lo sabía. Pero le tenía sin cuidado. Resoplando ruidosamente, se dirigió hacia la salida.

—¿A dónde vas ahora? —gritó Young, súbitamente irritado—. ¡Alto! ¡Alto, he dicho!

Y, empuñando una escoba, alcanzó al elefante y le propinó un bastonazo con el mango. Young no había pegado nunca al animal. Es cierto que el animal no se había mostrado nunca tan desobediente. Hoity profirió tal berrido, que el pequeño Young se dejó caer al suelo y se agarró el vientre con las dos manos, como si aquel ruido le hubiera revuelto las entrañas. Dando media vuelta, el elefante agarró a Young con la trompa y le lanzó varias veces al aire, volviendo a atraparlo al vuelo. Luego, dejándole en el suelo, cogió una escoba con la trompa y escribió sobre la arena:

«¡Te prohíbo que me pongas la mano encima! ¡No soy un animal, soy un hombre!».

A continuación, el elefante se dirigió hacia la salida, pasó por delante de las caballerizas, se acercó a la puerta principal y apoyó contra ella su enorme cuerpo. La puerta crujió y, no pudiendo resistir aquella formidable presión, voló en pedazos. El elefante recobró la libertad.

El director del circo, Ludwig Strom, pasó una noche muy agitada. Había empezado a conciliar el sueño cuando su criado llamó a la puerta de su dormitorio y le anunció que Young quería verle para un asunto urgente. Los empleados del circo eran gente formal, y Strom comprendió que tenía que haber ocurrido algo extraordinario para que se atrevieran a molestarle a una hora tan intempestiva. En bata y zapatillas salió al saloncito.

—¿Qué pasa, Young? —pregunto el director.

—¡Una gran desgracia, señor Strom! ¡Hoity-Toity se ha vuelto loco!

Con los ojos desorbitados, agitó los brazos con un gesto de impotencia.

—¿Y usted, Young, se encuentra bien? —inquirió Strom.

—¿No me cree usted? —dijo Young, ofendido—. No estoy borracho, ni he perdido la chaveta. Si no me cree, puede preguntárselo a Johann, a Friedrich y a Wilhelm. Lo han visto todo. El elefante me ha arrancado la escoba de las manos y ha escrito sobre la arena de la pista: «No soy un animal, soy un hombre». Luego, después de haberme lanzado dieciséis veces hacia la cúpula, ha reventado la puerta principal y ha huido.

—¿Qué? ¿Ha huido? ¿Hoity-Toity se ha escapado? ¿Por qué no me ha avisado inmediatamente, por aturdido que estuviera? Hay que adoptar en seguida medidas para capturarlo, de otro modo esto será un desastre.

Strom se veía ya ante la policía, con los tenderos que le reclamaban daños y

perjuicios, se veía condenado a pagar por los destrozos causados por el elefante.

—¿Quién está hoy de guardia en el circo? ¿Han avisado a la policía? ¿Qué medidas se han tomado para capturar al elefante?

—Yo estoy de guardia, y he hecho todo lo que podía hacerse. No he avisado a la policía, ya se enterará por sí misma. He corrido detrás del elefante, suplicándole que regresara, llamándole barón e incluso conde. «¡Regrese usted, señor barón! —le he dicho—. ¡Regrese, señor conde! Disculpe que no le haya reconocido hace unos instantes. La pista estaba muy oscura y le he confundido con un elefante». Hoity-Toity me ha mirado, ha resoplado desdeñosamente y ha continuado su camino. Johann y Wilhelm le siguen sobre unas motocicletas. Ha enfilado la avenida Unter den Linden, ha cruzado todo el Tirlgarten siguiendo la Scharlottenburgerstrasse y se ha dirigido hacia el distrito forestal de Grünwalde. En estos momentos está a punto de tomar un baño en el Gafel.

Sonó el timbre del teléfono. Strom cogió el receptor.

—Sí... Yo mismo... Sí, ya lo sé, muchas gracias... Haremos todo lo que esté a nuestro alcance... ¿Los bomberos? No lo creo... Es preferible no irritar al elefante.

Strom colgó.

—Era la policía —dijo—. Ha sugerido enviar a los bomberos para que capturen a Hoity-Toity. Pero hay que tratar al elefante con mucho cuidado.

—Vale más no excitar a un loco —asintió Young.

—Young, el elefante le conoce mejor que a nadie. Trate de estar a su lado y de atraerle al circo con dulzura.

—Desde luego, lo intentare... Tendré que llamarle Hindenburg, ¿no?

Young se marchó. En cuanto a Strom, no volvió a acostarse hasta el amanecer, recibiendo llamadas telefónicas y dando órdenes. El elefante se bañó prolongadamente cerca de la isla de los Pavos, luego efectuó una incursión a una huerta comiéndose todas las coles y zanahorias, se atracó de manzanas en un pomar contiguo y se dirigió hacia el distrito forestal de Friedensdorf.

Todos los informes atestiguaban que no había atacado a nadie, que no había cometido destrozos inútiles y que, en términos generales, se comportaba de un modo bastante razonable. Evitaba pisotear las huertas, se esforzaba en seguir las grandes carreteras y los caminos vecinales, y sólo el hambre le obligaba a llenarse el estómago de legumbres y de fruta en las huertas. Pero también allí actuaba con prudencia: no pisoteaba inútilmente los semilleros, devoraba las coles limpiamente, arriate por arriate, sin romper los árboles frutales.

A las seis de la mañana reapareció Young, fatigado, cubierto de polvo y empapado en sudor. Iba mojado de pies a cabeza.

—¿Cómo va eso, Young?

—No hay manera. Hoity-Toity no se deja convencer. Le he llamado «Señor Presidente», pero se ha enfadado y me ha tirado al lago para castigarme. Es evidente que entre los elefantes la megalomanía adopta otras formas que entre los hombres.

Luego he tratado de presentarle argumentos razonables: ¿Cree usted acaso que está en África? —le he preguntado, evitando darle ningún título—. Esto no es África, nos encontramos a cincuenta y dos grados de latitud norte. Ahora estamos en agosto y hay frutas y legumbres en todas partes. Pero, ¿qué hará usted cuando lleguen las heladas? No podrá alimentarse de cortezas, como las cabras. Sepa que sus antepasados, los mamuts, vivieron en Europa, pero murieron todos a causa del frío. ¿No sería mejor que regresara al circo, donde estará caliente, cómodo y bien alimentado? —Hoity-Toity me ha escuchado atentamente, ha reflexionado, y luego me ha rociado con su trompa. ¡Dos baños en dos minutos! ¡Es demasiado para mí! Si no pillo una pulmonía, creeré en los milagros...

III - Declaración de guerra

Todas las tentativas para que el elefante se aviniera a razones resultaron inútiles, y Strom se vio obligado a aceptar que se tomaran medidas enérgicas. Un destacamento de bomberos fue enviado al distrito forestal. Guiados por la policía se acercaron a diez metros del elefante, se alinearon en semicírculo y proyectaron sobre el animal unos chorros de agua muy fuertes. Pero aquella ducha resultó muy de su agrado. Se volvía ora de un lado, ora de otro, resoplando ruidosamente. A continuación, unas decenas de bombas de vapor, uniendo sus chorros en uno solo, dirigieron aquella masa de agua directamente a los ojos del animal. Éste berreó y embistió resueltamente a los bomberos. Los atacantes vacilaron y, soltando sus bombas, se dispersaron. En un abrir y cerrar de ojos su material quedó destrozado y los vehículos volcados. A partir de aquel momento, las facturas que Strom tuvo que pagar aumentaron rápidamente. El elefante estaba enojado. Entre él y los hombres se había declarado la guerra, y trataba de demostrar que aquella guerra les costaría muy cara. Hundió en el lago varios coches de los bomberos, derribó la casita de un guarda forestal, atrapó a un policía y le envió volando hasta las ramas más altas de un árbol. Y si antes se había mostrado prudente en sus acciones, ahora se dejaba llevar de su afán de destrucción. Pero siempre demostrando la misma inteligencia extraordinaria.

Cuando el prefecto de policía fue informado de lo que sucedía en el distrito forestal de Friedensdorf, dio la orden de movilizar importantes destacamentos de policías, los cuales, armados con fusiles, debían rodear el lugar y matar al elefante. Strom estaba desesperado. ¿Dónde encontraría otro como él? El director estaba dispuesto a indemnizar a los perjudicados por el elefante: Hoity-Toity haría reingresar aquel dinero en sus arcas, y mucho más, con tal de que recobrarla la cordura. Strom suplicó al prefecto que retrasara la ejecución de su orden, esperando encontrar el medio de recuperar al animal.

—Puedo concederle diez horas —dijo el prefecto—. Dentro de una hora, todo el distrito quedará rodeado. Si es necesario, haré venir a la tropa para ayudar a la policía.

Strom convocó una reunión extraordinaria a la que asistieron casi todos los artistas y empleados del circo. También fueron invitados el director del parque zoológico y sus ayudantes. Cinco horas después, el bosque quedó cubierto de trampas y cepos. Cualquier elefante hubiese caído en aquellas ratoneras hábilmente tendidas. Pero Hoity era Hoity. Eludía las barricadas, bordeaba los hoyos cubiertos de ramaje y andaba con cien ojos, como vulgarmente se dice.

Transcurrido el plazo, los policías se acercaron al lago en cuyas proximidades se encontraba el elefante. A través de los árboles se divisaba ya la enorme silueta de Hoity-Toity. Recogía agua con su trompa y la lanzaba al aire para que volviera a caer en forma de lluvia sobre su ancho lomo.

—¡Apunten! —ordenó el oficial en voz baja—. ¡Fuego!

La salva despertó un eco múltiple en el bosque. El elefante agitó bruscamente la cabeza y, perdiendo mucha sangre, marchó directamente hacia los hombres. Los policías disparaban pero el animal, indiferente a las balas, seguía corriendo. Los policías eran buenos tiradores, pero desconocían la anatomía del elefante y sus proyectiles no alcanzaban los centros vitales: el cerebro y el corazón.

Lleno de dolor y de espanto, Hoity-Toity profirió un bramido terrible, proyectó su trompa hacia adelante y luego la enrolló rápidamente: la trompa es un órgano muy importante; privado de ella, el animal queda indefenso. Por ello solo la utilizan en casos extremos para defenderse o atacar. Hoity inclinó la cabeza y se lanzó contra sus enemigos precedido por sus enormes colmillos, de dos metros y medio de longitud y cincuenta kilogramos de peso cada uno. Pero, retenidos por la disciplina, los hombres no retrocedieron y continuaron disparando. El elefante atravesó sus líneas, eludiendo el cerco, y desapareció.

Se organizó la persecución, pero capturarlo o incluso atraparlo no era tarea fácil. Los destacamentos de policía estaban obligados a desplazarse por las carreteras, en tanto que el animal cruzaba a su antojo huertas, campos y bosques, sin elegir su camino.

IV - Wagner salva la situación

Strom recorría febrilmente su gabinete de trabajo repitiendo, en tono desesperado: ¡Estoy arruinado! ¡Estoy arruinado! ¡Se necesitará una fortuna para pagar los destrozos causados por el elefante, y Hoity-Toity morirá, de todos modos! ¡Qué pérdida! ¡Qué irreparable pérdida!

—¡Un telegrama! —dijo su criado, presentándole el papel sobre una bandeja.

«¡Esto ha terminado!» pensó el director. «Seguramente me anuncian la muerte del elefante... Vaya, el telegrama viene de Moscú... ¡Qué raro! ¿De quien puede ser?».

«Berlín, circo Busch director Strom,

Acabo de leer periódico noticia huida elefante stop exija inmediatamente policía anule orden matar animal stop uno de sus empleados debe decir elefante estos dos puntos Sapiens Wagner llega Berlín regrese circo Busch stop si no obedece pueden matarle stop Profesor Wagner».

«¡No entiendo nada! El profesor Wagner debía conocer al elefante, ya que en el telegrama menciona su antiguo nombre. Pero, ¿por qué cree que el animal, enterado de su llegada a Berlín, regresará? De todos modos, es una posibilidad...».

Tuvo que poner en juego toda su elocuencia para que el prefecto de policía accediera a «suspender las hostilidades». Inmediatamente, Young fue enviado en avión a reunirse con el elefante.

Como un verdadero parlamentario, Young agitó un pañuelo blanco y, habiéndose acercado, declaró:

—¡Querido Sapiens! El profesor Wagner le envía sus respetos, está a punto de llegar a Berlín y desea verle. Estoy autorizado para garantizarle que nadie le atacará si se decide a regresar.

El elefante le escuchó atentamente, reflexionó y luego, agarrándole con su trompa, montó a Young sobre su lomo y emprendió el camino de regreso, dirigiéndose hacia el norte. Young se encontró así representando el papel de rehén y de guardaespaldas: nadie se atrevería a disparar contra el elefante, ya que llevaba un hombre sentado sobre su cuello.

El elefante iba a pie, en tanto que el profesor Wagner y su ayudante Denissov viajaban en avión. En consecuencia, el profesor llegó a Berlín antes que él y se dirigió inmediatamente a casa de Strom.

El director había recibido ya un telegrama anunciándole que a la sola mención del nombre de Wagner Hoity había depuesto su actitud agresiva, y que se dirigía hacia Berlín.

—¿Quiere usted decirme en qué circunstancias adquirió usted ese elefante, y qué es lo que sabe de su historia? —le preguntó Wagner al director.

—Se lo compré a un tal mister Niks, comerciante en aceite y nuez de coco. Vive en el África Central, en el Congo, cerca de la ciudad de Matadi. Según él, el elefante

se presentó un día en el jardín donde jugaban sus hijos y empezó a efectuar unas cabriolas extraordinarias: se erguía sobre las patas traseras, marcando unos pasos de baile, para apoyarse después en las patas delanteras y levantar las de atrás, agitando al mismo tiempo la cola de un modo tan cómico que los niños se retorcían de risa. Le bautizaron con el nombre de Hoity-Toity, que en inglés significa «afachendoso». El elefante se había acostumbrado a ese nombre, de modo que decidimos conservarlo después de haber comprado el animal. Aquí están todos los documentos relacionados con la compra. Todo está en regla, y es poco probable que la transacción pueda ser discutida.

—No tengo la intención de hacerlo —dijo Wagner—. ¿Tiene alguna seña particular el elefante?

—Sí, unas grandes cicatrices en la cabeza. Mister Niks creía que eran las huellas de las heridas que recibió al ser capturado. Para cazar elefantes, los salvajes utilizan unos procedimientos bastante bárbaros. Dado que esas cicatrices le afeaban un poco y podían provocar sensaciones desagradables en los espectadores, le cubríamos la cabeza con un gorro especial.

—No cabe ninguna duda. ¡Es él!

—¿Quién es «él»? —preguntó Strom.

—El elefante Sapiens. Mi elefante desaparecido. Lo capturé en ocasión de mi expedición al Congo belga y lo domesticué. Pero una noche se marchó al bosque y no regresó. Todos mis esfuerzos para encontrarlo resultaron inútiles.

—Entonces, ¿quiere usted reclamar el elefante? —inquirió el director.

—No se trata de eso, aunque él puede presentar alguna reclamación. El hecho es que yo lo domesticué aplicando unos métodos nuevos que dan unos resultados realmente asombrosos. Usted mismo habrá podido apreciar el extraordinario desarrollo de sus facultades mentales. Yo diría que el elefante Sapiens, o Hoity-Toity, como ahora se llama, posee en el más alto grado la conciencia de su personalidad. Cuando leí en los periódicos que en su circo se exhibía un elefante de facultades asombrosas, pensé que únicamente mi Sapiens era capaz de semejantes proezas: leer, calcular e incluso escribir, ya que yo le había enseñado a hacerlo. Mientras divertía apaciblemente a los berlineses y parecía contento con su suerte, no me consideré obligado a intervenir. Pero el elefante se ha sublevado. Por lo tanto, estaba descontento. Decidí acudir en su ayuda. Ahora, él debe decidir su destino. Tiene derecho a hacerlo. No olvide que si yo no hubiese llegado a tiempo, ya estaría muerto: los dos lo habríamos perdido. Pero no crea que deseo quitárselo, cueste lo que cueste. Hablaré con el elefante. Tal vez si modifica usted su régimen, si elimina lo que le ha irritado, se quedará aquí.

—«¡Hablaré con el elefante!». ¡Eso va contra el sentido común! —exclamó Strom.

—Hoity-Toity es un elefante poco común. A propósito, ¿Cuándo llegará a Berlín?

—Esta noche. Parece tener prisa en volver a verle; según el telegrama que he

recibido, recorre más de veinte kilómetros por hora.

Aquella misma noche, terminada la función, tuvo lugar la entrevista de Hoity-Toity y el profesor Wagner. Strom, Wagner y su ayudante Denissov se encontraban en la pista cuando apareció Hoity-Toity, cargado con Young. Al ver a Wagner el elefante corrió hacia él y le tendió su trompa como una mano. Wagner estrecho «aquella mano». Luego, el elefante bajó a Young de su espalda e instaló en ella a Wagner. El profesor levantó la enorme oreja del animal y murmuró unas palabras. Hoity-Toity sacudió la cabeza y empezó a agitar rápidamente su trompa delante del rostro de Wagner, que seguía con atención aquellos movimientos.

A Strom no le gustaron aquellos manejos misteriosos.

—Bueno, ¿qué ha decidido? —inquirió, en tono impaciente.

—Ha expresado el deseo de tomarse unas vacaciones a fin de poder contarme algunas cosas que me interesan. Después de las vacaciones, consiente en volver al circo. A condición de que el señor Young se disculpe por haberse mostrado grosero con él, y prometa no volver a recurrir a los métodos violentos. El elefante es insensible a los golpes, pero no está dispuesto a tolerar ninguna ofensa. Es una cuestión de principios.

—¿Qué yo le he pegado al elefante? —preguntó Young, con aire de fingida sorpresa.

—Sí, con un mango de escoba —afirmó Wagner—. No trate de negarlo, Young, el elefante no miente. Debe usted mostrarse cortés con él, como si fuera...

—... el presidente en persona.

—Un hombre, y no un hombre cualquiera, sino un hombre lleno de respeto por su persona.

—¿Un lord, acaso? —inquirió Young, sarcástico.

—¡Basta! —intervino Strom—. Usted ha sido el culpable de todo esto, y será sancionado. En cuanto al... señor Hoity-Toity, ¿cuándo quiere empezar sus vacaciones, y dónde tiene intención de pasarlas?

Haremos una excursión a pie —respondió Wagner—. Será muy agradable. Mi ayudante Denissov y yo nos instalaremos a lomos del elefante, y él nos conducirá hacia el sur. Ha expresado el deseo de pastar un poco en las praderas suizas.

Denissov sólo tenía veintitrés años, pero a pesar de su juventud había realizado ya varios descubrimientos científicos en el campo de la biología. «Hará usted carrera», le había dicho Wagner, y le había invitado a trabajar en su laboratorio. El los aceptó de muy buena gana. El profesor también estaba satisfecho de su alumno y hacía que le acompañara a todas partes.

El primer día que trabajaron juntos, Wagner le había dicho:

«Tiene usted un nombre demasiado largo. Si le llamo todos los días “Akim Ivanovich”, perderé cuarenta y ocho minutos al año. Y en cuarenta y ocho minutos puede hacerse muchas cosas. De modo que trataré de evitar el llamarle. Si me veo

obligado a hacerlo, me limitaré a decir “Den”. Es breve y claro. Y usted puede llamarme “Wag”».

Wagner sabía aprovechar el tiempo.

Por la mañana todo estaba preparado. Wagner y Denissov se instalaron sobre el lomo de Hoity-Toity. Sólo se llevaban los efectos personales imprescindibles.

A pesar de lo temprano de la hora, Strom les acompañó.

—¿Con qué se alimentará el elefante? —pregunto el director.

—Daremos representaciones en las aldeas y en los pueblos —respondió Wagner—. Los espectadores le proporcionarán la comida. Sapiens ganará su sustento y también el nuestro. ¡Hasta la vista!

El elefante andaba lentamente por las calles. Pero cuando llegaron a las afueras de la ciudad y la cinta de la carretera se extendió delante de los viajeros, el animal aceleró su marcha sin que le aguijonearan.

—Usted se ocupará ahora del elefante. Y, para comprenderlo mejor, debe usted trabar conocimiento con su pasado, un pasado que no tiene nada de vulgar. Tome este cuaderno. Es un diario de viaje. Lo escribió su predecesor Peskov, con el cual realicé el viaje al Congo. Le ocurrió una desgracia que algún día le contaré. De momento, lea esto.

Wagner se instaló más cerca de la cabeza del elefante, desplegó delante de él una mesita y empezó a escribir en dos cuadernos a la vez, con la mano derecha y con la mano izquierda. Nunca hacía menos de dos cosas simultáneamente.

—Bueno, empieza —dijo, dirigiéndose sin duda al elefante.

El animal alargó su trompa hasta el oído de Wagner y empezó a sisear rápidamente, con breves intervalos:

—F-f-fff-f-fff-fff...

«Parece el alfabeto Morse», pensó Denissov, mientras abría el cuaderno que el profesor acababa de entregarle.

Con la mano izquierda, Wagner escribía lo que le dictaba el elefante, y con la derecha redactaba una obra científica. El animal andaba con un paso regular y su rítmico balanceo no molestaba al profesor. Denissov, que había empezado a leer el diario, no tardó en quedar cautivado por el relato. He aquí el contenido de aquel diario.

V - «Ring no será nunca un ser humano».

27 de marzo. Tengo la impresión de encontrarme en el gabinete de trabajo de Fausto. El laboratorio del profesor Wagner es extraordinario. ¿Qué es lo que no hay en él? La física, la química, la biología, la electrotecnia, la microbiología, la anatomía, la fisiología... Parece que no existe ningún campo que no interese a Wagner, o Wag, como él pide que le llamen. Microscopios, espectroscopios, electroscopios... Toda clase de «scopios» que permiten ver lo que es inaccesible al ojo humano. Y los mismos «equipos» para el oído: unos «microscopios» para el oído con ayuda de los cuales Wagner oye millares de ruidos nuevos: «El desplazamiento debajo del agua de los monstruos submarinos, el crecimiento de una viña lejana». Vidrio, cobre, aluminio, caucho, porcelana, ebonita, platino, acero; todo bajo unas formas y unas combinaciones de lo más diverso. Redomas, serpentines, probetas, lámparas, bobinas, espirales, cordones, interruptores, conmutadores, botones... Todo ello es un reflejo de la complejidad del cerebro del propio Wagner. Y en la estancia contigua Wagner cultiva tejidos del cuerpo humano, alimenta a un dedo vivo cortado a un hombre, el ojo de un conejo, el corazón de un perro, la cabeza de un carnero y... el cerebro de un hombre. ¡Un cerebro vivo, pensante! Yo estoy encargado de atenderlo. El profesor charla con ese cerebro, apoyando un dedo sobre su superficie. Ese órgano humano está alimentado por una solución fisiológica especial, y yo debo rezar porque esté siempre fresca. Desde hace algún tiempo Wagner ha cambiado su composición, con objeto de sobrealimentar al cerebro, y, ¡cosa rara!, el cerebro ha empezado a aumentar de volumen. Yo no diría que ese cerebro resulta un espectáculo agradable a la vista.

29 de marzo. Wag discute animadamente algún asunto con el cerebro.

30 de marzo. Esta tarde, Wag me ha dicho:

—Es el cerebro de un joven científico alemán, Ring. Murió en Abisinia, pero su cerebro, como puede usted ver, continúa viviendo y pensando. En estos últimos tiempos ha entristecido. El ojo que le adapté ya no le satisface. Además de ver, quiere oír; no se resigna a permanecer inmóvil y desea desplazarse. Por desgracia, ha expresado su deseo demasiado tarde. Si lo hubiese formulado antes, tal vez hubiera podido satisfacer su petición. Hubiera podido encontrar un cadáver conveniente en lo que respecta a las dimensiones y transplantarle el cerebro de Ring. A condición de que el muerto hubiese fallecido a consecuencia de una enfermedad cerebral. Colocándole un nuevo cerebro, sano, habría conseguido reanimarle. Y el cerebro de Ring habría recibido un nuevo cuerpo. Habría podido gozar de la vida en toda su plenitud. Pero me entregué a un experimento sobre el desarrollo de los tejidos y

ahora, como puede usted ver, el cerebro de Ring ha aumentado tanto de tamaño que no entrará en ningún cráneo humano. Por lo tanto, Ring no será nunca un ser humano.

—¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Que Ring puede ser cualquier otra cosa excepto un hombre?

—Exactamente. Puede ser, por ejemplo, un elefante. Es cierto que su cerebro no ha alcanzado aun el volumen del de ese animal. Pero la cosa es factible. Sólo hay que esperar a que el cerebro de Ring adquiriera la forma deseada. Pronto me enviarán el cráneo de un elefante; pondré el cerebro en é y continuaré haciendo crecer sus tejidos hasta que llenen toda la cavidad.

—No querrá usted convertir a Ring en un elefante...

—¿Por qué no? Ya le he hablado de ello. Su deseo de ver, de oír y de moverse es tan grande que no le importaría convertirse en un cerdo o en un perro. El elefante es un animal noble, fuerte, que vive mucho tiempo. Y el cerebro de Ring puede vivir aun cien o doscientos años. ¿Es una mala perspectiva? Ring ha dado ya su consentimiento...

Denissov interrumpió su lectura y se dirigió a Wagner.

—Dígame, profesor: ¿es posible que el elefante que nos transporta...?

—Sí, sí, posee un cerebro humano —respondió Wagner, sin dejar de escribir—. Siga leyendo y no me interrumpa.

Denissov se calló, pero no reanudó inmediatamente la lectura. La idea de que el elefante sobre el cual cabalgaban estaba dotado de un cerebro humano le parecía monstruosa. Miró al animal con una curiosidad atemorizada y un supersticioso horror.

31 de marzo. Hoy hemos recibido el cráneo de un elefante. El profesor lo ha aserrado en sentido longitudinal a través de la frente.

—Así podremos introducir y retirar el cerebro con más facilidad, cuando haya que pasarlo de un cráneo al otro —explicó Wagner.

Examiné el interior del cráneo y quedé sorprendido al ver que el espacio a llenar era bastante restringido. Desde fuera, el elefante parecía más «inteligente».

—De todos los animales terrestres —continuó Wag—, el elefante es el que tiene los senos frontales más desarrollados. ¿Ve usted? Toda la parte superior del cráneo está compuesta de cámaras de aire que un profano suele tomar por la caja craneana. Sin embargo, en el elefante, el cerebro relativamente pequeño queda oculto más allá, casi en la región del oído. Así, los disparos dirigidos contra la parte anterior de la cabeza no alcanzan su objetivo: las balas taladran algunos tabiques óseos, pero no destruyen el cerebro.

Wag y yo habíamos practicado varios orificios en el cráneo para los tubos que alimentarían al cerebro con soluciones nutritivas, y luego colocamos cuidadosamente el cerebro de Ring en una de las mitades del cráneo. No la llenaba, ni mucho menos.

—No importa, crecerá por el camino —dijo Wag, encajando en su lugar la segunda mitad del cráneo.

Confieso que no creo demasiado en el éxito del experimento de Wag, a pesar de que conozco sus numerosos inventos extraordinarios. Pero este caso es sumamente complicado. Habrá que superar obstáculos considerables. Ante todo, hay que procurarse un elefante vivo. Encargar uno a África o a la India resultaría demasiado caro. Además, podría ser poco idóneo para el experimento, por uno u otro motivo. De modo que Wag ha decidido llevarse el cerebro de Ring al Congo, donde ya estuvo en otra ocasión, capturar a un elefante y practicar la operación sobre el terreno. ¡Efectuar un trasplante! Decirlo no costaba nada. Pero no era tan sencillo como pasarse los guantes de un bolsillo a otro. Habría que localizar y empalmar todas las extremidades de los nervios, todas las venas y arterias. La anatomía del hombre y la del animal tienen muchos puntos en común, pero las diferencias entre ellos son también muy notables. ¿Cómo conseguirá Wagner unir esos dos sistemas? Además, esa complicada operación debe ser practicada en un elefante vivo...

VI - Los monos juegan al fútbol

27 de junio. Estas notas corresponden a varios días. El viaje no es pródigo únicamente en placeres. Ya en el vapor, y sobre todo en la canoa, los mosquitos nos acribillaron. Es cierto que cuando navegamos por el centro del río, ancho como un lago, son menos numerosos. Pero en cuanto nos acercamos a la orilla inmensas nubes de insectos se lanzan sobre nosotros. Cuando nos bañamos, unas moscas negras cubren nuestros cuerpos y chupan nuestra sangre. Apenas desembarcados, somos asaltados por nuevos enemigos: las pequeñas hormigas y las pulgas de arena. Cada noche tenemos que examinar nuestras piernas y sacudir de ellas las pulgas. Las serpientes, los ciempiés, las abejas y las avispas nos producen también tormentos.

El avance entre la maleza no resulta fácil, ni siquiera en los lugares descubiertos: la hierba tiene unos tallos que se elevan hasta cuatro metros del suelo. Las hojas afiladas de los árboles arañan las manos y el rostro. La hierba se enrosca alrededor de las piernas. Cuando llueve, el agua se acumula en las hojas para caer después a torrentes encima de uno. Hay que avanzar en fila india, siguiendo unos angostos senderos trazados en los bosques y en la maleza. Esos senderos son las únicas vías de comunicación que existen. Somos veinte, incluidos dieciocho porteadores y guías de la tribu negra de los Fans.

Finalmente, hemos llegado. Acampamos a orillas del lago Tumba. Nuestros guías descansan. Se entregan a la pesca. A duras penas logramos arrancarles de aquella ocupación para que nos ayuden a instalarnos. Tenemos dos grandes tiendas. El lugar está bien elegido, sobre una colina seca. La hierba no es muy alta. Y se domina una gran extensión de terreno. El cerebro de Ring ha soportado bien el viaje, su estado es satisfactorio. Espera con impaciencia su retorno al mundo de los ruidos, de los colores, de los olores y otras sensaciones. Wag le infunde ánimos, diciéndole que ya no tendrá que esperar mucho. El profesor está ocupado en unos preparativos misteriosos.

29 de junio. El campamento está en ebullición: los Fans han descubierto las huellas recientes de un león muy cerca de la colina. Hago abrir una caja de fusiles y distribuyo las armas entre aquellos que dicen que saben utilizarlas. Esta tarde he organizado una sesión de tiro al blanco. ¡Es espantoso! Apoyan la culata contra su vientre o su rodilla, el retroceso les tumba de espaldas y colocan las balas a ciento ochenta grados del blanco. Pero su excitación supera todos los límites. Arman un jaleo de todos los diablos y sus gritos acabarán por atraer a todas las fieras hambrientas de toda la cuenca del Congo.

30 de junio. Anoche, el león llegó muy cerca de nuestro campamento. Dejó piezas de convicción: los restos de un jabalí al que devoró casi por entero. El cráneo esta

casado como una nuez, y las costillas completamente trituradas. ¡No quisiera encontrarme con ese molino de huesos!

Los Fans están asustados. Al hacerse de noche se reúnen cerca de nuestras tiendas, encienden fogatas y no dejan que se apaguen en toda la noche. Ahora comprendo el miedo del hombre primitivo ante ese terrible animal. Cuando el león empieza a rugir —y he escuchado varias veces sus rugidos— me sucede algo raro: el temor que legaron mis antepasados se despierta en mi sangre y mi corazón cesa de latir. Ni siquiera tengo deseos de huir. Sólo deseo una cosa: permanecer inmóvil completamente encogido sobre mí mismo, o hundirme en la tierra como un topo. En cuanto a Wag, no parece oír los rugidos del león. Continúa trabajando en su tienda, como si tal cosa. Esta mañana, después de desayunar, ha entrado en mi tienda y me ha dicho:

—Mañana por la mañana iré al bosque. Los Fans me han asegurado que una antigua pista de elefantes conduce hacia el lago. Los elefantes acudían a abrevarse no lejos de nuestro campamento. Pero cambian con frecuencia de pastos. El «camino» abierto por ellos empieza a ser invadido por la vegetación. Por lo tanto, se han marchado más lejos. Hay que encontrarlos.

—Pero usted sabe, sin duda, que un león ronda en torno a nosotros... No intente marcharse solo, sin un fusil.

—No temo a ninguna fiera —respondió—. Conozco cierta palabra, una fórmula mágica.

Y una leve sonrisa distendió sus labios.

—¿Y piensa ir al bosque desarmado?

Wag inclinó afirmativamente la cabeza.

2 de julio. Suceden cosas muy raras. Esta mañana, me estaba lavando delante de mi tienda cuando Wag ha salido de la suya. Llevaba un traje de franela, un casco de corcho y unas botas de suela muy gruesa. Vestido para la marcha, pero sin cartucheras ni fusil. Le he dado los buenos días. Me ha contestado con una inclinación de cabeza y se ha puesto en marcha, andando con precaución, según me ha parecido. Poco a poco, su paso se ha hecho más seguro y más rápido. Cuando el camino empezaba a descender, Wag ha levantado los brazos al aire y... en aquel momento se ha producido algo extraordinario que ha arrancado una exclamación de mis labios y de los labios de los Fans.

Wag ha dado una voltereta con la cabeza hacia adelante y las piernas hacia atrás y ha continuado girando sobre sí mismo, primero lentamente, luego con creciente velocidad. Finalmente, la rotación de su cuerpo se ha acelerado hasta el punto de que su cabeza y sus piernas formaban un círculo vago, en tanto que el centro de su cuerpo se distinguía como un núcleo oscuro. El fenómeno se ha prolongado hasta que Wag ha llegado al pie de la colina. Ha dado unas cuantas vueltas más sobre sí mismo en terreno llano, luego ha recobrado su posición normal y se ha encaminado hacia el

bosque con su paso habitual.

No he podido comprender nada, y los Fans tampoco, con más motivo... Estaban, no sólo sorprendidos, sino también asustados: lo que acababan de presenciar era para ellos un fenómeno extraordinario. Para mi, aquellas volteretas constituían únicamente un enigma más entre los que Wag me había planteado con tanta frecuencia.

Todo aquello estaba muy bien, pero había que pensar en el león. ¿No confiaba Wag excesivamente en sus propias fuerzas? Sé que puede asustarse a un perro con un fenómeno sobrenatural: atad un hueso a un hilo y echádselo a un perro. Cuando vaya a coger el hueso, tirad del hilo. El hueso se pondrá en movimiento, como queriendo huir. El perro, asustado por aquel hecho extraordinario, escapará, con el rabo entre las patas, abandonando el hueso «animado». Pero, ¿huiría el león ante las volteretas de Wag? No era seguro. Y yo no podía dejar al profesor sin protección.

Empuñando el fusil, acompañado de cuatro Fans, los más valientes y avisados, seguí a Wag. Sin observar nuestra presencia, marchaba delante de nosotros por una pista bastante ancha practicada por los elefantes. Millares de animales que acudían al abrevadero la habían apisonado. Cada vez que se presentaba uno de aquellos obstáculos, Wag se paraba, levantaba la pierna mucho más arriba de lo necesario y daba un paso muy largo. A veces, después de aquello, su cuerpo se inclinaba hacia adelante, sin encorvarse, y luego se erguía verticalmente, antes de continuar su camino. Le seguíamos a cierta distancia. No tardamos en distinguir una claridad delante de nosotros. La pista se ensanchaba y desembocaba en un claro.

Wag había salido de la sombra y marchaba ya por el claro inundado de luz, cuando oí un gruñido que sólo podía haber emitido un animal de gran tamaño irritado o molesto. Pero aquel gruñido no me recordó el rugido del león. Los Fans susurraron el nombre de la fiera, pero yo desconocía el lenguaje indígena. A juzgar por la expresión de sus rostros, la fiera que había gruñido les inspiraba tanto miedo como el león. De todos modos, continuaron escoltándome, y yo, alarmado, apresuré el paso. Al desembocar en el claro, contemplé una escena muy curiosa.

A mi izquierda, a una decena de metros del bosque, vi un pequeño gorila, tan alto como un niño de diez años. A poca distancia de él se hallaban un gorila hembra de pelambreira rojiza y un enorme macho. Wag cruzaba el claro con bastante rapidez, y es probable que se hubiera encontrado entre el pequeño y sus padres antes de haber divisado a las fieras. El macho, al ver al hombre, profirió aquel ronco gruñido que yo había oído cuando me encontraba aun en el bosque. Wag había visto a las fieras: miró de soslayo al gorila macho, pero continuó avanzando con su paso normal. El pequeño gorila, por su parte, empezó a emitir unos gritos penetrantes, mientras trepaba precipitadamente a un arbusto.

El macho gruñó por segunda vez. Los gorilas evitan a los hombres, pero si se ven obligados a luchar despliegan una intrepidez y una ferocidad extraordinarias. Al ver que el hombre seguía avanzando, y temiendo sin duda por su hijo, el macho se irguió bruscamente sobre sus patas traseras y adoptó una actitud combativa. No sé si existe

una fiera más impresionante que aquella monstruosa copia del hombre. El gorila tenía una estatura enorme tratándose de un mono; era tan alto como un hombre de talla mediana, pero su caja torácica me pareció dos veces mayor que la del hombre. Su torso era inmenso y sus brazos tan recios como vigas. Sus manos y pies eran sumamente largos. Tenía unos ojos feroces y su boca, torcida por un rictus, mostraba unos dientes enormes y brillantes. Con sus grandes puños, la fiera se golpeó el pecho con tanta fuerza que resonó como un gran tonel vacío. Luego, rugió, emitió una especie de ladrido y, apoyándose en el suelo con su brazo derecho, corrió hacia Wag.

Confieso que estaba tan aturdido que no pude echarme el fusil al hombro. En unos segundos, el gorila recorrió la distancia que le separaba de Wag y...

Y ocurrió algo extraordinario. En pleno impulso, la fiera chocó contra una barrera invisible, profirió un rugido y cayó al suelo. Wag, por su parte, no cayó, sino que giró de nuevo sobre sí mismo, tensó el cuerpo, las manos en alto. El fracaso enfureció más al animal. Se incorporó y trató de saltar de nuevo sobre el profesor. Esta vez voló por encima de su cabeza y volvió a aterrizar en el suelo. Loco de rabia, el macho empezó a rugir, a ladrar, a gruñir, a escupir espuma y a lanzarse contra Wag, tratando de rodearle con sus brazos monstruosos. Pero, evidentemente, entre el gorila y el profesor había un obstáculo invisible, aunque sólido. A juzgar por la posición de los brazos de la fiera, comprendí que se trataba de un balón. Invisible, transparente como el cristal, sin ningún reflejo, y resistente como el acero. ¡Aquél era el último invento de Wag!

Convencido de su seguridad, me dediqué a seguir con atención aquel juego poco corriente. Mis Fans danzaban frenéticamente, dejando caer sus fusiles, mientras el juego se animaba cada vez más.

El gorila hembra parecía contemplar a su enfurecido esposo con una curiosidad no menor que la nuestra. Y, bruscamente, emitiendo un aullido belicoso, corrió en su ayuda. El juego adquirió un nuevo aspecto. Muy excitados, los gorilas se lanzaron contra el balón invisible, el cual empezó a volar de un lado a otro, como una verdadera pelota de fútbol. Desde luego, no debía resultar agradable encontrarse en el interior de aquel balón, sobre todo cuando los que representaban el papel de futbolistas apasionados eran unos gorilas... El cuerpo de Wag, tenso como un arco, continuaba girando como una rueda. Ahora comprendía por qué su cuerpo estaba tenso y sus brazos levantados: con las manos y los pies se apoyaba contra las paredes del balón para que no se comprimiera. Aquellas paredes debían ser muy sólidas. Cuando los gorilas atacaban al balón por los dos lados a la vez, llevados de su impulso, lo hacían salir despedido hacia lo alto, alcanzaba una altura de tres metros y, al caer de nuevo al suelo, quedaba siempre intacto. Sin embargo, ya empezaba a fatigarse. Resulta imposible mantenerse mucho tiempo en aquella posición, con todos los músculos en tensión. Súbitamente le vi doblarse sobre sí mismo y caer al fondo del balón.

El asunto adquiriría un mal aspecto. No podía seguir limitado al papel de

espectador. Llamé a los Fans, les hice recoger los fusiles y nos dirigimos hacia el balón. Pero prohibí a los indígenas que disparasen sin orden mía por temor a que hiriesen a Wag: ignoraba si el balón era resistente a las balas. Además, debía tener orificios para que Wag pudiera respirar; y las balas podían penetrar a través de aquellos agujeros...

Nos acercamos gritando y haciendo ruido para atraer la atención sobre nosotros. El macho fue el primero en volver la cabeza, y rugió en tono amenazador. Al ver que aquello no producía efecto, salió a nuestro encuentro. En cuanto se apartó del balón, disparé. La bala se incrustó en el pecho del gorila. Lo supe por el hilillo de sangre que manchó su pelambarrera rojiza. La fiera profirió un aullido, se llevó una mano a la herida, pero no cayó, sino que corrió aun más aprisa hacia mi. Disparé por segunda vez y le alcancé en el hombro. Pero el gorila estaba ya a mi lado y agarró bruscamente el cañón de mi fusil. Con una fuerza increíble, me arrancó el arma de las manos y, ante mis ojos, dobló el cañón y lo rompió. Esto le pareció insuficiente, por lo visto, ya que lo agarró entre sus dientes y empezó a roerlo como si fuera un hueso. Luego se tambaleó súbitamente, cayó al suelo y se estremeció convulsivamente, sin soltar el fusil retorcido. La hembra había desaparecido.

—¿Se encuentra usted bien?

Oí la voz de Wag como llegada de muy lejos. Tal vez porque el gorila me había acariciado un poco las costillas...

Levanté los ojos y vi a Wag de pie delante de mi. Ahora que estaba tan cerca, observé que una envoltura transparente rodeaba su cuerpo. Mirando con más atención me di cuenta de que no veía la envoltura, que era absolutamente transparente, sino las huellas de las patas de los gorilas y el barro pegado en algunos lugares a la superficie del balón.

Wag había observado mi mirada fija en aquellas manchas. Sonrió y me dijo:

—Si el suelo esta húmedo, aparecen algunas huellas sobre la superficie del balón y se hace visible. Pero ni el polvo ni las hojas secas se pegan a él. Si tiene usted fuerzas suficientes para levantarse, póngase de pie y regresemos. Por el camino le hablaré de mi invento.

Me levanté y miré a Wag. También el había sufrido: en su rostro se observaban algunos hematomas.

—No tiene importancia —me dijo—. Ha sido una lección. He aprendido que no puede uno pasearse por el bosque tropical desarmado, aunque se encuentre en el interior de esta esfera impenetrable. Nunca pensé que llegaría a encontrarme dentro de una pelota de fútbol...

—¡Ah! ¿También a usted se le ha ocurrido esa comparación?

—Si. Bueno, escuche. ¿Ha leído usted por casualidad que en América han inventado un nuevo metal transparente como el cristal y tan resistente como el acero? Se dice que han construido un avión militar con ese material. La ventaja es evidente: resulta casi invisible para el enemigo. Y digo «casi» porque tiene que verse el piloto,

como me ven a mí dentro de la esfera. Pues bien, hace mucho tiempo que había pensado en construir una «fortaleza» que no me impidiera observar la vida de los animales al tiempo que me protegía de cualquier posible ataque. Realicé varios experimentos y alcancé mi objetivo. Este balón es de caucho. ¡Oh, los hombres están muy lejos de haber utilizado todas las cualidades de este material extraordinario! He logrado obtener un caucho trasparente como el cristal y sólido como el acero. A pesar de la desagradable aventura que acabo de vivir y que hubiese podido tener un final todavía más desagradable, considero que mi invento ha sido un éxito. ¿Y los gorilas? ¿Quién podía imaginar que los encontraría aquí? Es cierto que se trata de una región bastante salvaje, pero habitualmente los gorilas habitan en zonas más inaccesibles.

—Pero, ¿cómo se desplaza usted?

Es muy sencillo. coloco el pie sobre la pared interior del balón y, con el peso de mi cuerpo, lo llago rodar hacia adelante. La superficie tiene orificios para la respiración. El balón está compuesto de dos hemisferios; penetro en él y me encierro, abrochando las correas de caucho transparente. El inconveniente tal vez sea que en las bajadas resulta difícil parar el balón; gira con mucha rapidez, y entonces hay que hacer un poco de gimnasia. Pero, ¿por qué no hacerla, después de todo?

VII - Unas trabas invisibles

20 de julio. Hay otra laguna en mi diario.

Los elefantes se habían marchado muy lejos. Tuvimos que levantar el campamento y seguir su pista hasta dar con unas huellas recientes de la manada. Dos días después, los Fans localizaron el lugar donde abrevaban los animales. Los Fans son diestros cazadores de elefantes, pero Wag prefirió utilizar sus propios métodos. Ordenó que colocaran una caja cerca de la pista y empezó a sacar de ella algo invisible. Los Fans, poseídos de un terror supersticioso, seguían con la mirada los movimientos del profesor, sus manos que cogían «algo» invisible y lo desplazaban. A sus ojos, Wag era un gran hechicero, sin duda.

Wag no me había dicho nada aun, pero yo había adivinado ya que sacaba de la caja unos utensilios destinados a la captura del elefante y hechos con la misma materia invisible.

—Acérquese y pálpeme —dijo Wagner, viendo que me moría de curiosidad.

Me acerqué, palpé el aire y súbitamente apreté entre mis manos una cuerda de un centímetro de diámetro, como mínimo.

—¿Es caucho?

—Sí, una de las innumerables variedades de caucho. Esta vez lo he hecho flexible como una cuerda, pero tan sólido y tan invisible como el balón. Con estas trabas invisibles, haremos unas lazadas y las colocaremos sobre la pista que siguen los elefantes. El animal quedará atrapado y lo capturaremos.

No fue una tarea fácil tender las cuerdas invisibles en el suelo y hacer lazadas con ellas. Más de una vez tropezamos con la «cuerda». Pero al anochecer el trabajo quedó terminado y sólo nos quedaba esperar a los elefantes.

Era una hermosa noche tropical. La selva se llenó de ruidos misteriosos y de suspiros. Ora se tenía la impresión de oír llorar a alguien, una bestezuela, quizá, que abandonaba la vida; ora unos estallidos de risa diabólica que hacían estremecer a los Fans.

Los elefantes se acercaron sin ser vistos. El enorme jefe de la manada avanzaba delante de sus compañeros, removiéndola sin cesar su larga trompa. Aspiraba millares de olores, los clasificaba, reparando en los que ocultaban algún peligro. A unos metros de nuestras trabas invisibles se paró repentinamente y alargó su trompa, manteniéndola completamente recta. Trataba de reconocer algo. Tal vez había olfateado el olor de nuestros cuerpos, a pesar de que por consejo de los Fans nos habíamos bañado en el lago poco antes de la puesta del sol y habíamos lavado también nuestra ropa interior: en el Ecuador se suda todo el día.

—Esto va mal —susurró Wag—. El elefante ha captado nuestra presencia; creo que ha olfateado el olor, no de nuestros cuerpos, sino el del caucho. No había pensado en ello...

El elefante vacilaba visiblemente. Parecía reconocer un olor nuevo para él. ¿Qué amenaza ocultaba? Avanzó lentamente, tal vez para reconocer mejor la fuente de aquel extraño olor. Dio algunos pasos y quedó atrapado en la primera lazada. Tiró de su pata delantera, pero el invisible obstáculo no la soltó. El animal tiró con más fuerza. Pero la «cuerda» de Wag resistió aquella extraordinaria tensión.

Cantábamos ya victoria. Pero en aquel momento ocurrió algo imprevisto. El grueso árbol al cual estaba atada la «cuerda» cayó como abatido por un hacha. Sorprendido, el elefante cayó hacia atrás, pero se incorporó rápidamente, dio media vuelta y desapareció, dando la voz de alarma.

—¡Mal asunto! —dijo Wagner—. Los elefantes no volverán a presentarse donde coloquemos las lazadas. Aunque no las vean, las perciben por el olor. A menos de que me ocupe de su desodorización química... Hum... Olores... —Wagner se interrumpió, reflexionando profundamente. Al cabo de unos instantes añadió—: ¿Por qué no? Se me ha ocurrido una idea: para capturar un elefante, podríamos ensayar un medio químico, un gas, por ejemplo. No tenemos que matar al elefante, eso no resultaría difícil, hay que hacerle perder el sentido. Nos colocamos unas mascarillas, traemos un balón de gas y lo soltamos en ese sendero. La vegetación que lo rodea es muy espesa y forma un verdadero túnel: el gas se mantendrá en él perfectamente... ¡Pero existe otro medio más sencillo!

Wagner se echó a reír. Por lo visto, la nueva idea que se le había ocurrido era muy divertida.

—Ahora, sólo nos queda descubrir el abrevadero que escogerán los elefantes. Es poco probable que vuelvan aquí...

VIII - Vodka para elefantes

21 de julio. Los Fans han descubierto el nuevo abrevadero. Es un pequeño lago en medio del bosque. Cuando los elefantes se alejaron, después de abrevar, Wag, los indígenas y yo pusimos manos a la obra. Nos desvestimos, entramos en el agua y empezamos a hundir los pies en el fondo, fijándolos en filas apretadas para represar una pequeña parte del lago. A continuación completamos la presa con arcilla. La parte del lago en la cual bebían los elefantes quedó así separada del resto.

—Perfecto —dijo Wag—. Ahora, vamos a «envenenar el agua». Para hacerlo, tengo una excelente droga, en realidad inofensiva, pero que actúa con más intensidad que el alcohol.

Wag trabajó varias horas en su laboratorio y, finalmente, salió de él con un cubo de «vodka para elefantes». Aquel vodka fue vertido en el agua. Luego trepamos a un árbol y nos dedicamos a observar.

—¿Cree que los elefantes beberán su vodka, profesor? —inquirí.

—Espero que les gustará. Los osos lo beben de buena gana. Incluso se convierten en verdaderos alcohólicos. Pero, ¡silencio! Alguien llega...

Apareció un puercoespín, seguido de una hembra y de ocho crías. Toda la familia se dirigió hacia el agua. Un minuto después vimos aparecer a otras cinco hembras, pertenecientes sin duda a la misma tribu. El macho se acercó al agua y empezó a beber. Pero levantó inmediatamente su hocico, resopló y pasó a otro lugar. Probó el agua, y tampoco fue de su agrado. Empezó a sacudir la cabeza.

—No quiere beber —le susurré a Wag.

—Aun no le ha tomado gusto al brebaje —respondió el profesor, en el mismo tono.

Wag tenía razón. El macho dejó de sacudir la cabeza y volvió a beber. La hembra estaba muy excitada y me pareció que gritaba a sus pequeños para que no bebieran. Sin embargo, al cabo de unos instantes también ella le tomó el gusto. El puercoespín, las hembras y los pequeños bebieron prolongadamente, más prolongadamente que de costumbre. Los pequeños fueron los primeros en emborracharse: empezaron a proferir gritos penetrantes, a echarse unos sobre otros, a correr alocadamente. Las seis hembras no tardaron en achisparse. Se tambaleaban y, emitiendo leves gruñidos, iniciaron una serie de movimientos extraordinarios: se erguían sobre sus patas traseras, se revolcaban por el suelo e incluso daban volteretas. Luego se desplomaron y se quedaron dormidas con los pequeños. Únicamente el macho tenía un mal vino. Gruñía ferozmente, embestía el enorme tronco de un árbol y hacía otras tonterías.

Absortos en sus manejos, no nos dimos cuenta de la llegada de los elefantes. Con paso cadencioso, aparecieron uno tras otro. En aquel momento, el terreno despejado delante del lago recordaba la pista de un circo. Pero ningún circo había contado nunca con semejante cantidad de artistas cuadrúpedos. Confieso que me asusté al ver tantos

elefantes. Desde lo alto, parecían enormes ratas. Eran unos de veinte.

El puercoespín, en vez de ponerse a salvo, gruñó bruscamente con aire amenazador y se lanzó como una flecha contra la manada de elefantes. El jefe, que marchaba en cabeza, no esperaba aquel ataque. Incluyó la cabeza y miró con curiosidad al asaltante. Pero el puercoespín no detuvo su carrera y fue a chocar contra las gruesas patas. El elefante alargó rápidamente su trompa, agarró al puercoespín por la cintura y lo despidió con tanta fuerza que fue a caer al agua.

El puercoespín se agitó, salió a la orilla, tragó apresuradamente unos sorbos, como para infundirse valor, y corrió de nuevo hacia el elefante. Pero esta vez el paquidermo no se anduvo con contemplaciones: sujeto al macho con la trompa y le aplastó con uno de sus pies. Del puercoespín sólo quedaron la cabeza y la cola; el torso y las patas fueron reducidos a papilla.

Con el mismo paso tranquilo y rítmico, como si no hubiese pasado nada, el jefe de la manada cruzó la «pista», contorneó con precaución a las hembras y las crías que yacían en el suelo, descendió hasta el agua y hundió su trompa en ella. Llenos de curiosidad, observamos la escena.

El elefante empezó a beber. Luego levantó la trompa y hurgó en el agua, probablemente comparando su sabor en distintos lugares. Dio algunos pasos y volvió a hundir la trompa en el agua lejos del espacio represado.

Cuando empezaba a pensar que también en esta ocasión habíamos fallado el golpe, tuve que llevarme la mano a la boca para ahogar una exclamación de sorpresa. El elefante retrocedió y hundió la trompa en el «vodka». Todos los otros miembros de la manada se alinearon a su lado. Pero nuestra represa no era muy grande, de modo que varios de los elefantes bebían agua normal.

Me pareció que no terminarían nunca. Veía hincharse monstruosamente los flancos del jefe. Bebía insaciablemente.

Media hora después, el nivel del agua en nuestra represa había descendido a la mitad. En una hora, el jefe y sus compañeros apuraron todo el líquido. Mientras bebían, empezaron a tambalearse. Uno de ellos cayó al agua. Berreó, se incorporó y volvió a caer de costado. Luego, habiendo apoyado la trompa sobre la orilla, emitió un berrido tal que cayeron unas hojas y los pájaros asustados remontaron el vuelo hacia las cimas de los árboles.

El jefe se apartó un poco del lago, resoplando. Se paró. Su trompa colgaba como un andrajo. Sus orejas, ora se levantaban, ora volvían a caer sin vida. Se balanceaba lentamente hacia adelante y hacia atrás. A su alrededor, sus compañeros se desplomaban como alcanzados por las balas. Y los que no habían bebido «vodka» contemplaban aquel cuadro con aire asombrado. Berreaban con inquietud, acercándose a los intoxicados y tratando incluso de levantar a algunos de ellos. Una hembra abordó al jefe y le palpó ansiosamente la cabeza con su trompa. Sin dejar de balancearse, agitó la cola a guisa de respuesta a la caricia. Luego, levantó súbitamente la cabeza, resopló y cayó al suelo. Los otros, desamparados, se

agruparon a su alrededor, no atreviéndose a ponerse en camino sin su jefe.

—Si los elefantes que no han bebido se quedan aquí, la cosa se pondrá fea —dijo Wag en voz alta—. No quisiera verme obligado a matarlos a todos... Pero, veamos lo que pasa.

Los elefantes parecieron conferenciar. Emitieron unos sonidos extraños, sin dejar de agitar sus trompas. Aquella deliberación duró bastante tiempo. Empezaba a asomar la aurora cuando eligieron un nuevo jefe y se alejaron lentamente de la «pista» donde yacían los «cadáveres» de sus compañeros.

IX - Ring se convierte en elefante

Había que bajar del árbol. Emocionado contemplé la pista que ahora recordaba un campo de batalla. Los elefantes estaban acostados sobre el flanco, mezclados con las hembras y las crías de puercoespín. Pero, ¿duraría mucho aquella embriaguez? ¿Y si los elefantes se levantaban antes de que hubiésemos terminado el trasplante de cerebro? Y los animales, como para asustarme más, agitaban de cuando en cuando sus trompas y gemían en sueños.

Pero Wag no les prestaba la menor atención. Descendió rápidamente y empezó a trabajar. Mientras los Fans se dedicaban a matar a los puercoespines dormidos, el profesor y yo procedimos a practicar la operación. Todo estaba preparado. Wag había encargado de antemano unos instrumentos quirúrgicos que pudieran vérselas con los sólidos huesos del elefante. Se acercó al jefe, sacó de la caja un cuchillo esterilizado, practicó unas incisiones en la cabeza del animal, apartó la piel y empezó a aserrar el cráneo. El elefante agitó varias veces la trompa.

Aquello me ponía nervioso, pero Wag me tranquilizó:

—No tema. Respondo del efecto de mi narcótico. No se despertará antes de tres horas, y durante ese tiempo espero que habré podido sacar su cerebro; después de esto, ya no será peligroso para nosotros.

Y continuó aserrando metódicamente el cráneo. Los instrumentos eran buenos, y Wag no tardó en levantar una parte del hueso parietal.

—Si tiene usted ocasión de cazar elefantes —me dijo—, sepa que sólo podrá matarlos si toca este pequeño lugar —y Wag me mostró un espacio entre el ojo y la oreja no mayor que la palma de la mano—. He aleccionado ya al cerebro de Ring para que proteja ese espacio.

Con bastante rapidez, Wag sacó la materia cerebral de la cabeza del elefante. Pero en aquel momento ocurrió algo inesperado. El elefante, privado del cerebro, se movió, agitó su enorme cuerpo y, ante nuestras miradas estupefactas, se levantó y echó a andar. Pero no parecía ver nada delante de sí, a pesar de que sus ojos estaban abiertos. Tropezó con el cuerpo de otro elefante tendido en el suelo y se desplomó. Su trompa y sus piernas se agitaron convulsivamente.

«¿Es posible que muera?», pensé, preocupado.

Wag esperó a que el elefante dejara de moverse y continuó la operación.

Ahora está muerto —dijo—, como es lógico en un animal desprovisto de cerebro. Pero lo resucitaremos. No es muy difícil. Páseme en seguida el cerebro de Ring. Con tal de que no se produzca una infección...

Después de haberme lavado cuidadosamente las manos, saqué del cráneo que habíamos traído el cerebro de Ring y se lo entregué al profesor.

—Muy bien —dijo, colocándolo en el cráneo del elefante.

—¿Encaja? —pregunté.

—Es un poco pequeño. Pero eso no tiene importancia. Peor sería que fuera demasiado grande y no pudiera entrar en la caja craneana. Ahora, falta lo esencial: conectar los extremos de los nervios. Cada uno de los nervios que voy a coser constituirá un contacto entre el cerebro de Ring y el cuerpo del elefante. Puede usted descansar. Quédese sentado y mire, pero no me moleste.

Y Wag empezó a trabajar cuidadosamente pero con una rapidez extraordinaria. Era un verdadero artista. Sus dedos recordaban los de un virtuoso del piano interpretando un pasaje difícil. Una gran atención se leía en su rostro, y sus ojos miraban a un solo punto, lo cual le sucedía en los casos de extremo recogimiento. Era evidente que en aquel momento las dos mitades de su cerebro realizaban el mismo trabajo, controlándose, hasta cierto punto, la una a la otra. Finalmente, Wag cubrió el cerebro con la tapa craneana, colocó unas grapas metálicas y cosió la piel.

—Perfecto. Ahora, si todo sale bien, sólo quedarán unas cicatrices en la piel. Pero creo que Ring me lo perdonará.

«¡Ring me lo perdonará!». Ya, ahora, el elefante se ha convertido en Ring, o Ring se ha convertido en elefante. Me acerqué al animal en cuya cabeza se encontraba el cerebro humano y miré con curiosidad los ojos abiertos. Aparecían tan desprovistos de toda vida como antes.

—¿A que es debido eso? —inquirí—. El cerebro de Ring tiene que estar consciente y, sin embargo, sus... (no podía decir ni los del elefante, ni los de Ring) ojos parecen vidriosos.

—Es muy sencillo —respondió Wag—. Los nervios que parten del cerebro están cosidos, pero aun no se han soldado. He advertido a Ring que no tratara de moverse antes de que los nervios se hallaran en condiciones. He adoptado medidas para que eso ocurra lo antes posible.

El sol empezaba a declinar ya hacia el oeste. Los Fans, sentados a orillas del agua cerca de las fogatas, asaban la carne de los puercoespines y se atracaban de ella. Algunos la devoraban completamente cruda. De pronto, uno de los elefantes embriagados empezó a berrear ruidosamente. Aquella llamada penetrante despertó a los otros, que se irguieron sobre sus patas. Wag, los Fans y yo nos pusimos precipitadamente a salvo en los matorrales. Los elefantes, que se tambaleaban aun, se acercaron al jefe, le palparon prolongadamente, le olfatearon con sus trompas y conferenciaron en su idioma. Imagino lo que debía experimentar Ring si podía ya ver y oír. Finalmente, los elefantes se marcharon. Regresamos al lado de nuestro paciente.

—Cállese y no conteste nada —dijo Wag, dirigiéndose al elefante, como si éste pudiera hablar. A lo único que puedo autorizarle es a guiñar los ojos, si se encuentra ya en condiciones de hacerlo. Ahora, si ha entendido lo que acabo de decirle, guiñe los ojos dos veces.

El elefante guiñó los ojos dos veces.

—¡Muy bien! —dijo Wagner—. Hoy tendrá que quedarse acostado, sin moverse;

mañana tal vez le permitiré que se levante. Para que no le molesten los elefantes ni otros animales, bloquearemos la pista y encenderemos fogatas.

24 de julio. Hoy, el elefante se ha levantado por primera vez.

—¡Le felicito! —dijo Wag—. Ahora, qué nombre vamos a ponerle? No podemos revelar a los demás nuestro secreto. Le llamaré Sapiens. ¿De acuerdo?

El elefante inclinó afirmativamente la cabeza.

—Para podernos expresar, utilizaremos la mímica, por el sistema Morse. Puede usted agitar la punta de su trompa: hacia arriba, un punto; de costado, una raya. Y, si le parece más cómodo, conteste por medio de sonidos. Trate de agitar la trompa.

El elefante empezó a moverla, pero de un modo raro: la trompa giraba desordenadamente, como una articulación descoyuntada.

—Es la falta de costumbre. Hasta ahora, nunca tuvo usted trompa, Ring. Veamos a continuación si puede andar.

El elefante dio algunos pasos, pero las patas traseras le obedecían visiblemente mejor que las delanteras.

—Si, tendrá usted que aprender a ser elefante, Ring. A su cerebro le falta mucho de lo que poseía el del elefante. aprenderá en seguida a desplazar sus piernas, a mover la trompa y las orejas, pero el cerebro del elefante está dotado de instintos natos, quintaesencia de la experiencia de centenares de miles de generaciones de elefantes. Un verdadero elefante sabe defenderse de diversos enemigos y dónde encontrar la comida y el agua. Usted ignora todo eso. Tendrá que aprenderlo a base de experiencia, la experiencia que ha costado la vida a muchos elefantes. Pero no se asuste, Sapiens. Estará con nosotros. Cuando se haya repuesto definitivamente, vendrá con nosotros a Europa. Si quiere podrá vivir en su país, en Alemania, o venir conmigo a las URSS. Allí vivirá en un parque zoológico. Pero, ¿cómo se encuentra?

Al parecer, a Sapiens le resultaba más fácil expresarse por medio de sonidos que agitando su trompa. Empezó, pues, a emitir unos sonidos cortos y largos. Wag escuchaba (en aquella época yo no había aprendido aun el sistema Morse) y me traducía:

—Tengo la impresión de que mi campo visual es más restringido, aunque debido a la altura de mi cuerpo puedo proyectar la vista más lejos. En cambio, mi oído y mi olfato son extraordinariamente finos y sutiles. Nunca imaginé que pudieran existir tantos sonidos y olores. Oigo una cantidad infinita de ruidos, y para expresarlos me faltarían palabras en un idioma humano. Silbido, roce, crujido, chasquido, chirrido, piulido, estridor, gemido, ladrido, grito, gorjeo, gruñido, trepidación, castañeteo, chisporroteo... un par de docenas de palabras más, tal vez, y el léxico humano para traducir el mundo de los sonidos queda agotado. Oigo las carcomas que horadan la corteza de un árbol: ¿cómo expresar con palabras ese concierto disonante que percibo claramente?

—Esta usted progresando, Sapiens —dijo Wag.

—¡Y los olores! —continuó Ring, describiendo sus nuevas sensaciones—. Ahí me pierdo y no puedo hacerles comprender ni siquiera aproximadamente lo que percibo. Sólo pueden comprender que cada árbol, cada objeto posee su olor específico. El elefante inclinó la trompa hacia el suelo, olfateo y continuó: aquí huele a tierra. Huele a hierba que algún herbívoro que iba a abreviar ha dejado caer. Huelo a puercoespín, a búfalo, a cuero áspero. Y también a cobre... No comprendo de donde puede proceder este último olor. ¡Ah, sí! Veo un poco de hilo de cobre que ha dejado usted caer, Wagner.

—¿Es posible eso? —inquirí—. La finura de percepción está determinada, no sólo por la sutileza de los órganos periféricos, sino también por el desarrollo correspondiente del cerebro.

—Sí —respondió Wag—. Cuando el cerebro de Ring se haya adaptado, percibirá los olores tan bien como un elefante. En este momento, su capacidad olfativa es mucho menor que la de un verdadero elefante. Pero la finura de los aparatos auditivo y olfativo confieren a Ring una enorme ventaja.

Se volvió hacia Ring:

—¿Cree usted que podrá llevarnos a lomos hasta nuestro campamento de la colina?

El elefante asintió con la cabeza. Cargamos sobre su espalda una parte de nuestros equipajes. Con su trompa, el elefante nos instaló a Wag y a mí junto a ellos. Los Fans iban a pie.

—Creo —dijo Wag— que dentro de dos semanas Sapiens se encontrará perfectamente. Entonces nos llevará a Boma y desde allí, por mar, regresaremos a nuestro país.

Cuando llegamos a la colina, Wag le dijo a Sapiens:

—Aquí tiene usted alimento en abundancia. Pero quiero rogarle que no se aleje demasiado de nuestro campamento, sobre todo por la noche. Pueden acecharle toda clase de peligros, que si bien para un elefante normal no serían problema, a usted podrían plantearle serias dificultades.

El elefante asintió con la cabeza y empezó a romper con su trompa las ramas de los árboles contiguos.

De repente, emitió una especie de gemido y corrió hacia Wagner.

—¿Qué le pasa? —inquirió Wag.

El elefante acercó su trompa al rostro del profesor.

—¡Vaya, vaya! —dijo Wag, en tono de reproche—. Mire —me dijo, señalando en la trompa un apéndice en forma de dedo. Su sensibilidad supera la de los dedos de los ciegos. Es el órgano más delicado del elefante. Y nuestro Sapiens se las ha arreglado para herírsele con un pincho.

Wag se lo extrajo con mucho cuidado.

—Ponga atención —le dijo a Sapiens en tono grave—. Un elefante con la trompa herida es un inválido. Ni siquiera podría beber. Tendría que entrar cada vez en un río

o en el lago y tragar agua, en vez de recogerla con la trompa y verterla en la garganta, como hacen normalmente los elefantes. Aquí hay muchas plantas espinosas. Vaya un poco más lejos. Aprenda a distinguir las especies.

El elefante suspiró, sacudió su trompa y se dirigió hacia el bosque.

27 de julio. Todo va bien. Nuestro elefante come mucho. Al principio se mostraba difícil y trataba de alimentarse únicamente de hierba, de hojas y de las ramas más tiernas. Pero como no llegaba a hartarse, empezó a comportarse como un verdadero elefante, devorando unas ramas tan gruesas como el brazo.

Alrededor de nuestro campamento los árboles tienen un aspecto lastimoso, como si hubiese caído un meteorito o hubiesen pasado por allí unos satélites. No queda una sola hoja en los arbustos ni en las ramas inferiores de los grandes árboles. Las ramas están rotas, desnudas. La corteza arrancada. En el suelo se ven trozos de ramas, troncos de árboles derribados, excrementos. Sapiens pide disculpas. Pero, «la situación obliga», como le dice a Wag con ayuda de sus señales sonoras.

1 de agosto. Esta mañana, Sapiens no ha regresado. Al principio, Wagner no se ha preocupado demasiado.

—No es un alfiler, ya lo encontraremos. ¿Qué puede pasarle? Ningún animal se atreverá a atacarle. Se habrá alejado excesivamente esta noche.

Pero transcurrieron las horas y Sapiens no regresaba. Finalmente decidimos salir en su busca. Los Fans, estupendos rastreadores, no tardaron en localizar sus huellas. Las seguimos. Un viejo Fan, estudiando las huellas, leyó rápidamente en voz alta su significado.

Aquí ha comido hierba, y luego se ha puesto a devorar los arbustos tiernos. Después se ha marchado más lejos. Diríase que ha dado un salto: debió asustarse de algo. He aquí lo que le asustó: las huellas de un leopardo. Un salto. El elefante echa a correr. Lo rompe todo a su paso. ¿Y el leopardo? Huye también... Huye del elefante. En sentido contrario.

Las huellas de Sapiens nos llevaron lejos del campamento. Vimos que había cruzado un claro pantanoso. Las huellas estaban llenas de agua. El animal se había atascado y luego había continuado su camino, retirando con visible esfuerzo sus patas del pantano. Llegamos a la orilla del río. El Congo. El animal se ha echado al agua. Ha debido cruzarlo a nado.

Nuestros guías salieron en busca de un poblado, encontraron una canoa y pasamos a la otra orilla. Pero una vez allí no localizamos las huellas del elefante. ¿Se habría ahogado? Esas bestias saben nadar. Pero, ¿sabía hacerlo Ring? ¿Había podido aprender a nadar a la manera de los elefantes? Los Fans sugirieron la hipótesis de que se había dejado arrastrar por el agua. Recorrimos varios kilómetros siguiendo la corriente. No encontramos ninguna huella. Wag estaba abrumado. ¿Qué había sido del elefante? ¿Estaría con vida? ¿Cómo viviría en el bosque, entre las fieras?

8 de agosto. Hemos perdido toda una semana buscando al elefante. Todo ha sido inútil. Ha desaparecido sin dejar ningún rastro. Vamos a pagar a nuestros guías y a regresar a la patria.

X - Enemigos cuadrúpedos y bípedos

—El diario ha terminado —dijo Denissov.

—Aquí está la continuación —respondió Wagner, palmeando el cuello del elefante—. Sapiens, alias Hoity-Toity, alias Ring, me ha contado la divertida historia de sus aventuras. Nunca había perdido la esperanza de volver a verle vivo. Pero él supo encontrar por sí mismo el camino de Europa. Tendrá usted que descifrar y transcribir mi estenograma del relato.

Denissov cogió el cuaderno de Wagner, lleno de signos taquigráficos, y empezó a transcribir la historia del elefante narrada por él mismo. He aquí lo que Sapiens le había contado a Wagner:

Me resulta imposible enumerarle todo lo que he pasado desde que me convertí en elefante. Cuando era ayudante del profesor Turner, nunca imaginé que me transformaría en elefante y que viviría en lo profundo de los bosques africanos. De todos modos, trataré de recordar los acontecimientos tal como se sucedieron.

Me había alejado del campamento y pastaba apaciblemente en un claro. Arrancaba succulentos tallos de hierba, golpeaba las raíces contra el suelo para hacer caer la tierra y me regalaba con ellas. Después de haber comido todo lo que había en aquel lugar, me adentré en el bosque en busca de otro claro. La luna lo iluminaba todo. Veía volar abejorros fosforescentes, murciélagos y aves nocturnas que parecían búhos y que me eran desconocidas. Avanzaban lentamente. Andaba con facilidad, sin sentir el peso de mi cuerpo. Trataba de hacer el menor ruido posible. Balanceaba mi trompa y captaba a derecha e izquierda la presencia de los animales. ¿Cuáles? Lo ignoraba. ¿De que podía tener miedo? Yo era el más fuerte de los animales. Incluso el león tenía que cederme el paso. Y, sin embargo, me asustaba terriblemente al menor roce, al menor ruido producido por un ratón, por una bestezuela que parece un pequeño zorro. Cuando encontré un puercoespín, me aparté de su camino. Tal vez no había adquirido aun conciencia de mi fuerza. Una cosa me tranquilizaba: sabía que los hombres, mis amigos, que podían acudir en mi ayuda, se hallaban en la vecindad.

Así, avanzando con prudencia, desemboqué en un pequeño claro y había inclinado ya mi trompa para coger una mata de hierba cuando súbitamente capté el olor de una fiera y mis oídos percibieron un leve ruido entre los juncos. Alcé mi trompa, la enrollé para más seguridad y empecé a mirar a mi alrededor. De repente, vi un leopardo agazapado detrás de los juncos que crecían cerca del riachuelo. Me observaba con sus ojos voraces. Todo su cuerpo estaba tenso, preparado para saltar. Un segundo más, y se lanzaría sobre mi cuello. No sé, tal vez no me había acostumbrado aun a la idea de ser elefante, pero razonaba como un hombre y no conseguía dominar un loco terror. Temblando con todo mi cuerpo, emprendí la huida.

Los árboles crujían y se rompían a mi paso. Numerosas fieras quedaron aterrorizadas por mi desenfrenada carrera. Salían de entre los arbustos y los

matorrales, corriendo en todas direcciones y asustándome todavía más. Me parecía que todas las fieras de la cuenca del Congo me perseguían. Corrí, ignoro cuanto tiempo, hasta tropezar con un obstáculo, el río. No sé nadar, no sabía hacerlo cuando era hombre, pensé en aquel momento. Pero, creyéndome perseguido por el leopardo, me lancé al agua y empecé a mover las piernas, como si continuara corriendo. Y nadé. El agua me refrescó un poco y me calmó. Me parecía que el bosque entero estaba lleno de fieras hambrientas que me atacarían en cuanto alcanzara la otra orilla. Y nadé incansablemente.

Había salido el sol y yo seguía nadando. Vi unas canoas ocupadas por hombres. No tuve miedo de ellos hasta que un disparo de fusil partió de una de las embarcaciones. Seguí nadando. Resonó otro disparo y noté una especie de picadura de abeja en el cuello. Volví la cabeza y observé que en la canoa gobernada por unos indígenas había un blanco, un inglés, al parecer. Era el que había disparado contra mí. Por desgracia, los hombres no eran menos peligrosos que las fieras...

¿Qué podía hacer? Traté de gritar, de decirle a aquel inglés que no disparase, pero sólo pude emitir algunos gruñidos. Si el inglés hacía blanco, estaba perdido. Usted me había señalado el lugar vulnerable de mi cráneo, entre el ojo y el oído, donde se encuentra el cerebro. Recordé su consejo, volví la cabeza de modo que las balas no alcanzaran aquel lugar y me apresuré a ganar la orilla. Cuando salí del agua presentaba un hermoso blanco, pero mi cabeza estaba vuelta hacia el bosque.

Y el inglés, que posiblemente conocía muy bien las reglas de la caza de los elefantes, consideró inútil disparar contra mi parte posterior. No disparó, tal vez acechando el momento en que volvería la cabeza hacia él. Pero, sin pensar en las fieras, eché a correr por entre la maleza.

El bosque se hacía cada vez más espeso. Las lianas me cerraban el paso. No tardaron en envolverme en una red que fui incapaz de romper. Tuve que detenerme. Muerto de fatiga, me dejé caer sobre el flanco, sin preguntarme si conseguiría hacerlo o no en mi situación de elefante.

Tuve un sueño espantoso: encargado de curso en la universidad y ayudante del profesor Turner, me encontraba en Berlín, en mi pequeño cuarto, en la avenida Unter den Linden. Era una noche de verano. En mi ventana brillaba una estrella solitaria. El perfume de los tilos y de las flores llegaba desde el exterior, y sobre el velador, un clavel rojo metido en un jarrón de cristal veneciano esparcía su aroma. Bruscamente, entre aquellos olores agradables percibí otro, áspero, que recordaba el del licor de grosella. Pero yo sabía que era el olor de una fiera... Me estaba preparando para la lección del día siguiente. Me quedé dormido con la cabeza apoyada en mis libros, sin dejar de percibir el olor de la fiera. Y soñé algo muy raro: convertido en elefante, me encontraba en el bosque tropical... El olor de la fiera era cada vez más intenso. Me preocupaba. Me desperté. Efectivamente, convertido en elefante, del mismo modo que Lucius había sido transformado en asno, por el poder mágico de la ciencia moderna.

El olor que me perseguía era el de un animal de dos patas. Olía el sudor de un indígena africano. A aquel olor se mezclaba el del hombre blanco. Sin duda se trataba del que había disparado contra mí desde la canoa. Me estaba siguiendo. Quizás se encontraba detrás de un arbusto apuntándome al lugar vulnerable entre el ojo y el oído...

Me incorpore rápidamente. El olor procedía del lado derecho; por lo tanto, tenía que huir hacia la izquierda. Y corrí, rompiendo y apartando los arbustos. Luego ¿quién me había enseñado aquello? hice lo que hacen los elefantes cuando quieren que su perseguidor pierda su rastro: tras una ruidosa retirada, dejan bruscamente de hacer ruido. El cazador no oye nada y cree que el animal se ha detenido. Pero el elefante sigue corriendo, posando sus pies en el suelo y apartando las ramas con tanta precaución que ni siquiera un gato sabría hacerlo mejor.

Corrí al menos dos kilómetros, antes de atreverme a volver la cabeza para olfatear el aire. Olía aun a hombres, pero estaban lejos, a más de un kilómetro. Reemprendí la marcha.

Luego llegó la noche tropical, calurosa, negra como la pez, y con ella el miedo. ¿A donde ir? ¿Qué hacer? Quedarme quieto me asustaba más que desplazarme. Avancé, pues, con un paso metódico, incansable.

No tardé en notar que chapoteaba en el agua. Unos pasos más y desemboqué en un río... ¿Era un río, o un lago? Decidí meterme en el agua. Allí, por lo menos, estaría fuera del alcance del león y del leopardo. Empecé a nadar y, con gran sorpresa, noté pronto el fondo bajo mis pies. Alcancé un lugar poco profundo y continué mi camino.

Franqué arroyos, riachuelos, marismas. Entre la hierba, unas bestezuelas invisibles emitían silbidos a mi paso, unas enormes ranas saltaban de costado... Vagué toda la noche, y cuando amaneció tuve que admitir que me había extraviado, definitivamente.

Transcurrieron varios días, y en su transcurso dejé de temer a muchas de las cosas que hasta entonces me habían asustado. ¡Resultaba muy curioso! Durante los primeros días de mi nueva existencia temía incluso arañarme la piel con los espinos. Tal vez estaba escarmentado por haberme pinchado el apéndice de mi trompa. Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que los espinos más agudos y más duros no me producían ningún daño, ya que mi gruesa piel me protegía, como una coraza. Al principio, tenía miedo de pisar a una serpiente venenosa. Cuando el hecho se produjo por primera vez, y una serpiente se enrolló alrededor de mi pierna tratando de morderme, mi gran corazón de elefante se encogió de espanto. Pero en seguida me di cuenta de que el reptil no podía causarme el menor daño. Desde entonces, experimentaba incluso cierto placer aplastando a las serpientes que encontraba en mi camino, si no habían logrado huir a tiempo.

No obstante, al hacerse de noche seguía temiendo ser atacado por las grandes fieras: el león y el leopardo. Yo era más fuerte que ellos, pero carecía de experiencia

personal en la lucha y de instintos que me sugiriesen lo que debía hacer. Durante el día tenía miedo de los cazadores, sobre todo de los blancos. ¡Oh, los blancos! Son los más temibles de las fieras. No temía sus cepos, ni sus redes. El único peligro, para mí, era el de caer en un hoyo camuflado, de modo que examinaba con mucha atención el camino que seguía.

Captaba el olor de los poblados a varios kilómetros de distancia y procuraba evitar todo habitáculo humano. Aprendí incluso a distinguir a las tribus indígenas por su olor. Unas eran más peligrosas para mí, otras menos, otras absolutamente inofensivas.

Un día, aspirando el aire con mi trompa, capté un olor nuevo, de fiera o de hombre, no podía decirlo. Más bien de hombre. Quedé intrigado. Estudiaba el bosque y debía conocer todo lo que podía amenazarme. Avancé, pues, guiándome por el olor como brújula, con mucha prudencia. Era de noche, la hora en que los indígenas duermen más profundamente. Yo procuraba hacer el menor ruido posible, examinando el camino delante de mí. El olor era cada vez más intenso.

Al amanecer llegué al lindero del bosque y, ocultándome entre unos espesos arbustos, observé. Una luna pálida colgada encima del bosque proyectaba una claridad grisácea sobre unas chozas de techo puntiagudo. Las chozas eran muy bajas y sólo podían albergar a un hombre de estatura mediana. Ningún ruido turbaba el silencio. Ni siquiera ladraban los perros. Me acerqué por el lado contrario al viento. Estaba perplejo: ¿quién podía habitar aquellas pequeñas chozas, que aparecían de juguete?

De pronto vi a un ser antropoide trepar fuera de un agujero practicado en el suelo. Irguiéndose sobre sus pies, silbó. Otro ser respondió a aquel silbido y saltó de la rama de un árbol. Otros dos salieron de las chozas. Se reunieron cerca de una gran vivienda de un metro y medio de altura y empezaron a deliberar. Cuando los primeros rayos del sol iluminaron el cielo y pude ver mejor a los «gnomos», como yo había llamado a aquellos extraños seres, me di cuenta de que había ido a parar a un poblado de pigmeos, los más pequeños de los hombres. Tenían la piel de color castaño claro y los cabellos rojizos. Eran esbeltos y bien proporcionados, pero su estatura no superaba los 80 o 90 centímetros. Algunos de aquellos «niños» llevaban una poblada barba. Los pigmeos hablaban muy rápidamente y con una voz chillona.

Era un espectáculo muy interesante, pero tuve miedo. Para mí, hubiese sido preferible encontrar unos gigantes que aquellos temibles enanos. A pesar de su insignificante estatura, los pigmeos son los enemigos más encarnizados de los elefantes. Lo sabía antes de mi transformación. Manejan maravillosamente el arco y la azagaya. Una picadura de sus pequeñas flechas con la punta envenenada basta para matar a un elefante. Pueden acercarse silenciosamente a un animal por detrás y trabarlo, o cortarle el tendón de Aquiles con un afilado cuchillo. Alrededor de su poblado, el suelo está sembrado de pinchos emponzoñados...

Di media vuelta y eché a correr con la misma precipitación que en el momento en

que había huido del leopardo. Oí un grito detrás de mí y acto seguido el ruido de la persecución. Hubiese podido escapar de ella, a campo abierto. Pero tuve que correr a través de un espeso bosque, rodeando a cada instante obstáculos infranqueables. Y mis perseguidores, listos como monos, ágiles como lagartijas e infatigables como lebreles, me seguían de cerca. Arrojaron varias lanzas contra mí. Afortunadamente, la vegetación me protegía. Me faltaba el resuello y estaba a punto de caer rendido de fatiga. Y los hombrecillos me seguían sin caer ni tropezar.

En aquellos momentos me di cuenta de lo difícil que resulta ser elefante, de que toda la vida de este animal grande y fuerte no es más que una lucha incesante por la existencia. Me parecía increíble que aquellos animales vivieran cien y más años. Con semejantes emociones, tenían que morir antes que los hombres... Aunque era posible que los verdaderos elefantes no se emocionaran tanto como yo. Yo tenía un cerebro humano, nervioso, fácilmente excitable. Les aseguro que en aquel instante la propia muerte me pareció más apetecible que aquella vida continuamente jalonada por el peligro. ¿Detenerme? ¿Exponer mi pecho a las lanzas y a las flechas emponzoñadas de mis perseguidores? Estaba dispuesto a hacerlo. Pero en el último segundo capté el olor de una manada de elefantes. ¿No encontraría mi salvación entre ellos?

El bosque empezó a aclararse y se convirtió poco a poco en una sabana salpicada de grandes árboles que me permitían protegerme contra las flechas de los cazadores.

Corría trazando zigzags. Aquí, los pigmeos no avanzaban con tanta facilidad como en el bosque. Aunque yo abría un ancho sendero, los recios tallos de las plantas y de las hierbas de estepa obstaculizaban su marcha. El olor de los elefantes se hacía cada vez más intenso, a pesar de que aun no podía divisarlos. Mientras corría, tropezaba con enormes agujeros, en los cuales se habían revolcado los elefantes como gallinas que se calientan en la arena. Aquí y allá veíanse excrementos. He aquí los primeros árboles. Veo varios elefantes que se revuelcan por el suelo. Otros, de pie cerca de los árboles, sostienen enormes ramas y las utilizan como abanicos, mientras agitan sus colas. Sus orejas están erguidas, semejantes a parasoles. Yo corría contra el viento, y los elefantes no me habían olfateado. La alarma estalló cuando los primeros elefantes oyeron el ruido de mi carrera. ¡La que se armó entonces! Los animales se precipitaron hacia el río, berreando desesperadamente. El jefe, en vez de defender la retaguardia, fue el primero en echarse al agua y en pasar a la otra orilla. Las hembras, amparando a sus pequeños, tuvieron que proteger la retirada. Lo que había asustado tanto a los elefantes, era mi aparición, ¿o es que en mi alocada carrera habían intuido un peligro tan temible como el que me hacía correr a mí?

Me eché al agua sin vacilar, y crucé el río delante de numerosas hembras con sus pequeños, tratando de adelantar a los otros para que sus cuerpos se encontrasen entre mis perseguidores y yo. Ciertamente, era egoísta por mi parte, pero vi que los otros elefantes, a excepción de las hembras-madres, hacían lo mismo. Oí que los pigmeos llegaban al río. Sus voces se mezclaron con los berridos de los elefantes. Ocurrió algo trágico, pero tuve miedo de volverme y continué huyendo por la llanura. Nunca he

sabido como terminó la batalla entre los hombres enanos y los animales gigantes.

Corrimos durante varias horas sin detenernos. Fatigado por mi carrera, apenas podía seguir a los elefantes, pero a ningún precio quería despegarme de la manada. Si me aceptaban en su compañía estaría en relativa seguridad, ya que ellos conocían mejor la región y a sus enemigos.

XI - Entre los elefantes

Finalmente, el elefante que corría en cabeza se detuvo, y todos los demás siguieron su ejemplo. Nos volvimos. Nadie nos perseguía, salvo dos jóvenes elefantes acompañados por sus madres. Y nadie parecía haberse fijado en mí. Sin embargo, cuando la agitación se hubo calmado, los elefantes empezaron a acercarse a mí, a olfatearme, a examinarme, a dar vueltas a mi alrededor. Me preguntaban algo emitiendo un suave gruñido, al que yo era incapaz de contestar. No entendía el significado de aquellos gruñidos, que lo mismo podían ser de desaprobación que de satisfacción.

Temía de un modo especial al jefe. Yo sabía que había sido jefe de la manada antes de que el profesor Wagner practicara la operación. Y si me hallaba entre mis antiguos compañeros, el nuevo jefe me buscaría las cosquillas para defender su posición. Confieso que estaba muy preocupado, cuando el jefe, un animal de gran tamaño, se acercó a mí y, como quien no quiere la cosa, me golpeó ligeramente un costado con sus colmillos. Me sometí. Volvió a golpearme, como incitándome a la lucha. Pero yo me negué a pelear y me alejé mansamente. Entonces, el elefante enrolló su trompa, la introdujo en su garganta y la retuvo unos instantes con sus labios. Más tarde supe que aquella actitud expresa la confusión y el asombro. Probablemente, el jefe estaba desconcertado por mi mansedumbre y no sabía que hacer. Pero en aquella época yo no conocía el lenguaje de los elefantes y, creyendo que me estaba saludando, imite su gesto. El elefante emitió un gruñido y se apartó de mí.

Ahora entiendo cada uno de los sonidos que emite un elefante. Sé que un leve gruñido expresa el placer. El miedo se manifiesta con un fuerte berrido, el terror repentino por medio de un sonido breve y penetrante. Enfurecidos, heridos, preocupados, los elefantes emiten profundos sonidos guturales... Un elefante que se había quedado en la orilla del río había gritado así durante el ataque de los pigmeos. Sin duda estaba herido de muerte por las flechas emponzoñadas. Al atacar a un enemigo, los elefantes profieren una especie de ladridos. Me he limitado a mencionar las principales «palabras» del idioma de los elefantes, las que expresan sus sentimientos más esenciales. Pero esas palabras poseen una multitud de matices.

En los primeros tiempos temía que mis compañeros adivinasen que yo no era un verdadero elefante y me expulsaran de la manada. Tal vez intuían que había algo anormal. Sin embargo, se mostraron de un humor pacífico. Me trataban como a un pobre de espíritu que no hace daño a nadie.

Mi vida era un poco monótona. Viajábamos siempre en fila india. Desde las diez o las once de la mañana hasta las tres, descansábamos. Luego volvíamos a pastar. Por la noche reposábamos de nuevo. Algunos elefantes se acostaban, casi todos dormitaban y uno sólo permanecía de guardia.

Yo no podía acostumbrarme a la idea de que tendría que pasar toda mi vida en una manada de elefantes. Echaba de menos a los hombres. Desde luego, tengo el aspecto de un elefante, pero me gusta más vivir entre los hombres, tranquilamente, sin inquietud. Y de buena gana me hubiera acercado a los blancos, pero temía que me mataran para aprovechar el marfil de mis colmillos. Confieso que incluso traté de romperlos para depreciarme a los ojos de los hombres, pero no lo conseguí. Eran demasiado fuertes, y no sabía como romperlos. De modo que anduve más de un mes con los elefantes.

En cierta ocasión pastábamos en un paraje descubierto en medio de inmensas sabanas. Yo estaba de guardia. La noche era oscura, sin estrellas y sin luna. La manada dormía apaciblemente. Me alejé un poco para tender mejor el oído, para olfatear los olores nocturnos. Pero sólo percibí los de distintas hierbas y de pequeños reptiles y bestezuelas inofensivos para nosotros. De repente, lejos, muy lejos, casi en el horizonte, vi aparecer una pequeña lumbre. Se apagó inmediatamente, luego se encendió de nuevo y empezó a llamear.

Transcurrieron varios minutos, y a la izquierda de aquel fuego brotó otro, luego a cierta distancia otro y otro. No. No eran cazadores que habían acampado para pasar la noche. Los fuegos se encendían a una distancia simétrica uno de otro, como si hubieran practicado un camino en la estepa y lo iluminaran con faroles. Simultáneamente, vi brotar unos fuegos semejantes en el lado contrario. Nos encontrábamos entre dos líneas de fuegos. No tardando mucho, en uno de los extremos de aquel camino llameante los batidores empezarán a armar ruido con sus carracas, a gritar, y en el otro nos aguardarán hoyos y cepos, de acuerdo con el objetivo que perseguían los cazadores: capturarnos vivos o muertos. En los hoyos, nos romperíamos las patas y tendrían que matarnos; en los cepos, lo que nos esperaba era una vida de esclavos. Los elefantes temen los fuegos. En términos generales, son unos animales miedosos. Cuando el ruido les despertara, se precipitarían hacia la zona en la que no había fuegos ni ruido. Pero allí les acechaban la trampa silenciosa o la muerte.

Yo era el único de toda la manada que comprendía lo que estaba ocurriendo. Pero, ¿acaso me proporcionaba alguna ventaja? ¿Qué podía hacer? ¿Dirigirme hacia los fuegos? Allí sería recibido por unos hombres armados. Tal vez consiguiera forzar el bloqueo. El riesgo era preferible a una muerte segura o al cautiverio. Pero entonces me vería obligado a separarme de la manada y a recomenzar la vida de elefante solitario. Tarde o temprano, caería derribado por una bala o una flecha emponzoñada...

Me parecía vacilar, pero en realidad ya había tomado una decisión, ya que, sin darme cuenta, me alejaba para que la manada, al huir, no me arrastrara en su torbellino.

He aquí que los batidores gritan, agitando sus carracas. Doy una larga señal de alarma. Los elefantes se despiertan y empiezan a berrear con todas sus fuerzas. El

estrépito es tan intenso que la tierra tiembla. Los elefantes miran a su alrededor, divisan los fuegos que parecen acercarse, dejan de berrear y se precipitan hacia uno de los lados. Pero allí oyen el ruido de los batidores, cada vez más próximo. La manada da media vuelta y corre en sentido contrario... al encuentro de su perdición. Es verdad que esa perdición no será inmediata. La cacería durara varios días. Los fuegos se acercaran, los batidores también, y los elefantes retrocederán hasta caer en las trampas.

Pero yo no soy los elefantes. Yo estoy solo. El terror que se ha apoderado de la manada se ha transmitido a mis nervios de elefante y desde ellos a mi cerebro. El miedo aturde mi conciencia. Estoy dispuesto a correr con la manada. Apelo a todo mi coraje, a toda mi fuerza de voluntad. Mi cerebro de hombre sabrá vencer el miedo del elefante, vencer a esa enorme montaña de carne, de sangre y de huesos que se arrastra a mi perdición.

Freno el impulso de mi carrera, giro a la derecha y me dirijo hacia el río. Un chapoteo en el agua, una cascada de gotas deslizantes, silencio... El agua ha apaciguado el hervor de mi sangre. La razón ha triunfado. Ahora, mi razón domina a mis patas de elefante, que se deslizan suavemente por el fondo viscoso.

Decido recurrir a un truco que los elefantes normales no utilizan: sumergirme en el agua, como un hipopótamo, y dejar pasar el peligro. Trataré de respirar únicamente por la punta de mi trompa, haciéndola asomar ligeramente fuera del agua. Pruebo a hacerlo. El agua inunda desagradablemente mis oídos y mis ojos. De cuando en cuando, asomo la cabeza y prestó atención. Los batidores se acercan cada vez más. Me hundo de nuevo en el agua. Los cazadores pasan de largo.

Estoy harto de esta vida llena de emociones y de temores. No quiero aguantarla más. Seguiré el curso del río y encontrare una de las factorías que lo jalonan en gran número entre Stanley-Pool y Boma. Me dirigiré a una factoría o a una granja y trataré de demostrar a unas personas pacificas que no soy un elefante salvaje, sino que estoy domesticado, y no me expulsarán ni me matarán.

XII - Al servicio de cazadores furtivos

La ejecución de aquel plan resultó mucho más difícil de lo que pensaba. No tardé en encontrar el brazo principal del Congo y empecé a descender por él. Mi viaje se desarrolló felizmente. En aquel sector, el río es navegable y las fieras no se atreven a acercarse demasiado a sus orillas. Durante todo mi viaje a lo largo del río, que se prolongó por espacio de un mes, sólo oí una vez el rugido lejano de un león. Pero tuve un encuentro bastante desagradable con un hipopótamo. Era de noche. El hipopótamo estaba sumergido en el agua hasta el morro. No lo vi, y mientras nadaba choqué con aquella masa. El hipopótamo se hundió todavía más en el agua y empezó a golpearme el vientre con su cabezota. Me aparte. El animal ascendió de nuevo a la superficie, resopló furiosamente y salió en mi persecución. Pero conseguí escapar.

Llegué sin más tropiezos a Lukunga, donde vi una gran factoría belga, a juzgar por la bandera que ondeaba en ella. Por la mañana, muy temprano, salí del bosque. Y me dirigí hacia la casa balanceando mi trompa. Sin embargo, aquella maniobra no tuvo éxito. Dos enormes dogos me atacaron, ladrando furiosamente. Un hombre vestido de blanco salió de la casa, me vio y dio media vuelta rápidamente. Varios negros cruzaron el patio gritando y entraron corriendo en la casa. Luego... oí dos disparos de fusil. Sin esperar el tercero, me encaminé hacia el bosque y me marché de allí.

Una noche cruzaba un bosque poco tupido, de los que abundan en el África central. Una vegetación enclenque, un terreno pantanoso bajo los pies, unos troncos de árboles negros. Había llovido torrencialmente y la noche era bastante fresca. A pesar de mi gruesa piel, soy muy sensible a la humedad, como todos los elefantes. Cuando lluevo no me quedo quieto, sino que me desplazo para calentarme.

Hacía varias horas que andaba cuando bruscamente vi delante de mí el resplandor de una fogata. El lugar era bastante silvestre. Ni siquiera había poblados negros por los alrededores. ¿Quién había podido encender la fogata? Apresuré el paso. El bosque se convirtió en una sabana de hierba no demasiado alta. A unos quinientos metros del bosque podía verse una tienda destartada. Delante de ella ardía una fogata y dos hombres, europeos a juzgar por su aspecto, estaban sentados junto a ella. Uno de los dos hombres removía algo en la marmita colgada encima del fuego. El tercero, un indígena, un hermoso negro semidesnudo, permanecía en pie como una estatua de bronce, no lejos de la fogata.

Me acerqué lentamente al fuego sin apartar mis oídos de los hombres. Cuando se dieron cuenta de mi presencia, me dejé caer de rodillas como hacen los elefantes domesticados ofreciendo su lomo para ser cargados. Un hombre de baja estatura empuñó bruscamente su fusil con la evidente intención de disparar. Pero, en el mismo instante, el indígena gritó, en un inglés chapurreado:

—¡Tu no hacer eso! ¡Ser un elefante bueno! ¡Un elefante domesticado!

Y corrió a mi encuentro.

—¿Quieres apartarte? ¡O te agujereo tu negra piel! ¡Eh, tú como te llames! — grito el blanco.

—Llamarme Mpepo —respondió el indígena, sin apartarse de mí. Por el contrario, se acercó todavía más, como si quisiera protegerme con su cuerpo contra la bala—. ¿Tú ver, bwana? Ser muy manso —añadió, acariciando mi trompa.

—¡Apártate de ahí, simio! —gritó el hombre del fusil—. Voy a disparar. A la una, a las dos...

—Espera, Bakala, —dijo el otro blanco, un hombre alto y delgado—. Mpepo tiene razón. Tenemos bastantes colmillos, pero transportarlos hasta Matadi no resultará fácil ni barato. Ese elefante parece manso. Poco nos importa de quién sea y por qué se pasea de noche. Podría sernos muy útil. Un elefante levanta una tonelada, pero tan cargado no puede llegar muy lejos. Pongamos media tonelada. En otras palabras, un elefante puede reemplazar a treinta o cuarenta portadores, ¿comprendes? Y no nos costará un céntimo. Y cuando ya no lo necesitemos, lo mataremos y añadiremos sus colmillos a nuestra colección. ¿Qué te parece la idea?

El llamado Bakala escuchaba con impaciencia y trató varias veces de disparar. Pero cuando su compañero hubo calculado cuanto les costarían los portadores que el elefante podía reemplazar, aceptó aquellos argumentos y bajó su fusil.

—¡Eh, tu! ¡Como te llames! —gritó, dirigiéndose al indígena.

Más tarde me enteré de que Bakala llamaba siempre al negro de aquel modo, y que el negro respondía invariablemente «Llamarme Mpepo».

—Ven aquí. Trae al elefante.

Obedecí de buena gana la indicación de Mpepo, que me invitaba a acercarme más a la fogata.

—¿Qué nombre le pondremos? Ya está: le llamaremos Truhán. ¿Qué opinas, Cox?

Miré a Cox. En su aspecto todo tenía un tinte azulado. Me impresiono especialmente su nariz, que parecía recién teñida o de color lila. Su cuerpo azulado estaba cubierto por una camisa azul desvaído. Cox hablaba con una voz aguardentosa que también me pareció azulada, ceceante y gutural. Aquella voz parecía tan decolorada como su camisa.

—No está mal —admitió—. Le llamaremos Truhán.

Cerca del fuego, un montón de harapos se movió y una voz de bajo, aunque muy débil, se dejó oír.

—¿Qué ha pasado?

—Siempre acabas por dar señales de vida —dijo tranquilamente Bakala, dirigiéndose a los harapos—. Y nosotros que creíamos que te habías tragado ya tu certificado de nacimiento...

El montón de harapos se entreabrió para dar paso a un grueso brazo. Detrás del brazo, un hombre alto y de sólido armazón se incorporó y se sentó, apoyándose sobre

sus manos para no caer.

Tenía un rostro muy pálido y una barba muy enmarañada. Era evidente que aquel hombre estaba enfermo.

Dos ojos apagados se posaron en mí. El enfermo sonrió y dijo:

—Un cuarto vagabundo viene a unirse a los otros tres. Piel blanca: alma negra. Piel negra: alma blanca. ¡Y pensar que el único hombre honrado es Babuka!

Y el enfermo se dejó caer de nuevo hacia atrás, completamente agotado.

—Está delirando —dijo Bakala.

—Su delirio empieza a resultar fastidioso —replico Cox—. Plantea adivinanzas. ¡Y pensar que el único hombre honrado es Babuka! ¿Te das cuenta de lo que significa eso? Nuestro Mpepo pertenece a la tribu de los babuka. Puedes comprobarlo fácilmente si examinas sus dientes: de acuerdo con la costumbre babuka, los incisivos superiores están rotos. Sucede que él es el único hombre honrado, en tanto que nosotros, por lo visto, somos unos granujas.

—Incluido el propio Brown. Su piel es más blanca que la nuestra: por lo tanto, su alma tiene que ser más negra. ¡Eh, Brown! ¿También tu eres un granuja?

Pero Brown no contestó. Ha vuelto a perder el conocimiento.

—Mejor. Y sería mucho mejor aun que no lo recobrara más. Ahora no sirve para nada y es un estorbo.

—Cuando se haya restablecido valdrá tanto como nosotros dos.

—Tampoco eso resultará demasiado agradable. ¿No te das cuenta de que está de más?

Brown murmuró algo en su delirio.

—¡Eh, tú! ¡Como te llames!

—Llamarme Mpepo.

—Ata al elefante a un árbol para que no se largue.

—No, él no marcharse —respondió Mpepo, acariciándome una pata.

A la mañana siguiente pude examinar mejor a mis nuevos amos. El que más me agradó fue Mpepo. Estaba siempre alegre, sonriente, mostrando sus blancos dientes con un espacio vacío: el que debían ocupar los dos incisivos superiores. A Mpepo aparecían gustarle los elefantes y me prodigaba muchos cuidados. Lavaba mis orejas, mis ojos, mis patas y los pliegues de mi piel. Me traía bayas y frutas sabrosas que iba a buscar para mí.

Brown estaba enfermo y no pude formarme una idea más o menos completa de él. Su rostro y su franqueza, cuando hablaba con sus compañeros, me complacían. Pero Bakala y Cox me desagradaban profundamente. De un modo especial Bakala. Llevaba un traje sucio y desgarrado, de una tela muy buena y de un corte impecable. Un traje propio de un turista muy rico. Y tenía la impresión de que Bakala había adquirido aquel traje utilizando medios inconfesables. Es probable que hubiera asesinado a un viajero inglés distinguido para desvalijarle. Llevaba un gran revolver y un cuchillo de respetable tamaño colgados de un ancho cinturón. Era un hombre sin

patria ni familia, sin profesión determinada.

Cox, el azulado, era un inglés que había topado con la ley en su país. Los tres eran cazadores furtivos. Cazaban elefantes por sus colmillos, burlando todas las leyes y todas las fronteras.

Mpepo era su guía y su instructor. A pesar de su juventud, era un experto en la caza del elefante. Es cierto que sus procedimientos resultaban brutales y bárbaros. Pero no conocía otros. Utilizaba los que había aprendido de sus mayores. En cuanto a los cazadores furtivos, se mofaban de todo. Rodeaban a los elefantes con un círculo de fuego y los remataban cuando estaban medio asfixiados por el humo y cubiertos de quemaduras. Mpepo les era muy útil.

XIII - Truhán se muestra díscolo

Un día, cuando Brown empezaba a restablecerse, pero estaba aun demasiado débil para tomar parte en la cacería, Cox y Bakala partieron sentados sobre mi lomo hacia un lugar situado a unas decenas de kilómetros para recoger los colmillos de un elefante al que habían matado el día anterior. Nadie podía oír, y yo no era más que una bestia de carga, de modo que hablaban sin tapujos de ninguna clase.

—Y pensar que después del arreglo habrá que escupirle una quinta parte del botín a ese mono negro, como se llame... —dijo Bakala.

—Sí, es demasiado —respondió Cox.

—El resto será dividido en tres partes: una para ti, otra para mí y otra para Brown. Contando con que el kilogramo de marfil nos salga a setenta y cinco o a cien marcos...

—Estás de broma. No nos darán tanto. No entiendes nada de este negocio. Hay dos clases de marfil: el llamado blando o muerto, y el duro o viro. Aunque le llamen blando, el primero es muy compacto, blanco y suave. Con él se fabrican bolas de billar, teclas de piano y de órgano, peines... Ese marfil es muy apreciado. Pero los elefantes de esta región no lo poseen. Para encontrarlo hay que ir al África oriental. Pero allí te molerán los huesos antes de dejarte matar a un solo elefante. El marfil de los elefantes de esta región sólo sirve para los puños de bastón o de paraguas, y para los peines baratos.

—Entonces, hemos trabajado para nada —dijo Bakala tristemente.

—Para nada, no. Algo sacaremos. Y si somos cuatro a cazar, y dos a repartir, el negocio será más redondo.

—Que los elefantes me hagan papilla si no se me había ocurrido ya esa idea.

—Pensar las cosas no sirve para nada; lo que hace falta es actuar. Hoy o mañana Brown habrá superado la crisis, y entonces no habrá manera de acabar con él. Es fuerte como un buey. En cuanto a Mpepo, tiene la agilidad de un mono. Hay que liquidarles con un solo golpe. Durante la noche. Para más seguridad, les haremos beber. Nos queda aun un poco de alcohol. Será suficiente para los dos.

—¿Cuándo será eso?

—Ya hemos llegado...

Un elefante yacía en un hoyo enorme. Había quedado empalado allí y Bakala lo había rematado a tiros. Cox descendió al hoyo con su compañero y empezó a arrancar los colmillos con ayuda de un hacha. Trabajaron casi todo el día. El sol declinaba ya hacia el oeste. Después de atar los colmillos a mi espalda, emprendieron el regreso al campamento.

La tienda estaba ya a la vista cuando Cox dijo, como continuando la conversación interrumpida:

—Será esta noche.

Pero se quedaron con un palmo de narices. Brown no estaba en el campamento. Mpepo les explico que el «bwana» se encontraba tan restablecido que había salido a cazar y que seguramente no regresaría en toda la noche. Bakala blasfemó en voz baja. El asesinato tuvo que ser aplazado para mejor ocasión.

Brown no regresó hasta el amanecer, cuando Cox y Bakala dormían. Se acercó a Mpepo y le tocó en el hombro. El negro, que estaba de guardia, sonrió alegremente, mostrando sus dientes. Brown le hizo una seña para que se acercara a mí y trepara a mi espalda. Mpepo me hizo arrodillar, montaron los dos y les conduje a lo largo del lindero del bosque.

—Quiero hacerles un regalo —dijo Brown—. Creen que estoy enfermo. Pero me encuentro perfectamente. Esta noche he conseguido matar un elefante, un gran elefante con unos colmillos magníficos. Tu me ayudarás a cortarlos. Bakala y Cox se caerán de espaldas.

A la claridad del sol naciente, a orillas del río, entre unas matas de café, vi el cuerpo enorme e hinchado de un elefante acostado sobre su flanco.

Cuando terminaron con los colmillos, emprendimos el camino de regreso, corriendo hacia nuestra perdición. Mpepo y Brown estaban condenados a una muerte inminente; yo correría la misma suerte un poco más tarde. Pero yo podía huir de aquellos hombres. No lo hacía porque no corría un peligro inmediato y porque, si era posible, quería salvar a Brown y a Mpepo. Este último, sobre todo, me inspiraba una gran piedad. Al fin y al cabo, no era más que un adolescente pletórico de vida... Pero, ¿cómo advertirles? Por desgracia, no podía hablarles del peligro que les amenazaba. ¿Y si me negaba a llevarles al campamento?

Abandoné bruscamente el camino y me dirigí hacia el lado por el que discurría el Congo. Allí parecía que en el río podían encontrar a otros hombres, y Brown tendría ocasión de regresar a un país civilizado. Pero Brown era incapaz de comprender mi tozudez, y empezó a propinarme unos dolorosos pinchazos en el cuello con una varilla de hierro de punta aguzada. La punta atravesaba mi piel. Y mi piel es muy sensible y sujeta a infecciones. Conservaba el recuerdo de la pequeña herida producida por la bala del inglés que había disparado contra mi desde la canoa. La llaga había tardado mucho en cicatrizar. Oí que Mpepo suplicaba a Brown que no me pinchara en el cuello, pero el hombre estaba furioso por mi rebeldía y pinchaba cada vez más profundamente.

Mpepo trató de convencerme con las palabras más dulces de su idioma. Yo no las entendía, pero las inflexiones de la voz resultaban igualmente comprensibles para todos los hombres y los animales. Mpepo se inclinó y me besó en el cuello. Pobre Mpepo. ¡No sabía lo que me pedía!

—¡Hay que acabar con él! —exclamó Brown—. Si Truhán se niega a llevarnos, sólo sirve para aprovechar sus colmillos. ¡Es un elefante díscolo! Un verdadero «truhán». Abandonó sus antiguos dueños, y ahora quiere abandonarnos a nosotros. Voy a alojarle una bala entre el hocico y el ojo.

Al oír aquellas palabras me estremecí. Brown, cazador de elefantes, no fallaría el disparo sentado sobre mi cuello... Oí que Mpepo le suplicaba a Brown que me perdonara. Pero Brown se mostró inflexible. Empuñó el fusil...

En el último segundo di media vuelta y eché a andar hacia el campamento. Brown estalló en una carcajada.

—Diríase que este elefante entiende el lenguaje de los hombres y sabe lo que me disponía a hacer —comentó.

Di algunos pasos dócilmente; luego, bruscamente, agarré a Brown con mi trompa, le arranqué de mi espalda y le arrojé al suelo, mientras corría hacia el bosque con Mpepo. Brown gritó, blasfemó. No se había lastimado seriamente, pero se encontraba débil después de su enfermedad y no pudo levantarse inmediatamente. Aproveché aquella circunstancia para ponerme a cubierto bajo los árboles. «Si no puedo salvarles a los dos, salvaré al menos a Mpepo», pensé. Pero el indígena tampoco quería abandonar el campamento. No quería renunciar al fruto de su esfuerzo durante varios meses, cazando elefantes con riesgo de su vida.

Debí retenerle un poco con mi trompa; pero no se me ocurrió, pensando que vacilaría en saltar desde lo alto de mi espalda. Pero el muchacho, listo como un mono, hizo otra cosa: se agarró a una rama y trepó a un árbol. No pude alcanzarle, y me quedé cerca del árbol hasta que oí acercarse a Brown. Entonces, sin esperar a que disparase, huí precipitadamente.

A pesar de todo, no quise abandonarles a su suerte. Di un pequeño rodeo y llegué al campamento antes que ellos. Cox y Bakala quedaron sorprendidos cuando me vieron llegar solo, con unos hermosos colmillos a la espalda.

—¿Será posible que los elefantes o las fieras nos hayan ayudado a librarnos de ellos? —dijo Cox, desatando las cuerdas.

Pero su alegría era prematura. No tardaron en ver llegar a Brown, que maldecía a Mpepo. Al verme, el blanco vertió un nuevo torrente de insultos e imprecaciones. Contó a sus camaradas la jugarreta que le había hecho, tratando de convencerles para que me ajustaran las cuentas inmediatamente. Pero Cox, siempre calculador, se opuso a ello.

Cox y Bakala aseguraron que se alegraban muchísimo del restablecimiento de Brown y de su regreso con un par de hermosos colmillos.

XIV - Cuatro cadáveres y el marfil

Aquella noche, Cox estaba de guardia. Los demás se acostaron temprano. Mpepo se quedó inmediatamente dormido. También Brown, que estaba fatigado, dormía profundamente. En cuanto a Bakala, no hacía más que dar vueltas bajo su manta, por lo que supuse que no dormía. Me convencí de ello al ver que levantaba la cabeza y dirigía una interrogadora mirada a Cox. Éste hizo un gesto negativo, como diciendo: «Es demasiado pronto».

Una luna cornuda apareció encima del bosque, iluminándolo con una pálida claridad. En alguna parte del bosque, una bestezuela, acosada por una fiera, emitió un grito plañidero, como un niño asustado. Aquel sonido no despertó a Brown. Dormía a pierna suelta. Cox hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Y Bakala, que espiaba todos los movimientos de su cómplice, se levantó inmediatamente y se llevó la mano a la espalda, sin duda para sacar su arma del bolsillo posterior del pantalón. Comprendí que tenía que actuar. Utilicé un truco que suelen emplear los elefantes indios cuando quieren asustar a su enemigo: apoyan fuertemente la punta de su trompa en el suelo y empiezan a soplar. Se oye entonces un sonido raro, espantoso: una serie de crujidos y ronquidos capaces de despertar a un difunto. Y Brown no estaba muerto.

—¿Quién diablos ésta tocando el trombón? —dijo, levantando la cabeza y frunciendo los ojos.

Bakala se agachó.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bailando? —le preguntó Brown.

—¡Ese maldito elefante me ha despertado! ¡Vamos, largo de aquí!

Pero no me marché, y al cabo de unos instantes, cuando Brown se disponía de nuevo a dormir, repetí el truco. Cox se acercaba ya a él con el revólver en mano, cuando inicié mi trompeteo. Brown se levantó de un salto, corrió hacia mi y me propinó un fuerte golpe en la trompa con el filo de la mano. Un golpe muy doloroso. Enrollé apresuradamente mi trompa y me alejé.

—¡Te mataré, asqueroso animal! —gritó Brown—. Eso no es un elefante, es un demonio. Mpepo, échale de aquí. ¿Qué haces con el revolver en la mano? —preguntó, dirigiéndose a Cox.

—Iba a disparar contra Truhán, para que se largara.

Brown volvió a acostarse. Yo me aparté un poco, sin dejar de vigilar el campamento.

—¡Maldito elefante! —dijo Cox con voz sibilante, amenazándome con el puño.

—Huele a alguna fiera —intervino Mpepo.

El muchacho quería justificar mi actitud, sin sospechar que se acercaba mucho a la verdad. Sí, había berreado porque había olfateado a dos fieras bípedas.

Apuntaba el alba cuando Cox hizo una seña a Bakala. Cox se precipitó hacia

Brown, y Bakala hacia Mpepo. Los dos dispararon simultáneamente. Mpepo profirió un grito estridente, como aquella bestezuela que había chillado a primeras horas de la noche, se incorporó, volvió a caer y sus piernas se agitaron convulsivamente. En cuanto a Brown no profirió un solo grito. Todo había sucedido con tanta rapidez, que no me dio tiempo a advertir a los desdichados...

Pero Brown estaba aun con vida. Se incorporó súbitamente, se apoyó en el codo de su brazo derecho y disparó contra Cox, que acababa de inclinarse sobre él. Cox cayó fulminado. Cubriéndose con su cadáver, Brown empezó a disparar contra Bakala. Éste gritó:

—¡Ah! ¡Sucio tramposo!

Disparó una vez y echó a correr. Pero, tras haber dado unos cuantos pasos, giró bruscamente sobre si mismo, como les sucede a los hombres que han sido alcanzados por una bala en la cabeza, y cayó al suelo. Brown exhaló un suspiro y se tumbó de espaldas. Un olor penetrante a sangre se esparció por el claro. Todo estaba en silencio. Oí jadear a Brown y me acerqué a él. Sus ojos estaban ya empañados. Pero hizo un movimiento convulsivo y efectuó otro disparo. La bala me arañó ligeramente la piel cerca de la rodilla de la pata derecha.

XV - Una maniobra afortunada

Finalmente, en Matadi, tuve suerte. Era al atardecer. El sol descendía detrás de las cumbres de las montañas que separan la cuenca del Congo del océano. Yo avanzaba sumido en tristes reflexiones a través de los bosques, no lejos del río. Empezaba a lamentar el no haberme dejado arrastrar por la manada. Ahora no vagaría como un proscrito: bien porque mis sufrimientos habrían terminado definitivamente, bien porque me habría convertido en una honrada bestia de carga. A mi derecha, a través del follaje, el río resplandecía como un rubí bajo los rayes del sol poniente. A la izquierda veíanse gigantescos árboles del caucho mostrando incisiones en sus cortezas. Los hombres no podían estar muy lejos.

Continué avanzando hasta desembocar en unos campos con cultivos de mandioca, de miso, de cana de azúcar y de tabaco. Posando con precaución mis pies en el suelo, seguí una avenida entre un campo de caña de azúcar y otro de tabaco. Me condujo a un extenso prado, en medio del cual se alzaba una casa. No vi a nadie cerca de la casa, excepto a dos niños que estaban jugando. Un chiquillo y una chiquilla de siete a diez años.

Salí al prado sin que me vieran y, súbitamente, irguiéndome sobre mis patas traseras empecé a marcar unos pasos de baile. Los niños me vieron y se quedaron con la boca abierta. Y yo, dichoso al ver que no se habían puesto a llorar ni habían huido, hice unas cabriolas con las que nunca ha soñado ningún elefante de circo. El chiquillo empezó a reír a carcajadas. La niña aplaudió. Yo bailaba, daba volteretas, me erguía sobre mis patas delanteras o traseras, incansablemente.

Los niños, cada vez más atrevidos, se acercaban a mí poco a poco. Finalmente, alargué la trompa con precaución y propuse al muchacho que se sentara encima y se columpiara. Tras algunas vacilaciones, se decidió. Se sentó en la punta de mi trompa y le columpié. Luego le tocó el turno a la niña. Confieso que me sentía tan feliz al estar en compañía de aquellos pequeños que me dejé llevar por el juego y no vi a un hombre delgado, de elevada estatura, rostro amarillento y ojos hundidos, signos visibles de que había sufrido recientemente un acceso de fiebre tropical. Nos contemplaba con un asombro indescriptible. Por fin, los niños le vieron.

—¡Papá! —grito el niño en inglés—. ¡Mira a nuestro Hoity-Toity!

—¿Hoity-Toity? —repitió el padre con voz sorda.

Era evidente que no sabía que hacer. Entonces, me acerque y me arrodille delante de él. El inglés me sonrío y me acaricio la trompa.

«¡Victoria! ¡Victoria!», exclamé para mis adentros.

Aquí termina la narración del elefante. En realidad, aquí puede terminar su historia, ya que la suerte posterior de Hoity-Toity no ofrece ningún interés especial. Wagner, Denissov y él efectuaron una excursión a Suiza. Provocando la sorpresa de los turistas, el elefante se paseó por los alrededores de Vevey, preferidos de Ring en

otra época. A veces se bañaba en el lago de Ginebra. Por desgracia, aquel año el frío se presentó antes que de costumbre y nuestros turistas tuvieron que regresar a Berlín en el vagón especial de un tren de mercancías.

Hoity-Toity volvió a trabajar en el circo Busch, ganándose honradamente los trescientos sesenta quilos de su ración diaria, asombrando no sólo a los berlineses, sino también a numerosos extranjeros que acuden expresamente a Berlín para ver al «genial elefante». Los sabios continúan discutiendo las causas de ese genio. Unos dicen que es un «truco»; otros que son «reflejos espontáneos»; otros hablan de «hipnosis colectiva».

Young, sumamente cortés, sigue cuidando de él. En el fondo, está un poco asustado y cree que en aquel asunto media alguna brujería. En efecto, el elefante lee el periódico todos los días, y en cierta ocasión, al entrar de improviso en su alojamiento, el cornac sorprendió al elefante haciendo solitarios con una baraja que unos días antes le había sustraído de un bolsillo. Young no se lo ha contado a nadie: no quiere que le tomen por mentiroso.

Redactado de acuerdo con los materiales de Akim Ivanovich Denissov. Wagner, después de haber leído este manuscrito, escribió encima:

«Todo eso ocurrió. Ruego que no se traduzca este relato al alemán. El secreto de Ring no debe ser revelado, al menos a los que le rodean».

Sobre el abismo

Alexander Beliaev

I - Una misteriosa quinta de verano

Durante mis paseos por las afueras de Simeiz, en Crimea, la solitaria quinta de verano que se erguía en la falda de una montaña llamó mi atención. Ningún camino conducía hasta ella y estaba muy bien vallada por todos los lados, con su única verja siempre cerrada. Por encima de la valla no asomaba ningún arbusto ni la copa de un solo árbol, y en torno a ella todo eran rocas amarillentas, con algún ocasional enebro de aspecto enfermizo o un retorcido pino aquí y allá.

¿A quién podía habersele ocurrido vivir en aquel desierto? Suponiendo que viviera alguien allí... Solía preguntármelo mientras merodeaba alrededor de la misteriosa quinta de verano.

Nunca vi salir a nadie del lugar. Mi curiosidad fue en aumento, y debo confesar que traté de echar una mirada al interior de la valla trepando a las rocas más altas del contorno. Pero la quinta estaba situada de modo que, cualquiera que fuese mi observatorio, sólo podía divisar un rincón del patio.

Sin embargo, al cabo de unos cuantos días de observación, conseguí ver a una anciana vestida de negro que cruzaba el patio.

Aquello fue un nuevo estímulo para mi curiosidad.

Las personas que vivían allí debían tener alguna conexión con el mundo exterior. ¿Dónde efectuaban sus compras?

Realicé indagaciones entre la gente que conocía, y finalmente capté el rumor de que la quinta estaba habitada por el profesor Wagner.

¡El profesor Wagner!

Aquel nombre acrecentó todavía más la atención que dedicaba a la quinta de verano. Hubiese dado cualquier cosa por conocer al hombre cuyos inventos habían causado tanta sensación. A partir de entonces asedié el lugar. En mi fuero íntimo sabía que estaba haciendo algo que no debía, pero continué espionando el lugar durante horas enteras, de día y de noche, desde mi puesto de observación detrás de unas matas de enebros.

Dicen que quien la sigue la consigue.

Bien, una mañana, poco después del amanecer, oí chirriar la verja. Todo mi cuerpo se puso en tensión y, con el corazón palpitante, aguardé el desarrollo de los

acontecimientos.

La verja se abrió. Un hombre alto, de mejillas sonrosadas, con una barba rubia y un bigote caído, cruzó la verja y dirigió una cautelosa mirada a su alrededor. ¡No cabía duda: era el profesor Wagner!

Tras asegurarse de que no había nadie a la vista, el profesor trepó lentamente por la colina hasta un espacio llano donde empezó a realizar lo que me pareció un ejercicio muy raro. En el suelo había varios pedruscos de diversos tamaños. Wagner trató de levantarlos uno por uno, pero eran tan grandes y pesados que ni siquiera un campeón de levantamiento de pesos hubiera podido moverlos.

«¡Qué extraño pasatiempo!», pensé. Pero inmediatamente quedé tan asombrado que no pude contener una exclamación de sorpresa. Era algo completamente irreal: el profesor Wagner se acercó a una enorme roca, más alta que un hombre, la agarró por un borde saliente y la levantó con el mismo esfuerzo aparente que habría empleado si la roca hubiese sido de cartón. Luego, extendiendo el brazo, empezó a balancear la roca de un lado a otro.

Yo estaba desconcertado, sin saber qué pensar. Una de dos, o el profesor Wagner poseía una fuerza sobrehumana —en cuyo caso, ¿por qué no había podido levantar otras rocas de menor tamaño?—, o...

No había completado mi pensamiento cuando un nuevo truco del profesor me privó incluso de la facultad de pensar: hasta tal punto me impresionó.

Wagner lanzó la roca hacia arriba como si fuera un guijarro, proyectándola a una altura de casi veinte metros. Muy nervioso, cerré los ojos esperando oír el estrépito que habría de producirse cuando la roca se estrellara contra el suelo. Pero, transcurridos unos segundos sin oír nada, volví a abrir los ojos. La roca descendía lentamente. Y, antes de que llegara al suelo, Wagner extendió su mano y la recogió, sin que su brazo acusara en lo más mínimo los efectos del impacto.

—¡Ja, ja! —rió Wagner con una voz profunda, al tiempo que volvía a lanzar la roca, esta vez paralelamente al suelo.

La roca recorrió medio centenar de metros y de pronto pareció perder impulso y cayó, haciéndose añicos.

—¡Ja, ja! —rió de nuevo, y dio un salto extraordinario.

Habiendo alcanzado una altura de unos cuatro metros, empezó a volar paralelamente al suelo en dirección a donde yo estaba; luego, posiblemente debido a un error de cálculo, inició una rápida caída. Se estrelló contra el suelo cerca de mí, al otro lado del enebro, gruñó, profirió una maldición y se frotó la rodilla. Luego trató de levantarse y volvió a gruñir.

Tras alguna vacilación decidí revelar mi presencia y prestar los primeros auxilios al profesor.

—¿Está usted herido? ¿Puedo ayudarle? —inquirí, saliendo de detrás del arbusto.

Mi aparición no pareció sorprender lo más mínimo al profesor. En cualquier caso, si le sorprendió no lo dio a entender.

—No, gracias —dijo con voz tranquila—. Puedo valerme por mí mismo.

Efectuó otra tentativa para levantarse, pero tuvo que renunciar, con el rostro contraído por el dolor. Su rodilla se estaba hinchando a ojos vista. Era evidente que no podría arreglárselas sin ayuda.

La situación requería una acción inmediata.

—Permítame que le ayude a salir de aquí antes de que el dolor le deje sin fuerzas —dije, y le ayudé a levantarse.

No formuló ninguna objeción, a pesar de que cada movimiento tenía que representar una tortura para él. Echamos a andar lentamente hacia la casa. Yo cargaba casi con todo su peso, y al final el que se estaba quedando sin fuerzas era yo. Pero me sentía feliz, ya que no sólo había visto al profesor Wagner, sino que incluso había trabado conocimiento con él. ¿Me permitiría entrar en su casa? ¿O me despediría al llegar a la verja, después de darme las gracias? Esto era lo que me preocupaba mientras nos acercábamos a la quinta. Sin embargo, el profesor no dijo nada y cruzamos la línea mágica. De hecho, no creo que el profesor pudiera decir nada. Sus sufrimientos parecían ser muy intensos. Yo también estaba mortalmente cansado, pero antes de entrar en la quinta conseguí echar una inquisitiva mirada en torno al patio.

Era muy espacioso, y en el centro había una especie de máquina parecida a un aparato de Maurain. En uno de los rincones había un agujero circular en el suelo, cubierto con un grueso cristal. Alrededor del agujero, unos arcos metálicos se extendían a intervalos hacia la casa y en otras varias direcciones.

No tuve tiempo de ver nada más, ya que la mujer vestida de negro —el ama de llaves del profesor, según supe más tarde—, salió alarmada de la casa y corrió a nuestro encuentro.

II - El círculo mágico

Wagner se encontraba en muy mal estado. Su respiración era dificultosa y deliraba.

Deseé con todas mis fuerzas que el cerebro del profesor Wagner, aquel maravilloso mecanismo, no resultara lastimado a consecuencia del golpe.

En su delirio, recitaba fórmulas matemáticas y gemía de cuando en cuando. El ama de llaves estaba completamente aturdida y no sabía qué hacer. Repetía sin cesar:

—¿Qué va a pasar? ¡Dios mío! ¿Qué va a pasar?

Tuve que prestarle al profesor los primeros auxilios y me quedé a cuidarle.

A la mañana siguiente Wagner recobró el conocimiento. Abrió los ojos y me miró.

—Gracias —murmuró débilmente.

Le di unos sorbos de agua y él hizo un gesto de reconocimiento y me pidió que le dejara solo. Fatigado por la ansiedad del día anterior y por una noche de insomnio, decidí dejar solo al paciente unos instantes y salir a tomar un poco el aire. El aparato instalado en el centro del patio volvió a atraer mi atención. Me acerqué a él y alargué la mano.

—¡No se acerque más! ¡Cuidado! —gritó la voz asustada del ama de llaves detrás de mí.

Y mientras oía aquella voz, noté que mi mano se hacía de pronto extraordinariamente pesada, como si soportara una enorme carga, hasta el punto de que tiró de mí hacia abajo con tal violencia que caí al suelo. Mi mano quedó pegada al suelo por aquel invisible peso. Con un supremo esfuerzo conseguí liberarla. Estaba amoratada y me dolía mucho.

El ama de llaves permanecía a mi lado, sacudiendo la cabeza con desaliento.

—¡Oh, querido, querido! Ha sido una torpeza por su parte. Será mejor que se mantenga alejado del patio, si no quiere que le suceda una desgracia, Dios me perdone.

Sin comprender nada, entré en la casa y me apliqué una compresa de agua fría a la mano.

Al despertar por segunda vez, el profesor parecía estar completamente despejado. Por lo visto, su organismo era excepcionalmente vigoroso.

—¿Qué es eso? —inquirió, señalando mi mano.

Se lo expliqué.

—Se ha librado usted por muy poco —dijo.

Ardía en deseos de obtener una explicación de Wagner, pero me abstuve de formularle preguntas para no fatigarle.

Aquella noche, después de que su lecho fue adosado a la ventana, de acuerdo con sus instrucciones, el propio Wagner sacó a relucir el tema que tanto me interesaba.

—La ciencia estudia las fuerzas elementales —empezó— y establece toda clase de leyes, pero en realidad sabe muy poco acerca de la naturaleza de esas fuerzas. Tomemos la electricidad o la gravedad. Estudiamos sus propiedades y las utilizamos. Pero no nos revelan el íntimo misterio de su naturaleza. Por lo tanto, no podemos utilizarlas plenamente. La electricidad resulta más asequible, desde luego. La hemos domesticado, por así decirlo. La almacenamos, la transmitimos de un lugar a otro, la utilizamos cuando y cómo la necesitamos. Pero la gravedad es más intratable. Tenemos que transigir con ella, adaptarnos a sus caprichos, en vez de adaptarla a nuestras necesidades. Si pudiéramos regular su poder a nuestra voluntad, acumularlo como la electricidad, dispondríamos de una fuerza maravillosa. Siempre he soñado en domesticar a la gravedad.

—¡Y lo ha conseguido usted! —exclamé, con repentina comprensión.

—Sí, lo he conseguido. He descubierto una técnica por medio de la cual podemos regular la fuerza de gravedad. Ha sido usted testigo de mis primeros éxitos. Y de lo que me han costado —añadió Wagner, frotándose la rodilla lastimada—. Como experimento, he reducido la fuerza de gravedad en una pequeña zona alrededor de esta quinta. Ya vio usted con qué facilidad levanté aquella roca. Lo conseguí a cambio de un aumento de la fuerza de gravedad en una zona de dimensiones equivalentes en el interior de mi patio. Su curiosidad ha estado a punto de costarle la vida cuando se acercó a mi «círculo mágico».

»—Mire —continuó, señalando a través de la ventana—. ¿Ve aquellos pájaros que vuelan por allí? Tal vez uno de ellos penetrará en la zona de gravedad incrementada...

Se quedó silencioso contemplando con aire excitado los pájaros que se acercaban a la quinta. Ahora estaban encima del patio...

De repente, uno de ellos cayó como una piedra. No se limitó a estrellarse contra el suelo, de un modo normal, sino que quedó aplastado y reducido al grosor de un papel de fumar, como si lo hubiese chafado una apisonadora.

—¿Ha visto?

Me estremecí al pensar que podía haberme ocurrido lo mismo a mí.

—Sí —Wagner adivinó mi pensamiento—, hubiera usted quedado reducido a papilla por el peso de su propia cabeza —Y con una sonrisa continuó—: Fima, mi ama de llaves, dice que mi invento es una maravilla para mantener a los gatos alejados de la despensa. Pero hay otras bestias mucho más peligrosas, que no están armadas con garras y colmillos, sino con cañones y bombas.

»—¡Imagine lo que podría hacer un arma defensiva que controlara la gravedad! Una barrera a lo largo de las fronteras del país impediría que el enemigo pudiera cruzarlas. Los aviones caerían como ha caído ese pájaro. Ni siquiera los proyectiles de artillería pasarían más allá. O podría aplicarse en sentido contrario: reducir la fuerza de gravedad en la zona enemiga, de modo que los soldados flotaran indefensos en el aire... Pero todo eso es un juego de niños comparado con lo que he conseguido.

He descubierto un sistema para reducir la atracción de la gravedad en toda la superficie de la Tierra, a excepción de los polos.

—¿Cómo es posible eso?

—Haciendo que el globo gire con más rapidez, sencillamente.

—¿Cómo? ¿Hacer que el globo gire más aprisa?

—Sí. A medida que aumente su velocidad, la fuerza centrífuga será mayor y todos los objetos situados sobre la superficie de la Tierra se harán más ligeros. Si no le importa quedarse conmigo unos cuantos días...

—¡Me encantará!

—Entonces, iniciaré el experimento en cuanto pueda levantarme. Creo que le interesará.

III - «Está rodando».

Al cabo de unos días el profesor Wagner abandonó el lecho, aunque cojeaba ligeramente. Se pasaba muchas horas en su laboratorio subterráneo, situado en un rincón del patio. Me abrió las puertas de su biblioteca pero nunca me invitó a bajar al laboratorio.

Un día, me encontraba sentado en la biblioteca cuando se presentó Wagner, muy excitado, gritando desde el umbral:

—¡Está rodando! He puesto el aparato en movimiento. Ahora veremos qué pasa.

Yo esperaba algo extraordinario. Pero transcurrieron las horas sin que sucediera nada.

—Paciencia —dijo el profesor, sonriendo—. La fuerza centrífuga es directamente proporcional al cuadro de la velocidad angular, ¿sabe? Y la Tierra tiene un tamaño descomunal: no resulta fácil acelerarla.

A la mañana siguiente, al levantarme, experimenté la sensación de que era más ligero que de costumbre. Hice una prueba, levantando una silla: me pareció también mucho más ligera. De modo que la fuerza centrífuga estaba funcionando... Salí a la veranda y me senté a leer a la sombra. Pero no tardé en darme cuenta de que la sombra se movía con desusada rapidez. ¿Acaso se movía el sol más aprisa que antes?

—Se ha dado cuenta, ¿eh? —oí que decía Wagner, desde el lugar donde había estado observándome—. La Tierra gira más aprisa, y el día y la noche se están acortando.

—Pero, ¿a dónde nos llevará todo esto? —inquirí.

—Vivir para ver —se limitó a decir el profesor.

Aquel día, el sol se ocultó dos horas antes que de costumbre.

—Imagino la conmoción que el acontecimiento habrá producido en todo el mundo —le dije al profesor—. Pero, me gustaría saber...

—Vaya a mi estudio y lo sabrá —dijo Wagner—. Allí hay un aparato de radio.

Me dirigí apresuradamente al estudio y me enteré de que la población mundial se encontraba efectivamente bajo los efectos de una gran conmoción.

Pero aquello era sólo el comienzo. La Tierra continuó acelerando su movimiento, y los días se hacían cada vez más cortos.

—Todos los objetos que están sobre el ecuador han perdido ahora una cuadragésima parte de su peso —me dijo Wagner cuando el día y la noche duraban solamente cuatro horas.

—¿Por qué sobre el ecuador?

—Porque la atracción de la Tierra es más débil allí, en tanto que el radio de rotación es más largo: en consecuencia, la fuerza centrífuga es mayor.

Los científicos se habían dado cuenta ya del peligro que esto implicaba. Se había iniciado un éxodo desde las regiones ecuatoriales a latitudes más altas, donde la

fuerza centrífuga era menor. La reducción estaba resultando beneficiosa: las locomotoras podían arrastrar enormes trenes, el motor de una motocicleta proporcionaba suficiente energía para un avión... y a una mayor velocidad. La gente era cada vez más ligera y más fuerte. Por mi parte, cada día que pasaba me encontraba más liviano. ¡Una sensación sumamente agradable!

Sin embargo, la radio no tardó en informar de los primeros desastres. Los descarrilamientos eran cada vez más frecuentes, aunque con escasas víctimas, ya que los vagones quedaban intactos aunque cayeran desde alturas considerables. Los vientos adquirían la fuerza de huracanes, levantando nubes de polvo que ya no volvían a posarse nunca más en el suelo.

Cuando la velocidad angular hubo aumentado setenta veces, los objetos y las personas del ecuador perdieron todo su peso.

Aquella noche, la radio difundió la terrible noticia: en el África ecuatorial y en América aumentaban los casos de personas que andaban cabeza abajo debido a la atracción de la fuerza centrífuga, siempre en aumento. Y no tardó en llegar otra noticia más aterradora del ecuador: la amenaza de asfixia.

—La fuerza centrífuga está desgarrando la envoltura de aire del globo terráqueo —explicó el profesor tranquilamente—. La atracción de la Tierra no puede seguir manteniéndola en su lugar.

—Pero... ¿significa eso que también nosotros nos asfixiaremos? —pregunté, en tono preocupado.

Wagner se encogió de hombros.

—Nosotros estamos preparados contra cualquier eventualidad —dijo.

—¿Por qué empezó todo esto? —inquirí—. Representará una verdadera catástrofe mundial, la destrucción de la civilización...

Wagner se quedó impasible.

—Más tarde sabrá por qué lo he empezado.

—No habrá sido por el simple placer de experimentar...

—No comprendo su excitación —dijo Wagner—. ¿Y qué, si se tratara de un simple experimento? No razonemos en un círculo vicioso. Cuando un huracán o un volcán en erupción mata a las personas por millares, a nadie se le ocurre formular reproches al huracán o al volcán. Considere esto como otro desastre natural.

No quedé satisfecho por la respuesta. Además, una sensación de mala voluntad hacia el hombre despertó en mi ánimo por primera vez.

Había que ser un monstruo, desprovisto de todo sentimiento, para sacrificar las vidas de millones de personas por un experimento científico, pensé.

Mi mala voluntad hacia Wagner se hizo más intensa a medida que yo mismo me sentía peor, y no era de extrañar: aquellos terribles informes acerca de la destrucción paulatina del mundo, la rápida sucesión de los días y las noches, bastaban para enloquecer a cualquiera. Apenas dormía, y era un manojo de nervios. Para moverme, tenía que adoptar infinitas precauciones. La más leve contracción muscular me haría

salir despedido contra el techo. Las cosas perdían rápidamente peso y no había modo de manejarlas. Los muebles más pesados se desplazaban al menor contacto.

Fima, el ama de llaves, estaba tan exasperada como yo. El cocinar se había convertido en un espectáculo circense: las ollas y las cacerolas volaban por el aire, y la propia cocinera flotaba cómicamente tratando de alcanzarlas.

Wagner era el único que conservaba el buen humor, e incluso se burlaba de nosotros.

No me aventuraba a salir al exterior sin haber llenado previamente mis bolsillos de piedras, para no «caer en el cielo». El nivel del mar era cada vez más bajo, ya que el agua era arrastrada hacia el oeste, donde al parecer inundaba la costa... Además, padecía frecuentes ataques de vértigo y de asfixia. El aire era cada vez más enrarecido. El viento huracanado que había estado soplando del este parecía amainar. Pero al mismo tiempo descendía la temperatura del aire.

Intuía que se acercaba el final... Me sentía tan angustiado que empecé a pensar qué clase de muerte escogería: caer en el cielo, o esperar a quedar asfixiado. La asfixia era lo peor, pero me permitiría ver lo que ocurría en la Tierra hasta el último momento.

No, era preferible terminar de una vez, pensé, y empecé a descargar mis bolsillos.

—Un momento —oí que decía la voz de Wagner, apenas audible en aquella atmósfera enrarecida—. Vamos a bajar al laboratorio subterráneo.

Deslizó su brazo debajo del mío, hizo una seña al ama de llaves, que estaba en la veranda, jadeando, y los tres nos encaminamos a la gran «ventana» redonda practicada en el suelo del patio. Yo andaba como en un trance, perdida toda voluntad. Wagner abrió la pesada puerta que conducía al laboratorio subterráneo y me empujó a través de ella. Perdí el sentido y caí sobre el suelo de piedra.

IV - Cabeza abajo

No sé cuanto tiempo permanecí inconsciente. Mi primera sensación fue la de que estaba respirando aire fresco. Abrí los ojos y quedé sorprendido al ver una bombilla enroscada al suelo, no lejos del lugar donde yo estaba tendido.

—No le extrañe —oí que decía el profesor Wagner—. El suelo no tardará en convertirse en techo. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor, gracias.

—Arriba, entonces —dijo, cogiéndome de la mano.

Volé hasta la claraboya y luego descendí, muy lentamente.

—Vamos, le enseñaré mi cuartel general subterráneo —dijo Wagner.

Había tres habitaciones juntas: dos de ellas con luz artificial, y una tercera, de mayor tamaño, con un encristalado techo o suelo: no estoy seguro. Lo malo era que estábamos sometidos al estado de ingravidez.

Esto convertía nuestro recorrido en un paseo agotador. Girábamos y remolineábamos, agarrando y desplazando los muebles, saltando por encima de las mesas o chocando contra ellas, suspendidos a veces en el aire y extendiendo nuestras manos para cogernos. Sólo nos separaban unos centímetros, pero éramos completamente incapaces de franquearlos hasta que algún ingenioso truco rompía el equilibrio. Los objetos que tocábamos flotaban alrededor de nosotros. Una silla estaba colgada en el aire en el centro de la habitación. Unos vasos llenos de agua aparecían volcados sin que se derramara el líquido...

Luego vi una puerta que conducía a la cuarta habitación, de la cual surgía un sonido chirriante. Pero Wagner no me permitió entrar en ella. Al parecer, albergaba el mecanismo que aceleraba la rotación de la Tierra.

Sin embargo, nuestro «vuelo espacial» no tardó en acabar, y descendimos al techo encristalado, que a partir de entonces sería nuestro suelo. No tuvimos que mover las cosas porque ya se habían movido por sí mismas, y la bombilla eléctrica estaba ahora sobre nuestras cabezas, iluminando la habitación durante las brevísimas noches.

Wagner lo había previsto todo, desde luego. Disponíamos de una abundante provisión de botellas de oxígeno, de alimentos en conserva y de agua. Esto explica que el ama de llaves no salga a comprar, pensé.

Ahora que estábamos en el techo, descubrí que el andar resultaba bastante fácil, a pesar de que, en términos relativos, andábamos cabeza abajo. Pero el hombre se acostumbra a todo. Yo me estaba adaptando rápidamente a la nueva situación. Cuando incliné la mirada hacia mis pies y vi el cielo debajo de mí a través del grueso cristal transparente, tuve la impresión de que estaba de pie sobre un espejo redondo que reflejaba el cielo.

Pero a veces reflejaba cosas anormales o espantosas.

El ama de llaves dijo que tenía que ir a la casa a buscar la mantequilla, que había

olvidado allí.

—No podrá llegar —le dije—. Se caerá usted hacia abajo... quiero decir hacia arriba.

—Me agarraré a las anillas del suelo: el profesor me enseñó a hacerlo. Cuando todo era normal, aprendí a andar sobre mis manos en una habitación en la que había anillas en el techo.

Desde luego, el profesor Wagner había pensado en todo.

Me sorprendió que una mujer se mostrara tan valiente. ¡Arriesgar su vida, «andando sobre las manos» encima del espacio infinito, para que no nos faltara la mantequilla!

—De todos modos, es muy arriesgado —dije.

—Mucho menos de lo que imagina —declaró el profesor Wagner—. Nuestro peso es insignificante y se requiere muy poca fuerza muscular para esa maniobra. Además, voy a acompañarla: me he dejado arriba mi cuaderno de notas.

—Pero, en el exterior no hay aire...

—Tenemos cascos con aire comprimido.

Y así, vestidos como buzos, se alejaron. La doble puerta se cerró detrás de ellos. Luego oí el golpazo de la puerta exterior.

Tendido en el suelo, con el rostro pegado al grueso cristal, contemplé a la pareja con inquietud: dos figuras con la cabeza embutida en un globo que andaban rápidamente sobre sus manos, agarrándose a las anillas del suelo, con las piernas agitándose en el aire. ¡Resultaba difícil imaginar un espectáculo más fantástico!

Wagner y el ama de llaves desaparecieron en el interior de la casa.

No tardaron en salir de nuevo.

Se encontraban ya a medio camino del laboratorio cuando ocurrió algo que me dejó helado de espanto: el ama de llaves había dejado caer la jarra de la mantequilla y, en su esfuerzo por alcanzarla, se soltó de la anilla y empezó a caer al abismo...

Wagner intentó salvarla: desenrolló una cuerda que llevaba a la cintura, la ató a una de las anillas y descendió por ella detrás del ama de llaves. La desdichada mujer caía lentamente, y como Wagner había conseguido acelerar su caída por medio de un vigoroso impulso, no tardó en llegar a su altura. Extendió su brazo hacia ella, pero la fuerza centrífuga había hecho que la mujer se desviara un poco. Wagner no consiguió alcanzarla. Y la cuerda estaba ahora completamente desenrollada... Lentamente, el profesor trepó por la cuerda, iniciando el regreso a la tierra desde los abismos del cielo...

Vi que la desgraciada mujer agitaba sus brazos. Luego, la noche cayó como un telón sobre aquella escena de muerte.

Me estremecí al imaginar lo que ella sentía. ¿Qué sería de ella? Su cadáver, sin descomponerse en la frialdad del espacio, caería eternamente a menos de que un planeta lo atrajera al pasar junto a él.

Estaba tan absorto en mis pensamientos que no me di cuenta de que Wagner había

entrado y estaba a mi lado.

—Una hermosa muerte —dijo tranquilamente.

El odio me cegó.

—¡Usted la ha matado! —escupí—. ¡Es usted un asesino! ¡Y tendrá que responder de esa muerte, y de la vida que ha destruido en la Tierra! Reduzca inmediatamente la velocidad de la Tierra, o...

Pero el profesor se limitó a sacudir la cabeza.

—¡Hable! —grité, apretando los puños.

—No puedo hacer nada. Probablemente, existe un error en mis cálculos.

—¡Entonces, pagará usted por ese error!

Me lancé contra él, enrosqué mis manos alrededor de su garganta y empecé a apretar... Y en aquel preciso instante noté que el suelo cedía bajo mis pies. Luego se rompió el cristal y me hundí en el abismo, con las manos cerradas sobre la garganta de Wagner...

V - Un nuevo auxiliar docente

Delante de mí, el rostro sonriente del profesor Wagner. Aturdido, le miré. Luego miré a mi alrededor.

El sol, bajo aún en el dosel azulado del cielo. A lo lejos, el mar. Dos mariposas blancas revoloteando cerca de la veranda. El ama de llaves, con un plato que contenía un gran trozo de mantequilla en las manos...

—¿Dónde estoy? ¿Qué significa todo esto? —le pregunté al profesor.

Wagner sonrió por debajo de sus largos bigotes.

—Debo disculparme —dijo— por haberle utilizado para un experimento, sin su permiso y sin haber tenido el placer de conocerle hasta ahora. Si sabe quién soy, estará enterado de que por espacio de muchos años he estado trabajando en la solución del problema que le plantea al hombre la necesidad de asimilar la inmensidad de los conocimientos modernos. Personalmente, por ejemplo, he logrado que cada una de las dos mitades de mi cerebro trabaje independientemente.

—Leí algo acerca de eso —dije.

—Entonces, ya sabe de qué va. Pero no todo el mundo puede hacer eso. De modo que decidí utilizar la hipnosis como auxiliar docente. Después de todo, la enseñanza convencional comporta también cierta cantidad de hipnosis. Esta mañana, cuando salí a dar mi acostumbrado paseo, le vi a usted oculto detrás del enebro. No era la primera vez que se apostaba usted allí, ¿verdad? —inquirió, con un brillo humorístico en los ojos.

Quedé confundido.

—Bueno, decidí castigarle un poco por su curiosidad, sometiéndole a la hipnosis.

—¿Qué? ¿Todo lo que he visto...?

—Pura hipnosis. Sin embargo, para usted fue muy real, ¿no es cierto? Y seguramente no olvidará la experiencia. Nada menos que una lección práctica sobre las leyes de la gravedad y de la fuerza centrífuga. Se comportó usted como un estudiante aprovechado, aunque al final de la sesión se excitó un poco...

—¿Cuanto tiempo ha durado?

El profesor Wagner consultó su reloj.

—Un par de minutos, aproximadamente. Una técnica muy productiva, ¿no le parece?

—¡Un momento! —exclamé—. ¿Y la ventana encristalada? ¿Y las anillas en el suelo? —Miré hacia el patio que se extendía delante de nosotros, completamente vacío—. ¿Fueron también producto de la hipnosis?

—Exactamente. Pero, con sinceridad, ¿encontró usted aburrida mi lección de física? No, ¿verdad? Fima —llamó—. ¿Está preparado el café? Vamos a desayunar...

El proceso del tántalo

Victor Saporin

I

Bartch volaba sobre el Pacífico, cuando súbitamente su aparato emitió «Aterrizaje forzoso».

El sistema anti-incendio entró en acción. Por el tragaluz, Bartch vio el extintor de a bordo que rociaba la parte delantera del aparato, de la cual brotaba una espesa humareda, seguida casi inmediatamente por una lengua de llamas. El extintor apagó la llama, pero el humo brotó más espeso que nunca. Transcurrió un minuto, luego otro, y la llama tendió de nuevo su lengua aguda hacia el flanco del avión.

A su alrededor, todo lo lejos que alcanzaba la vista, Bartch sólo veía el espejo unido del océano. Pero, evidentemente, el aparato había descubierto en el mapa un trozo de tierra y tendía hacia él con todas sus últimas fuerzas mecánicas.

Bartch percibió finalmente lo que el aparato había encontrado: un islote volcánico, asombrosamente parecido desde lo alto a una de esas manchas que cubren las hojas de la caña de azúcar por el tántalo. Desde más cerca, apareció como un amontonamiento de rocas, lanzadas en desorden en medio del océano.

La humareda era tan espesa que Bartch no veía casi nada. Comprendió únicamente que el aparato había volado ya dos veces sobre el islote. Pero incluso para un avión del Socorro de urgencia, posarse sobre aquellas rocas erizadas como espinos resultaba imposible.

El aparato giró para pasar por tercera vez por encima del islote, y Bartch notó súbitamente que el suelo se hundía debajo de él. Cayó al vacío con el sillón al cual estaba atado.

Colgado de la cúpula del paracaídas, vio cómo su avión descendía hacia el océano, dejando detrás de él un rastro de humo negro.

Lo que siguió fue como una pesadilla. Los peñascos aumentaron bruscamente de tamaño, erguidos como fauces de colmillos amenazadores. Bartch se golpeó la rodilla contra una aguda arista, y casi simultáneamente la hebilla de su cinturón cedió y se desenganchó del asiento, por fortuna cuando estaba ya muy cerca del suelo.

El sillón enganchado al paracaídas continuó su carrera y desapareció, con la reserva de víveres y de medicamentos contenidos en las bolsas herméticas, debajo del asiento.

Transcurrieron algunos minutos antes que Bartch recobrar su lucidez. Su primer

movimiento, casi instintivo, fue llevar la mano al bolsillo de su blusa para tomar su bloque universal. La caja de plástico estaba intacta, pero el aparato no funcionaba; algo se había roto en el interior. Bartch estaba privado de lo esencial: el enlace con el mundo circundante.

Con los dientes apretados, arrastrando su pierna dolorida, trepó por la pendiente hasta la cresta rocosa para ver dónde se encontraba.

A su alrededor, el océano azul oscuro parecía sin fondo. Indiferentes, las olas avanzaban desde el horizonte y se estrellaban contra los peñascos del islote, asombradas de encontrarlo en su camino.

Y, de hecho, diminuta mancha de sonido sobre el rostro del océano, ni siquiera tenía nombre, sin duda.

Bartch se tumbó de espaldas. Trató de recordar todo lo que había pasado.

El primer rostro que surgió ante sus ojos fue el del carcelero Svensen.

II

... La prisión correspondía exactamente a la idea que Bartch se había formado de ella a través de numerosas fotografías: cuatro docenas de edificios, toda una pequeña ciudad científica, sin un solo arbusto, sin un solo tallo de hierba sobre su suelo forrado de plástico, y el conjunto cubierto por una inmensa cúpula transparente.

—Imposible fugarse de aquí —dijo Svensen en tono convencido.

Sus ojos ligeramente hundidos y las pronunciadas arrugas en las comisuras de sus labios le conferían un aire de profeta.

—Sólo hay una entrada y ninguna salida. Es como el infierno de Dante. ¿Cómo salir? ¡Ja! No encontrará usted una sola costura en esta pared.

—¿Y las fisuras?

Svensen golpeó con el puño la pared transparente. Su puño rebotó como si hubiese chocado contra un caucho perfectamente tensado.

—Es una pared de varias capas. Y cada una de ellas vuelve a pegarse automáticamente. Eso forma una masa flexible, sin fisuras. Ni siquiera una bala la perforaría.

—Pero, de todos modos, existe la entrada —insistió Bartch.

—Y, en consecuencia, una salida, ¿no es eso? En efecto, un hombre puede salir. Un microbio, no.

—Sin embargo, uno de ellos salió.

—El que usted busca no se encuentra entre nuestros detenidos.

—Quiero creerlo. Pero no ha podido llegar de Marte ni de Venus...

—Desde luego que no. Los cohetes son desinfectados minuciosamente. El Control de la seguridad se ocupa de ello.

—¿Y las bacterias que van a buscarse especialmente a otros planetas? ¿También son almacenadas aquí?

—En unos recipientes especiales, y colocadas directamente en un edificio particular. Mire, es el más alejado, el que aparece como envuelto en una niebla. Está cubierto por otras dos cúpulas como ésta. Una medida de precaución adicional.

—¿No cree usted posible que no hayan sido aniquilados todos los microbios en la Luna? —preguntó Bartch—. Los cohetes que regresan de la Luna no son desinfectados, ¿verdad?

—Por desgracia, no existe esa posibilidad —respondió Svensen—. Sabe usted perfectamente que en la Luna sólo había microorganismos anaerobios. ¡Cuando pienso que se han aniquilado todos los microorganismos de un astro! —exclamó, alzando los brazos al cielo—. ¡Un trágico error! Y la misma suerte aguardaba a la Tierra. Se empezó por destruir todos los virus de la gripe, todos los agentes patógenos de la disentería y del cólera... Algunos han desaparecido por completo. Ahora son buscados en Venus. En fin, vamos.

—¿Dónde está la entrada?

—Delante de usted.

Mirando con más atención, Bartch vio en la pared, delante de él, una juntura fina como un cabello y unos goznes casi transparentes.

—Éste es el único lugar de la Tierra —explicó Svensen— en el que todavía hay guardianes. Desde luego, a nadie se le ocurriría introducirse aquí sin haberlo solicitado. Pero el Control de la Seguridad insiste... ¡Abra! —ordenó, alzando la voz.

La pared se entreabrió dejando un paso tan angosto que tuvieron que entrar uno detrás del otro. Alargando el brazo hacia uno de los lados, Bartch tocó una pared dura. No estaban bajo la cúpula, como él creía, sino en un pasillo.

—La desinfección ha empezado —dijo Svensen, señalando el suelo salpicado de diminutos orificios—. Se arrastran muchas bacterias con los pies.

—¿Y les está prohibida la entrada?

—Naturalmente. La entrada ilegal, se entiende. Y su tántalo no podría entrar, aunque quisiera. ¿Comprende ahora por qué afirmo con tanta seguridad que no está aquí?

—¿Acaso me ha invitado a venir para que pueda convencerme por mí mismo?

Svensen no respondió.

El pasillo desembocaba en la pared de un gran edificio. Un minuto de espera y el suelo empezó a descender suavemente. Cuando se detuvo, otro había ocupado su lugar encima de ellos. Les esperaba un viaje asombroso.

Svensen y Bartch se desvistieron completamente y dejaron sus efectos personales en unos grandes cofres herméticos. Luego pasaron sucesivamente a varios locales comunicados entre sí por puertas dobles. Fueron vaporizados, lavados y friccionados por chorros de soluciones diversas a temperaturas diferentes... Aquello parecía un paseo bajo las duchas. Bartch, con los ojos fruncidos, seguía a Svensen que le llevaba tomado de la mano. Luego llegó un ciclo de irradiaciones que les confirió un aire de fantasmas. Continuaron andando, pasando de una luz anaranjada a otra azul, y de ésta a otra verde.

En un lugar determinado, los aparatos de control que supervisaban todas aquellas operaciones se mostraron dubitativos, y tuvieron que someterse de nuevo a una de las sesiones que acababan de terminar.

Finalmente, fueron autorizados a ponerse unas ropas de trabajo nuevas que encontraron en unas perchas en las cuales estaban señaladas las distintas tallas. Unos trajes blancos como la leche, completamente cerrados, como los de los astronautas, que sólo dejaban al descubierto el rostro y las manos. Un último control y salieron al patio de la prisión.

Svensen señaló un largo edificio:

—Allí están las gripes. Todas las que existen. Ciento y algo más. Al lado, se encuentra la peste. Como puede ver, el edificio tampoco es pequeño.

Al oír la palabra «peste», Bartch se estremeció.

—Un puro anacronismo —se apresuró a añadir Svensen—. Una de las paradojas de la medicina es que desde que la peste está ahí, a buen recaudo, ha sido tan bien estudiada y se han descubierto contra ella unos medios tan potentes y tan rápidos, que si por casualidad se escapara, sus efectos apenas se dejarían sentir. Si en otros tiempos la Humanidad hubiera dispuesto de esos remedios, la peste habría sido considerada como una enfermedad benigna, mucho menos grave que la gripe. Hablo de la peste corriente, naturalmente.

—¿Existen, entonces, variedades particulares?

—¡Oh! Últimamente hemos descubierto varios tipos que no se conocían antes. Mejor dicho, que no se distinguían, ya que sus agentes se mezclaban en cantidades ínfimas con los de la peste bubónica. Existe en especial una variedad de peste que eclipsa todo lo que la Humanidad ha conocido. Todas las vacunas son ineficaces contra ella.

—Veo que le profesa usted una verdadera admiración. Si eso continúa, va usted a hacerme la apología del tántalo...

—¿Y por qué no? —replicó vivamente Svensen—. Recuerde lo que sucedió con el agente patógeno del tifus. Condenado por el cuerpo médico, fue destruido. ¿Y qué ocurrió a continuación? Diez años después del aniquilamiento del último ejemplar, un microbiólogo estableció, estudiando los trabajos escritos, que aquel organismo sería sumamente útil para numerosos procesos necesarios para el hombre. En una forma modificada, desde luego. ¡Y ahora se buscan agentes del tifus por todo el Universo!

Svensen apretó el codo de Bartch con una fuerza que su complexión no permitía sospechar. Bartch, advertido de la «manía» del famoso carcelero, le miró.

—No existen microbios que sean solamente perjudiciales —declaró solemnemente Svensen, como si se dirigiera a un anfiteatro lleno de estudiantes—, del mismo modo que no existen microbios que sean solamente útiles. La opinión que tenemos de los microbios ha cambiado y cambiará más, pero los microbios, todos, lo mismo los que se encuentran en la Tierra que los de los otros planetas, tienen que estar al alcance de la mano del investigador. Por eso considero como genial la idea de crear esta prisión para los microbios, o este sanatorio, llámelo como quiera, y creo que hay que rendir un homenaje a su fundador, Karbychev.

Aunque Bartch pensó que tenía que habérselas con un fanático, escuchó aquella parrafada con interés.

—Tenemos pocos visitantes —continuó Svensen, en un tono completamente distinto—. Pero a los pocos que vienen les gusta recorrerlo todo. Si usted quiere...

—Desde luego —se apresuró a decir Bartch, animándose.

—¿Por qué sector prefiere empezar?

—Por el de la peste —dijo Bartch con voz firme.

Les dejaron entrar sin más ceremonia. Evidentemente, estaban convencidos que debajo de la cúpula no había ya ningún microbio.

Un largo pasillo conducía al fondo del edificio. A ambos lados se veían unas

puertas estrechas, con los nombres de las diversas variedades de peste inscritos en letras negras sobre fondo amarillo.

Svensen se detuvo delante de una de aquellas puertas.

—Aquí está —dijo—. Es la *pestis mortis*, de la que antes le hablaba.

Muy interesado, Bartch franqueó el umbral. Con gran asombro por su parte, tuvieron que permanecer largo rato en una antecámara antes que en el techo se encendiera la luz verde.

—¿Qué es lo que temen? —preguntó, intrigado—. ¿Que se introduzcan bacterias procedentes del pasillo? ¿Acaso podría introducirse algo más peligroso que lo que hay aquí?

—No queremos que las bacterias se mezclen —respondió Svensen—. Crea confusión. Ése es el motivo por el que durante mucho tiempo no pudiera descubrirse la *pestis mortis*.

El laboratorio en el cual penetraron tenía un aspecto completamente vulgar: una mesa con unas retortas y unas probetas, y varios termostatos fijados a las paredes.

«Ella está ahí», pensó Bartch, echando una ojeada a los pequeños armarios adosados a los muros.

Dos hombres enfundados en unos trajes idénticos a los de Bartch y Svensen, pero con mascarillas blancas que les cubrían el rostro y con guantes, asimismo blancos, trabajaban en una larga mesa.

Súbitamente, Bartch experimentó el deseo de tener unos guantes en las manos y una mascarilla en el rostro. Pero aquel apasionado de la microbiología parecía haber olvidado las medidas de precaución.

—¿Quiere usted verla?

Svensen le condujo al microscopio que se encontraba sobre la mesa. Bartch pegó su ojo al objetivo y se sobresaltó: una enorme serpiente —sin cola ni cabeza, es cierto— se retorció en el líquido de color amarillo claro del caldo de cultivo. Su cuerpo negruzco estaba agitado por movimientos convulsivos.

Svensen empujó la manecilla del manipulador y Bartch vio la aguda punta del escalpelo que se acercaba al cuerpo estirado. La serpiente se retorció y saltó, pero el escalpelo acechó el momento propicio y cortó un trozo. Luego, con un movimiento rápido, casi imperceptible, partió el cuerpo en dos en sentido longitudinal.

Bartch experimentó una sensación de náusea. Sin embargo, no era un pusilánime. A menudo se había ocupado de aquellos monstruos invisibles y había podido observar su espantosa acción destructora. Pero aquel bacilo ampliado de tamaño, dispuesto a agarrar el escalpelo que le perseguía, producía un efecto de lo más desagradable.

El personal que trabajaba aquí tenía que ser muy valiente. Preparaba unos medios de defensa contra aquella enfermedad, que tal vez servirían algún día —¿quién sabe?—, en ocasión de un viaje a otro planeta. De momento, aquellos hombres cubiertos con mascarillas intercambiaban unas probetas en las cuales estaba encerrada la

muerte más terrible que jamás ha existido sobre la Tierra.

Bruscamente, Svensen exclamó:

—¡Vámonos! Las mascarillas provisionales que llevamos en el rostro y en las manos no tardarán en perder su eficacia.

De modo que, mientras se encontraban en la antecámara, las partes descubiertas de sus cuerpos habían sido sometidas a un tratamiento especial.

Bartch se sintió más tranquilo.

«Por fin», pensó con alivio cuando la lámpara verde se encendió en el techo.

Pero su alegría era prematura. La puerta de salida continuaba cerrada. Transcurrió un minuto y el suelo de la habitación se hundió lentamente debajo de ellos. Luego, todo volvió a empezar, como antes: vaporización, ducha, irradiación. Finalmente, los aparatos de control les autorizaron a salir.

—¿Y si, a pesar de todo...? —inquirió Bartch.

—Entonces, cuarentena, vacunas y todo lo demás —respondió Svensen, encogiéndose de hombros.

—Pero, ¿no ha dicho usted que la vacuna es ineficaz?

Svensen no respondió. Era lo mismo que preguntarle a un soldado durante la batalla si las balas resultan peligrosas.

—Y, ahora, al sector de los virus —sugirió.

Recorrieron todos los laboratorios. Bartch no esperaba encontrar en ellos al tántalo, ni a ninguno de sus parientes lejanos. Pero los virus encarcelados retenían su atención: la mayoría de los trabajos que se realizaban aquí no podían ser observados en los laboratorios terrestres corrientes, donde sólo se manejaban unos virus inofensivos.

En un lugar determinado, contempló largo rato cómo se dividían y se multiplicaban unos seres minúsculos semejantes a muelles. Era una verdadera cascada de formas nuevas. Los investigadores del laboratorio le explicaron que aquella evolución había sido provocada artificialmente.

—Hemos creado ya casi seiscientas formas nuevas —añadieron.

Bartch registró las explicaciones de los investigadores y la imagen de los «virus-muelle» con su bloque universal.

—Le estoy muy agradecido por su amabilidad al permitirme visitar la prisión —le dijo a Svensen, al despedirse de él—. Me parece que no he perdido el tiempo.

—Es lo que yo había supuesto —dijo Svensen, en tono algo misterioso.

Ahora, perdido sobre un islote volcánico, Bartch tenía la impresión que Svensen no había mostrado todas sus cartas. ¿Por qué le había invitado a visitar la prisión? ¿Con qué propósito le había hecho recorrer todos los laboratorios del sector de los virus?

Bartch dirigió de nuevo una mirada a su alrededor, a aquellos peñascos que empezaban ya a inspirarle ideas negras. Le dolía la pierna herida. La rodilla estaba hinchada, y el menor movimiento repercutía dolorosamente en todo su cuerpo. Se

arrancó la manga de la camisa e improvisó un vendaje con ella. ¡Si al menos tuviera algo de comida, o pudiera encender una fogata! Todo sería distinto.

¿Acaso le buscaban? Desde luego. Pero, ¿cómo puede localizarse en las inmensidades del Pacífico a un hombre que no puede dar señales de vida?

Tenía que instalarse un poco mejor. No podía seguir tumbado sobre aquellas rocas, ásperas como un papel de esmeril. Aunque le resultaba difícil arrastrar su pierna, Bartch decidió encontrar un lugar más cómodo. Acababa de divisar una pequeña hondonada donde parecía crecer una especie de musgo. Allí, el suelo sería menos duro, probablemente.

De pronto, vio el agua. Un hilillo claro, fino como una hoja de papel de fumar, discurría por una arruga de la piedra semejante a una línea de la mano. ¡Agua! Bartch pegó sus labios a la superficie rugosa y bebió largamente, gota tras gota.

El sol poniente tocó el horizonte, y luego se hundió rápidamente como si se hubiera desprendido del clavo que le retenía pegado a la bóveda celeste. Más tarde empezó a soplar el viento.

Bartch decidió tratar de dormir. Pero apenas hubo cerrado los ojos, nuevos cuadros iniciaron su desfile en su agotado cerebro.

III

Bartch volvió a verse sentado bajo la veranda. Delante de él se extendían los campos de caña de azúcar en un estado lamentable. Las puntiagudas hojas, normalmente muy verdes, estaban como agostadas por el sol, cubiertas de manchas y de roeduras.

Bartch acababa de regresar de un vuelo de reconocimiento. Sobre toda Jamaica quedaba apenas una tercera parte de las plantaciones de caña de azúcar a salvo, hasta entonces, de los ataques del tántalo. ¿De dónde procedía aquel terrible virus? Ni siquiera Clara, que conservaba en su memoria todo lo que la Humanidad sabía de biología, podía decirlo. Nadie había visto ni descrito nunca un virus semejante al tántalo. Sin embargo, se podía pensar que en pleno siglo XXI quedaban descartados esos descubrimientos inesperados...

Experto investigador, veterano de la Protección biológica, Bartch había sido encargado de aclarar el origen misterioso del tántalo. La tarea no resultaba fácil. Hasta ahora, todas las respuestas habían sido negativas.

Un suave zumbido obligó a Bartch a levantar la cabeza. Medio centenar de pulverizadores volantes, parecidos a gigantescos paraguas y en formación simétrica, volaban sobre los campos a baja altura dejando detrás de ellos una niebla de color amarillo limón. Químicos y biólogos del Laboratorio Central trabajando en equipo las veinticuatro horas del día, buscaban un producto eficaz contra el peligroso parásito. Por su color, el que ahora era esparcido debía ser nuevo.

Se hablaba ya de poner a Jamaica en cuarentena, es decir, prohibir las entradas y salidas.

Los pulverizadores volantes que se recortaban contra el horizonte como fantásticas flores tornasoladas desaparecieron unos tras otros, regresando a sus bases de partida.

Bartch seguía contemplando los campos cuando su bloque universal emitió la señal de llamada.

Pulsó el botón de «recepción» y el rostro de Karry, jefe de la Protección biológica, apareció en la pantalla.

—Escuche, Bartch —dijo Karry, con la sonrisa del hombre-que-saborea-la-fruta-en-conserva de los anuncios del siglo XX—. ¿Continúa usted buscando el tántalo? Cambie un poco. ¡Olvídelo! Por dos o tres días. ¡Escúcheme! En el África Central, los elefantes son víctimas de una extraña enfermedad. Algo nuevo, absolutamente desconocido. ¡Palabra de honor! Hay que actuar rápidamente antes que se propague la enfermedad. Vaya usted allí. Luego volverá a dedicarse a su tántalo, y estoy convencido que encontrará la clave que ahora se le escapa. Yo procedo siempre de este modo. ¿Está usted de acuerdo?

Era precisamente lo que le hacía falta a Bartch en aquel momento: la posibilidad

de ocuparse de algo práctico.

—Sí, Karry —asintió, de buena gana.

—Charlie y App ya han salido —anunció Karry—. El primero de Irlanda y el segundo de Nicaragua. Usted será el tercero. Manténgase en contacto conmigo.

Dio sus coordenadas y desapareció de la pantalla.

Cinco minutos después Bartch estaba en camino. ¡Un vuelo sin historia! Su aparato hendía el aire, dirigiéndose directamente al punto que había señalado en el mapa.

Al cabo de dos horas Bartch divisó un lago cuyas orillas estaban invadidas por innumerables cañaverales y, muy cerca, un extenso claro con una casa. Allí se encontraba la reserva de los elefantes en la que el vicepresidente de la Academia de Ciencias de África, Ngarroba, actualmente en viaje a Venus, realizaba sus experimentos. Bartch pulsó el botón de «aterrizaje» y el aparato empezó a buscar un lugar para posarse. Pasó dos veces por encima del claro, volando cada vez más bajo, y luego, tras decidir que no encontraría nada mejor, inició el descenso definitivo. El avión del «Socorro de urgencia» se encontraba ya allí. El aparato de Bartch se posó junto a él. Apenas había saludado a Charlie cuando apareció el avión de App.

Sin perder tiempo, los tres se encaminaron hacia el lago.

Encontraron a los elefantes sobre la arena de la orilla. Menos bellos que los elefantes de la India, con su enorme cabeza desproporcionada, los animales, de pie o tumbados, no manifestaban la menor animación. Sus grandes orejas colgaban como trapos, y sus trompas marchitas, sin fuerza, pendían hasta el suelo, desmadejadas.

Bandy, el ayudante de Ngarroba, circulaba entre ellos como si no fueran seres vivientes, sino unos peñascos en forma de animales. Y los elefantes no le dedicaban más atención que la que prestaban a los pájaros que brincaban sobre la arena.

—Un triste espectáculo —dijo App, al contemplar aquel cuadro.

El negro rostro de Bandy había adquirido un tinte grisáceo a causa de la emoción y de la fatiga.

—La cosa empezó ayer —dijo—. Y ya ven ustedes...

—¿Qué comieron? —preguntó Charlie.

—Lo mismo que de costumbre —dijo Bandy, encogiéndose de hombros—. Ése es su manjar preferido —añadió, señalando los cañaverales que crecían en abundancia a orillas del lago.

Dejando que Charlie y App se ocuparan con Bandy de los animales enfermos, Bartch se dirigió hacia los cañaverales. Cortó unas cuantas cañas y las examinó atentamente. No habiendo descubierto nada sospechoso, siguió la orilla durante un par de kilómetros. Por doquier, los cañaverales eran los mismos. Tomó muestras en diversos lugares para analizarlas y regresó al lugar donde se encontraba el aparato del «Socorro de urgencia».

Charlie y App estaban ya allí.

—Es anemia —anunció App—. Una anemia maligna.

—He tomado muestras de sangre —dijo Charlie.

En el interior de su aparato, unas lámparas se encendían y se apagaban, se oían sonidos burbujeantes y unos líquidos coloreados circulaban por unos tubos transparentes: el analizador automático funcionaba.

Bartch entró en la cabina de su avión. Cortó en trozos las cañas que había traído y las distribuyó por los preparadores automáticos. Para no perder tiempo, se instaló al microscopio y empezó a examinar trocitos de caña. No observó nada especial hasta el momento en que su mirada cayó sobre el reverso de una hoja salpicada de pequeñas manchas, apenas perceptibles. Bartch separó un trozo muy pequeño que contenía una de aquellas manchas y aumentó el microscopio. La mancha tenía ahora el aspecto de un diminuto volcán con un cráter en el centro.

Dos de los autómatas anunciaron que habían terminado su trabajo. Sin apartarse del microscopio, Bartch alargó la mano y tomó las hojas de papel azul. La primera llevaba los resultados del análisis de las cenizas: no revelaba nada anormal, a excepción de un poco de manganeso. La otra daba la composición del protoplasma. Con algunas anomalías de poca importancia, desde luego, pero que habría que revisar con más minuciosidad.

En cambio, Bartch se sobresaltó al tomar la hoja preparada por el tercer autómata. Se veían en ella las fotografías de los microbios descubiertos en la caña, y entre ellos —Bartch no daba crédito a sus ojos— el del tántalo, tan conocido por él. ¡Aquello se estaba convirtiendo en una obsesión!

Bartch tomó una lupa y, sin apresurarse, procurando conservar la calma, examinó la fotografía. No, aquella imagen semejante al signo que se traza para señalar un párrafo no dejaba ninguna duda. ¡Era un tántalo, un verdadero tántalo!

El cuarto, el quinto y el sexto autómatas anunciaron sucesivamente que habían realizado la tarea que les había sido encomendada. Pero Bartch dejó sus informes a un lado sin mirarlos y llamó a Clara.

Cuando finalmente respondió, la mesa de Bartch estaba literalmente cubierta de hojas que contenían los resultados de los análisis más diversos. Bartch empezó a consultarlos rápidamente, mientras formulaba a Clara pregunta tras pregunta.

Interrogada a propósito de las manchas de la hoja de caña, Clara dio una respuesta inesperada: nombró un virus descubierto medio siglo antes en la cuenca del Amazonas.

El virus del Amazonas, según ella, era un ser inofensivo, sin ninguna característica especial, hasta el punto que todas las informaciones relacionadas con él ocupaban apenas cinco líneas en la Enciclopedia completa de los microbios. Probablemente no ejercía ninguna influencia sobre la vida de las plantas en las cuales habitaba. Descubierta por casualidad, nadie se había interesado por él, salvo Bartch, ahora.

Bartch llamó a Karry. Jamaica contestó inmediatamente.

—Pruebe a dar cañas de azúcar atacadas por el tántalo a unos elefantes, si es

posible a unos elefantes africanos.

—De acuerdo. Pero, ¿qué pasa?

Bartch se lo contó.

—¡Formidable! —exclamó Karry.

Su rostro resplandecía. Se decía de él que si un día la Protección biológica no tuviera ya nada que hacer, su jefe se marchitaría y moriría víctima de una enfermedad desconocida.

Karry pidió que le transmitieran todas las informaciones facilitadas por los autómatas. Bartch pulsó el botón «transmisión de informaciones» y abandonó la cabina.

Charlie y App transmitían al Centro los primeros resultados de sus investigaciones.

—La enfermedad de los elefantes es provocada por un virus —dijo App.

—La proporción de manganeso en la sangre es anormal —anunció por su parte Charlie—. Y usted, ¿qué ha descubierto?

—Yo diría que el tántalo —respondió Bartch, encogiéndose de hombros—. Y, sin embargo, no es exactamente igual. Las cañas contienen también mucho manganeso.

—Sin duda procede del suelo.

—Queda por comprobar el insectario —dijo App—. ¡He aquí un problema típico de nuestra época! Al dejar absolutamente intactos unos rincones de la naturaleza, unas reservas, conservamos unos focos de infección. El problema estriba en saber qué es preferible, si conservarlos, o destruirlos. ¿Qué sería más beneficioso para la Humanidad?

Fina como un velo, la red verde tendida sobre el bosque tropical era invisible, incluso de cerca. Bandy encontró la entrada, la abrió y dejó pasar a sus compañeros. Franquearon así tres redes sucesivas, y Bartch cerró detrás de ellos unas puertas imponderables. A continuación insistió para que cada uno se revistiera con una red de protección individual.

Penetraron en el insectario.

La naturaleza se conservaba aquí en su estado primitivo. Unos horribles animales voladores, cuyas picaduras podían provocar enfermedades terribles e incurables, se multiplicaban sin obstáculo en aquella atmósfera húmeda y matorrosa. Era uno de los bosques en los cuales no podían penetrar sin estremecerse los más osados exploradores del pasado.

Bartch era un soldado de la Protección biológica y, como un soldado, avanzaba sin temor, adoptando razonables medidas de precaución. Los insectos pasaban silbando como balas junto a sus oídos, chocaban contra su red de protección, revoloteaban por encima de su cabeza.

A Bartch le gustaba trabajar en el «Socorro de urgencia» precisamente a causa de aquellos rápidos cambios de situación, a causa del peligro que casi siempre lo acompañaba, a causa del propio trabajo que con frecuencia exigía cuarenta y ocho

horas de presencia ininterrumpida. Bartch se sorprendió al pensar que su rostro resplandecía de placer, igual que el de Karry.

No, él sería incapaz de pasar toda su vida detrás de un muro transparente, como Svensen. Aunque, a decir verdad, el trabajo en los laboratorios de la prisión de microbios no era menos peligroso ni menos apasionante que el suyo. Pero él habría echado de menos todos estos incidentes imprevistos, los cambios de lugar, en resumen, todo lo que se llama la «aventura».

Bandy se inclinó hacia el suelo y señaló unas grandes huellas.

—Los elefantes han pasado por aquí —dijo.

App examinó las huellas durante un minuto y declaró:

—Su estado de salud es normal.

—¿No podríamos tomarles una muestra de sangre? —inquirió Charlie.

Bandy sacudió la cabeza.

—Imposible.

—En tal caso, no vale la pena —intervino App—. Los elefantes sanos no nos interesan.

Después de haber cortado algunas plantas que guardaron en unas bolsas herméticas, los investigadores emprendieron el camino de regreso adoptando las mismas precauciones; Bandy les hizo franquear la triple red y pasó a continuación un largo rato conectando diversos interruptores ocultos entre los arbustos.

—La red está conectada a un cable de alta tensión —explicó—, para evitar que los animales de gran tamaño puedan romperla.

Los autómatas del laboratorio se encargaron de analizar las plantas procedentes del insectario.

—¿Y bien? —inquirió App, asomando la cabeza por la puerta entreabierta del laboratorio de Bartch.

—No hay manchas.

—¿Y los análisis?

En aquel preciso instante, el primer autómata emitió una señal.

—¿Hay manganeso? —preguntó Charlie, que se había acercado.

—No —respondió Bartch, tras haber consultado la hoja.

—Hum... —El rostro de Charlie asumió una expresión preocupada—. Todo el secreto reside quizás en el manganeso.

Bartch llamó de nuevo a Karry. Éste anunció que los dos elefantes africanos alimentados con caña de azúcar atacada por el tántalo se encontraban en estado normal.

—Hay que probar con otros elementos —sugirió Charlie—. Hacerles comer la misma caña de azúcar, tratada previamente con manganeso.

—De acuerdo —gruñó Karry—. Si obtenemos una vacuna se la enviaremos inmediatamente.

Cuando la entrevista hubo terminado, App dijo:

—Hay que cambiar a los elefantes de sector. Llevarlos a un lugar que no esté contaminado.

—Es probable que cualquier lugar sirva para el caso, con tal que el suelo no contenga manganeso —dijo Charlie.

Bartch subió a un automóvil y se marchó a escoger el lugar.

Los otros se ocuparon de los elefantes. Los animales estaban tan débiles, que muchos de ellos ni siquiera pudieron levantarse. Bandy pidió que le enviaran unos helicópteros de transporte. Una hora después, unos enormes vagones volantes se posaron en el claro. Con la ayuda de una grúa, cargaron los elefantes.

—Sería lamentable que esos animales murieran —dijo Bandy—. Ngarroba los utilizaba para sus experimentos.

Charlie, App y Bandy pasaron toda la noche organizando el transporte de los elefantes. Finalmente, el último de ellos fue trasladado al nuevo paraje. Despuntaba el alba cuando Bandy despidió a los helicópteros.

—Bien —dijo App, contemplando a los elefantes tumbados sobre la hierba, sin fuerzas—, ahora podemos descansar un poco. ¿Cómo vamos a arreglarlo? ¿Lo echamos a suertes, uno duerme y dos trabajan? ¿De acuerdo?

El sorteo favoreció a Bartch para dormir en el primer turno. Cerró herméticamente la puerta de la cabina, ajustó la temperatura y la humedad del aire a los niveles a los cuales estaba acostumbrado y pulsó el botón «litera». Una litera brotó de la pared. Concebida por el Instituto del Sueño, sostenía al durmiente de tal modo que podía creerse flotando en el aire, con lo cual no corría peligro de anquilosar un brazo o una pierna. Bartch se desvistió. Un par de minutos después dormía profundamente.

IV

Ahora, aquella litera le parece a Bartch el bien máspreciado del mundo. Tiene todo un lado del cuerpo anquilosado, y durante la noche casi se ha muerto de frío, sin haber podido pegar un ojo.

El sol calienta de nuevo sin piedad. En torno a él, el mismo océano desnudo; encima de él, el mismo cielo sin vida. La rodilla de Bartch se ha hinchado más y ni siquiera puede mover la pierna.

Con el calor y el agotamiento, sus ideas empiezan a embrollarse. Trata de desenredarlas.

¿Qué había pasado, después de haberse quedado dormido? Durmió tres horas y media, media hora más que de costumbre.

Apenas despierto, había llamado a Karry.

—Escuche —le había dicho Karry—. Pensándolo bien, no tiene usted ya nada que hacer ahí. Su elemento es el mundo vegetal, ¿no es cierto? Que App y Charlie continúen ocupándose de los elefantes. En cuanto a usted, le ruego que lo deje todo y se dirija inmediatamente a las islas Tuamotu. Acaban de descubrir en ellas un virus que acelera considerablemente el crecimiento del bambú. ¡No sé lo que pasa en nuestro planeta! Tal vez ha llegado hasta nosotros una polvareda viviente procedente de las profundidades del Cosmos... Es la última misión que le confío, luego podrá dedicarse de nuevo a su tántalo.

¿Qué pasó después? Lo sabemos. Bartch había caído sobre aquel islote desconocido. Llevaba casi dos días allí. Pero sólo le obsesionaba una idea: el tántalo. Repasó de nuevo toda la cadena de acontecimientos, examinando minuciosamente cada uno de sus eslabones. Ahora no le faltaba tiempo para reflexionar.

Y, súbitamente, Bartch se sobresaltó como si acabara de morderle una serpiente. Trató incluso de levantarse, pero un agudo dolor en la pierna le obligó a tumbarse de nuevo sobre la roca.

Bartch acababa de comprender de modo absolutamente claro de dónde procedía el tántalo. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Sin embargo, Svensen le había sugerido aquella idea, al hacerle visitar la prisión de microbios y al retenerle por tanto tiempo en la sección de los virus...

Era evidente. El tántalo era el resultado de transformaciones múltiples y rápidas de un virus existente desde hacía mucho tiempo sobre la Tierra. A Bartch le parecía ahora que aquella idea acudió de un modo confuso a su mente durante la visita, mientras contemplaba las innumerables variaciones de los «virus-muelles». Recordó que Svensen no había dejado de observarle mientras permanecieron en aquel laboratorio.

Svensen no había querido comunicarle su opinión. ¿Por qué? ¿Porque deseaba controlarse a sí mismo? ¿O porque temía que si manifestaba su opinión podía apartar

a Bartch de otra hipótesis, tal vez correcta? Al igual que todos los sabios, Svensen era muy prudente y nunca se precipitaba en sus conclusiones. Sabía que los caminos de la ciencia no son fáciles, que no se puede rechazar nada, que hay que tomarlo todo en cuenta.

Ahora, una cosa era evidente para Bartch: todos aquellos nuevos virus que armaban tanto ruido eran en el fondo un solo y mismo virus. O, más exactamente, todos procedían del mismo.

Todo empezó, seguramente, con el modesto e inofensivo virus que existía quizá desde hacía millares de años en el fondo de la selva tropical de América del Sur. Aquel virus era el antepasado del tántalo, del virus que había provocado la enfermedad de los elefantes y, muy probablemente, del que aceleraba el crecimiento del bambú. Había que tratar con manganeso, no al tántalo, sino a aquel antepasado, descubierto en la cuenca del Amazonas hacía medio siglo. Entonces se obtendría, con toda seguridad, la forma de virus responsable de la enfermedad de los elefantes.

¡Lástima que aquellas ideas llegaran tan tarde! ¡Maldito bloque universal! Con lo útil que ahora le sería...

Súbitamente, Bartch creyó que estaba soñando: el bloque universal había emitido la señal de «información urgente».

Tomó el bloque e hizo girar febrilmente los botones de sintonización. La lámpara se encendió únicamente cuando la aguja marcaba la longitud de onda de las informaciones urgentes. En el bloque universal, la recepción de aquella onda tenía un canal independiente. El único que, por lo visto, seguía funcionando.

Mientras, decepcionado, pensaba todo esto, el locutor anunció:

«La nave interestelar *Venus-8* está en camino hacia la Tierra».

De momento, Bartch no captó el significado de aquella noticia.

«Muy bien —pensó, maquinalmente—. Karbychev no tardará en llegar y me ayudará a desenmarañar esa historia del tántalo...»..

Pero inmediatamente todo su ser se vio como sacudido por una descarga eléctrica. ¿Qué le había sucedido a la *Venus-8*? ¡Su regreso a la Tierra estaba previsto para dentro de diez meses!

El locutor sólo anunció que la nave volaba hacia la Tierra. Las observaciones astronómicas habían permitido establecerlo. Pero aún no había entrado en contacto con el planeta. No podría hacerlo, recordó Bartch, hasta que se hubiera alejado lo suficiente de Venus. Colocó el bloque universal contra un peñasco a fin de poder ver la pantalla sin necesidad de volver la cabeza y fijó el botón en la posición de «recepción».

La noche fue tranquila. Por la mañana, Bartch oyó la voz emocionada del locutor que anunciaba:

«La expedición ha descubierto seres pensantes en Venus».

Bartch se sobresaltó. ¡He aquí por qué regresaban! ¡Qué desgracia la suya, condenado a permanecer aquí en el momento de producirse uno de los mayores

acontecimientos del siglo!

El locutor permaneció en silencio durante casi veinticuatro horas. Luego dio las primeras informaciones sobre los «hombres» de Venus. Estaban cubiertos de un espeso pelaje, que recordaba la piel del castor, no sabían lo que eran los vestidos, pero poseían armas para la caza, unos venablos con la punta de pedernal.

Hubo otras informaciones. Pero Bartch se hallaba en un estado rayano en la inconsciencia. Las palabras llegaban a su oído, pero no las comprendía. ¿Cuánto duró aquello? Sin duda mucho tiempo. Luego, oyó claramente la voz de Charlie.

—¡Allo! ¡Bartch! ¿Dónde está usted? ¿Qué le ha pasado?

El rostro de Charlie apareció en la pantalla. Pálido, con un mechón de cabellos negros caído sobre la frente, miraba a Bartch fijamente como si le viera.

—¿Por qué no contesta?

Charlie desapareció y, durante largo rato, Bartch, que estaba como sumergido en una espesa niebla, trató de comprender si había soñado o si efectivamente había visto a Charlie.

Cerró los ojos. Y volvió a abrirlos al oír de nuevo la voz de Charlie, otra vez presente en la pantalla.

—¡Conteste, Bartch! —suplicó—. Transmita al menos sus coordenadas. Estamos desorientados...

Charlie desapareció.

Bartch concentró todas sus energías mentales, tratando de rechazar los pensamientos que le asaltaban. Tenía que dormir. Tenía que resistir hasta el límite de sus fuerzas. Tal vez le encontrarían, a pesar de todo.

Volvió a ver a Charlie como en una niebla. Charlie le miraba con tanta atención que parecía verle. Luego, Charlie dio un paso adelante y Bartch comprendió que no era una imagen en la pantalla, sino el propio Charlie en carne y hueso.

—¡Por fin! —dijo Charlie—. ¿Qué tiene usted en la pierna?

Bartch sólo pudo remover los labios.

—He registrado todo el Pacífico —continuó Charlie—. Su aparato no había confirmado el aterrizaje. Sólo había anunciado que saltó usted en paracaídas, y nos dio unas coordenadas falsas. Ardía ya en el aire...

Bartch esperó a que el rostro de Charlie surgiera de la bruma que lo envolvía, esperó a oír su voz más claramente.

—¡Tántalo! —gritó, reuniendo sus últimas energías—. El mismo que el virus de los elefantes. Y que el del Amazonas...

La tradición exigía que todos los participantes en el proceso estuvieran presentes en la sala. En virtud de aquellas mismas leyes, que no figuraban escritas en ningún código, acusadores y defensores acudían siempre vestidos de negro. Los historiadores afirmaban que la costumbre se remontaba a aquellos tiempos lejanos en que se juzgaba a los hombres; al parecer, los jueces iban vestidos de negro.

Llegó el día del proceso.

Como de costumbre, se informó a los asistentes acerca de los antecedentes del caso. Inmediatamente después se encendieron seis enormes círculos sobre las cabezas de los asistentes y en cada uno de ellos apareció una imagen ampliada del tántalo-I, como se llamaba ahora al antepasado de todos los tántalos. Los seis se agitaban al mismo ritmo, realizando los mismos movimientos, como si se tratara de ejercicios rítmicos en el curso de un desfile deportivo. Efectivamente, era un desfile. Los tántalos se sucedieron unos a otros, hasta el último, el décimo, descubierto recientemente en las islas Salomón.

A continuación se enumeraron los delitos de los acusados.

En una pantalla aparecieron las cañas de azúcar marchitas de las plantaciones de Jamaica, y los elefantes de África tumbados en el suelo, sin fuerzas.

—Sin embargo, no se trata únicamente de los elefantes —subrayó el locutor—, sino también de los experimentos de Ngarroba.

Naturalmente, Bartch estaba al corriente de aquellos experimentos, que habían dado mucho que hablar. Habiendo descubierto el cadáver de un mamut conservado en la capa de congelación perpetua de Siberia, Ngarroba había conseguido reanimar algunas de sus células, en particular las células reproductoras, las cuales había inoculado a veinte elefantes de la reserva de África. Si el experimento tenía éxito, Ngarroba esperaba obtener un híbrido de elefante y de mamut. Por el mismo medio y utilizando otra porción de células de mamut reservadas a propósito, sería posible obtener una segunda generación de animales que serían mamut en sus tres cuartas partes. Y admitiendo que el experimento pudiera prolongarse hasta el final, la cuarta generación estaría constituida por mamuts casi «pura sangre», ya que la aportación «elefante» sería de 1/16, casi insignificante.

Con aquellos mamuts, Ngarroba proponía poblar la Antártida, la única parte del mundo donde la fauna era aún muy pobre.

El tántalo había hecho fracasar el primer experimento. Por culpa suya se había perdido una generación de mamuts.

—Eso es suficiente para que el tántalo sea condenado severamente —dijo el vecino de Bartch.

Pero aquél no era su único delito. La Oficina de Planificación citó las cifras: millares de toneladas de caña de azúcar perdidas, además de las complicaciones

derivadas de la cuarentena que fue necesario aplicar a varias regiones. Las maldades de aquel virus de múltiples rostros habían costado muy caras a la Humanidad.

—Sin embargo —declaró el locutor—, para ser objetivos hay que señalar que el tántalo también es útil, muy útil. Se ha demostrado que favorece el crecimiento de las plantas. Incluso el de la caña de azúcar, durante la primera fase de la enfermedad. Uno de los tántalos, el número 4, ejerce una influencia sobre el crecimiento del bambú. Como es sabido, el bambú crece muy aprisa, pero bajo la influencia del tántalo su crecimiento puede apreciarse a simple vista. Además, la estructura de sus fibras mejora, su madera se hace más sólida y más flexible. El «bambú de tántalo», como ahora se le llama, está considerado como el mejor de todos para los trabajos de artesanía.

Bartch esperaba con impaciencia que el locutor se refiriese al problema cuya solución le había costado tantos esfuerzos.

Finalmente, el locutor dijo:

—El tántalo vivió tranquilo e inofensivo en el curso superior del Amazonas mientras el hombre, extendiendo su actividad a todo el planeta, no pisó aquellos parajes remotos. Las talas de árboles efectuadas en la selva virgen permitieron al sol penetrar en ella. La construcción de carreteras, de pueblos y de fábricas hizo llegar a aquellas regiones diversos productos químicos con los cuales el tántalo no había estado nunca en contacto. Y se mostró muy sensible a la acción de algunos de ellos. No sólo a la del manganeso, que provocó la aparición del tántalo-3, sino también a la de la cal común. Todo eso ha provocado el nacimiento a un ritmo acelerado de nuevas formas del virus y la modificación de sus propiedades.

»Se trata ahora de decidir lo que vamos a hacer con él.

—Hay que encarcelarle —dijo el vecino de Bartch que había sido el primero en hablar—. Inmediatamente. Hay que aislarle, del mismo modo que se aísla a los locos. Nunca puede decirse lo que un loco hará dentro de un segundo. Y lo mismo puede afirmarse del tántalo.

—¿Cómo? ¿Encarcelar a un virus que posee tantas cualidades? —se asombró Svensen—. ¡Eso no ha ocurrido nunca desde que existe la prisión de microbios!

—¿Renunciar a la posibilidad de acelerar el crecimiento de las plantas? ¿Renunciar al bambú supersólido? —añadió otro defensor del tántalo.

—Habría que renunciar también a la pérdida de la caña de azúcar y a las enfermedades de los elefantes —intervino una voz irónica desde el otro extremo de la sala.

—¡Existen remedios eficaces contra los tántalos 2 y 3!

—Sí, pero, ¿quién sabe lo que nos reserva el tántalo-11? Como siempre, cada uno trataba de hacer prevalecer su opinión.

Svensen era el más encarnizado:

—Si interrumpimos el experimento desarrollado de un modo espontáneo por la naturaleza —decía—, hay muchas cosas que no sabremos, o que no descubriremos en

nuestros laboratorios hasta dentro de veinte o de treinta años, quizás.

—¿Qué es más importante: el hombre o el microbio? —replicó el representante de la Oficina de Planificación—. Y, ¿por qué hablar del papel de la naturaleza? A fin de cuentas, no ha sido la naturaleza, en la cual vivía tranquilo desde hacía millares de años, lo que ha provocado la actividad del tántalo, sino el hombre. En realidad, toda la actividad desplegada en estos últimos tiempos por el tántalo es una verdadera revuelta contra el hombre y su obra...

—¡No olvide el bambú! —gritó alguien.

Varias personas pulsaron sus botones al mismo tiempo solicitando el uso de la palabra. El locutor no podía atender todas las peticiones. En el momento en que las pasiones habían alcanzado su paroxismo, resonó la voz de Karbychev:

—¡Deseo formular una propuesta!

La sala quedó en silencio. El fundador de la reserva era muy conocido y siempre se tenían en cuenta sus opiniones.

—Propongo lo siguiente —dijo Karbychev—. Encarcelar a los tántalos de todos los tipos, sin excepción; fuera de la prisión, destruirlos. En la prisión, hay que reservarles un edificio especial, con un laboratorio para cada tipo y una treintena de laboratorios de reserva para los que puedan surgir. Reemplazaremos el experimento espontáneo de la naturaleza por unos experimentos organizados y planificados, utilizando todos los medios que disponemos para actuar sobre los microorganismos. Y cuando hayamos obtenido unas formas estables y útiles, las dejaremos en libertad.

La propuesta fue puesta a votación. El resultado fue de 500 votos a favor y ninguno en contra.

Adversarios y defensores del tántalo que hacía unos instantes discutían ásperamente, se dirigieron hacia la salida.

El locutor anunció al mundo entero la decisión que acababa de adoptarse.

Karbychev charlaba con Ngarroba y Sun-Lin. Los tres interrumpieron su conversación para mirar atentamente a Bartch, que se acercaba a ellos.

—¿Sabe una cosa? —dijo Karbychev—. Me parece que no le queda ya nada que hacer en la Tierra. Lo que hoy hemos presenciado es sin duda el epílogo de la última revuelta de la naturaleza contra el hombre en nuestro planeta. En cambio, Venus está infestado de microorganismos que nadie conoce. Es, por así decirlo, una inmensa reserva. La naturaleza en estado salvaje. Y el peligro que acecha a cada paso. Preparamos actualmente un primer grupo para la estación científica permanente que será instalada en Venus. ¡Piénselo! Tal vez le tienta la aventura...

El mensajero del cosmos

Alexander Kazantzev

—Esta noche nos entrevistaremos con los sabios —me dijo un día Boris Efimovich.

Yo sabía que el geógrafo Vassiliev, jefe de la expedición que se dirigía a un archipiélago lejano, había embarcado con el paleontólogo Nizovski en nuestro buque.

Además, teníamos a bordo a... un astrónomo.

Había hecho su aparición en el *Sedov* cuando éste se hallaba fondeado en Ustié, reponiendo el material que había perdido durante una tormenta.

Yo había salido al puente para mirar, al menos de lejos, el continente. Hacía varios meses que no lo había visto.

En el horizonte, una leve línea perdida entre la bruma...

Pero, de todos modos, era una pequeña orilla de la Gran Tierra.

Apareció una lancha tan anaranjada como la aurora naciente. Venía de la costa.

—Nuevos pasajeros —me había dicho el segundo, que controlaba la carga del buque—. Tres hombres: una expedición astronómica.

—¿Una expedición astronómica? ¿Aquí, en el Norte? ¿Por qué?

El segundo no me había podido dar ninguna explicación.

La lancha se acercó al costado del buque; echaron una escalerilla y tres personas subieron a bordo.

La primera era un hombre de baja estatura, delgado pero musculoso, que llevaba gafas de montura de concha. Su rostro de pómulos salientes estaba muy curtido, y tenía una expresión un poco rara. Yo había observado ya las rendijas ligeramente oblicuas de sus ojos, extraordinariamente alargados.

Habiéndose inclinado cortésmente desde lejos, se acercó a mí y se presentó:

—Evgueni Krimov. Astrónomo. Una expedición de altas latitudes. Ésta es Natacha... es decir, Natalia Glagoleva, especialista en botánica.

La joven, vestida con un chaquetón forrado de guata y un pantalón de la misma tela, me estrechó la mano. Parecía estar muy cansada. El segundo de guardia, Netaiev, la acompañó inmediatamente al camarote que le habían preparado.

El tercer pasajero era muy joven, casi un niño. Hacía subir los equipajes dándose aires de importancia.

—¡Espacio, por favor! ¡Son aparatos, aparatos científicos! —gritó—. Aparatos, he dicho. ¿No lo entienden?

Los instrumentos estaban ya sobre el puente. Yo no había visto nada que pareciera un telescopio.

¿Qué hacía aquella expedición astronómica en el Ártico? ¿Acaso podían verse mejor las estrellas desde aquí?

Aprovechando la escala en el puerto de la isla Diki, Boris Efimovich invitó a sus huéspedes, los sabios, al salón.

La camarera Katia trajo unos boquerones que se reservaban para los casos especiales. El coñac del capitán hizo su aparición en la mesa.

Los sabios, incluida Natacha, la botánica de mejillas sonrosadas, hicieron honor a los entremeses y a la bebida.

Le pregunté a Krimov:

—¿Cuál es el objetivo de su expedición astronómica?

Tendiendo la mano hacia los camarones, respondió:

—Establecer si existe vida en Marte.

—¿En Marte? —inquirí, asombrado—. ¿Bromea usted?

Krimov me dirigió una mirada sorprendida a través de los cristales de sus gafas.

—¿Por qué tendría que bromear?

—¿Acaso puede observarse ese planeta desde aquí?

—No. En esta época del año suele verse muy mal.

—¿Un astrónomo y un botánico estudiando a Marte en el Ártico, sin mirar el cielo? —insistí, desconcertado.

—Lo estudiamos en el observatorio de Alma-Ata...

—Entonces, ¿qué hacen aquí?

—Buscamos las pruebas de la existencia de la vida en ese planeta.

—¡Eso es muy interesante! —intervino Nizovki—. Desde mi infancia me apasionan los canales marcianos... Schiaparelli, Lowell... Son los sabios que se ocuparon de Marte, creo.

—Olvida usted a Tikhov —dijo Krimov en tono grave—. ¡Gavriil Tikhov!

—¡El fundador de la nueva ciencia, la astrobotánica! —añadió vivamente la joven.

—¿La astrobotánica? —repetí—. Astro es estrella... ¿Qué tiene una estrella en común con la botánica? No lo entiendo.

Natacha se echó a reír.

—La botánica astral —dijo— es la ciencia que estudia las plantas de los otros mundos.

—Las de Marte —puntualizó Krimov.

—En la Academia de Kazakshtan —explicó orgullosamente Natacha— ha sido creada una sección de astrobotánica, la nueva ciencia soviética.

—Pero, ¿qué vienen a hacer unos astrónomos al Ártico? —preguntó el capitán.

—Es que estamos obligados a buscar unas condiciones semejantes a las que existen en Marte —dijo Krimov—. Marte está situado una vez y media más lejos del Sol que la Tierra. Su atmósfera es tan enrarecida como la que nosotros tenemos a una altitud de quince kilómetros. Su clima es áspero y riguroso.

—Imaginen —intervino Natacha— que en el Ecuador hace un calor de 20 grados sobre cero durante el día y un frío de 70 grados bajo cero durante la noche.

—Sí, es bastante malo —convino el capitán.

—En la zona central —continuó Krimov—, en invierno (las estaciones son parecidas a las nuestras), la temperatura es de 80 grados bajo cero, de día y de noche.

—Como en la región de Turukhansk —observó el geógrafo, que había guardado completo silencio hasta entonces.

—Exactamente. El clima de Marte es duro. Pero ¿acaso aquí, en el Ártico, no tenemos esas temperaturas?

Krimov disfrutaba con la conversación. Estaba enamorado, sin duda, de su botánica astral.

—Ahora comprendo por qué están aquí —dijo el capitán.

—En el Ártico existe la vida —continuó el astrónomo—. Y en Marte hay unas condiciones más favorables. Cerca de los círculos polares, por ejemplo, donde el sol no se pone durante varios meses, la temperatura se mantiene día y noche a 15 grados sobre cero. ¡Unas condiciones excelentes para la vegetación!

No pudiendo contenerme por más tiempo, dije:

—Entonces, ¿hay una vida vegetal en Marte?

—De momento, no tenemos pruebas directas —respondió evasivamente Krimov.

El capitán sirvió coñac a todo el mundo.

—La astronomía debe ser una especialidad notable. Entre nosotros, marinos y hombres de las estaciones árticas, es costumbre contar su vida. Camarada geógrafo, y usted, camarada Nizovski, y sobre todo ustedes, los astrónomos, cuéntenos cómo se convirtieron en sabios —propuso Boris Efimovich.

—Yo no tengo gran cosa que contar —dijo Nizovski—. Fui a la escuela, luego a la Universidad, luego a los institutos superiores... y esto es todo.

—Yo —dijo Valentín Vassiliev—, me convertí en científico porque me apasiona todo lo que es nuevo y me gusta mucho viajar. He recorrido nuestro hermoso país en todos los sentidos. Ahora estoy en el Ártico. Y cuando pienso que hay aún tantos lugares desconocidos, inexplorados, en nuestras vastas extensiones, mi corazón desborda de alegría. ¡Por nuestra inmensa y bella patria! —brindó el geógrafo, y vació su vaso.

Todo el mundo siguió su ejemplo.

—¿Y usted? —le preguntó el capitán a Krimov—. ¿Qué va a contarnos?

Krimov se puso muy serio.

—Es bastante complicado... —empezó a decir, con aire pensativo—, y sería muy largo de contar.

Insistimos a coro para que se decidiera. Natacha miraba a su jefe con evidente curiosidad: sin duda ignoraba su biografía.

—De acuerdo —consintió finalmente Krimov—. Nací en un campamento de Evenkos. Antes se les llamaba Tonguses.

—¿Es usted evenko? —inquirió Natacha, sorprendida.

Krimov inclinó afirmativamente la cabeza.

—Nací en una tienda evenka, pues, el mismo año en que en la taiga... Sin duda todos ustedes han oído hablar del meteorito de los Tonguses que cayó en la taiga...

—Sí, vagamente —dijo Nizovski—. Háblenos de ello, es muy interesante.

—Fue un fenómeno extraordinario —se animó súbitamente Krimov—. Millares de testigos vieron aparecer encima de la taiga una bola de fuego que con su resplandor eclipsó al sol. Luego, una columna de fuego se elevó hasta el cielo, sin nubes, y se produjo un choque cuya potencia no puede ser comparada con nada. Aquel choque repercutió en toda la tierra. Se oyó a mil kilómetros del lugar de la catástrofe: en Kansk, a 800 kilómetros de allí, el maquinista de un tren detuvo el convoy que conducía, porque le había parecido oír que estallaba algo... Un huracán de una fuerza increíble barrió la tierra. A 400 kilómetros de allí los tejados de las casas fueron arrancados por el viento. Más lejos, la vajilla tintineó en las casas y los relojes se pararon, como ocurre durante un temblor de tierra. La sacudida fue registrada por numerosos observatorios sismográficos: los de Tachkent, lena y sobre todo el de Irkutsk, que recogió las declaraciones de todos los testigos oculares.

—¿De qué se trataba? —preguntó Nizovski—. ¿De una sacudida ocasionada por el choque del meteorito contra la Tierra?

—Eso se creyó —respondió Krimov en tono evasivo—. La corriente de aire provocada por la catástrofe dio dos veces la vuelta al globo. Fue registrada por los barómetros de Londres y de otras partes.

»Por espacio de cuatro días, después del desastre de la taiga, se observaron unos extraños fenómenos en todo el mundo. Se percibieron, muy altas en el cielo, unas nubes luminosas que hacían tan claras las noches en toda Europa, e incluso en Argelia, que a medianoche podía leerse el periódico como en las famosas noches blancas de Leningrado...

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó el capitán.

—El año de mi nacimiento, en 1908 —respondió Krimov—. Un huracán de fuego se abatió a continuación sobre la taiga. A 60 kilómetros de allí, en la factoría de Vanovar, unos hombres perdieron el sentido al notar que sus trajes se inflamaban. Numerosos renos fueron proyectados hacia lo alto por la corriente de aire. En cuanto a los árboles de la taiga... Pueden ustedes creerme, yo soy de allí y he participado durante varios años en la búsqueda del meteorito. En un radio de 30 kilómetros, todos los árboles quedaron arrancados con sus raíces. ¡Todos sin excepción! En un radio de 60 kilómetros, quedaron derribados todos los que se hallaban en parajes elevados.

»Aquél huracán causó una devastación increíble. Los evenkos se precipitaron a la taiga asolada para localizar sus renos y sus bienes. Sólo encontraron huesos calcinados. La desgracia afectó también a la tienda de mi abuelo Liuchetkhan. Mi padre, que había ido a la taiga, había visto en ella una enorme columna de agua que brotaba del suelo. Murió unos días después en medio de horribles sufrimientos, como

si se hubiera quemado... Sin embargo, no tenía ninguna quemadura en la piel. Los viejos se asustaron. Prohibieron a los evenkos que fueran a la taiga, diciendo que era un lugar maldito. Los brujos decían que Ogdy, dios del fuego y del trueno, había descendido sobre la tierra. Según ellos, quemaba con un fuego invisible a todos los que se arriesgaban a ir a la taiga.

»Al principio de los años 20, un sabio ruso, Kulik, llegó a la factoría de Vanovar. Tenía la intención de buscar el meteorito. Los evenkos se negaron a acompañarle. Encontró dos cazadores del Angara. Yo me uní a ellos. Era joven, conocía perfectamente el idioma ruso, había aprendido algunas cosas en la factoría y no tenía miedo a nada.

»Llegamos con Kulik al lugar de la catástrofe. Descubrimos que todos los árboles derribados, millones de ellos, yacían con sus raíces vueltas hacia un solo lugar, el centro de la catástrofe. Y cuando vimos aquel centro quedamos asombrados. Allí donde el meteorito, al caer, debió de causar más destrozos... todos los árboles permanecían en pie. Algo inexplicable, no sólo para mí, sino también para el sabio ruso. Me di cuenta por la expresión de su rostro.

»El bosque estaba en pie, pero eran unos árboles muertos; sin ramas, sin copas, parecían postes plantados en el suelo...

»En el centro de aquel bosque veíase agua: un lago o un pantano.

»Kulik admitió que era el embudo practicado por el meteorito.

»Sencillo, comunicativo, nos explicaba muchas cosas, como si hablara con unos eruditos; entre ellas, que en alguna parte de América, en el desierto de Arizona, hay un enorme cráter de un kilómetro y medio de diámetro y 200 metros de profundidad. Fue formado hace millares de años por la caída de un cuerpo celeste, un meteorito, como el que había caído aquí y que era absolutamente indispensable localizar. Entonces fue cuando empecé a arder en deseos de ayudar al profesor ruso.

»Al año siguiente Kulik regresó a la taiga con una gran expedición. Contrató a varios obreros. Naturalmente, yo fui el primero. Buscamos los trozos del meteorito. Desecamos el lago central en el bosque muerto, exploramos todas las cavidades, pero no encontramos ni rastro del meteorito ni del hoyo que debió practicar en el suelo.

»Kulik acudió a la taiga durante diez años seguidos, y cada vez le acompañé en sus inútiles investigaciones. El meteorito había desaparecido.

»Kulik emitió la hipótesis de que el bólido había caído en el embudo posteriormente cubierto por el pantano. Pero, después de horadar un pozo, salió de él un chorro de agua. Si el meteorito hubiese fundido aquella capa de congelación perpetua, no hubiera vuelto a formarse. El suelo no se hiela ahora a más de 2 metros de profundidad.

»Después del segundo año de los trabajos de la expedición, me marché con Kulik a Moscú e inicié mis estudios.

»Pero cada verano regresaba a la taiga en busca del meteorito. Los trabajos de Kulik continuaban. Yo le acompañaba siempre. Ahora, ya no era un cazador casi

analfabeto. Estudiaba en la Universidad, leía mucho y empezaba incluso a criticar algunas cosas en nuestra ciencia. Pero no le hablaba de ello a Kulik. Sabía con que ardor, con que voluntad de hierro, con qué convicción apasionada buscaba su meteorito; incluso le dedicaba versos. ¿Cómo podía decirle que había llegado a la conclusión de que el meteorito no había existido nunca?

—¿Cómo? ¿Que no había existido? —exclamó Nizovski—. ¿Y las huellas de la catástrofe? ¿Y los árboles derribados?

—Sí, la catástrofe había tenido lugar, pero el meteorito no había existido —dijo Krimov en tono grave—. Me preocupó el hecho de que el bosque hubiese quedado en pie en el punto central de la catástrofe. ¿Qué es lo que provoca la explosión en el momento de la caída de un meteorito? El meteorito penetra en la atmósfera terrestre a una velocidad de 30 a 60 kilómetros por segundo. Dado lo considerable de su masa y su velocidad, posee una enorme energía de movimiento. Cuando choca contra el suelo, toda esa energía debe transformarse en calor, lo cual provoca una explosión de una intensidad monstruosa. Y, en nuestro caso, eso no se había producido... Ni siquiera había tenido lugar la colisión entre el meteorito y la Tierra. Para mí, la cosa estaba clara. La existencia del bosque muerto me sugirió la idea de que la explosión se había producido en el aire, a una altura de trescientos metros, aproximadamente, encima mismo de aquel bosque.

—¿En el aire? —inquirió Nizovski en tono de incredulidad.

—La onda explosiva no alcanzó a aquellos árboles —continuó Krimov— porque se encontraban directamente debajo de la explosión, es decir, fuera del alcance de la onda explosiva, que afectó en cambio a los árboles situados más allá, en un radio de 30 a 60 kilómetros.

—Explicado así, eso parece —dijo Nizovski, frotándose pensativamente la barbilla.

—Pero, ¿qué tipo de explosión pudo haberse producido en el aire? —razonó el astrónomo en voz alta—. La energía del movimiento no podía haberse transformado en calor... Ese problema me obsesionaba.

»En la Universidad, teníamos un círculo de las comunicaciones interplanetarias. Me apasionaba Tsiolkovski, con su cohete interplanetario a base de oxígeno e hidrógeno líquidos. Un día se me ocurrió una atrevida idea. Si Kulik hubiese estado conmigo, le habría informado de ella inmediatamente. Pero había empezado la guerra. A pesar de su avanzada edad, Leónidas Kulik marchó al frente en calidad de voluntario y encontró en él una muerte heroica...

Krimov permaneció unos instantes silenciosos. Luego continuó:

—Yo estaba en otro sector del frente. A menudo observaba las explosiones de los grandes obuses en el aire. Y cada vez estaba más convencido de que la de la taiga se había producido también en el aire. Aquella explosión sólo podía ser la del carburante de una nave interplanetaria que trataba de descender a la Tierra.

—¿Una nave procedente de otro planeta? —casi gritó Nizovski, asombrado.

El geógrafo se dejó caer contra el respaldo de su silla. El capitán carraspeó y se sirvió un vaso de coñac. Con los ojos muy abiertos, Natacha miraba a Krimov como si le viera por primera vez.

—Sí, el mensajero del Cosmos, una nave de otro planeta. Probablemente de Marte, el único planeta donde puede suponerse que existe la vida... En aquella época, yo creía que lo que había estallado en el aire eran las reservas de hidrógeno y de oxígeno líquidos, el único carburante apropiado para los viajes cósmicos. Lo creí entonces...

—¿Cómo? —inquirió Natacha—. ¿Y ahora cree usted otra cosa?

Su voz revelaba una evidente decepción. La hipótesis relativa al mensajero del Cosmos parecía ser de su agrado.

—Sí, ahora creo otra cosa —repitió tranquilamente Krimov—. Las explosiones atómicas en el Japón me han revelado el carburante utilizado por la nave interplanetaria. Después de la guerra me consagré al problema de Marte.

»Necesitaba pruebas de la existencia de vida en aquel planeta. Me convertí en discípulo de Tikhov. Y ahora formo parte de la expedición que debe estudiar la absorción de los rayos calóricos por las plantas nórdicas.

—¿Y qué demostraría eso? —preguntó el capitán.

—Ya en el siglo pasado, Timiriazev había sugerido que se intentara descubrir la existencia de clorofila en Marte. Esto permitiría creer que las manchas verdes que se observan en ese planeta y que cambian de color según las estaciones, lo mismo que los vegetales terrestres, son zonas cubiertas de vegetación.

—¿Se consiguió descubrir la clorofila?

—No, no se consiguió. Las bandas de absorción del espectro correspondientes a la clorofila no existen en Marte. Además, si se fotografían las manchas verdes de Marte con rayos infrarrojos, no se convierten en blancas, como las plantas terrestres.

»Todo parecía negar la existencia de vegetación en Marte. Pero Gavriil Andronovich Tikhov ha emitido una hipótesis muy interesante. ¿Por qué aparece blanca la vegetación terrestre en esas fotografías? Porque despiden los rayos calóricos, que no necesita. Pero, en Marte, el sol no tiene la misma fuerza que en la Tierra. En consecuencia, las plantas utilizan todo el calor posible. Éste podría ser el motivo de que las manchas verdes no se convirtieran en blancas a los rayos infrarrojos.

»A decir verdad, estamos en el Ártico para comprobar si las plantas nórdicas despiden los rayos calóricos.

—¿Y bien? —preguntamos todos a la vez.

—¡No los despiden! ¡No los despiden! Los absorben del mismo modo que las plantas marcianas —exclamó Natacha. Sus ojos brillaban—. Podemos demostrar que existe vida en Marte, que las manchas verdes son interminables bosques de coníferas. Que los famosos canales marcianos son zonas de vegetación de una longitud de cien a seiscientos kilómetros...

—Espere, Natacha —dijo Krimov.

—¿Los canales? —repitió Nizovski—. ¿Acaso existen? Hace poco leí que se trataba de una ilusión óptica.

—Los canales de Marte han sido fotografiados. La placa fotográfica no miente. Se han tomado más de mil clichés. Han sido estudiados. Se ha demostrado que los canales aparecen en ellas y que se extienden progresivamente desde los polos al ecuador, a medida que se funden los hielos polares de Marte.

—Las zonas de vegetación se extienden a la velocidad de tres kilómetros y medio por hora —intervino Natacha, que ardía en deseos de colocar una palabra.

—¿A la velocidad de la corriente en las conducciones de agua? —se asombró el geógrafo.

—Sí, a esa velocidad —confirmó el astrónomo—. Parece sorprendente que toda esa red de zonas de vegetación esté compuesta por líneas completamente rectas. Las principales, como unas arterias, se dirigen desde los hielos polares en fusión hacia el ecuador.

—Seguramente se trata de una gigantesca red de irrigación creada por los marcianos para regar sus campos —sugirió Nizovski, dejando volar su imaginación.

—No digo que no —admitió tranquilamente Krimov.

—Entonces, eso significaría que existe vida en Marte, que tiene usted razón.

—De momento, puede afirmarse con certeza que la existencia de vida en Marte no está descartada.

—En tal caso, es posible que los marcianos vinieran a la Tierra en 1908 —dijo el capitán.

—Es muy posible —respondió Krimov, imperturbable.

—Sólo les faltaba eso a los terrestres —gruñó Boris Efimovich, encendiendo su pipa.

—Marte es un planeta donde la vida declina. De menores dimensiones y con una fuerza de atracción mayor que la de la Tierra, Marte no ha podido retener a su alrededor su atmósfera primitiva. La atmósfera se ha despegado poco a poco del planeta y se ha volatizado en el espacio cósmico. En Marte, el aire se enrarecía, los mares se evaporaban, y los vapores del agua desaparecían en las profundidades del Cosmos... Nuestro Baikal podría contener todo el agua que queda en Marte.

—Entonces, venían a apoderarse de nuestra Tierra —decidió Nizovski—. Necesitaban nuestro floreciente planeta.

—Creo que se equivoca. Wells y otros escritores occidentales, al meditar sobre las relaciones entre los mundos, sólo ven en ellas conquistas y guerras. A mi entender, sabiendo cuál es la situación de Marte en lo que respecta al agua y viendo las formidables obras de irrigación de los marcianos, podemos hacernos una idea de la organización social que les permite tener una economía planificada a escala de todo el planeta.

»De lo que no cabe duda es de que el agua desaparecía en Marte y continúa desapareciendo. Los habitantes del planeta tienen que velar para que la vida sea

posible para las generaciones futuras, como lo hacen nuestros contemporáneos. Por tanto, es preciso que los marcianos encuentren agua para su planeta. ¡Y agua no falta! La hay en los planetas más próximos a Marte, empezando por la Tierra. Groenlandia, por ejemplo, está cubierta de una capa de tres kilómetros de hielo. Si se pudiera eliminar, el clima de Europa mejoraría sensiblemente. Las naranjas podrían cultivarse en los alrededores de Moscú. Al mismo tiempo, el hielo, transportado a Marte, una vez derretido cubriría todo el planeta con una capa de cincuenta metros, es decir, llenaría prácticamente todas las cavidades de los antiguos océanos y el planeta volvería a la vida para varios millones de años.

—Entonces, lo que los marcianos necesitan es el agua de la Tierra, y no la Tierra en sí —dijo Nizovski.

—Exactamente. En la Tierra, las condiciones de vida son tan distintas a las de Marte que los marcianos no podrían respirar ni desplazarse libremente, ya que aquí pesarían dos veces más. Imagínese a usted mismo pesando el doble. Los marcianos no tienen ningún motivo para querer conquistar la tierra. Vendrían aquí como amigos, en busca de ayuda, de hielo.

—¡Amistad de los planetas! —exclamó Nizovski—. Pero, ¿cómo puede transportarse a Marte el hielo de Groenlandia?

—Si una nave metálica es capaz de realizar un viaje interplanetario, una nave construida con hielo o llena de hielo puede hacer lo mismo. Millones de esas naves enviadas a Marte desde la Tierra transportarían, no de golpe, desde luego, sino tal vez en el curso de centenares de años, todo el hielo de Groenlandia a aquel planeta. La energía atómica proporcionaría la fuerza necesaria a las naves interplanetarias.

—La energía atómica... —murmuró el geógrafo—. ¿Está usted seguro de que la explosión en la taiga fue provocada por el combustible atómico?

—Absolutamente seguro. Poseemos pruebas abundantes. Además de lo que ya he dicho, puedo añadir: las nubes luminosas. ¿Las recuerda? No se limitaban a reflejar la luz del sol. Aquellas noches se observó una claridad rosácea y verdosa que sólo podía ser debida a la luminiscencia del aire. En el momento de la explosión de la nave, toda su sustancia se había convertido en vapor y había volado hacia lo alto, donde los restos de la sustancia radiactiva se desintegraban, haciendo brillar el aire. Recuerde la muerte del hijo de Liuchetkan, la ausencia de quemaduras en su cuerpo. Aquello no era más que la radioactividad que subsiste un breve período de tiempo después de la explosión atómica.

—Todo eso se parece extraordinariamente a lo que ocurrió en Nagasaki e Hiroshima —dijo el geógrafo.

—Pero, ¿por qué perecieron los que volaban hacia nosotros? —preguntó Natacha.

—Pedí a unos eminentes astrónomos que calcularan el momento más favorable para que los marcianos realizaran el viaje desde Marte a la Tierra. Como es sabido, cada quince años se produce la máxima aproximación entre la Tierra y Marte.

—¿Y cuándo tuvo lugar?

—En 1909 —dijo Natacha.

—La fecha no coincide —observó el capitán, con aire decepcionado.

—Es cierto, no coincide. El momento más propicio para los marcianos se situaba en 1907 o en 1909, y no el 30 de junio de 1908.

—¡Qué lástima! —exclamó Nizovski.

Krimov sonrió.

—Espere. No lo he dicho todo. Los cálculos de los astrónomos pusieron de relieve una coincidencia sorprendente.

—¿Cuál? ¿Cuál?

—Si la nave interplanetaria hubiese venido de Venus, el día más propicio para su llegada hubiera sido el 30 de junio de 1908.

—¿Y cuándo tuvo lugar la catástrofe en la taiga?

—El 30 de junio de 1908.

—¡Diablo! —exclamó Nizovski—. ¿Es posible que fuesen habitantes de Venus?

—No lo creo. A propósito, los astrónomos afirman que las condiciones del viaje desde Venus a la Tierra eran muy favorables en aquellas fechas. El cohete hubiese tenido que salir el 20 de mayo de 1908 y, volando en el mismo sentido que Venus y la Tierra, encontrarse continuamente entre los dos planetas, y luego alcanzar la Tierra unos días antes de su oposición con Venus.

—¡Entonces, tenían que ser habitantes de Venus! —dijo Nizovski—. ¡Es indiscutible!

—No lo creo —replicó obstinadamente el astrónomo—. En Venus hay demasiado ácido carbónico y otros gases tóxicos. Es muy poco probable que puedan existir animales superiores.

—Pero, si llegaron aquí, es que existen —insistió Nizovski—. No irá usted a decir que eran unos marcianos procedentes de Venus...

—Lo ha adivinado usted. Eso es precisamente lo que supongo.

—¿Tiene usted alguna prueba?

—Desde luego. Resulta completamente lógico suponer que, en busca del agua que necesitaban, los marcianos decidieran explorar los dos planetas contiguos, Venus y la Tierra. En primer lugar, en el momento más favorable, se dirigieron a Venus, y a continuación, el 20 de mayo de 1908, salieron de Venus en dirección a la Tierra. Los viajeros perecerían a consecuencia de la acción de los rayos cósmicos, de la colisión con un meteorito, o por otro motivo cualquiera. Se trataba, pues, de un cohete no dirigido, semejante en todo a un meteorito que se acercara a la Tierra. Por eso penetró en la atmósfera sin reducir la velocidad por medio del frenado. A causa del roce con el aire, el cohete se recalentó, como se recalienta un meteorito. Su envoltura se derritió, y el carburante atómico se encontró en condiciones favorables para que se produjera una reacción en cadena. De modo que los visitantes procedentes del Cosmos debieron perecer el mismo día en que su cohete tenía que aterrizar, como lo demuestran los cálculos. Es posible que en Marte se esperase aquel día con inquietud.

—¿Por qué lo supone?

—Porque en 1909, en el momento de la gran oposición, numerosos astrónomos de la Tierra observaron unas señales luminosas en Marte.

—¿Y cree usted que eran señales dirigidas a sus viajeros?

—Es posible —respondió el astrónomo—. Transcurrieron quince años. En aquella época, en 1924, existía ya la radio descubierta por el sabio ruso Popov. ¡Y en el momento de la oposición, numerosos aparatos captaron unas extrañas señales! Entonces se habló de señales por radio emitidas desde Marte. Se habló de una broma gastada por Marconi. Pero éste lo desmintió. Lo cierto es que nadie pudo descifrar las extrañas señales recibidas en una longitud de onda que las emisoras de radio terrestres no utilizan.

»En 1939, ni los astrónomos ni los radiotécnicos observaron nada. Si en el curso de las oposiciones anteriores los marcianos habían tratado de establecer contacto con sus viajeros, es posible que más tarde les dieran por perdidos.

—Todo eso es lógico y apasionante —admitió Nizovski.

—La próxima oposición de Marte tendrá lugar en 1954 —dijo Krimov tras un breve silencio—. Ignoro si para entonces los marcianos habrán resuelto el problema de la protección contra la acción de los rayos cósmicos en el espacio interplanetario. Personalmente, sueño en otra cosa. Hemos conquistado ya la energía atómica. Ahora nos toca a nosotros pensar en los viajes interplanetarios.

—¿Iría usted a Marte? —inquirió Natacha, casi con espanto.

—Desde luego. La evolución de los seres racionales, el desarrollo de la ciencia en la Tierra se producen en unas condiciones infinitamente mejores que en Marte. Iremos antes a su casa, y lo haremos mejor que ellos.

Krimov se calló, y luego se echó a reír.

—Bueno, ahora ya saben por qué me hice astrónomo. Creo que he hablado más de la cuenta. Pero la culpa es del coñac.

—Perdone —dijo Nizovski—. Yo soy paleontólogo. Con los fragmentos de un hueso, los paleontólogos podemos reconstruir el aspecto de un animal que haya vivido en una época determinada sobre la Tierra. Usted que conoce todas las condiciones de la existencia de un marciano, descríbanos al visitante procedente del Cosmos, por favor.

Krimov sonrió.

—Ya he pensado en eso. Y he leído las opiniones de uno de sus colegas, el profesor Efremov, paleontólogo y escritor. Estoy de acuerdo con él en numerosos puntos... Un centro cerebral único, los órganos de la vista estereoscópica y del oído dispuestos en su vecindad... Todo eso es indispensable. Lo mismo que la postura vertical del ser, para que el campo visual sea lo más amplio posible. En cuanto al aspecto exterior, recordemos que el clima de Marte es riguroso y sus cambios de temperatura muy bruscos. Es posible que los marcianos no sean demasiado bellos. Tienen que poseer un tegumento protector, una espesa capa de grasa. Pelos

abundantes o una piel de color violeta absorbente, como las plantas marcianas, de los rayos calóricos. Son de baja estatura, ya que allí la gravedad es mucho menor, y sus músculos están menos desarrollados que los nuestros. ¿Qué más? ¡Ah, sí! ¡Los órganos respiratorios! En ellos, están sumamente desarrollados, ya que tienen que utilizar la cantidad ínfima de oxígeno que existe en la atmósfera marciana... Por lo demás, no le garantizo la exactitud.

—Y los seres racionales que viven en Venus, ¿qué aspecto pueden tener? —preguntó Nizovski, pensativo.

El astrónomo se echó a reír.

—Eso es harina de otro costal. No poseemos suficientes datos para emitir una opinión.

—Y, sin embargo, procedían de Venus —dijo Nizovski en voz baja.

Nos separamos mucho después de la medianoche. Boris Efimovich estaba encantado por aquella velada.

—¡Eso es un hombre! ¡Qué esfuerzo constante hacia el objetivo que se ha fijado en su vida!

Recuerdo el momento en que el astrónomo se despidió de nosotros. Tenía que desembarcar con Natacha en la Tierra Fría, para estudiar también allí la capacidad de absorción de la vegetación local.

Natacha y Krimov agitaron las manos en señal de adiós. El capitán hizo sonar la sirena en su honor.

Nizovski se inclinó por encima de la borda y gritó:

—¡De Venus!

—¡De Marte! —replicó Krimov.

Ahora no sonreía. Estaba muy serio.

La lancha se alejó saltando sobre las olas, en dirección a la lejana línea de la costa.

Una hora después regresó.

El *Gueorgui Sedov* iba a reemprender su ruta.

El marciano

Alexander Kazantzev

El espíritu de la «catástrofe marciana» se instaló en el comedor de oficiales del Gueorgui Sedov. Nadie experimentaba ya deseos de contar las aventuras árticas; los marineros y los hombres de las estaciones polares recordaban los detalles de la explosión en la taiga, se excitaban, discutían... Nuestro «Decamerón septentrional», como decía el capitán, había encallado sobre un banco de arena...

—A usted, Alexander Petrovich, le corresponde volver a ponerlo a flote —se dirigió a mí, riendo—. Que el escritor nos cuente ahora algo fantástico, puesto que el mensajero del Cosmos nos ha dejado en esta disposición de ánimo.

—¡Sí, sí! —se animaron los presentes—. ¡Cuéntenos algo de lo cual no pueda creerse una sola palabra!

—Y la nave interplanetaria, ¿creyeron en ella? —inquirí, bromeando.

—Los americanos dicen: «Nosotros creemos en Dios; el resto se paga al contado». En mi opinión, hay muchas cosas que podrían ser adquiridas a cambio de mi dinero.

—Tantas, que no podrían rechazarse —observó el piloto, un hombre de una estatura enorme, siempre silencioso, calzado con unas flexibles botas de piel de perro. Tenía que escoger el emplazamiento para un aeródromo sobre una de las islas, lo que explicaba su presencia a bordo del Sedov.

—Imposible creerlo... Pero imposible también rechazarlo —dijo pensativamente Netaiev, el navegante.

—Entonces, ¿quieren que cuente una cosa en la cual no sea posible creer? —pregunté, habiendo ya decidido colocar entre los relatos poco complicados sobre la vida ártica que había oído aquí la historia de una vida distinta, increíble, imposible, pero...

Al principio me escucharon con una leve desconfianza, con una sonrisa condescendiente o estimulante, la misma quizá que esboza el lector al volver esta página, en espera de una ficción...

En mi relato se tratará del presente, de una sola entrevista en una estancia triste con el techo lleno de manchas de humedad y las mesas cubiertas de manchas de tinta del aeroclub central Tchkalov en Tuchino, en los alrededores de Moscú.

Aquel día, yo estaba de servicio en el aeroclub. No, no soy aviador, no se asombren. Aficionados a la astronáutica, habíamos creado hace unos años una sección de astronáutica, una organización que se proponía favorecer los futuros viajes interplanetarios. En fecha no demasiado lejana se burlaban de nosotros, llamándonos

«lunáticos» a causa de nuestro sueño de volar un día hacia la Luna. Lo soportábamos todo estoicamente, hacíamos propaganda de nuestra querida astronáutica, tratando de reunir a nuestro alrededor a todos aquéllos a los cuales podíamos comunicar la fe en los viajes cósmicos; habíamos creado toda clase de comités: astronavegación, técnica de reacción, astronomía y biología del vuelo cósmico, etc. Ahora ya no se burlan de la sección de astronáutica, que cuenta entre sus miembros a numerosos sabios, famosos aviadores, estudiantes, ingenieros, escritores... personas jóvenes, personas de edad madura, ancianos, investigadores, pedantes y soñadores...

En resumen, en mi calidad de organizador de la sección de astronáutica tuve ocasión, a raíz del lanzamiento de los primeros satélites artificiales de la Tierra, de estar al servicio del aeroclub. Después de haber charlado amistosamente con dos muchachas y un joven que soñaban con volar nada menos que a Marte, al quedarme solo me dediqué a ojear las cartas que habían llegado.

Había algunas muy interesantes. Un joven escribía:

«Tengo dieciocho años, acabo de terminar mis estudios secundarios, no he hecho nada aún en la vida y quisiera hacer mucho por la ciencia. He oído decir que se proyectaba poner un perro en el satélite artificial de la Tierra para enviarlo al espacio cósmico. Desde luego, es más importante para la ciencia que el lugar sea ocupado por un hombre. Les ruego que accedan a ayudarme a ofrecer mis servicios para el vuelo experimental al Cosmos. Estoy seguro de que tendría tiempo de transmitir por radio todas mis sensaciones... Y vería el globo terrestre del lado de las estrellas...».

Otra carta estaba escrita por una mujer:

«Soy un ama de casa, tengo cuarenta y seis años y no he hecho nada en la vida. Permítanme que sirva a la ciencia y que me ofrezca para el estudio del estado del cuerpo humano en el curso del vuelo cósmico. Sé que no todos los cohetes regresan...».

Un mecánico de los ferrocarriles de Transbaikalia escribía:

«Soy un apasionado de la técnica, entiendo mucho de mecanismos y estoy dispuesto a estudiar. Podría ser útil como miembro de la tripulación de una nave cósmica...».

Dicho sea de paso, en nuestro país y en el extranjero hay decenas de millares de hombres que arden en deseos de tomar parte en los próximos viajes cósmicos.

Medité en esta particularidad asombrosa del carácter humano. ¿Cuál es la fuerza que empuja al hombre hacia las estrellas, que le arranca de la Tierra? ¡Es la sed de conocimientos, una sed ardiente, insaciable, inextinguible! La misma que empujaba a los exploradores polares, hombres apasionados, poseídos en el sentido más noble de la palabra, avanzando siempre a través de los hielos infranqueables, de las tormentas de nieve y del frío hacia un punto misterioso llamado polo y representado en los mapas por una mancha blanca... La misma fuerza que impulsaba a los audaces navegantes a cruzar las vastas extensiones de los océanos, desafiando todos los peligros, en busca de unas tierras lejanas, bellas porque eran desconocidas... La que

guía a los intrépidos que escalan las paredes heladas de una cima inviolada, inaccesible, sobre la cual no hay nada a excepción de un viento impetuoso, una vista deslumbrante y una sensación embriagadora...

Los objetivos y las alturas hacia las cuales tiende hoy el hombre no tienen comparación con nada de lo que alcanzó hasta ahora.

Así es la naturaleza humana, admirable por ello...

Le vi en el momento en que cruzaba el patio del aeroclub. Me disponía a entrar, pero me quedé, como si supiera que venía a verme. Había captado algo raro en él, o en su porte, no sabría decirlo, cuando se dirigía hacia la puerta de entrada.

Aquella sensación se acentuó cuando le vi de cerca (¡Efectivamente, venía a verme!). No era su pequeña estatura, ni sus movimientos tímidos, ni la evidente desproporción del cuerpo, de los brazos y de las piernas, ni siquiera su cráneo abombado y completamente desprovisto de cabellos... Lo que me impresionó fue la expresión de sus grandes ojos inteligentes, alterada por los cristales increíblemente convexos de sus gafas. Éstas acercaban a mí sus enormes ojos, un poco tristes, penetrantes e infinitamente comprensivos.

Atribuí a aquellas gafas extraordinarios la impresión que me había causado el visitante y le ofrecí un asiento.

Después de haber dejado sobre la mesa un voluminoso manuscrito, me miró con una amable sonrisa y captó, sin duda, un leve espanto en mis ojos, tal vez incluso comprendió que yo tenía que leer demasiados manuscritos y que me inspiraban cierta aprensión. El caso es que dijo:

—No, no se trata de una consulta literaria.

Le miré con aire interrogador.

—Sé que es prematuro aún hablar de un viaje interplanetario real, de la composición eventual de la tripulación... Aunque, Quizás, no falten ya los solicitantes. Por eso quisiera, desde este momento, obtener el apoyo de su sección.

El que tenía delante de mí no era un hombre joven, no podía bromearse con él, comprometerle a estudiar los dominios de las ciencias que algún día necesitaría un astronauta.

Comprendió mi pensamiento, no sé cómo, y me dijo que no era astronauta, ni geólogo, ni médico, ni ingeniero. Buscaba un apoyo para asegurarse una plaza entre los miembros de la tripulación del primer navío que partiera hacia Marte, porque... porque todo el mundo tenía derecho a regresar a su punto de origen.

Me sentí incómodo. Recordé haber leído en 1940 la carta del director de unos grandes almacenes de Sverdlovsk que solicitaba también que le ayudaran a regresar a Marte. En todos los demás aspectos aquel hombre era completamente normal.

El visitante sonrió. Leí en sus ojos que también esta vez lo había comprendido todo.

¡Diablo! Quizás en Marte habían renunciado a comunicar sus ideas con ayuda de las ondas sonoras, es decir, haciendo vibrar el aire. Me di cuenta de que no solamente

él, sino también yo, adivinaba sus pensamientos... Lo más fácil era tomarle por un enfermo...

—Sí —dijo el visitante—. Al principio me encerraron varias veces en clínicas mentales, hasta que comprendí que era inútil tratar de convencer a los hombres.

Me pregunté si no sería suya la carta que había leído un día, antes de la guerra.

El visitante señaló el manuscrito.

—Hubiera podido escribirlo en ruso o en inglés, en francés o en holandés, en alemán, en chino o en japonés, empleando una de las escrituras que se usan en la Tierra...

Tratando de ser cortés, abrí el manuscrito y enarqué las cejas al ver la página cubierta de extraños signos. ¿Qué significaba aquello? ¿Una mixtificación? ¿O un síntoma de enfermedad?

—A un ser razonable le resulta imposible —continuó el visitante— inventar en la soledad un idioma desconocido, transmitiendo con toda su expresividad las ideas y los sentimientos comprensibles para los hombres; a un ser razonable le resulta imposible, si se encuentra solo, inventar una escritura para transcribir todas las riquezas de un idioma semejante. Comprenderá usted que este manuscrito sólo ha podido ser escrito por el representante de una tribu lejana, antigua, sabia, que existe efectivamente en un mundo severo en vías de aniquilamiento.

—Pero, ¿cómo leerlo? —exclamé, no pudiendo contenerme.

Inmediatamente, capté detrás de las maravillosas gafas la expresión de una afectuosa bondad.

—Durante el último siglo, la civilización terrestre ha dado un verdadero salto. Han pasado ustedes de la comprensión de la ley de conservación de la energía a la utilización de la energía de la materia, del oscurantismo a la creación de máquinas que multiplican la fuerza del cerebro y lo reemplazan en muchas de sus funciones. Me siento feliz al saberme contemporáneo del florecimiento de esta civilización en un planeta joven y rico que, poseyendo una masa suficiente, no pierde su atmósfera ni su agua y que nunca estará amenazado de muerte.

Yo había comprendido ya a mi interlocutor.

—¿Y cree usted —inquirí— que las máquinas de calcular electrónicas podrán descifrar este manuscrito?

—Sus máquinas lo leerán y usted comprenderá quién lo ha escrito.

Yo había comprendido ya por quién había sido escrito. Me daba cuenta del carácter ridículo e insólito de la situación, y mis manos temblaban. ¿Quién se interesaría por esta entrevista, el mundo entero, o únicamente unos cuantos alienistas?

Los ojos que podían transmitir y leer los pensamientos me miraban a través de los cristales convexos de las gafas. Ante aquellos ojos, ¿eran posibles la mentira o la doblez, la falsedad o la hipocresía?

Nos separamos, mi visitante y yo, tras convenir en que volveríamos a encontrarnos en aquella misma estancia pasados seis meses, exactamente.

Y luego... luego salí de viaje a bordo del Gueorgui Sedov y aquí estoy desde hace muchos meses.

—¡Un momento! —dijo el navegante Netaiev, en tono casi indignado, alzando sus ojos claros y dilatados en aquel momento—. ¿Y el manuscrito? ¿Qué pasó con él?

—Las historias de locos siempre tienen algo de divertido —observó alguien. Netaiev, irritado, se volvió hacia él.

—Creo que el relato no ha terminado —dijo el capitán, y me miró, acechando mi respuesta.

—Desde luego que no —admití.

—¿Tiene usted el manuscrito? —inquirió vivamente Netaiev—. ¿Podríamos echarle una ojeada?

—No. No lo tengo. El relato, en efecto, tiene una continuación. Después de la entrevista que acabo de contar, un sabio muy notable acudió a nuestra Unión de Escritores. Su nombre es pronunciado con respeto por los matemáticos del mundo entero. Se trata de un hombre muy interesante. Un tipo nuevo de sabio. Alto, bien formado, de aire deportivo, excelente jugador de tenis, buen ajedrecista, condecorador de la literatura... El y yo discutíamos mucho acerca de cuestiones literarias. Después de la Revolución, a la edad de dieciséis años, empezó sus estudios universitarios; a los veinte años era ya licenciado, y al cumplir los veintiocho fue elegido académico.

—¡Oh! ¡Ya sé de quién se trata! —exclamó Netaiev.

—El sabio nos habló de la técnica electrónica del cálculo. Indudablemente han oído ustedes hablar de las máquinas cibernéticas capaces, no sólo de realizar los cálculos más complicados, que requerirían los esfuerzos de varias generaciones de matemáticos, sino también de resolver problemas lógicos, poseyendo una memoria llamada electrónica, es decir, capaces de traducir con la ayuda de un diccionario automático de un idioma a otro, e incluso de revisar el texto traducido.

Cuando le llevé a mi casa en mi automóvil, el académico me confió que había realizado un audaz experimento... Había presentado a la Gran máquina de calcular electrónica de la Academia de Ciencias, capaz entre otras cosas de jugar pasablemente al ajedrez, un programa según el cual tenía que adivinar el tema de una obra de teatro con la sola lectura de la lista de los personajes. Cuando se trataba de una obra mediocre, estereotipada, en la cual todo se hallaba efectivamente distribuido de antemano, la máquina indicaba con precisión quién era el bueno o el malo, cuándo el profesor engañaría a la pobre estudiante, cuándo intervendría el profesor noble, y cuál sería el final, feliz, por supuesto...

Pero, tal como me dijo el académico, la máquina electrónica poseía además una facultad de las más valiosas. Podía realizar centenares de miles de tentativas por segundo, y dentro de poco llegaría al millón por segundo. Aplicando el método de eliminación, utilizando una enorme cantidad de tentativas, podía descifrarse en muy poco tiempo toda clase de escrituras secretas, todas las claves... El académico hizo observar que los jeroglíficos egipcios y la escritura cuneiforme hubieran podido ser

descifradas por las máquinas en un plazo muchísimo más breve que el que invirtieron los sabios del siglo pasado...

Era lo que yo esperaba, como tal vez habrán supuesto ustedes.

Prudentemente, le conté al académico la historia del extraño visitante y de su manuscrito. Estalló en una risa juvenil y contagiosa. Confieso que quedé un poco desconcertado por su actitud. Continué conduciendo en silencio. Cuando llegamos a la calle Bolchaia Kalujskaia, el académico se apeó y me estrechó la mano. Reteniéndola unos instantes, me dijo, con aire travieso:

—Bueno, vamos a arriesgarnos. Tenemos una máquina experimental. Por las noches está libre. Si consigue usted convencer a mis colaboradores, los jóvenes... Podríamos tratar de descifrar algunas páginas del principio...

—Y del final —añadí.

De nuevo se echó a reír.

—A condición de que sean descifrables.

Cuando me presenté en la Academia de Ciencias con el manuscrito, los jóvenes colaboradores del académico, advertidos ya por su jefe, me esperaban con impaciencia y se echaron sobre el manuscrito, hojeándolo, discutiendo qué programa de desciframiento convendría proponer.

¡Ah, el programa de desciframiento! ¡Cuántas veces hubo que cambiarlos!

—¿No se llegaba a ningún resultado? —inquirió Netaiev.

—No. Muchos de los científicos se dieron por vencidos. En cuanto al académico, reía, bromeaba, pero... intervenía y proponía otro programa.

—¿Y luego?

—Transcurrieron varios meses... Un día, el académico declaró que, manejada correctamente, una máquina cibernética podía descifrar incluso la iluminación nocturna de la ciudad en forma de una obra poética... De pronto, pareció entreverse el principio de algo coherente. El académico cesó de bromear, se mostró irritable, exigente... La máquina descifraba ahora no sólo durante la noche, sino también durante el día. Los cálculos de filtración del agua a través de una presa quedaron marginados; alguien los reclamaba imperiosamente, en tanto que nosotros... presentábamos un nuevo programa a la máquina, ahora con más seguridad.

—¿Leyó usted el manuscrito? —inquirió Netaiev.

—Sí, las primeras páginas.

—¿Y qué? ¿Y qué?

—Pues bien, la máquina de calcular eléctrica, aumentando la capacidad del cerebro humano, del mismo modo que una excavadora a vapor aumenta la potencia de los músculos, descifró las primeras páginas del diario escrito, día por día, por un Marciano que en circunstancias trágicas se había quedado en la Tierra, en 1908...

Imaginen mi emoción cuando a través de los ojos de un ser llegado del mundo de los desiertos marchitos, descubrí la belleza generosa y pródiga de nuestro planeta, la multitud infinita de sus formas vegetales asombrosas, deslumbrando la imaginación

del extranjero con su diversidad inconcebible, nuestro mundo animal desarrollado en miríadas de pequeños arroyos independientes de la vida, cada uno de ellos de una belleza perfecta a su manera... Y, en la cumbre, el hombre, dueño de la naturaleza, que el representante de otro planeta había encontrado por fin...

¡Ah! ¡Cómo le impresionó el hecho de que los seres de la Tierra se parecieran a él, habitante del lejano Marte! Es cierto que los seres de la Tierra, los hombres, pensaban, intercambiaban sus ideas de un modo raro, haciendo vibrar el aire, produciendo unos sonidos con ayuda de los cuales no sólo podían dar a conocer las ideas, sino también disimularlas...

Aquel visitante de otro planeta trató de imitar a los hombres, hasta conseguir anunciarles quién era por medio de la reproducción de sonidos. Pero los comerciantes siberianos y el uriadnik sólo vieron en él a un extranjero, y por añadidura loco, y le encerraron en un manicomio.

Pasó cincuenta años entre los hombres, escribiendo su diario. No hemos leído aún todas las páginas, pero me he prometido a mí mismo descifrarlas todas y publicarlas en mi novela El Marciano, que empiezo con este relato. En el diario del marciano veremos a través de los ojos del representante de una tribu sabia y antigua que en su viejo planeta había alcanzado la forma superior de la sociedad, que, hace millones de años, había pasado la fase del desarrollo que nos es contemporánea, a través de los ojos del marciano veremos nuestra vida, nos veremos a nosotros mismos, nuestros actos y las relaciones entre los hombres puestos al desnudo por sus gafas mágicas, veremos la mentira y la falsedad, la gazmoñería y la hipocresía que no pueden existir, si la idea no es disimulada por una vibración convencional del aire, y que no existirán cuando la mente de los hombres se haya desarrollado del todo.

¿Qué opinó de nosotros cuando empezó a conocernos? ¿Y más tarde, cuando fue testigo de las guerras mundiales? ¿Qué pensó de unos seres que resolvían sus diferencias con el derramamiento de sangre, que obligaban a otros a trabajar para ellos, haciendo desgraciados a unos para hacer felices a otros?

Después de haber leído el diario del marciano puede verse la vida terrestre desde un observatorio inigualable... Y en las últimas páginas nos enteraremos de su deseo de regresar a su planeta, tan inhóspito pero tan querido para él, aportando la energía desbordante de los hombres que ayudarán a prolongar en millones de años la vida sobre Marte, cada vez más árido.

Leeremos su diario y comprenderemos qué clase de hombre... perdón, quiero decir de marciano... era. Sí, me emociona pensar en nuestra nueva entrevista. ¿Acaso alguno de ustedes no se sentiría emocionado al pensar que a su lado se encontraba alguien llegado de nuestro futuro, que nos juzgaba de acuerdo con las leyes de nuestro ensueño?

Se estableció un breve silencio.

—¡Ah, si pudiéramos leer todo el diario! —dijo finalmente Netaiev.

—Lo leerá usted, se lo prometo —afirmé—. Pero, ¡un momento! Habíamos

quedado en que no creerían nada de lo que contara...

Netaiev sonrió, con aire condescendiente, y el capitán me amenazó con el dedo:

—Si no nos obligaran a efectuar la travesía del Sur, me gustaría ir a verle al aeroclub el día que estuviera usted de servicio.

Subí al puente. Resultan sorprendentes estas estrellas del Ártico. Diríase que están más próximas que en ninguna otra parte.

Netaiev me esperaba.

—Allí está Marte —dijo, señalando una estrella rojiza.

Mirando aquella lucecita de un mundo desconocido me quedé pensativo.

Guardamos silencio durante largo rato. Luego, Netaiev murmuró:

—Allí... en la sección de astronáutica... ¿no sería posible que me tuvieran en cuenta? Un navegante... las estrellas le son familiares... En el Cosmos, yo podría ser también un buen navegante.

Nos separamos para ir a acostarnos.

Pero otro hombre me esperaba. Era el piloto. Quería hablarme a solas.

Escuché su petición y estreché su mano.

Los hombres como él serán sin duda los que conducirán los primeros navíos cósmicos.

El Gueorgui Sedov continuó su ruta bajo las estrellas.

El Golub-Yaban

Kirill Stanyukovitch

El valle de Pshart no tiene nada de notable. Es un típico valle de Pamir, con el lecho de un río que sólo se llena en los períodos más calurosos del verano, cuando los glaciares empiezan a derretirse. Está flanqueado por ambos lados por unas cordilleras poco importantes. Apenas hay nieve en sus cumbres, y los glaciares que se pegan a las laderas septentrionales son pequeños.

En la parte inferior, donde el valle se ensancha formando terraplenes, se encuentran los campos de una inmensa granja colectiva. Allí se siembra cebada, a pesar que la altitud es de cuatro mil metros por encima del nivel del mar.

Las gargantas de la parte superior del valle proporcionan pastos de verano para el ganado de la granja. Puede llegarse hasta allí en automóvil por la autopista Pamir. Pero no puede llegarse en automóvil al extremo más lejano de la granja, más allá del paso.

De modo que cuando cruzamos el paso y vimos a Mamat y a Sultan con caballos y asnos, esperándonos, enviamos el automóvil atrás y continuamos el viaje a caballo.

Éramos cinco: los hermanos Tashtambekov, Mamat y Sultan, Tadeus Nikolayevich, Anastasia Petrovna y yo.

El último trecho de la ascensión era bastante fácil y no tardamos en encontrarnos ante el ancho y llano valle Pshart, donde pensábamos iniciar nuestras investigaciones.

Un angosto sendero descendía hasta las *yurtas* de la granja colectiva donde teníamos que pasar la noche. Nos acogieron los balidos de las ovejas y de las cabras que regresaban a sus corrales.

Era al atardecer. El sol, a punto de hundirse detrás de las montañas, no calentaba ya; el viento, que hacía unos instantes era vigorizantemente fresco, soplaba ahora a ráfagas heladas. Un rebaño de yaks pasó junto a nosotros, gruñendo, camino de las *yurtas*. Pastaban durante todo el día en las tierras altas y de repente, como a una señal dada, regresaban apresuradamente para alimentar a sus crías. Pero antes de llegar eran interceptados por los ordeñadores, y tenían que aplazar la satisfacción de sus instintos maternos.

Fuimos recibidos como huéspedes de honor. El propietario de la *yurta* tomó a mi caballo por la brida, sujetó el estribo y me ayudó a bajarme. Su hijo apartó a un lado la estera que servía de puerta y nos cedió el paso al interior, donde su madre estaba extendiendo nuestras mantas en el suelo.

Descargándonos de nuestras mochilas y demás impedimenta, nos sentamos con las piernas cruzadas. El dueño de la casa se sentó junto a nosotros y nos pidió que le

informáramos de las últimas noticias. Sin embargo, lo que podíamos contarle no era gran cosa, ya que recibía el periódico con regularidad.

Su esposa trajo un puñado de *kizyak*, una mezcla de excremento de oveja y paja utilizada como combustible y también como material para la construcción, y no tardó en encender una rugiente fogata en el centro de la *yurta*. Sobre el fuego había una *kumgan*: una vasija de cobre provista de tres altas patas. El dueño de la casa me ofreció una gran taza de té que acababa de preparar.

Terminado el té, insistimos en que la cena se preparase con la comida que traíamos y finalmente nos salimos con la nuestra. Después que Mamat invocara repetidamente al cielo para convencer a nuestro anfitrión que en las latas no había carne de cerdo, pusimos a calentar una sopa de arroz con carne en conserva. A aquella altitud, las patatas o la carne cruda hubiesen tardado demasiado en cocerse.

Mientras se calentaba la cena tuvimos tiempo para atender a las tareas acostumbradas: desensillar los caballos y soltarlos para que pastaran por su cuenta, guardar las pocas plantas que habíamos recogido y comentar las impresiones del día.

La *yurta* estaba atestada. Además de nuestro grupo había otros dos huéspedes, unos ancianos que llevaban unas grandes barbas y que buscaban un caballo extraviado. Cuando llegó el momento de acostarse, los hospitalarios anfitriones tuvieron grandes dificultades para encontrar mantas para todo el mundo. Pero al final las consiguieron, y extendiendo nuestros sacos de dormir sobre las mantas nos acostamos. La lámpara fue apagada y la *yurta* quedó a oscuras.

Durante largo rato nadie habló. Luego, uno de los ancianos susurró:

—¡Mamat!

—¿Sí?

—¿Van muy lejos?

—Hasta Chatyk Koi.

—¿Pasarán la noche allí?

—Sí.

—¿No tienen miedo?

Silencio.

—Tal vez sea malo.

—¿Qué? —intervine.

—Mamat lo sabe.

—¿Qué es lo malo, Mamat?

Silencio.

—Bueno, Mamat, ¿qué hay de malo allí?

—El hombre abominable —dijo Mamat, a regañadientes.

—¿Qué hombre abominable?

—El *goluh-yavan*, simplemente. Vive en las montañas.

—¿Qué tontería es ésa, Mamat? ¿Has visto acaso a ese hombre abominable?

—Yo no, pero otros le han visto.

—Bueno, ¿y qué es lo que hace?

—Grita y arroja piedras montaña abajo. Puede raptar a una mujer y desafiar a un hombre a luchar, gritando y golpeándose el pecho con los puños.

—¡No me digas!

—No se ría. Si él le derriba al suelo, le aplastará; si gana usted y le derriba a él, se echará a llorar y regresará corriendo a la montaña para morir allí.

—¡Oh, qué tonterías, Mamat!

—Dice la verdad —afirmó uno de los ancianos.

—Desde luego, dice la verdad —corroboró el otro.

—¿Cómo lo saben? —pregunté—. ¿Vienen ustedes de Pshart? ¿Han visto al hombre abominable?

—Ahora no. Pero yo le vi en otra ocasión.

—¿Cuándo y dónde?

—Hace mucho tiempo, en Kyzylrabat.

—¿Y por qué cree que hay un hombre abominable aquí?

—Todo el mundo sabe que hay un hombre abominable en Pshart.

—Pero, ¿quién le ha visto aquí? Aksakal, ¿hay un hombre abominable aquí?

—Sí —afirmó de nuevo el primero de los ancianos—. Hay tres, un hombre, dos mujeres y un chico.

—¿Les ha visto usted con sus propios ojos?

Silencio.

—No debemos hablar de él —dijo finalmente el anciano—, o se presentará aquí y nos creará dificultades.

Por lo que nos contaron más tarde, parece ser que, a pesar que nadie había visto hombres abominables, era aceptado como un hecho que existían en alguna parte de Pshart. Nos dijeron que iban desnudos, que estaban cubiertos de pelo y que comían lo que encontraban en las montañas. No les gustaban los humanos normales y no era prudente dormir al aire libre en aquellos parajes.

Durante largo rato discutí con ellos, tratando de convencerles que todo aquello eran tonterías. Terminaron por callarse, pero no parecieron quedar convencidos.

Luego, Tadeush Nikolaievich intervino diciendo que si no andábamos con cuidado, una mañana podíamos encontrarnos con que Anastasia Petrovna había desaparecido, y todos nos echamos a reír. Todos, menos los ancianos, los cuales mantuvieron un grave silencio.

A pesar de aquella risa, tardé mucho rato en conciliar el sueño, recordando cosas profundamente enterradas en mi memoria.

La primera vez que oí hablar del *golub-yavan* fue de labios de un anciano kirguis al que conocí en Kyzylrabat en 1935. Pretendía que en su juventud, cuando iba de pastos en pastos con sus rebaños en Togdum-bash-Pamir, en cierta ocasión tuvo que abandonar un valle con unos pastos excelentes porque un hombre abominable le robaba ovejas y asustaba a la gente gritando desaforadamente en las montañas.

La segunda mención se produjo en 1936 en las proximidades de Altynmazar. Fue al atardecer, cuando nuestra caravana pesadamente cargada llegó al río Sauk Dara, más allá del cual se hallaba nuestro punto de destino. Cruzar un río crecido de noche cuando los caballos están cansados es arriesgado. Sin embargo, aquello fue precisamente lo que mis obreros locales exigieron, diciendo que no podíamos pasar la noche allí porque en la vecindad vivía un hombre abominable. Estaban convencidos que éste se presentaría durante la noche y crearía dificultades para todo el mundo. «Este lugar le pertenece», insistieron.

Cuando llegamos a Altynmazar, una mujer dijo que hacía algún tiempo había visto un hombre abominable cerca de la desembocadura del Sauk Dara. Ella se ocultó entre los peñascos y el hombre abominable pasó de largo, gritando como un poseso, y desapareció.

En 1937, cuando estuve enfermo durante casi una semana en la *yurta* de mi amigo Jamagul, cerca del Paso de Togar Katy, la gente hablaba mucho de un *golub-yavan* que había «vuelto a presentarse» procedente de Langar, o quizá de Sarez, y ahora vagabundeaba por los alrededores de Bulunkul. La gente no debía andar sola por allí, decían, si no quería que les ocurriera algo. Jamagul me contó que hacía mucho tiempo, «en la época del zar», vio a dos hombres abominables desde lejos: subían por la ladera de un monte, «hurgaban en el suelo y comían hierba», probablemente algún tipo de raíces.

Luego dijo que el *golub-yavan* suele ocultarse de los seres humanos, a los cuales teme, y que por eso resulta difícil verlos. Ya no había hombres abominables por allí, añadió, pero «habían existido realmente». De todos modos, si me encontraba con uno de ellos no debía asustarme: si gritaba un poco, el *golub-yavan* se alejaría.

Oí más historias acerca del hombre abominable en Kyzylrabat y Alai. Pero debo confesar que no pude decidirme a dar crédito a ninguna de ellas.

Ratsek, un montañero muy conocido, me dijo que cuando estuvo operando en las proximidades del glaciar Inlychek, su guía le había contado que allí, en una caverna, habitaban unos hombres abominables.

Si se prestara crédito a todas esas historias y se reunieran todos los datos contenidos en ellas, surgiría el siguiente cuadro:

El hombre abominable, *golub-yavan*, ha sido visto por habitantes de las respectivas regiones en las zonas más inaccesibles y deshabitadas de los Pamir, en los valles de Pshart y Murgab, y en otros ríos que afluyen al lago Sarez desde el sur, tales como el Kainda y el Sauk Dara. Exceptuando la cara y las manos, el hombre abominable está enteramente cubierto de pelo. No parece conocer el uso del fuego ni de las herramientas, pero a veces ha sido visto arrojando piedras o palos. Evita a las personas y come raíces y pequeños animales, liebres o marmotas, los cuales caza o mata con una piedra. Es un infatigable viajero y no parece poseer una morada permanente.

La gente solía encontrarle con más frecuencia antes que ahora.

Pero, supongamos que todo esto es un error y que los habitantes de los Pamir confunden un oso con un hombre abominable, como ocurrió, según cuenta E. M. Murzayev, en algunas partes de Mongolia donde los osos eran desconocidos... No, esta posibilidad debe descartarse, ya que los habitantes de los Pamir, que a menudo cazan osos, los conocen perfectamente.

Pero eso no significa que todas esas historias sean dignas de crédito. En realidad, muchos habitantes de los Pamir no las creen.

Jurmamat Musayev, presidente de la Granja Colectiva Lenin, por ejemplo, ha desautorizado repetidamente esos relatos, considerándolos como mitos. Y conoce su distrito tan bien como la palma de su mano. Dos viejos cazadores de la misma granja, Uljachi Urazali y Mamat Rokhopov, que han pasado la mayor parte de su vida en los Pamir, aseguran que nunca han visto señales de un hombre abominable. Urazali dijo en cierta ocasión: «Es posible que existieran *gulab-yavans* en alguna parte en tiempos remotos, pero ahora no se encuentran en ninguna parte».

Y, finalmente, ¿podemos creer a los que dicen haber visto al *gtilab-yavan*? La respuesta más fácil sería la negativa, ya que ninguno de esos casos ha sido autenticado. Ni se ha encontrado nunca una prueba material de la existencia del hombre abominable. Suponiendo que existieran, no podría haber más de unas cuantas docenas de ellos en toda el Asia Central, y en sus parajes más inaccesibles. Y viviendo en las peores condiciones, es evidente que debería producirse gradualmente su extinción.

Finalmente me quedé dormido.

Nos levantamos temprano. El sol estaba aún detrás de las cumbres de las montañas, pero había suficiente claridad y el aire era muy fresco. Cuando montamos en nuestras cabalgaduras y empezamos a descender la colina, los cascos de los caballos aplastaron una delgada capa de hielo. La hierba estaba blanca de escarcha.

Estábamos interesados especialmente por los árboles y los arbustos del valle de Pshart. En los montes Pamir apenas se encuentra ninguno.

Ahora bien, para un desarrollo planeado científicamente de las zonas montañosas hay que establecer unos cuantos límites naturales. Por ejemplo, la línea de nieve, la línea de árboles y la mayor altitud a la que crecen las especies individuales.

Eso era lo que hacíamos: empezar en la parte más elevada del valle para ir descendiendo paulatinamente.

Los primeros arbustos que encontramos resultaron ser tamariscos bordes. Tenían un aspecto raquítico y crecían sobre lechos pedregosos a una altitud de casi 4.500 metros. Aquélla era en realidad la primera de las líneas que nos interesaban: el punto más elevado donde existen ciertas plantas trepadoras.

A medida que descendíamos por la colina, los tamariscos se hacían más robustos. Los primeros tenían una altura de cinco a ocho centímetros. Pero, cien metros más abajo, había ejemplares de veinticinco a treinta centímetros.

Luego, el río penetró en la garganta; unos abruptos acantilados se irguieron por

encima de nosotros a derecha e izquierda, y todo cambió de aspecto. Cesó el viento, la temperatura aumentó y prescindimos de nuestros tabardos de piel de oveja. Las aguas del río, claras como el cristal, discurrían alegremente por entre dos hileras de arbustos, que alcanzaban más de un metro de altura. El *Comarum Salesovianum*, en plena floración, lucía sus blancas flores en forma de estrella.

En el cañón del Pshart no soplaban el viento y hacía calor. Cuanto más descendíamos, más altos eran los arbustos. La lujuriente vegetación que cubría el suelo por entero, alcanzó primero hasta los flancos del caballo y luego sobrepasó la cabeza del jinete.

De pronto estalló un grito jubiloso:

—¡Un árbol!

Y, efectivamente, allí estaba nuestro primer árbol, un esbelto sauce de unos tres metros de altura, apenas más alto que los arbustos que lo rodeaban. Pero era un árbol, con su tronco y sus ramas, y desmontamos para tomar medidas y fotografías y fijar la altitud.

Súbitamente, se oyó un ruidoso galopar, acompañado de intensos resoplidos. Nos incorporamos, alarmados..., y la sorpresa nos dejó boquiabiertos. Una manada de camellos avanzaba hacia nosotros a una velocidad impresionante, aplastando los arbustos a su paso. ¿Qué podíamos hacer? Yo había visto muchos camellos y había viajado a lomos de ellos a través de los desiertos. Pero ignoraba que pudieran galopar. Recordé los relatos que hablaban de personas que habían muerto aplastadas o mordidas por camellos.

¿Ocultarnos? Pero, ¿dónde? Además, ya era demasiado tarde...

Los camellos pisotearon los últimos arbustos, se precipitaron hacia nosotros..., y se detuvieron en seco. Nos encontrábamos en medio de un círculo de animales que gruñían, resoplaban y nos contemplaban estúpidamente.

Eran unos animales bien alimentados que al parecer habían sido conducidos a los pastos de verano del Pshart, dejándolos que camparan a su albedrío, y que a causa de ello se habían hecho un poco salvajes.

Sus facciones inexpresivas no permitían conjeturar por qué se habían desbocado, qué les había hecho pararse, qué deseaban...

Permanecíamos en el interior del anillo viviente, sin hablar. Yo empuñé el pico de cortar hielo, en tanto que Tadeush Nikolaievich colocaba con cuidado una bala en la recámara de su rifle.

—Mamat, Sultan, ¿qué haremos ahora? —susurré, sin atreverme a moverme.

—Nada —respondió Mamat.

Luego se dirigió rápidamente hacia uno de los camellos, le palmeó el cuello y el animal volvió la cabeza y se alejó. A continuación, Mamat rompió una rama de sauce y empezó a golpear ligeramente con ella a los otros camellos.

Toda la manada dio media vuelta y se marchó.

Durante algún tiempo no pudimos concentrarnos en nuestro trabajo, preocupados

por los camellos que vagaban indolentemente no muy lejos de nosotros.

—No se preocupe —me dijo Mamat—. Sultan los hará huir.

Sultan se acercó a los animales y, hablándoles con suavidad, consiguió que se alejaran un poco más. Resultaron ser muy mansos, aunque por la rigidez de los movimientos de Sultan y su falta de seguridad pudimos darnos cuenta que también él estaba asustado.

—Tenían ganas de jugar —dijo Mamat—. No han visto a ningún ser humano durante todo el verano. Los camellos van por ahí, pastando, completamente solos. Cuando ven a un hombre corren a echar una mirada. Pero son muy pacíficos. No hay que temerles.

Reanudamos nuestro trabajo. Pero los camellos no nos perdieron de vista en todo el día, sea porque realmente deseaban la compañía humana, sea por cualquier otro motivo que estaba fuera de nuestro alcance.

Mientras realizaba mi tarea, no dejaba de observar el suelo en busca de huellas de animales. Cuando era un chiquillo fui miembro de las Juventudes Amantes de la Naturaleza y muy aficionado al rastreo de las huellas de animales. En aquella época, A. N. Formozov acababa de publicar su espléndido libro, con descripciones y fotografías de muchas huellas de aves y animales; conservé aquel ávido interés durante toda mi vida.

Los senderos arenosos del valle Pshart eran para mí un verdadero libro de visitantes. Las firmas más corrientes eran las de camellos y liebres. Vimos muchas liebres. Sin embargo, disparar contra ellas era prácticamente un asesinato, ya que una liebre se paraba en cuanto había puesto un par de arbustos de distancia entre ella y nosotros, se erguía sobre sus patas traseras y echaba una ojeada a su alrededor, ofreciendo un blanco infalible.

Localicé también algunas huellas de cabra montes. Y en un paraje arenoso descubrí el ancho contorno de la zarpa de un oso. Horas después encontré otra huella igual. Pero no vi el menor rastro del leopardo de las nieves.

Aquella misma tarde, Mamat me señaló una huella desconocida para mí. Era más estrecha que la de un oso y no tenía garras. Se encontraba en la arena seca del sendero y no resultaba demasiado clara. Pero era evidente que el animal que la había producido había cruzado el sendero y se había parado sobre la arena una sola vez.

Me disponía a tomar un apunte de la huella cuando se presentaron de nuevo los camellos.

Y de nuevo los animales galoparon directamente hacia nosotros para contemplarnos. Cuando por fin se alejaron y regresé al sendero, la huella había desaparecido, borrada por las pezuñas de los camellos.

Examiné inútilmente el terreno de los alrededores. Pude ver toda clase de huellas de animales, pero ninguna de oso ni de las otras, sin garras.

Sin hacer ningún alto descendimos hasta el río. Eran las tres de la tarde cuando avistamos el primer grupo de abedules. A medida que la altura disminuía los abedules

se hacían más altos, y al final de la jornada, entre las cinco y las seis de la tarde, los árboles se extendían a todo lo largo del angosto valle.

A las siete acampamos junto a un hermoso abedul que crecía debajo de unos altos acantilados.

Después de las áridas mesetas de Pamir, nada podía resultar más agradable que sentarse a la sombra de los abedules y escuchar el susurro de las hojas, el alegre murmullo del agua y el sonsonete de los cerrojillos en los arbustos.

Tras haber ordenado nuestros herbarios y terminado nuestras notas sobre la vida vegetal del valle, resumimos los resultados del trabajo del día.

Eran muy interesantes. Los primeros arbustos se encontraban a una altitud de 4.500 metros, aproximadamente; en tanto que la línea de árboles se hallaba a 3.500 metros.

La vida arbórea a aquella elevada altitud sólo se explicaba por las condiciones climatológicas excepcionalmente favorables que reinaban en aquel angosto cañón. Y ello significaba que en el valle de Pshart podía cultivarse el terreno a mayores alturas que en los otros valles de Pamir. El de Pshart recibía suficiente sol para cultivar con éxito cebada, patatas, rábanos y nabos.

Era un atardecer sereno y deleitoso. El crepúsculo recortaba las cimas de las montañas, el río parloteaba cerca de nosotros, las hojas de los árboles susurraban suavemente. Nadie hubiese dicho que aquello era el final de una jornada de trabajo en las olvidadas inmensidades de los montes Pamir.

No nos molestamos en plantar las tiendas y nos limitamos a extender un fieltro en el suelo y colocar encima nuestros sacos de dormir. Mamat y Sultan se prepararon una especie de refugio no lejos de nosotros, al resguardo de unos arbustos.

La cena fue excelente, ya que incluso llevábamos uvas y una sandía. La única nota discordante fue la salchicha ahumada, que resultó tener un exceso de sal.

Después de cenar nos acostamos en seguida, fatigados por una jornada tan llena de acontecimientos. Antes de cerrar los ojos dirigí una última mirada al acantilado que se erguía encima de nosotros. Parecía firme y macizo, y no era probable que cayera de él ningún peñasco. Tranquilizado por aquella parte, eché mi tabardo de piel de oveja encima de mi saco de dormir y un minuto después me encontraba ya en brazos de Morfeo.

Me desperté en plena noche con la sensación que había ocurrido algo. Escuché atentamente, pero el silencio era absoluto y, salvo el murmullo del río, no pude detectar ningún sonido, ni siquiera el masticar de un caballo. Al parecer, los caballos estaban hartos y dormían también. De pronto me di cuenta que tenía una sed espantosa, sin duda a causa de aquella infernal salchicha. Traté de ignorarla, pero al cabo de unos instantes no pude soportar por más tiempo aquella tortura y, reuniendo el valor suficiente, me deslicé fuera de mi caliente saco de dormir.

Hacía mucho frío. Me dirigí hacia la orilla del río, andando descalzo entre las piedras que alfombraban el suelo con profusión y maldiciendo en voz baja, y me

tendí en la arena para beber. El agua estaba tan fría, que tras los primeros sorbos incluso mi nariz quedó entumecida.

Cuando regresé, derribando un cubo en la oscuridad, volví a meterme en el saco de dormir y me calenté un poco. De pronto volvió a acosarme la sed, todavía más imperiosa.

Al parecer, había despertado a Tadeush Nicolaievich, cuyo saco se encontraba junto al mío.

—Estoy muerto de sed —me dijo.

Ninguno de los dos dijimos nada después de aquello; yo estaba tan sediento como antes, pero me quedé quieto con la esperanza que Tadeush Nikolaievich se levantaría y me traería un poco de agua, pero no se movió. Entonces me decidí a levantarme, como quien cumple una engorrosa obligación, busqué un par de cazos en medio de la oscuridad, me dirigí al río, bebí unos sorbos y llené los dos cazos. Sentados en nuestros sacos saciamos finalmente nuestra sed. Entonces se despertó Anastasia Petrovna, diciendo que estaba sedienta pero que preferiría un racimo de uvas, por favor. Y como yo dije que también me comería a gusto unas uvas, le tocó a Tadeush el turno de levantarse, lo cual hizo gruñendo y maldiciendo.

Para ir a buscar las uvas tenía que pasar junto al lugar donde dormían Mamat y Sultan, y cuando regresó con los racimos sus maldiciones eran todavía más ruidosas.

—Oí que estaban despiertos, maldita sea, incluso hablaban en voz baja, pero cuando les pregunté dónde estaban las uvas no me contestaron: se envolvieron en sus mantas y se hicieron los dormidos.

—Le confundirían a usted con un hombre abominable —sugerí.

—No me extrañaría nada.

En aquel preciso instante cayeron algunas piedras ladera abajo. El hecho no nos preocupó demasiado, ya que sabíamos que no podían alcanzarnos. Supusimos que algo las habría empujado: el viento, o una cabra montes, o un oso... Todo volvió a quedar en silencio y no tardamos en conciliar de nuevo el sueño.

Cuando desperté por la mañana el campamento estaba revuelto. Mamat y Sultan reunían apresuradamente nuestras pertenencias y cargaban a los animales. Mamat dijo que teníamos que marcharnos inmediatamente. Cuando le pregunté por qué, contestó que el hombre abominable había estado allí durante la noche y que sería peligroso quedarse.

—¿Acaso te hizo algo? —le pregunté.

Mamat quedó desconcertado por mi despreocupación. Al parecer, Sultan y él no habían pegado un ojo en toda la noche y habían visto al hombre abominable. Primero arrojó varias piedras desde arriba, luego bajó al campamento, murmurando algo, y luego volvió a marcharse y arrojó más piedras.

Existían abundantes pruebas materiales: piedras dispersas y arbustos pisoteados. Cubos derribados y el contenido de unas alforjas —latas de conservas— esparcido por el suelo. Los restos de una gran rebanada de pan con las huellas de unos grandes

dientes impresos todavía en la mantequilla.

Las declaraciones de Tadeush Nikolaievich y la mía propia en el sentido que nos habíamos levantado por la noche y habíamos derribado los cubos fueron rechazadas de plano. Era completamente ridículo sugerir que Mamat podía haber confundido a su jefe con un hombre abominable...

Cuando insinuamos que el pan podía haber sido mordisqueado por los asnos, los cuales también podían haber esparcido por el suelo el contenido de una de las alforjas, Mamat se apresuró a afirmar que estaba absolutamente seguro de haber atado perfectamente todas las alforjas antes de acostarse. Además, a los asnos no les gustaba la mantequilla. Así que, ¿de quién eran los dientes que aparecían claramente impresos en ella?

A pesar de una enconada discusión que se prolongó durante el desayuno y se reavivó esporádicamente durante el camino de regreso, no conseguimos ponernos de acuerdo en lo que respecta a los acontecimientos de aquella noche.

Pero ahora, transcurridos unos años, estoy en posesión de otras informaciones acerca del *golub-yavan*, las cuales obtuve de un hombre que coincidió conmigo hace unos meses en una *yurta* del valle Pshart.

Aquel hombre me explicó que, hacía unos años, una expedición de cinco personas, una de ellas una mujer, había pasado una noche allí, en Pshart. Su jefe era Zor Adam (que en kirguis significa «hombre alto», y que era yo mismo). Durante la noche, un hombre abominable arrojó piedras sobre el campamento desde lo alto de la montaña, luego bajó, se comió un trozo de pan con mantequilla, abrió con los dientes varias latas de conservas y devoró su contenido. Luego quiso llevarse a la mujer, pero Zor Adam luchó con él y le derribó, y el hombre abominable huyó hacia las montañas, arrojando piedras mientras escapaba. Había numerosos testigos de aquellos hechos, entre ellos Mamat, al cual podía dirigirme si deseaba completar la información. Por desgracia, no puedo citar el nombre de aquel individuo, ya que una observación casual de mi ayudante reveló mi identidad, y el hombre se apresuró a perderse de vista.

Flores voladoras

Mikhail Vasilyev

I

La cascada caía por un precipicio de un centenar de metros de profundidad. Desde lejos, parecía una cinta verde-azulada colgada de una roca gris. El otro extremo de la cinta se perdía en una nube blanca de espuma en el lugar donde la cascada se estrellaba contra los peñascos del fondo. Zavyalov apretó su mejilla derecha contra la fría aspereza de la roca. La cascada se encontraba enfrente mismo de él. Desde tan cerca, no parecía ya una cinta verde-azulada, sino lo que era: un torrente de agua, potente y embravecido, ávido por ahogar entre sus espumas todo lo que cayera al alcance de su helado abrazo. Zavyalov volvió la cabeza y apretó la mejilla izquierda contra la roca.

Su mirada viajó a lo largo del basalto desnudo. No, no existía ninguna posibilidad de trepar por aquella escarpada pared. Experto montañero, se había dado cuenta ya cuando se encontraba al pie del acantilado, tres cuartos de hora antes. Pero decidió intentarlo, de todos modos. Y lo había intentado, buscando una precaria ayuda en cada saliente de roca, en cada grieta producida por las raíces de alguna planta. Había tardado tres cuartos de hora en llegar a aquella especie de repisa rocosa. Cuarenta y cinco minutos de inmenso riesgo. No debió acometerlo, pensaba ahora.

Zavyalov movió de nuevo cautelosamente la cabeza, esta vez mirando hacia arriba. Su objetivo estaba muy próximo. Unos veinte metros más alto y al otro lado de la cascada. Se veían figuras humanas esculpidas en la roca, algunas con arcos tensos, otras arrojando lanzas, otras corriendo, simplemente.

Debajo mismo del grupo escultórico se abría la oscura boca de la cueva, rematada por una enorme cruz negra que discurría a través del grupo y destruía algunas de las figuras; evidentemente, había sido añadida más tarde.

Aquellas esculturas primitivas fueron lo primero que despertó su interés. Representaban todo un hallazgo, a semejante altitud, casi contigua a la línea de nieve, y Zavyalov pensó lo que darían un arqueólogo o un etnólogo por encontrarse en su lugar. Desde luego, un grupo de cuatro geólogos y su guía, un cazador local, no eran los más indicados para efectuar investigaciones arqueológicas. Pero lo que realmente le interesaba a él en aquel momento era algo distinto. ¿Cómo habían conseguido llegar a la cueva las personas que dejaron detrás de ellas huellas eternas de su presencia? ¿Acaso utilizaban otras rutas de acceso, más cómodas? ¿Acaso la cascada,

que ahora aparecía en su camino, se formó en una época posterior, cortando el acceso a la cueva desde este lado?

La aguda mirada de Zavyalov localizó algunos puntos de apoyo para los pies. Irguiéndose sobre ellos, podría alcanzar un pequeño arbusto, que debía ocultar alguna fisura en la roca. Desde allí, apoyando el pie izquierdo en aquella losa negra, se podía pasar a una repisa de unos cinco metros de longitud. Aquello resultaría fácil de escalar..., si el camino hasta la cueva continuaba más allá de la cascada. No era una empresa fácil, pero podía escalarse.

Mientras trepaba, dos grandes orugas verdes se deslizaron junto a la mejilla de Zavyalov. Para ellas resultaba fácil, pensó; ellas tenían ocho patas, y el solo cuatro, contando los brazos y piernas.

Zavyalov se movió un poco. Tenía el cuerpo entumecido. Apretando su costado contra la roca, flexionó una pierna unos instantes, y luego la otra. Después, encontrando la mejor postura, alargó su mano izquierda hacia sus prismáticos. Pesaban extraordinariamente: el brazo parecía soportar la carga de todo su cuerpo. Durante una fracción de segundo notó que perdía el equilibrio y que iba a caer. El vértigo había hecho presa en él. Se dominó con un gran esfuerzo, apretando la mejilla contra la húmeda roca, levantó la mano con los prismáticos hasta su rostro y volvió de nuevo la cabeza. La otra cara del acantilado estaba tan cerca ahora, que le pareció que podía tocarla con la mano. Y la ascensión era factible, decididamente, hasta la misma boca de la cueva. Pero, ¿cómo podía cruzarse aquella enfurecida cinta de agua de cinco metros de anchura?

Zavyalov inclinó los prismáticos; la pared que había estado contemplando retrocedió rápidamente. En aquel preciso instante, la roca a la cual se asía Zavyalov con la mano derecha osciló peligrosamente, a punto de caer. De modo maquinal, su mano izquierda dejó caer los prismáticos para agarrarse a otra roca. Cuando recobró el equilibrio, sus prismáticos desaparecían entre la nube de espuma del fondo.

«Tengo que descender, estoy muy cansado», se dijo en voz alta, sin oír su propia voz a causa del rugido del agua. Sólo entonces tuvo conciencia, por primera vez, de aquel potente rugido. Gritó con toda la fuerza de sus pulmones, pero no pudo oírse.

Deslizándose como una serpiente, Zavyalov inició el descenso por la resbaladiza roca. Al cabo de unos minutos se paró a descansar. No había alcanzado aún el fondo, pero lo que quedaba no era tan difícil. Se sentó con la espalda apoyada contra una roca y extendió las piernas. Sus rodillas temblaban, sus brazos se habían quedado sin fuerzas, hasta el punto que no hubiese podido desabrochar un botón.

Sintió miedo...

El sol surgió por encima de la cumbre de una montaña; la ladera estaba salpicada de flores amarillas, azules y rojas, de aspecto frágil pero en realidad muy fuertes y perfectamente adaptadas para la lucha contra una ruda naturaleza. Durante largo rato, Zavyalov contempló un gran abejorro aterciopelado que revoloteaba en torno a las flores. Trepaba hasta el borde de una flor, se hundía de cabeza en el cáliz hasta

desaparecer casi del todo en su interior, y reaparecía al cabo de unos instantes, amarillo de polen.

Una mariposa de gran tamaño y excepcionalmente bella se posó sobre su mojada camisa. Se instaló allí cómodamente y empezó a abrir y cerrar sus alas, como si se abanicara. Zavyalov permaneció completamente inmóvil. Otra mariposa se posó en su rodilla, un ejemplar abigarrado con unas alas mucho más pequeñas que las de la otra. Una tercera aterrizó en su antebrazo. Su cuerpo era visiblemente mayor que los cuerpos de las otras dos. Todas abrían y cerraban sus alas de vivos colores al unísono, como si marcaran el compás.

II

Nikolai y Olga se demoraron fuera del círculo de luz proyectado por la fogata del campamento. Zavyalov sospechó el motivo: Nikolai había cargado con los dos macutos, y ahora uno de ellos estaba cambiando de manos.

Su tarea durante la jornada había consistido en explorar las ramificaciones occidentales del valle.

Zavyalov quedó un poco sorprendido cuando Nikolai, un muchacho alto y delgado, le mostró su ruta en el mapa: no esperaba que hubiesen cubierto tanto terreno.

—Bueno, ¿y qué han traído?

Nikolai sacó las muestras: unas cuantas esquirlas de granito y de cuarzo, varios tipos de cristal de roca y una colección de guijarros recogidos en las orillas de los arroyos montañosos. Los guijarros eran muy útiles para determinar el tipo de roca que podía encontrarse a una altitud mayor.

Zavyalov sacó el contador Geiger y, colocándose los auriculares, revisó las muestras para determinar su contenido radioactivo (La finalidad de su expedición era la prospección de uranio).

Los granitos y los gneis provocaron los tres chasquidos habituales, en tanto que el resto no provocó ningún sonido.

—Tampoco yo he tenido suerte —dijo—. El mineral se encuentra a más profundidad. Y en abundancia, puedes creerlo. Mi olfato no me ha engañado nunca. Bueno, mañana hablaremos de negocios. Ahora, vamos a cenar.

Mientras cenaban, Zavyalov les habló de la cueva, omitiendo lo que se refería a su ascensión por considerarlo negativo desde el punto de vista pedagógico. No hay que estimular a los jóvenes para que corran riesgos descabellados. El trabajo de un prospector ya es suficientemente peligroso en sí.

Sin embargo, su relato no pareció despertar interés en los dos estudiantes, agotados después de la jornada de trabajo. Pero el cuarto miembro de su grupo, su guía, al que llamaban familiarmente Papi, dijo:

—Ese lugar es conocido como la Cruz de Gamayun, y la cueva es la Cueva de Gamayun. Pero no existe ningún camino para llegar hasta ella. Nadie la ha visitado nunca. Sólo los espíritus de la montaña pueden transportarle a uno allí. Y para ello tiene que conocer la palabra mágica.

—Dices que nadie ha estado allí... Entonces, ¿quién esculpió la cruz y las figuras?

—¡Oh! Ésa es otra historia. Lo hizo Gamayun.

—Háblenos de Gamayun, Papi —dijo Olga.

—Dicen que Gamayun era un rico cazador. Avaricioso y cruel, nunca le había

hecho un favor a nadie. Tenía una sola hija llamada Din, hermosa como un cuadro. No había un solo joven en la aldea que no bebiera los vientos por ella. Los hombres más ricos de la región pidieron su mano, dispuestos a pagar las dotes más fabulosas. Pero ella se enamoró de Gits, un joven que cuidaba de los rebaños de su padre. Decidieron escaparse y contraer matrimonio. «El mundo es muy ancho —le dijo Gits a su amada—. Tiene que haber otros lugares donde yo pueda derribar a una cabra montés con una flecha o alancear a un oso...». Gamayun se enteró de aquel plan —era un brujo y no se le ocultaba ningún secreto—, y la noche prevista para la fuga administró un somnífero a su hija. Luego conjuró a los espíritus de la montaña y con su ayuda la transportó a un escondite que ni siquiera Gits, que conocía las montañas palmo a palmo, descubriría nunca. Gamayun tenía sus propios planes para Din: quería casarla con un viejo muy rico de una aldea vecina y obtener por ella una dote digna de una reina. El viejo carcamal tenía ya tres esposas, pero deseaba ardientemente casarse con Din. Y en aquella época Din tenía quince años: la mejor edad para contraer matrimonio en estas latitudes.

»Durante toda aquella noche, Gits esperó a Din con un par de caballos en las afueras de la aldea. Cuando amaneció decidió que Din le había traicionado, montó a caballo y se dirigió a las montañas. Su cabalgadura estaba derrengada cuando Gits desmontó cerca de un torrente. El joven se sentó a meditar lo que debía hacer. Entretanto, Din despertó en la cueva a la cual le habían transportado los espíritus de la montaña. En la misma cueva que hoy has visto, Sergei Andreyevich. Estaba completamente empapada en agua, ya que los espíritus la habían sumergido en el torrente. Se levantó de su lecho de hierba, se asomó a la boca de la cueva y vio una pared de roca y una cascada que rugía a sus pies. ¡No había ninguna salida! ¿Qué podía hacer? Y súbitamente oyó a unas diminutas briznas de hierba que brotaban del acantilado y que le hablaban con voces humanas.

»—¿Quieres que le digamos a Gits dónde tiene que buscarte? —le preguntaron.

»—¡Oh, sí! —respondió Din.

»—¿Qué nos darás a cambio?

»—¿Qué es lo que quieren?

»—Tu belleza y tu fuerza.

»—¿Para qué las necesitan? —inquirió Din, sorprendida.

»—Necesitamos tu fuerza para aferramos mejor a la roca y luchar contra el viento. Necesitamos tu belleza para ser admiradas por todo el mundo. Mira lo débiles y feas que somos ahora...

»—¿Y qué me quedará a mí si les doy mi belleza y mi fuerza?

»—Tú tendrás tu amor. ¿No es eso lo que más anhelas?

»¿Para qué quería su belleza y su fuerza, si le faltaba su amor?, pensó Din. Y cerró el trato.

»Y en aquel mismo instante las más bellas flores brotaron ante los ojos de la muchacha. Las campanillas tomaron el azul de sus ojos, los claveles el rojo de sus

labios y las violetas la blancura de sus brazos y de sus hombros. Din no sabía que todo había sido tomado de ella. Lo único que notó fue una repentina debilidad en todo el cuerpo, hasta el punto que tuvo que tenderse en el suelo, incapaz de efectuar el menor movimiento. Y cuando se miró los brazos vio que eran grises, ásperos y flácidos como los de una vieja. Pero ni siquiera aquello la entristeció, porque ahora no había más que amor en su corazón.

»—Pero, ¿cuándo cumplirán vuestra parte del trato? —inquirió Din. Entonces, una de las flores se desprendió de su tallo, agitando sus pétalos, y echó a volar. Se remontó cada vez más alta, hasta que pudo divisar a Gits sentado junto a un torrente. Entonces se dejó caer sobre el hombro del joven y le dijo dónde podía encontrar a Din. Gits montó de un salto en su caballo y emprendió un rápido galope. Era fuerte y valiente. Pero nadie podía llegar a la cueva de Gamayun sin la ayuda de los espíritus de la montaña. Gits trepó hasta medio camino y no pudo avanzar más. De modo que quedó colgado del acantilado. Din estaba dentro de la cueva y la cascada rugía entre ellos.

»Entonces, Gits reunió todas sus fuerzas, encontró un apoyo para sus pies, se irguió en toda su estatura y gritó de un modo tal que Din pudo oírle a pesar del rugido de la cascada.

»—¡Salta sobre mí! —gritó Gits.

»La anterior Din hubiera saltado al vacío para caer en los brazos de Gits, pero le faltaron las fuerzas que había entregado y se quedó a medio camino. La cascada la apresó y tiró de ella hacia el fondo, pero Gits extendió su brazo y agarró a su amada, aunque el impacto estuvo a punto de precipitarles a los dos al vacío. Con su preciosa carga, Gits descendió por el acantilado, montó en su caballo y se alejó al galope.

»Gamayun se presentó en la cueva y no encontró a Din. Supuso que Gits se la había llevado, y se enfureció tanto que decidió que los dos jóvenes debían morir. Para que su hechizo surtiera efecto, tenía que dibujar a los que iban a atacar a Gits. Pero no tenía nada con que dibujar. De modo que tomó una roca y empezó a esculpir con ella unas figuras en el acantilado. En primer lugar envió un arquero contra Gits. El arquero disparó su flecha, pero Gits la atrapó en el aire y volvió a enviarla hacia atrás. La flecha atravesó el pecho del arquero. Aquella noche Gits era más fuerte que todos los enemigos que Gamayun había enviado contra él. En este mundo no hay nada tan fuerte como el verdadero amor.

»Cuando los amantes se habían alejado hasta donde no podía alcanzarles la magia de Gamayun, Gits desmontó y encendió una fogata. Tendió a Din en el suelo, junto al fuego, porque estaba tan débil que ni siquiera podía permanecer sentada. En su corazón sólo había amor, y no se puede vivir sólo de amor. De modo que Din murió, con la cabeza apoyada en el regazo de Gits y abrazada a su cuello.

»Dicen que Gits murió poco después. ¿Cómo podía vivir, si todas las flores le recordaban a Din: las rosas, el suave color de sus mejillas, las campanillas, el azul de sus ojos...?».

—¿Y Gamayun? —inquirió Olga en voz baja—. ¿Qué fue de él?

—¿Gamayun? Dicen que cuando se enteró de la muerte de su hija, los remordimientos empezaron a atormentarle. Tomó una roca y esculpió una cruz en el acantilado, encima de la cueva. Y los espíritus de la montaña le abandonaron, ya que la cruz les infunde un gran temor. Luego, Gamayun desapareció. Nadie sabe si murió en la cueva o si se arrojó al fondo de la cascada...

—¿Cuánto hace que ocurrió todo eso? —preguntó Zavyalov.

—Mi abuelo me contó esta historia, que le había contado su abuelo, el cual solía decir que su abuelo, cuando era joven, conoció a un anciano que en su niñez había conocido a Gamayun.

—La ha contado usted maravillosamente, Papi —dijo Olga—. ¿Cree que es una historia real?

—¿Quién puede saberlo? Supongo que las leyendas no son completamente ciertas ni completamente falsas. Y siempre contienen una lección. La moraleja, por así decirlo.

—En este caso, la lección de un amor espléndido y todopoderoso —murmuró Olga, con aire soñador—. En este mundo no hay nada tan fuerte como el verdadero amor, pero no se puede vivir sólo de amor. Muy bello..., y muy cierto. De modo que las llores alpinas tomaron su belleza de la moribunda Din... Pero, ¿qué puede simbolizar aquella flor voladora? Nunca me había tropezado con esa metáfora. ¿Y usted, Sergei Andreyevich?

Zavyalov se sobresaltó. También él se encontraba bajo el hechizo de la leyenda que acababa de contar el cazador, pero sus pensamientos habían seguido un curso distinto. Había recordado cosas de su pasado, cosas que estaban muertas pero no olvidadas. ¡Cómo anhelaba que Olga le llamara Sergei, y no Sergei Andreyevich! Era al mismo tiempo igual y distinta de la otra. Sí, desde luego, era mejor que la otra, aunque sólo fuera porque estaba allí con él, en el campamento. La otra nunca hubiese renunciado a las comodidades de la ciudad, excepto para trasladarse a alguna playa de moda. ¡Cómo anhelaba...! Pero Olga no conocería nunca sus sentimientos. El tenía más de treinta años, y ella acababa de cumplir los veinte. Además, era evidente que Nikolai estaba enamorado de ella. Hacían una pareja perfecta. Y él, Zavyalov, como jefe del grupo, no tenía derecho a cortejar a una estudiante...

—¿Por qué no dice algo? ¿También usted se ha quedado dormido?

—No, estaba pensando.

—¿Había oído hablar nunca de flores voladoras en alguna leyenda popular o de otro tipo?

—No, nunca.

—Entonces, debe ser una imagen local. Por regla general, esas imágenes tienen un significado muy concreto.

III

—¡Pensar que pudiste quedarte dormido mientras Papi contaba una leyenda tan maravillosa! No eres humano, Nikolai. En tu corazón no hay ni una chispa de vida.

—Soy geólogo, Olga. Las leyendas me interesan cuando tienen algo que ver con mi trabajo. Pero lo que Papi contaba era el conflicto habitual: hija guapa, padre tirano y, desde luego, pretendiente pobre pero valiente...

—¿Y qué me dices de las llores voladoras? Incluso Sergei Andreyevich dice que nunca había oído esa imagen.

—Las flores voladoras pueden interesar a los botánicos, pero yo soy geólogo. — Deja de repetir que eres geólogo. Sergei Andreyevich también es geólogo, pero se interesa por muchas cosas: arqueología, etnografía, medicina china... ¿Y sabes en lo que es más experto?

—No.

—En prospecciones en otros planetas. Incluso ha escrito poesías sobre los vuelos espaciales.

—¿Cómo lo sabes?

—En el Instituto recuerdan sus versos, incluso los que escribió en su época de estudiante. ¿Quieres que te recite alguno?

—Si no hay más remedio...

Zavyalov hizo una mueca. Al parecer, los jóvenes no se habían dado cuenta que él había regresado y podía oírles desde la tienda. Pero, ¿cómo había conseguido obtener sus poesías aquella inquisitiva jovencita?

Ahora ya no escribía poesías. Hacía cinco años que Rita se había casado y aún se sentía aturdido por el golpe. Trabajando como un forzado, leyendo, investigando..., cualquier cosa que le ayudara a olvidar. Tal vez no debió portarse de aquel modo. A fin de cuentas, había sido él quien rompió con Rita, porque ella no quería adaptarse a sus puntos de vista. Tal vez debió adaptarse él a los puntos de vista de Rita... En tal caso, Rita no se hubiera convertido en la esposa de aquel tipo. Pero Rita era muy aficionada a los refranes. «Vale más pájaro en mano que ciento volando», por ejemplo. Y el otro tipo había sido el pájaro en mano para ella.

«No sabes desenvolverte en la vida», le había dicho Rita, aludiendo a su desinterés por alcanzar una posición cómoda y bien retribuida, prefiriendo una tarea activa y útil.

Sí, sabía como conseguir lo que deseaba; lo malo era que sus objetivos en la vida no coincidían con los de Rita, que sus respectivas ideas sobre la felicidad eran distintas. Pero, ¿qué es la felicidad?

La noche anterior Papi dijo que el hombre no puede vivir sólo de amor. Pero, ¿puede vivir el hombre sin amor? Él había vivido..., durante cinco años. Pero, ¿podía llamarse vida a aquello? Sí, desde luego, trabajar en lo que a uno le gusta es lo

esencial en la vida, y él había elegido correctamente. Entonces, ¿por qué todos aquellos recuerdos? Y, ahora, esta jovencita, Olga...

Fuera, el aullido del viento en la quebrada se unía al fragor del torrente precipitándose en su lecho de roca. Un fondo muy adecuado a los versos sobre la conquista del espacio que una voz femenina y juvenil recitaba con gran sentimiento:

*¡Un viaje emocionante! Aunque los cielos terrestres
parecen azules y claros, en nuestra ruta a través del espacio
surgirán innumerables obstáculos y peligros:
tormentas magnéticas, enormes meteoros, rayos cósmicos...
¡Pero, triunfaremos! ¡Sí, triunfaremos! Y allí,
más allá del alcance del sueño de ningún poeta,
allí, acechándonos, nuestro objetivo: otra estrella
brillará misteriosamente
a través de la interminable oscuridad...
Ante nuestras miradas, fantástico y austero,
un nuevo mundo surgirá...*

La voz se interrumpió bruscamente. Siguió un breve silencio. Luego, el diálogo de nuevo.

—¡Vaya con tu Sergei Andreyevich! Un hombre que es capaz de escribir esos versos, y aquí le tienes, trepando por las rocas con nosotros... ¿Es esa tu idea de la vida: tienda, fogata y todo esto?

—¡Cállate, Nikolai! —casi gritó Olga. Zavyalov imaginó un bello rostro enfurecido, con unos ojos ardientes, ahora mucho más oscuros que de costumbre—. ¡No sabes lo que dices! Sergei Andreyevich ha recibido varias invitaciones de su Instituto y de la Academia de Ciencias... Sus artículos son citados en los libros de texto. Y tú..., tú eres un simple colegial comparado con él.

—¡Caramba, querida, nunca imaginé que podrías descargar sobre mis débiles hombros ese torrente de elocuencia! —Nikolai parecía estar despechado por la actitud de Olga—. De acuerdo. Le invitaron y rechazó la invitación. Él es un genio y yo soy un colegial. Pero lo único que intentaba decirte era que, en mi opinión, Sergei Andreyevich quiere tocar demasiadas teclas al mismo tiempo. Y lo mismo digo de ti. ¿A qué viene ahora tu interés por las mariposas? ¿Qué es lo que ves en ellas? ¿Comprendes lo que quiero decir?

Había llegado el momento de poner punto final a aquel involuntario fisgoneo. Zavyalov tosió. Las voces callaron bruscamente.

Zavyalov salió de la tienda y se acercó al cobertizo.

—Bueno, ¿qué están haciendo?

—Yo clasifico las muestras y Olga se divierte con sus mariposas.

La respuesta de Nikolai era un reto evidente, pero Zavyalov decidió ignorarlo. Hojeó el libro-registro de Nikolai, haciendo unas cuantas observaciones casuales. El joven conocía perfectamente su trabajo. Luego se volvió hacia la muchacha, que estaba inclinada sobre una caja cubierta con un cristal. Debajo del cristal habían unas

cuantas mariposas como las que Zavyalov había visto junto a la cascada.

—¿Verdad que son encantadoras? —dijo Olga—. Si no me equivoco, ésta es una especie que no ha sido descrita hasta ahora.

—Pues te equivocas. Se trata de una especie vulgar, aunque muy cambiada debido a ciertas condiciones ambientales.

—¿Qué condiciones?

—La radioactividad. Mira todas esas mutaciones, en forma, color y tamaño. A propósito, ¿dónde las has recogido?

—Junto a la cascada. Fui a echar un vistazo a la cueva de Gamayun. Y, ¿sabe usted que no está tan poco hollada por el hombre como parece? Ha sido visitada por más de una persona, y no hace demasiado tiempo.

—¿Qué te hace creerlo?

—Vea lo que he encontrado allí.

Olga le mostró los destrozados restos de unos prismáticos. Los ojos de la joven estaban llenos de ansiedad.

—No tienes por qué preocuparte, Olga: eso son los restos de mis prismáticos, que se me cayeron accidentalmente al agua. Pero, ¿qué es lo que te interesa de esas mariposas?

—Cuando era niña tenía mucha afición a coleccionar toda clase de insectos. En realidad, es muy interesante. Se trata de un mundo aparte, lleno de sus propios misterios. ¿Sabe usted, por ejemplo, que una mariposa puede localizar a otra a una distancia de casi un kilómetro sin verla?

—Sí. Dicen que las mariposas tienen muy desarrollado el sentido del olfato.

—No —denegó Olga, sacudiendo la cabeza—. Creo que la respuesta no es ésa. Por desarrollado que tenga el sentido del olfato, le serviría de muy poco en unos parajes llenos de flores y, consiguientemente, de innumerables aromas de diversa intensidad. ¿Es posible separar un leve olor individual de una borrachera de olores? Estoy convencida que tiene que ser otra cosa. Hoy he realizado un pequeño experimento. He colocado una mariposa debajo de un cubilete, separándola de otra mariposa por medio de un pequeño biombo de cartón.

—¿Y qué has descubierto?

—He repetido el experimento varias veces y en todas las ocasiones la segunda mariposa se dirigía directamente al cubilete y empezaba a revolotear a su alrededor.

—¿Cómo te explicas eso? ¿Telepatía?

—No lo sé. Desde luego, las mariposas no piensan, pero pueden emitir algunas ondas de radio. Y localizarse unas a otras como por medio de una señal de radio.

«Ayer quedé impresionada al ver cómo abrían y cerraban las alas rítmicamente, todas al mismo tiempo, con una perfecta sincronización de movimientos. Desde luego, podían verse unas a otras. No creo que la telepatía tenga nada que ver con ello.

—Bueno, vamos a ver.

Olga levantó la tapa de cristal que cubría la caja. Una de las mariposas echó a

volar. Las otras se quedaron donde estaban y empezaron a mover sus alas al unísono. Aunque estaban muy separadas, parecían operar como componentes idénticos de un solo mecanismo. Olga tomó un trozo de cartón y lo introdujo verticalmente en la caja, cortando en dos el grupo de mariposas. Los movimientos de las alas en los dos grupos continuaron siendo idénticos.

—¿Se da usted cuenta, Sergei Andreyevich? No es la vista, es otra cosa.

Zavyalov estaba visiblemente interesado. Y le gustaba la sencillez y la eficacia con que Olga había realizado aquel pequeño experimento. De modo que no era la vista. ¿Qué era, entonces? ¿Ondas de radio? ¿Algún tipo de leves oscilaciones, no detectables por cualquiera? Y en caso afirmativo, ¿se trataba de algo endémico, o común a todos los lepidópteros?

El problema merecía ser estudiado más a fondo. En este caso, la naturaleza podía haber utilizado algún nuevo principio del que podía beneficiarse el hombre. No sería mal asunto, por ejemplo, desarrollar un receptor-transmisor de un alcance de un kilómetro y cuyo peso fuese equivalente al de una mariposa. Resultaría cien veces más ligero que los tipos existentes.

IV

De nuevo, Zavyalov se encontraba en la estrecha repisa de roca encima de la cascada. Solo. En los dos últimos días había pasado de la conjetura al convencimiento, pero se daba cuenta que la evidencia era demasiado débil para compartirla con otros. Y había salido sólo para una comprobación final.

El sol brillaba en lo alto y un resplandeciente arco iris se curvaba sobre la plateada masa de agua. Las gotas que alcanzaban el recalentado granito se evaporaban rápidamente; delgados mechones de vapor se enroscaban en el aire y desaparecían. Adoptando grandes precauciones, Zavyalov se irguió, agarrándose a la pared con la mano izquierda, y avanzó centímetro a centímetro, muy lentamente, hasta que notó en el rostro una corriente de aire más fría a causa de la tumultuosa caída del agua. Pero ésta no era la corriente principal, sino su flanco izquierdo, y Zavyalov había previsto ya que no sería demasiado densa.

Esta vez, Zavyalov no tenía miedo. Por el contrario, se sentía animado y seguro del éxito. De pronto, con gran sorpresa por su parte, Zavyalov vio una escarpia de hierro clavada en la pared, no lejos de su rostro. Estaba completamente oxidada, pero resistió el tirón que Zavyalov le propinó. De modo que aquél era el espíritu de la montaña que había ayudado a Gamayun a llegar a la cueva... Si Gamayun había llegado, también él podía hacerlo. No tardó en llegar a la boca de la cueva.

Había un pequeño espacio llano delante de él, que había escapado a su mirada. El padre déspota debió permanecer allí de pie mientras esculpía las figuras que habían de perseguir a su hija y a su amante. Pero, ¿las había esculpido realmente Gamayun? El explorador se sobresaltó. Notó que algunas de las figuras estaban medio borradas por la acción del tiempo. Aquello no podía haberse producido en dos o tres siglos, sino en veinte o treinta milenios, de acuerdo con su experiencia de geólogo.

Pero si la leyenda de Gamayun era una invención, toda una cadena de pruebas circunstanciales se derrumbaría. No, no podía ser. Gamayun, filicida y suicida involuntario, había clavado aquella escarpia en la roca proporcionándose así un lugar para ocultarse que iba a convertirse en su tumba.

Desde luego, Zavyalov tomaría fotografías de las figuras y luego las dibujaría detalladamente en su cuaderno de notas, por si fallaba su cámara. En cualquier caso, aparecerían en Problemas de Arqueología en la primavera, a más tardar. Habían esperado durante tantos siglos, que unos meses más no tendrían importancia.

Zavyalov penetró en la cueva. La entrada estaba brillantemente iluminada por los rayos del sol. Sus primeros pasos por el interior de la cueva resonaron como si estuviera pisando una gruesa alfombra; una acumulación de capullos de innumerables generaciones de mariposas, supuso. La alfombra no tardó en dar paso al suelo de roca. Allí, la oscuridad era más intensa, y Zavyalov se paró unos instantes para que sus ojos se acostumbraran a ella. Súbitamente estalló un estruendoso fragor detrás de

él, el suelo osciló ligeramente, se desprendieron algunas piedras de la bóveda y Zavyalov se encontró sumido en una completa oscuridad. Un sudor frío inundó su cuerpo. ¡Estaba atrapado en una cueva en la que unas horas de estancia significaban la muerte! En aquella misma cueva que robó a Din su belleza y su fuerza, y a su padre la vida.

Zavyalov proyectó a su alrededor la claridad de su linterna. El derrumbamiento no era muy extenso y al parecer sólo afectaba a una losa de granito. Pero era de gran tamaño y había bloqueado la entrada de la cueva, de modo que Zavyalov sólo podía pasar un brazo a través de una abertura. ¿Ensachar aquella abertura? ¡Vana esperanza! Invertiría en ello tres o cuatro días, de los cuales no disponía. Ni siquiera podía esperar a que sus compañeros iniciaran su búsqueda. No sospecharían el lugar donde se encontraba: más bien supondrían que había caído al torrente y buscarían su cadáver corriente abajo. Por mucho que gritase, no le oirían con el rugido de la cascada, incluso si Nikolai trepaba hasta la repisa de roca.

Tenía que controlarse a sí mismo y pensar fríamente.

No le asustaba la idea de la muerte. Se había enfrentado con ella muchas veces en su agitada existencia de explorador. Pero le desagradaba pensar que podía morir allí, dejando sin resolver el enigma de la cueva de Gamayun durante muchísimos años. Aunque, de hecho, no estaba completamente seguro de poseer la solución.

Zavyalov penetró más profundamente en la cueva, iluminando el camino con su linterna. Se ensanchaba gradualmente, aunque no mucho, en tanto que su techo descendía bruscamente, convirtiendo la cueva en una estrecha ranura en la masa de granito. Súbitamente, un escalofrío recorrió la espina dorsal de Zavyalov: a la claridad de su linterna, un hombre acababa de aparecer delante de él, con los ojos abiertos de par en par, los labios distendidos en una maligna sonrisa, mostrando unos dientes blanquísimos iluminados por diminutas llamas azuladas.

Reunido todo su valor, Zavyalov avanzó un par de pasos y paseó el haz de su linterna por el rostro del «fantasma». Era el rostro cadavérico de una momia sentada a medias en el pequeño hueco formado por el final de la cueva.

El hombre momificado debió ser un verdadero gigante en vida: medio sentado como estaba, su cabeza se hallaba al mismo nivel que la de Zavyalov. Tenía que haberlo sido, pensó Zavyalov, para haber podido transportar a su hija hasta la cueva. De modo que éste era Gamayun...

Y aquello resolvía el enigma de la cueva de Gamayun de un modo indudable. La cueva estaba formada principalmente por minerales que contenían cantidades fantásticas, increíbles, de concentraciones radioactivas. Había que determinar aún el volumen de los valiosos depósitos, pero su elevado grado era una certeza incluso ahora.

Zavyalov volvió sobre sus pasos y regresó a la entrada de la cueva. ¿Qué podía hacer? Escribir un mensaje, se le ocurrió. A la vaga claridad que penetraba por la pequeña abertura, garabateó unas líneas hablando de su descubrimiento en una página

arrancada de su cuaderno de notas, hizo una especie de dardo con ella y la arrojó al exterior. Repitió la maniobra nueve veces: tantas como páginas en blanco quedaban en su cuaderno de notas.

¿Qué otra cosa podía hacer? En su lugar, Din había enviado una flor a su amante. Tal vez la había utilizado para escribir en ella su mensaje, simplemente. No, no parecía lógico. ¿Por qué una flor, cuando resultaba más fácil escribir el mensaje en un trozo de tela arrancado de su vestido?

Allá en el campamento, los jóvenes ignoraban aún lo que había pasado. Papi estaría preparando la cena, y Nikolai clasificando las muestras. ¿Y Olga? Bueno, lo más probable era que Olga estuviera estudiando los misteriosos mecanismos de las comunicaciones entre las mariposas.

Una flor voladora... ¿No podía haber escrito Din su última carta de amor en las chillonas alas de una mariposa? Si él lo intentara... No, era absurdo. Aunque, ¿quién sabe?

Una idea empezó a abrirse paso en su mente. Al principio, Zavyalov la desechó por absurda, pero luego volvió a enfrascarse en ella... Al fin y al cabo, estaba condenado a muerte y no tenía nada que perder, se dijo a sí mismo.

Y la apuesta era su vida.

V

—¿Crees que Sergei Andreyevich oyó la conversación que sostuvimos a propósito de él? Eso podría significar una suspensión para mí en la asignatura de prácticas. ¿Cómo diablos se me ocurriría expresar en voz alta la opinión que tengo de él?

—¡Te estás mostrando muy desagradable, Nikolai!

—Y a ti, ¿qué mosca te ha picado? Cumplo con mi trabajo, ¿no es cierto? Pero hay cosas que me atacan los nervios.

—El hecho que cumplas con tu trabajo no te autoriza a mostrarte tan descortés.

Nikolai no dijo nada. Por unos instantes, los dos jóvenes permanecieron absortos en sus respectivas tareas.

De pronto, Olga exclamó:

—¡Mira, Nikolai! ¿Qué es eso?

—Mariposas —respondió Nikolai en tono indiferente, tras haber echado una ojeada a la caja.

—Pero, fíjate en cómo mueven sus alas...

—Como siempre. Al unísono. Ya habías admirado el hecho en compañía de tu querido Sergei Andreyevich.

—Míralas —insistió Olga, sin tomar en cuenta las últimas palabras del joven—. Antes, siempre movían sus alas a intervalos regulares. Ahora, los intervalos son irregulares: más largos y más cortos.

—Utilizan la clave Morse, ¿eh?

—No, imposible..., un momento, dame tu lápiz.

Olga empezó a trazar puntos y rayas sobre una hoja de papel, correspondientes a los movimientos de las alas de las mariposas. No tardó en llenar unas líneas. —Ahora hay que descifrarlo —dijo la joven.

—¿Sabes hacerlo?

—Sí.

—¿Dónde aprendiste a hacerlo?

—Asistí a unos cursillos de radio en la escuela.

—¿Para qué? Ganas de perder el tiempo.

—Una pérdida de tiempo que ahora resultará muy útil. Escucha esto.

Y leyó en voz alta:

«Estoy en la cueva. Necesito ayuda. Zavyalov».

VI

Al atardecer se reunieron en torno a la fogata, como de costumbre.

—Verán, geológicamente este lugar tiene el aspecto típico de las zonas que contienen uranio. No hace falta profundizar más: todos ustedes conocen ese mineral. Pero localizar el uranio es harina de otro costal. En primer lugar, está la posibilidad que éste no existiera, después de todo, o que se encontrara disperso en cantidades insignificantes en el granito. Las mariposas fueron las que me sugirieron la posible existencia de un depósito abierto en un lugar próximo. Ya saben que la radioactividad provoca mutaciones en los insectos. Y nunca había visto tantas mutaciones como las que observé en la confluencia de los dos torrentes. Por eso Olga no pudo reconocer a una mariposa vulgar.

»No tardé en localizar los abruptos límites de su hábitat. Se encontraban en la zona de la cascada. Las mutaciones eran sumamente raras corriente arriba, y abundantes corriente abajo, posiblemente arrastradas por el viento, que aquí sopla siempre en la misma dirección. De modo que empecé a explorar la zona.

»El agua y los guijarros resultaron ser muy poco más radioactivos de lo normal; en consecuencia, si había uranio por los alrededores no estaba en contacto directo con el agua. Sin embargo, era evidente que las mariposas locales estaban expuestas a altos niveles de radioactividad en su fase de crisálidas. Esto me indujo a buscar una profunda grieta en la roca donde pudieran madurar las crisálidas.

»Entonces fue cuando descubrí la cueva de Gamayun.

»Sus notables cualidades debieron ser conocidas por los hombres de la Edad de Piedra. Posiblemente, la cueva y todo el acantilado fueron lugares sagrados en aquella época y utilizados para la celebración de ritos paganos. Ése debió de ser también el tema de las figuras esculpidas en la roca.

»Todo eso era muy circunstancial, desde luego, y yo nadaba en un mar de dudas. Traté de llegar a la cueva por mis medios y fracasé. La ascensión era demasiado peligrosa. Perdí los prismáticos en el intento, y decidí limitarme a tomar unas fotografías con teleobjetivo de la fachada del acantilado.

»Sin embargo, la leyenda que Papi nos contó dio un nuevo rumbo a mis especulaciones. Una cueva en la que una muchacha había perdido su fuerza y su belleza sólo podía ser una cueva radioactiva. La misma podía haber matado a Gamayun. Pero en una leyenda profundamente arraigada en el folklore los hechos son inseparables de la fantasía. En ésta, por ejemplo, se atribuye a Gamayun el esculpido de unas figuras que existían desde hacía milenios. De modo que todo el resto podía ser también pura fantasía. Y aunque personalmente estaba casi convencido, no dije nada a nadie y me aventuré por mi cuenta y riesgo. Lo cual casi me costó la vida.

»La prueba definitiva demostrando que la cueva era radioactiva fue proporcionada por la momia. El blanco de sus ojos, sus dientes y sus uñas eran

fosforescentes debido a una prolongada exposición a la radioactividad. No había señales de descomposición, porque la radioactividad mató los microbios. Pero sólo obtuve esa prueba cuando me había convertido en un prisionero y estaba destinado a ocupar un lugar junto a Gamayun.

»Escribí mi mensaje, lancé unas cuantas copias por la abertura de la entrada con la esperanza que alguien las recogiera, y me preparé para lo inevitable... Pero entonces se me ocurrió una idea. Recordarán que en la leyenda se mencionaba una flor voladora. Podía tratarse de una mariposa... Incluso me pareció recordar haber leído una metáfora similar en un poema persa.

»Recordarán también lo intrigados que quedamos al contemplar cómo agitaban sus alas las mariposas. Partiendo de la hipótesis que los movimientos de las alas provocaban el impulso por medio del cual se comunican las mariposas, empecé a trabajar.

»Sabía que Olga estaría estudiando sus mariposas en aquel preciso instante. De modo que capturé la mariposa más llamativa cuando estaba a punto de volar hacia el exterior y la coloqué en la abertura. El resto lo hice con la ayuda de dos alfileres. Podrán imaginar fácilmente mi alegría cuando vi que una de las mariposas que revoloteaban por el exterior se posaba sobre una roca y empezaba a abrir y a cerrar las alas al compás con las del ejemplar que yo estaba manipulando. Al parecer, la mayoría de las mariposas locales decidieron realizar sus ejercicios físicos en clave Morse...

»No estoy seguro de lo que los doctos entomólogos opinarán sobre el caso. Es posible que afirmen que no puede haber sucedido nada semejante. Pero lo cierto es que ha sucedido, por inexplicable que resulte.

»Al cabo de dos horas, noté que alguien tiraba de la cuerda que había dejado caer a través de la abertura. Era Nikolai y llegaba muy a tiempo. Tiré a mi vez de la cuerda y encontré un cartucho de dinamita atado a ella. El resto fue fácil.

»Ahora, permítanme una observación: para un científico, el conocimiento y la oportunidad de aumentarlo deben ser las dos cosas más importantes. Y, créanme, el cargo que ocupa, las hileras de letras que pueda imprimir detrás de su nombre en las tarjetas de visita, el sueldo que gane..., todo eso es secundario.

Aquella noche, Zavyalov y Olga fueron los últimos en abandonar la fogata. El geólogo anotaba los últimos acontecimientos en el diario de la expedición y la joven, sentada en el suelo con los brazos alrededor de sus rodillas, contemplaba los rescoldos moribundos de la fogata.

—Sergei Andreyevich, ¿le importaría contestarme a una pregunta muy personal?

—¿Muy personal? No, desde luego que no.

—¿Por qué no se ha casado?

Zavyalov quedó completamente desconcertado. No se daba cuenta que una mujer puede detectar el amor que inspira a un hombre con mucha más facilidad que un geólogo puede localizar un depósito de uranio. Sin embargo, miró a Olga

directamente a los ojos al contestar:

—Si lo deseas, te lo contaré todo. A ti y a nadie más... Pero no aquí: en Moscú, cuando regresemos de nuestro viaje de prácticas.

VII

Zavyalov marcó un número. Era un número que se sabía de memoria, pero que en los últimos cinco años no había marcado.

—¿Rita? Soy Sergei. Espero que no te habrás olvidado por completo de mí... Me gustaría verte... Durante un minuto o durante una hora, no lo sé... Pero a solas e inmediatamente.

Al cabo de diez minutos Rita le abría la puerta de su casa. Había cambiado. Favorablemente, desde luego. Estaba más guapa. Pero Zavyalov supo inmediatamente que ya no ejercía ninguna atracción sobre él.

Ya podía marcharse. Lo único que deseaba era asegurarse de aquello, precisamente.

Asegurarse de poder contemplar a Rita como se contempla una hermosa escultura.

Entretanto, Rita rebuscaba en su mente algo que decir. Algo que no resultara vulgar ni trivial.

Algo que no fuese hablar del tiempo, ni de otras generalizaciones por el estilo.

Creía saber lo que había traído a Sergei Andreyevich hasta su casa. Pero él mantenía una extraña actitud, sin pronunciar una sola palabra.

Súbitamente, Rita observó algo que le permitió romper el fuego.

—Te han concedido dos nuevas condecoraciones, por lo que veo —exclamó, con una mezcla de asombro y de envidia, fijando en el pecho del hombre aquellos cándidos ojos azules cuya pureza tanto había amado Zavyalov—. Mi marido no ha conseguido ninguna, todavía. Y lo más probable es que no la consiga nunca, el muy imbécil. Es lo que yo le digo continuamente: no sabe desenvolverse en la vida... Tú, en cambio... Pero, ¿adónde vas, querido Sergei? —inquirió, extendiendo hacia él sus mórbidos brazos, blancos como el alabastro.

Los brazos de una hermosa estatua, pensó Zavyalov, con indiferencia.

Aquello le acabó de convencer de lo que había venido a comprobar.

Silenciosamente, giró sobre sus talones y se alejó definitivamente.

Por la tarde, se lo contó todo a la otra mujer.

Seis fósforos

Arcadi y Boris Strugatsky

El inspector dejó la agenda a un lado y dijo:

—Es un asunto complicado, tovarich Leman. Un asunto muy extraño.

—No lo creo así —dijo el director del instituto.

—¿No?

—No. Para mí todo está claro.

El director hablaba con sequedad, observando atentamente la plaza vacía, cubierta de asfalto e inundada de sol que se extendía hasta la ventana. Sentía ya desde hacía mucho tiempo un dolor en el cuello. En la plaza no sucedía nada interesante, pero seguía obstinadamente sentado hacia ella. Expresaba así su desaprobación. El director era joven y muy susceptible. Comprendía perfectamente a qué se refería el inspector, pero opinaba que éste no tenía derecho a inmiscuirse en aquel asunto. La tranquila insistencia del inspector le irritaba.

—Va hasta el fondo —se dijo con rabia—. Todo está claro como la luz del sol, pero él pretende llegar hasta el fondo...

—Pues para mí no todo está claro —insistió el inspector.

El director se encogió de hombros, echó una ojeada al reloj y se puso en pie.

—Perdóneme, camarada Ribnikov —dijo—. Dentro de cinco minutos tengo una lección. Si no me necesita...

—Haga lo que guste, tovarich Leman. Una última cosa, desearía hablar con ese... «ayudante personal»... ¿Gorcinsky se llama?

—Gorcinsky. Aún no ha regresado. Pero en cuanto vuelva se lo enviaré.

El director hizo una inclinación de cabeza y salió. El inspector le siguió con la mirada, guiñando los ojos.

—Eres un poco remolón, amigo —se dijo—. No importa. Ya te llegará tu turno.

Pero el turno del director aun no había llegado. Antes había que aclarar el asunto principal. Efectivamente, al primer golpe de vista todo parecía claro. El inspector Ribnikov del Servicio para la Protección del Trabajo, podía empezar ya su «informe sobre el asunto Andrés Komlin, director del laboratorio de física del Instituto Central del Cerebro». Andrés Andreevich Komlin ha realizado experimentos peligrosos en su propia persona y lleva cuatro días en el hospital, en un estado intermedio entre el sueño y el delirio, con la cabeza redonda y cerdosa inclinada hacia atrás y cubierta por extraños anillos blancos. No puede hablar, los médicos inyectan en su organismo sustancias reconstituyentes y, durante sus consultas, resuenan frecuentemente palabras siniestras: agotamiento nervioso agudo, lesión en los centros de la memoria,

lesión en los centros orales y auditivos...

Según el inspector, el asunto Komlin había dejado de ser interesante para el Servicio de Protección del Trabajo. Estaba comprobado que un fallo en la preparación, la falta de cuidado y, por último, la incompetencia del personal, fueron irrelevantes. Estaba comprobado que tampoco se infringieron las normas de seguridad, por lo menos en su sentido habitual. Estaba comprobado, en fin, que Komlin realizaba los experimentos sobre su persona con el mayor secreto, y que nadie en el instituto lo sabía. Ni siquiera Alejandro Gorcinsky, «ayudante personal de Komlin», aunque algunos asistentes del laboratorio tuviesen una opinión distinta.

El inspector tenía otros intereses, porque no era únicamente inspector. Su olfato de viejo científico le insinuaba que detrás de las informaciones fragmentarias sobre el trabajo de Komlin, detrás la extraña desgracia que éste había padecido, se ocultaba la historia de algún descubrimiento asombroso. Al barajar en su memoria las informaciones proporcionadas por los asistentes del laboratorio, el inspector se convencía cada vez más.

Tres meses antes que ocurriese la desgracia, el laboratorio había recibido un nuevo aparato. Se trataba de un generador neutrónico, es decir, una instalación para la formación y encendido de haces de neutrinos. Fue justamente con la llegada de dicho generador al laboratorio de física cuando se inició una serie de incidentes que, desdeñados por las personas directamente complicadas, terminaron por provocar una gran desgracia.

En aquella época, Komlin aplazó con visible satisfacción todos los trabajos no terminados, confiándolos con una excusa a su sustituto, se encerró en la habitación donde había sido instalado el generador neutrónico y empezó, según propia declaración, los trabajos preparatorios para una serie de experimentos preliminares. Esto requirió algunos días. Luego, inesperadamente, Komlin abandonó su celda, hizo, como de costumbre, una visita general al laboratorio, con tres lavados de cerebro públicos a sus colaboradores, firmó algunas cartas y encargó a su sustituto que se ocupara del informe mensual. Al día siguiente se encerró de nuevo con el generador esta vez en compañía de su ayudante Alejandro Gorcinsky.

Su labor no fue conocida hasta más tarde, o sea dos días antes de la desgracia, cuando Komlin y Gorcinsky presentaron un extraordinario informe, «que sacudió las bases de la medicina», sobre la acupunción neutrónica. Pero durante aquellos tres meses de trabajo, Komlin atrajo en tres ocasiones la atención de sus colaboradores.

La primera vez, un buen día, Andrés Andreevich apareció en el laboratorio con la cabeza afeitada y cubierta por una papalina negra. Este hecho, por sí mismo, no hubiese llamado la atención sí, una hora después, Gorcinsky no hubiese saltado fuera del «neutrónico», pálido y desencajado, para precipitarse —volcando los armarios— hacia el botiquín farmacéutico del laboratorio. Sacando rápidamente algunas cajas de curas de urgencia, volvió con la misma celeridad al «neutrónico», cerrando la puerta tras él. En aquel momento, uno de los colaboradores tuvo tiempo de ver a Andrés

Andreevich de pie ante la ventana con el cráneo desnudo y brillante, sujetándose el brazo izquierdo con la mano derecha. Su mano izquierda estaba manchada de algo oscuro, probablemente sangre. Aquella tarde, Komlin y Gorcinsky, salieron en silencio del «neutrónico» y, sin mirar a nadie, abandonaron el laboratorio. Ambos parecían pálidos y la mano izquierda de Komlin estaba envuelta en una venda sucia.

Pero esto no fue todo. Un mes después de este incidente, el colaborador científico adjunto Vedeneev encontró a Komlin una tarde en un paseo solitario del parque Azul.

El director del laboratorio estaba sentado en un banco con un grueso volumen sobre las rodillas, murmurando algo en voz baja con la mirada fija ante él. Vedeneev le saludó y se dispuso a sentarse a su lado. Komlin detuvo al punto sus murmullos, y se volvió hacia él, alargando el cuello de modo extraño. Sus ojos estaban «como enmohecidos» y Vedeneev sintió un urgente deseo de marcharse. Pero no le pareció correcto y preguntó:

—¿Ésta leyendo, Andrés Andreevich?

—Leo las curvas del río de Sci Nai-anj —contestó Komlin—. Muy interesante. Mire, por ejemplo...

Dada su juventud, Vedeneev desconocía los clásicos chinos y se sintió aún más incómodo. Komlin cerró el libro de improviso, lo puso en las manos de Vedeneev y le rogó que lo abriese al azar. Un poco embarazado, Vedeneev obedeció. Tras lanzar una rápida mirada —una sola vez y de pasada—, Komlin asintió con la cabeza y dijo:

—Siga el texto.

Y entonces con su acostumbrada voz clara y sonora empezó a contar como un tal Khu Jan-gio, levantando látigos de acero, se precipitó contra cierto Khe Dgen y Se Bao, y como tal Van In, llamado «Tigre de las garras cortas» y su consorte «Verde»... Sólo entonces descubrió Vedeneev que Komlin leía la página de memoria. El director del laboratorio no se saltó ninguna línea, no confundió el menor nombre, repitiendo el texto palabra por palabra, letra por letra. Al terminar, preguntó:

—¿He cometido errores?

Vedeneev, estupefacto, sólo pudo negar con la cabeza. Komlin soltó una carcajada, cogió el libro y se marchó. Vedeneev no sabía qué pensar. Contó el caso a algunos de sus colegas y éstos le aconsejaron que pidiese una explicación al propio Komlin. Pero Komlin acogió con un asombro tan sincero la alusión de Vedeneev a su encuentro, que éste último se confundió y cambió de tema.

Pero lo más extraño tuvo lugar precisamente unas horas antes de la desgracia.

Aquella tarde, Komlin, alegre, ocurrente y simpático como nunca, hacía juegos de manos. Los espectadores eran cuatro: Alejandro Gorcinsky, con su larga barba, enamorado como una muchachita de su maestro, y tres jóvenes adjuntas del laboratorio, Lena, Dussia y Katia. Las muchachas se habían quedado para completar la preparación del trabajo del día siguiente.

Los juegos eran divertidos.

Komlin propuso hipnotizar a alguien, pero todos se negaron, y Andrés

Andreevich contó entonces un chiste sobre un hipnotizador y un cirujano. Después de lo cual dijo:

—Lenochka, ahora adivinaré lo que vas a esconder en el cajoncito de la mesa.

Adivinó dos cosas de las tres, pero Dussia afirmó que él había mirado a escondidas. Al protestar Komlin, las muchachas empezaron a burlarse de él. Entonces declaró que podía apagar una llama con la mirada. Dussia cogió una caja de cerillas, corrió a una esquina de la habitación y encendió una cerilla. Un segundo después ésta se apagó. Todos quedaron asombrados mirando a Komlin; que se hallaba de pie con las manos cruzadas sobre el pecho y con las cejas fruncidas en la actitud de un ilusionista profesional.

—¡Vaya pulmones! —exclamó Dussia con respeto.

Entre ella y Komlin no había menos de diez pasos.

Entonces éste propuso que le amordazasen con un pañuelo. Cuando ya estuvo hecho, Dussia encendió de nuevo una cerilla, la cual de nuevo se apagó.

—¿Es posible que pueda soplar tan fuerte con la nariz? —se acostumbró Dussia, mientras Komlin, arrancándose el pañuelo de la boca, se echaba a reír. Abrazando a Dussia, dio con ella algunos pasos de vals.

Luego hizo otros dos trucos: dejaba caer una cerilla, la cual, en vez de caer en línea recta se desviaba hacia un lado, alejándose cada vez de la vertical hacia la derecha con un ángulo bastante grande.

—Vuelva a soplar... —pidió, dudosa, Dussia.

Komlin apoyó sobre la mesa una pequeña espiral de volframio que, con vibraciones grotescas, empezó a arrastrarse lentamente sobre el cristal hasta caer al suelo. Como es lógico, todos quedaron muy maravillados y Gorcinsky empezó a insistir para que Komlin explicase cómo conseguía hacerlo. Pero el director se puso serio de pronto y propuso hacer mentalmente la multiplicación de algunos números compuestos de muchas cifras.

—Seiscientos cincuenta y cuatro por doscientos treinta y uno y por dieciséis —dijo tímidamente Katia.

—Escriba —ordenó Komlin con voz extraña y tensa.

Empezó a dictar:

—Cuatro, ocho, uno... —y en aquel momento su voz se hizo un murmullo y terminó ahogadamente—... siete... uno... cuatro... dos... de derecha a izquierda.

Se volvió y las muchachas se impresionaron al verle, repentinamente abatido, encogido, como si hubiese disminuido de estatura. Arrastrando los pies, se retiró al «neutrónico» y se encerró con llave. Gorcinsky miró preocupado a la puerta durante algún tiempo y luego declaró que el cálculo de Andrés Andreevich era exacto: leyendo los números de derecha a izquierda, se obtenía el producto de la multiplicación, dos millones cuatrocientos diecisiete mil ciento ochenta y cuatro.

Las muchachas trabajaron hasta las diez, y Gorcinsky se quedó con ellas para ayudarlas, aunque sin gran provecho. Komlin no había vuelto a salir del «neutrónico».

A las diez se marcharon a casa, tras haberle dado las buenas noches a través de la puerta cerrada. La mañana siguiente, Komlin fue trasladado al hospital.

El resultado del trabajo trimestral de Komlin era la acopunción neutrónica. Es decir, un método de cura basado en el tratamiento radiactivo del cerebro con haces de neutrinos. Este nuevo método era ya de por sí extremadamente interesante, pero ¿qué relación tenía con la mano herida de Komlin? ¿Y su extraordinaria memoria? ¿Y los trucos con las cerillas, las pequeñas espirales y la multiplicación mental?

—Lo ocultaba, lo ocultaba a todos —murmuró el inspector—. ¿No estaba seguro o temía exponer a sus compañeros un peligro? Es un asunto complicado, muy extraño...

Encendió el videófono. En la pantalla apareció el rostro de la secretaria.

—Perdóneme, camarada Ribnikov —dijo la secretaria—. El camarada Gorcinsky está aquí y espera su llamada.

—Hágale entrar —indicó el inspector.

En el umbral apareció una figura enorme con camisa a cuadros y mangas remangadas. Sobre los hombros potentes se levantaba un cuello robusto coronado por una cabeza cubierta de espesos cabellos negros, a través de los cuales se adivinaba ya una incipiente calvicie. El personaje entró en el estudio de espaldas. Antes de que el inspector tuviese tiempo de asombrarse, el dueño de la camisa a cuadros rogó:

—Por favor, Josif Pietrovich —e hizo pasar a Leman.

Luego entró en el estudio, cerró cuidadosamente la puerta, se volvió sin prisa e hizo una breve inclinación. La cara del profesor de la camisa a cuadros y extraño proceder estaba adornada con un par de bigotes cortos, pero muy espesos y aparecía algo tétrica. Se trataba de Alejandro Gorcinsky, «ayudante personal» de Komlin.

El director se sentó en una butaca y miró hacia la ventana. Gorcinsky se detuvo frente al inspector.

—Usted es... —empezó el inspector.

—Gracias —murmuró el ayudante de Komlin y se sentó, apoyando las palmas de las manos sobre sus rodillas y mirando al inspector con ojillos grises y malintencionados.

—... ¿Gorcinsky? —preguntó el inspector.

—Gorcinsky, Alejandro Borisovich.

—Mucho gusto. Ribnikov, inspector del SPL.

—Mu-chí-si-mo gus-to —contestó Gorcinsky, arrastrando las sílabas.

—¿Ayudante personal de Komlin?

—Ignoro a qué se refiere. Soy asistente en el laboratorio físico del Instituto Central del Cerebro.

El inspector miró a Leman por el rabillo del ojo. Le pareció que en las esquinas de los ojos de éste brillaba una sonrisa maligna.

—De acuerdo —dijo Ribnikov—. ¿En qué ha trabajado usted durante, los últimos tres meses?

—En problemas de acopunción neutrónica.

—¿No podría ser más explícito?

—Hay un informe —cortó Gorcinski de modo perentorio—. En él consta todo.

—A pesar de ello quisiera rogarle que me diese más detalles —rogó el inspector con gran calma.

Durante unos segundos se miraron fijamente, mientras el rostro del inspector empezaba a ponerse cada vez más morado, y Gorcinsky movió los bigotes. Por fin el ayudante cerró lentamente los ojos.

—Con mucho gusto —rugió—. Seré más explícito. Se estudiaba el efecto de los haces neutrónicos encendidos sobre la sustancia blanca y gris del cerebro, así como sobre el organismo interior de los animales...

Gorcinsky hablaba con voz monótona, sin expresión. Parecía bambolearse en su asiento.

—Paralelamente se constataban los cambios patológicos y otras imitaciones en el interior del organismo, se realizaban mediciones de la corriente activa, de la disminución diferencial y de las curvas de labialización en los distintos tejidos, determinándose también las cantidades relativas de neuroglobulina y de neurostromina...

El Inspector se recostó en el respaldo de su butaca, conteniendo su rabia. Leman seguía, como antes, mirando hacia la ventana mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—¿Quiere decirme, tovarich Gorcinsky, qué le pasa a sus manos? —preguntó el inspector inesperadamente. Odiaba la defensa y le complacía atacar.

Gorcinsky miró sus manos, apoyadas en los brazos de la butaca, arañados y cubiertas de cicatrices azules casi sin cicatrizar e hizo un movimiento como si hubiese querido metérselas en el bolsillo. Pero, en vez de eso, apretó lentamente los monstruosos puños.

—El mono me ha arañado —dijo entre dientes—. En el vivero.

—¿Ha hecho experiencias sólo con animales?

—Sí, sólo con animales —asintió Gorcinsky, subrayando las palabras.

—¿Que le ocurrió a Komlin hace dos meses? —el inspector continuaba su ataque. Gorcinsky se encogió de hombros.

—No me acuerdo.

—Se lo puedo recordar. Komlin se había cortado en la mano. ¿Cómo sucedió?

—Se cortó, nada mas —contestó Gorcinsky con malos modos.

—Alejandro Borisovich —le regañó el director.

—Pregúnteselo a él...

Los ojos claros y distantes de Leman se semicerraron.

—Me sorprende usted, Gorcinsky —murmuró el inspector en voz baja—. Está convencido de que pretendo arrancarle algo que pueda perjudicar a Komlin... o a usted, o a los demás compañeros. Pero todo es más sencillo. No soy especialista del

sistema nervioso central, estoy especializado en radioóptica. Todo radica en eso. Además no tengo derecho a juzgar basándome en mis impresiones. Y no he aceptado este trabajo para fantasear, sino para descifrar la verdad de lo ocurrido. Sin embargo, me viene usted con un ataque de histerismo. Debería avergonzarse...

Se hizo el silencio. El director comprendió entonces en qué consistía la fuerza de aquel hombre calmoso y obstinado. Indujo Gorcinsky haberlo comprendido, porque finalmente dijo, sin mirar a nadie:

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué es la acopunción neutrínica? —preguntó el inspector.

—Se trata de una idea de Andrés Andreevich —explicó Gorcinsky con voz cansada—. La radiación con haces neutrínicos sobre algunas zonas de la corteza provoca la aparición..., más bien un fuerte aumento de la capacidad de resistencia del organismo a diversos tipos de venenos químicos y biológicos. Los perros infectados envenenados se restablecen tras dos o tres punciones neutrínicas. Existe una cierta analogía con la acopunción, esto es, con las curas hechas por medio de punciones realizadas con una aguja. Esto justifica la denominación del método. La función de la aguja es asumida por el haz de neutrinos. Por supuesto que la analogía es puramente exterior...

—¿Y el método? —prosiguió el inspector.

—El cráneo del animal es afeitado al rape, y sobre la piel desnuda se colocan unas ventosas neutrínicas... Se trata de pequeños dispositivos para el encendido del haz de neutrinos. El fuego se concentra sobre una zona determinada de la materia gris. Es una operación muy complicada. Aunque resulta todavía más complicado hallar las zonas, los puntos de la corteza que provocan la movilización de los fagocitos en la dirección deseada.

—Muy interesante —comentó con gran serenidad el inspector—. ¿Y cuáles son las enfermedades que se podrían curar de esta manera?

Gorcinsky contestó tras una pausa:

—Muchas. Andrés Andreevich suponía que la acopunción neutrínica movilizaba algunas fuerzas del organismo desconocidas para nosotros. No se trata de fagocitosis, ni de estimulación nerviosa, sino de algo mucho más potente. Pero no ha tenido tiempo... Decía que con las acopunciones neutrínicas se podría curar cualquier enfermedad. Envenenamientos, afecciones cardíacas, tumores malignos...

—¿Cáncer?

—Sí. Quemaduras... Tal vez sería posible incluso restablecer los órganos perdidos. Andrés Andreevich decía que las fuerzas estabilizadoras del organismo son enormes y que la clave de todo reside en la corteza. Pero hace falta determinar en la corteza los puntos de aplicación de las punciones.

—Acopunción neutrínica —murmuró lentamente el inspector, como si saborease el sonido de cada sílaba. Luego se recobró—. Muy bien, tovarich Gorcinsky. Le estoy muy agradecido.

Gorcinsky sonrió maliciosamente.

—Y ahora, por favor, dígame en qué circunstancias halló a Komlin. Si no me equivoco, fue usted quien lo encontró.

—Sí, fui yo. Andrés Andreevich estaba sentado..., estaba arrellanado en la butaca delante de la mesa...

—¿En el «neutrónico»?

—Sí. Sobre el cráneo tenía el dispositivo con las ventosas. El generador estaba en marcha. Me pareció como si estuviese muerto. Llamé al médico. Eso es todo.

La voz de Gorcinsky experimentó un temblor. Era una revelación tan inesperada, que el inspector se detuvo antes de hacer una nueva pregunta. Los dedos del director batían sobre la mesa, mientras miraba por la ventana.

—¿Sabe qué experimento hacía Komlin?

—No lo sé —contestó con voz sorda el asistente—. No lo sé. Sobre la mesa, delante de Andrés Andreevich, había la balanza del laboratorio y dos cajas de cerillas... Las cerillas de una de ellas estaban esparcidas sobre la mesa...

—Espere —el inspector miró hacia el director y luego se volvió de nuevo a Gorcinsky—. ¿Cerillas? ¿Y qué tienen que ver las cerillas?

—Cerillas —repitió Gorcinsky—. Estaban amontonadas. Algunas estaban unidas de dos en dos, de tres en tres. Sobre un plato de la balanza había tres. Y también una hojita de papel con números. Andrés Andreevich había pesado las cerillas. Esto es seguro, lo he comprobado. Las cifras coinciden.

—¿Cerillas! —murmuró el inspector—. ¿Qué hacía? Quisiera saberlo... ¿Tiene alguna idea sobre ello?

—No —contestó Gorcinsky.

—También vuestros colaboradores cuentan... —el inspector se frotó la barbilla, pensativo—. Aquellos trucos... con fuego, con las cerillas... Parece como si Komlin estudiase otros asuntos aparte de la acopunción neutrónica. ¿Pero cuáles?

Gorcinsky callaba.

—Y había hecho esas experiencias en sí mismo otras veces. La piel de su cráneo estaba enteramente cubierta por las huellas de esas ventosas.

Gorcinsky seguía callando.

—¿No había notado nunca que Komlin era capaz de realizar rápidamente cálculos mentales? Antes de que hiciese la demostración de sus trucos, por supuesto...

—No —dijo Gorcinsky—. Nunca advertí nada semejante. Ahora ya lo sabe todo... Sí, Andrés Andreevich había ensayado los efectos de la aguja neutrónica en su propio cuerpo. Se pegó una cuchillada en la mano... Quería comprobar personalmente si el rayo neutrónico curaba las heridas. Entonces... no lo consiguió. Y a la vez realizaba otro trabajo que mantenía oculto a todos, incluso a mí. Por lo tanto ignoro de qué investigación se trata. Sólo puedo decir que estaba también relacionada con la radiación neutrónica. Eso es todo lo que sé.

—¿Alguien, además de usted, sabía eso? —preguntó el inspector.

—No. Nadie sabía nada.

—Está bien —terminó el inspector—. Puede irse.

Gorcinsky se levantó y, sin alzar la vista, se dirigió hacia la salida.

El director seguía mirando por la ventana. Sobre el patio se hallaba un helicóptero suspendido en el aire, a baja altura. Su fuselaje plateado brillaba, oscilando levemente. El helicóptero empezó a girar lentamente alrededor de su propio eje. Luego aterrizó. Se abrió la portezuela y un piloto con mono gris saltó ágilmente sobre el asfalto y se dirigió hacia el edificio del instituto, encendiendo, mientras caminaba, un cigarrillo. El director reconoció el helicóptero del inspector.

—Había ido a repostar —se dijo distraídamente.

El inspector preguntó:

—¿No podría la acupunción neutrónica provocar lesiones síquicas?

—No —contestó Lemán—. Komlin asegura que no.

El inspector se echó hacia atrás sobre el respaldo de la butaca y empezó a mirar el techo blanco y opaco.

El director observó en voz baja:

—Gorcinsky ya no podrá trabajar hoy. Se ha equivocado al tratarlo así...

—No —replicó el inspector—. Nada de eso. Perdóneme, tovarich Lemán, pero usted me sorprende. Se ha fijado en las cicatrices de sus manos... Un digno discípulo de Komlin...

—Esta gente ama su profesión —dijo el director.

Durante algunos instantes el inspector miró al director, mientras acariciaba sus mejillas.

—La ama mal, a la antigua, tovarich Lemán —dijo—. Y también ama mal a esta gente. Somos ricos. Les damos todos los instrumentos necesarios, todos los animales de experimentación que hagan falta, no importaba la cantidad. Todo lo que tiene que hacer es trabajar, estudiar, experimentar... ¿Por qué malgasta los hombres con tanta ligereza? ¿Quién le ha autorizado a disponer así de la vida humana?

—Yo...

—¿Por qué no sigue las directrices? ¿Cuándo terminará este escándalo?

—Éste es el primer caso en nuestro instituto —barbotó con rabia el director.

El Inspector inclinó la cabeza.

—En nuestro instituto... ¿Y en los otros institutos? ¿Y en las empresas? Komlin es el octavo caso en los últimos seis meses. ¡Bárbaros! Se meten en los cohetes teledirigidos, en los batíscafos, en los reactores en régimen crítico... —sonrió con desgana—. Buscan el camino más corto que les lleve hacia la verdad, a la victoria sobre la naturaleza. Y ahora Komlin, el octavo. ¿Le parece lícito todo esto, profesor Lemán?

El director contestó con obstinación:

—Es lícito mientras sea inevitable. ¿Recuerda a los médicos que se inocularon el cólera, la peste?

—Detesto las analogías históricas... ¡Acuérdese mejor de en qué época vivimos!

Se quedaron durante un momento silenciosos. La tarde acababa y en los rincones alejados del estudio crecían sombras grises y transparentes.

—A propósito —dijo Leman, sin mirar a su interlocutor—, he dado orden de abrir la caja fuerte de Komlin. Me han traído sus apuntes de trabajo. Creo que también le será útil examinarlos.

El inspector no ocultó su satisfacción.

—A pesar de todo, no tenga demasiadas esperanzas —añadió rápidamente el director—. Las agujas neutrónicas han sido para todos como un relámpago en un cielo sereno. Nadie podía imaginarse nada semejante. Komlin es un verdadero pionero, el primero en el mundo.

El director se marchó.

Los apuntes de Komlin podrían ser una gran ayuda. El inspector así lo deseaba. Se imaginó a Komlin con el aro de ventosas neutrónicas sobre su cráneo desnudo, mientras pesaba las cerillas encoladas. No, no se trataba de la acupunción. Debía ser algo completamente nuevo. Parecía como si Komlin no creyese ni siquiera en sí mismo, por lo que quiso realizar aquellas terribles experiencias a espaldas de sus colegas.

Una gran época la suya. La cuarta generación se compone de hombres audaces, llenos de abnegación. Como siempre, son incapaces de cuidarse y cada año se vuelven más temerarios y más dispuestos al sacrificio. Son precisos esfuerzos enormes para obtener de este entusiasmo hirviente el máximo provecho. No es amontonando los cadáveres de sus mejores elementos, sino sirviéndose de máquinas potentes y de aparatos ultraprecisos, como la humanidad conseguirá el dominio sobre la naturaleza. Y no porque los vivos puedan hacer mucho más que los muertos, sino porque el hombre es el más precioso bien del mundo.

El Inspector se levantó pesadamente de la butaca y se encaminó con pasos lentos hacia la salida. Se movía sin prisas. Llevaba la calma en la sangre; además le pesaba la edad y le dolía la pierna.

—Duelen las viejas heridas —murmuró bajo sus bigotes, mientras atravesaba la sala de espera del director ahora vacía, cojeando visiblemente del pie derecho.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, los médicos, incapaces de descubrir la causa de la enfermedad de Komlin, advirtieron con alegría que el enfermo estaba recuperando la palabra. En aquel mismo instante, Ribnikov y Leman se encontraban sentados ante el enorme escritorio del estudio de éste último. Ante el director había un montón de cartas, anotaciones, gráficos, los planos e Incluso los diseños, que contenían los apuntes de trabajo de Andrés Andreevich Komlin.

El director hablaba con precipitación, a veces de forma inconexa, con los ojos enrojecidos por la noche en vela fijos, más allá del inspector, hacia un punto indefinido, interrumpiéndose algunas veces como maravillado ante sus propias

palabras. Mientras le escuchaba, el inspector advertía que la sucesión de acontecimientos aislados y su relación eran ahora cada vez más claras.

No era por casualidad que Komlin empezó a ocuparse de las radiaciones sobre el cerebro con haces neutrínicos. En primer lugar se trataba de un problema totalmente inexplicable. El método de obtención de haces de neutrinos de una densidad «práctica» había sido determinado muy poco antes. Al recibir un generador neutrínico, Komlin decidió experimentar sin demora.

En segundo lugar, Komlin esperaba mucho de sus experimentos. Las radiaciones de alta potencia (nucleones, electrones, rayos gamma) provocan un desequilibrio en la estructura molecular y nuclear de las proteínas del cerebro. Destruyen el cerebro. Sólo provocan en el organismo transformaciones patológicas. La experiencia lo ha demostrado. Sin embargo, el neutrino produce un efecto completamente distinto, al ser una minúscula partícula neutra sin masa en reposo. Komlin sostenía que la acción del neutrino no podría provocar procesos explosivos, ni cambios en la estructura molecular, sino una moderada excitación, reforzar campos energéticos nuevos, desconocidos aún por la ciencia. Se ha podido constatar que todas las suposiciones de Komlin tuvieron una brillante confirmación.

—Sólo he comprendido una pequeña parte de lo que hay en los apuntes —se interrumpió el director—, y además algunas cosas realmente no las puedo creer. Y por eso sólo le referiré el contenido principal y todo lo que podría aclarar la misteriosa historia de los juegos de manos. Aunque resulta también bastante inverosímil.

Al iniciar los experimentos con animales, Komlin obtuvo de inmediato una indicación que le sugirió la idea de la acupunción neutrínica. El mono con el que realizaba sus experimentos, se había herido en una pata. La herida se cicatrizó y curó con extraordinaria rapidez. Del mismo modo, no tardarán en desaparecer de sus pulmones las manchas oscuras de la tuberculosis, tan frecuente en los monos que viven en un clima templado.

El trabajo con la acupunción se desarrollaba felizmente. Se suministró a algunos perros varios tipos de sustancias tóxicas biológicas. La aguja neutrínica curó inmediatamente a los animales y la cromatografía demostró que casi todo el veneno era eliminado ipso facto. La aguja de Komlin (así denominó Gorcinsky a este método) curaba la tisis de los monos diez veces más deprisa que los más potentes antibióticos.

Hasta aquel momento —Komlin aún no había elaborado un método de curación, sino que sólo buscaba la demostración teórica de sus posibilidades— no existía ninguna necesidad de realizar experimentos sobre el hombre. En su famoso informe, Komlin había formulado la hipótesis de la existencia en el organismo humano y en el de los animales de fuerzas curativas escondidas, aún desconocidas por la ciencia, pero que ya se habían manifestado con los experimentos realizados con la acupunción neutrínica. Además, había concebido un detallado plan para pasar las experiencias de

los animales al hombre cauto, previsión en la que se tenían en cuenta los eventuales errores y se apuntaba un paso gradual de las acopunciones neutrónicas más sencillas y evidentemente inocuas a otras más complejas. Además había proyectado que participaran en los experimentos importantes colegas, médicos, fisiólogos y psicólogos. Pero...

El Inspector no se había equivocado. Komlin no trabajaba sólo en la acopunción neutrónica. Los experimentos con el generador neutrónico habían demostrado pronto que el extraordinario crecimiento de las fuerzas curativas del organismo no era la única consecuencia de la irradiación sobre el cerebro con haces de neutrinos. Los animales en tratamiento se comportaban de un modo raro, aunque no todos y no siempre. Los que se habían curado tras una rápida acción de la aguja neutrónica, no manifestaban ninguna anomalía en el propio comportamiento. Sin embargo, los «favoritos», es decir, aquellos que sufrían numerosas y variadas experiencias, frecuentemente asombraban a los dos científicos. Y donde el joven Gorcinsky sólo veía bromas divertidas y fastidiosas de la naturaleza, la intuición del gran científico adivinó un nuevo descubrimiento.

El perro «Genjka» (nombre completo: «Generador») dio muestras imprevistas de su inclinación hacia ejercicios circenses, que nunca le habían sido enseñados por nadie: caminaba sobre las patas posteriores, algunas veces hasta sobre las anteriores, y «saludaba». Gorcinsky lo encontró un día en una postura rara. El animal estaba sentado sobre un taburete, mirando un punto fijo; a intervalos regulares de tiempo se levantaba y lanzaba un corto ladrido, después de lo cual se volvía a sentar. No reconoció a Gorcinsky y se puso a gruñir cuando se le acercó.

Komlin quedó impresionado a su vez por todo lo que sucedió con la babuina hembra, «Cora». Un día inmediatamente después de la radiación, «Cora» estaba sentada en la habitación con Komlin, «discutiendo» pacíficamente con él. De pronto pareció como si hubiese sufrido una sacudida eléctrica. La mona vio algo en un rincón de la habitación, empezó a gruñir de un modo amenazador y a la vez compasivo y retrocedió. Las caricias y las buenas palabras no produjeron ningún resultado. «Cora» corrió a esconderse en el rincón más alejado del cuarto, allí se acurrucó y permaneció durante una hora entera lanzando de vez en cuando un grito estridente en señal de alarma. Poco tiempo después se calmó, pero Komlin pudo constatar con sorpresa que, desde entonces al entrar en la habitación «Cora», antes que nada se volvía hacia aquella misma esquina.

En otra ocasión, Gorcinsky llegó corriendo y gritó a Komlin:

—¡Pronto! ¡Rápido! —y le empujó hacia la habitación de los monos.

En una de las jaulas estaba sentado un joven mandril, masticando un plátano. Ni el mandril ni el plátano tenían nada de raro, pero tanto el guardián como Gorcinsky afirmaban al unísono que habían sido testigos de algo absolutamente fantástico. Según sus palabras, habían encontrado al mandril observando con evidente interés un trocito de papel que lenta pero decididamente se arrastraba sobre el pavimento en

dirección a él. El mandril alargó la pata hacia el papel y Gorcinsky se precipitó en busca de Komlin. El guardián juraba que el mono se había comido el trocito de papel. De todas formas no consiguieron hallarlo en la jaula. La tentativa de reproducir el extraño fenómeno fracasó.

—Esto es lo que Komlin escribió sobre tal particular —dijo el director, entregando al inspector un pedazo de papel milimetrado.

El inspector leyó: «¿Alucinación colectiva? ¿O algo nuevo? El simple hecho de esta alucinación colectiva con la participación del mandril es extraordinario. Pero aquí debe suceder algo más. Con estos animales, monos y perros, no se puede saber nada. Hay que actuar por sí mismo».

Komlin empezó a experimentar en su propia persona. Gorcinsky se dio cuenta en seguida y, sin ninguna duda, siguió su ejemplo. Parece que en aquel momento se produjo entre ambos una pequeña disputa. Al final Gorcinsky prometió no repetir la experiencia al mismo tiempo que Komlin, y se comprometió a hacerse sólo punciones sencillas, breves e inocuas. Gorcinsky, mientras tanto, no había logrado saber si Komlin no se ocupaba ya de la acopunción neutrónica.

—A pesar de todo —continuó su informe el director—, los apuntes de Komlin contienen relativamente pocas alusiones a los extraordinarios resultados de sus experimentos. Las notas se hacen cada vez más fragmentarias y menos inteligibles. Se observa que, con frecuencia, Komlin no consigue encontrar las palabras para describir sus propias sensaciones, y que sus conclusiones resultan confusas e incompletas.

Komlin dedica algunas páginas arrancadas de un cuaderno a la increíble capacidad mnemotécnica que se le manifestó tras una de sus experiencias. Escribió entonces: «Me basta echar sólo una mirada a un objeto para verlo en todos sus detalles, volviéndome a otro lado o cerrando los ojos. Me basta mirar de pasada una página de un libro para poder leerla luego con la imagen impresa en mí cerebro. Creo que recordaré toda la vida algunas páginas de *Las curvas del río* y la tabla entera de logaritmos de cuatro decimales, desde la primera a la última cifra. ¡Son posibilidades inauditas!».

También se encuentran en los apuntes consideraciones de un carácter completamente general. «La memoria, muchos reflejos y costumbres —escribió Komlin con mano segura, como si estuviese reflexionando—, tienen alguna base material que aún nos resulta poco clara. El haz neutrónico se infiltra en esta base y crea una nueva memoria, nuevos reflejos y nuevas costumbres. Mejor dicho, no crea sino que provoca su aparición *condicionada*. Así sucedió con Genjka, con “Cora”, conmigo mismo» (mnemogénesis, creación de una memoria simulada).

Al último y más increíble de los descubrimientos de Komlin estaban consagradas las páginas, unidas con un clip. El director las tomó.

—Aquí —dijo con toda seriedad— se encuentra la respuesta a sus preguntas. Se trata de una especie de sumario o de un borrador del futuro informe. ¿Quiere que se

lo lea?

—Hágalo, por favor —rogó el inspector.

»No basta con un esfuerzo de voluntad para obligarnos, aunque sólo sea a cerrar los ojos. Hace falta el impulso, ni más ni menos. Una descarga insignificante y el músculo se contrae, capaz de desplazar decenas de kilos, de ejecutar un trabajo enorme en comparación con la energía del impulso nervioso. El sistema nervioso es la mecha en el polvorín, la contracción del músculo es la explosión.

»Es sabido que la intensificación del proceso del pensamiento aumenta los campos electromagnéticos que se forman en alguna parte del cerebro. El hecho de que seamos capaces de constatarlo demuestra que el proceso del pensamiento actúa sobre la materia. Aunque no directamente. Si hago un cálculo integral, el campo del cerebro se hace más intenso, la aguja del aparato que capta y mide este campo, se desplaza. ¿No es acaso un sicomotor? El campo electromagnético es el músculo del cerebro.

»La capacidad de calcular se manifiesta al punto extraordinariamente. Cómo, no sabría decirlo. Cálculo, eso es todo. $1919 \times 237 = 424.703$. He hecho este cálculo mentalmente en el tiempo de cuatro segundos exactos, controlados con el cronómetro. Todo esto es hermoso, pero no tiene nada que ver con el nudo de la cuestión. El campo electromagnético sufre un incremento, ¿qué sucede con los otros si existen? El músculo se ha desarrollado. ¿Pero cómo se dirige?

»Actúo. Espiral de wolframio. Peso 4,732 gramos. Pende de un hilo de nylon en el vacío. Con sólo mirarla, se ha desplazado de su posición inicial casi con un ángulo de quince grados, tal vez un poco más. Ya es algo. El régimen del generador...

—He hablado con Gorcinsky —dijo el director después de terminar la lectura de una serie de números—. Esta noche. Ha visto la campana de vacío con la espiral colgada. Después de aquella noche el aparato desapareció. Komlin lo había desmontado, probablemente.

»El campo sicodinámico —el músculo del cerebro— trabaja. No sé cómo lo consigue. Y no tiene nada de extraño que no lo sepa. ¿Qué hay que hacer para que el brazo se doble? Nadie es capaz de contestar a esta pregunta. Para doblar el brazo yo doblo el brazo. Eso es todo. El bíceps es un músculo muy obediente. El músculo debe estar adiestrado. Hace falta enseñar al músculo del cerebro a contraerse. ¿Pero cómo? Éste es el problema.

»Es interesante... No puedo levantar nada. Sólo desplazarlo. Y no según mi voluntad. La cerilla y el papel solo hacia la derecha. El metal... sólo hacia mí. Se consigue mejor con cerillas. ¿Por qué?

»El campo sicodinámico actúa a través de la campana de cristal, pero no a través del papel de periódico. Para actuar sobre un objeto, necesito verlo. El aire, por lo que puedo entender, adquiere un movimiento turbulento en el punto de aplicación del campo. Apago la vela. En el interior del "neutrónico", a mi entender, la distancia no cuenta.

»Estoy convencido de que las posibilidades del cerebro son inagotables. Únicamente se precisan un adiestramiento y una determinada activación. Llegará un tiempo en el que el hombre realizará cálculos mentales mejor que cualquier maquina, podrá leer y asimilar una biblioteca completa en pocos minutos...

»Pero cansa terriblemente. La cabeza me estalla. Debo trabajar tal vez bajo una radiación continua y al final estoy completamente cubierto de sudor. No quisiera haberme agotado demasiado. Hoy trabajo con las cerillas...

Las anotaciones de Komlin terminaban aquí.

El inspector estaba sentado con los ojos semicerrados y pensaba que quizá la idea de Komlin estaba destinada a dar una abundante cosecha. Pero esto pertenecía al porvenir, y mientras tanto Komlin estaba en el hospital. El inspector abrió los ojos del todo y su mirada cayó sobre el papel milimetrado. «Con estos animales, monos y perros, no se logra saber nada. Hay que actuar por sí mismo», leyó. ¿Tendría razón Komlin?

«No. Komlin se había equivocado. Y por partida doble —se dijo el inspector—. No debió salir al encuentro de un peligro semejante, al menos solo. Aun cuando no le puedan ayudar ni las máquinas ni los animales (el inspector volvió a mirar el trozo de papel milimetrado), el hombre no tiene derecho a jugar con la muerte. Y Komlin hizo exactamente eso. Y tú, querido profesor Lemán, no seguirás como director de este instituto, porque no lo entiendes y pareces entusiasta de Komlin. ¡No, compañero! No le permitiremos que se arroje al fuego. En nuestros tiempos, vosotros, vuestras vidas, nos son más queridas que los descubrimientos más grandiosos».

En voz alta el inspector dijo:

—Considero que ahora ya se puede redactar el informe con los resultados de la encuesta. La causa de la desgracia está clara.

—Sí, está clara —repitió el director—. Komlin hizo un esfuerzo demasiado grande para levantar seis cerillas.

El inspector estaba acompañado por Lemán. Los dos salieron a la plaza y se dirigieron sin prisa hacia el helicóptero. El director parecía distraído y en ningún momento conseguía adaptarse al modo de caminar lento y cojeante del inspector. A dos pasos del aparato fueron alcanzados por Gorcinsky, tétrico y con los pelos despeinados. El inspector había ya estrechado la mano del director y estaba subiendo a la cabina, lo que le resultaba difícil.

—Duelen las viejas heridas —murmuró.

—Andrés Andreevich está mucho mejor —anunció Gorcinsky de pronto en voz baja.

—Ya lo sé —dijo el inspector, sentándose finalmente con un carraspeo satisfecho. El piloto llegó corriendo para ocupar su puesto.

—¿Escribiré el informe? —preguntó Gorcinsky.

—Sí, lo escribiré —contestó el inspector.

—Bien... —Gorcinsky, moviendo sus bigotes, miró al inspector fijamente en los ojos y, de pronto, preguntó con una voz aguda por el temor:

—Dígame, por favor, ¿no es usted aquel Ribnikov que en el sesenta y ocho en Kustanai, por propia iniciativa, y sin esperar la llegada de los dispositivos automáticos, descargó ciertas cosas?

—¡Alejandro Borisovich! —le reprendió bruscamente el director.

—¿Y que fue entonces cuando le pasó algo en la pierna...?

—¡Basta, Gorcinsky!

El inspector no contestó. Cerró con fuerza la portezuela de la cabina, y se apoyó en el respaldo del blando asiento.

El director y Gorcinsky permanecieron de pie en la plaza y, con la cabeza alta, vieron pasar al gran escarabajo, con un tenue murmullo, sobre la masa rojo pálido de los diecisiete pisos del edificio del instituto, para desaparecer después en el cielo turquesa del crepúsculo.

Arcoiris lejano

Arkadi y Boris Strugatsky

Capítulo I

La mano de Tania, tibia y algo áspera, cubría sus ojos y todo lo demás le tenía sin cuidado. Sentía el olor amargo y salado del polvo, el trinar soñoliento de los pájaros esteparios y cómo la hierba seca le pinchaba y cosquilleaba la nuca. El sitio donde estaba tendido era duro e incómodo, el cuello le picaba inaguantablemente, pero él, sin moverse, escuchaba la acompasado y suave respiración de Tania. Se sonreía y se alegraba de la obscuridad, porque esta sonrisa debía ser absurda, de puro tonta y engreída.

Después, fuera de lugar y de tiempo, empezó a sonar el zumbido de llamada en la torre del laboratorio. «Que suene —pensó él—. No es la primera vez. Esta noche todas las llamadas están fuera de lugar y de tiempo».

—Robik —susurró Tania—. ¿Oyes?

—No oigo nada en absoluto —gruñó Robert.

Parpadeó para que sus pestañas hicieran cosquillas a Tania en la palma de la mano. Todo lo demás estaba lejos, muy lejos y maldita la falta que hacía. Estaba lejos Patrick, eternamente aturdido por el insomnio. Estaba lejos Maliaev, con sus modales de Esfinge de Hielo. Estaba lejos todo este mundo de constante prisa, de constantes discusiones incomprensibles, de eterna insatisfacción y preocupación, todo este mundo sin sentimientos, donde se desprecia lo que está claro y se celebra lo incomprensible, donde todos se han olvidado hasta de que son hombres y mujeres. Todo está muy lejos. Aquí sólo existe una estepa nocturna, una estepa solitaria en centenares de kilómetros, que después de tragarse un día caluroso, está caliente y plena de olores templados y excitantes.

Volvió a zumbar la señal.

—Otra vez —dijo Tania.

—Que suene. Yo no estoy. Me he muerto. Me han comido las musarañas. ¡Estoy tan bien! Te amo. No quiero ir a ninguna parte. ¿Por qué he de ir? ¿Tú irías?

—No sé.

—Dices eso porque me quieres poco. Cuando una persona ama de verdad, no se va a ninguna parte.

—Teórico —dijo Tania.

—¿Yo teórico? Soy práctico. Y como práctico te pregunto: ¿Por qué razón me tengo que ir, de buenas a primeras, a ninguna parte? Hay que saber amar, que es lo que vosotros no sabéis, en lugar de discutir tanto sobre el amor. Bueno, me parece que estoy charlando mucho.

—Sí, demasiado.

Robert retiró la mano que tenía sobre los ojos y la posó sobre sus labios. Ahora veía el cielo cubierto de nubes y las luces de posición de las vigas armadas de la torre que se alzaban a veinte metros de altura.

La señal sonaba continuamente y Robert se figuraba a Patrick enojado, apretando la tecla de llamada y sacando a disgusto sus gruesos y bonachones labios.

—Ahora verás como te desconecto —murmuró Robert—, Tania, ¿quieres que le haga callar para siempre, y que todo sea eterno? ¿Que sea eterno nuestro amor y que él se calle eternamente?

En la oscuridad veía el rostro de ella, claro, con sus ojos enormes y brillantes. Ella le apartó la mano y dijo:

—Si quieres yo hablo con él. Le diré que soy una alucinación. Por las noches suelen producirse alucinaciones.

—¿Con alucinaciones a él! No sabes qué clase de persona es, Tanechka. Ése no es de los que se engañan a si mismo.

—¿Quieres que te diga cómo es? Me gusta adivinar el carácter de las personas por las señales del videófono. Es terco, malo e indiscreto, y por nada del mundo se iría de noche a la estepa con una mujer. Así es. Lo veo como si lo tuviera en la palma de la mano. Lo único que ése sabe de la noche es que es oscura.

—No —dijo Robert—. En eso de que por nada del mundo, tienes razón. Pero es bueno, blando y algo apático.

—No lo creo —respondió Tania—. Escucha. —Escucharon juntos—. ¿Te parece que eso es ser apático? Es claramente un *tenasem propositi virum*.^[1]

—¿De verdad? Pues, se lo diré.

—Díselo. Ve y díselo.

—¿Ahora mismo?

—Cuanto antes.

Robert se levantó y ella se quedó sentada abrazándose las rodillas.

—Pero antes dame un beso —suplicó ella.

Ya en la cabina del ascensor, Robert apoyó la frente en la fría pared y permaneció así un rato, con los ojos cerrados, sonriéndose y pasándose la lengua por los labios. Su cabeza no pensaba en nada. Sólo un eco triunfal inarticulado se repetía constantemente: «¡Me ama! ¡A mí solamente! Para que lo sepáis, ¡a mí!»». Cuando se dio cuenta, la cabina hacía ya tiempo que estaba parada. Quiso abrir la puerta, pero tardó en encontrarla. Le pareció que había demasiados muebles en el laboratorio. Tropezó y tiró una silla, empujó varias mesas y se dio con los estantes, hasta que por fin se acordó de encender la luz. Muerto de risa, buscó a tientas el interruptor,

encendió, levantó un sillón y se sentó junto al videófono.

Cuando el soñoliento rostro de Patrick apareció en la pantalla, Robert lo saludó amigablemente:

—Buenas noches, lechón. ¿Qué te pasa que no duermes?

Patrick lo miraba perplejo con sus ojos irritados y parpadeantes.

—¿Qué miras, cachorrito? Llamaste, me arrancaste de mis importantísimas ocupaciones y ahora callas.

Patrick, por fin, abrió la boca:

—Tú tienes... Tú... —Se dio con el puño en la frente y su cara, tomó una expresión interrogante—. ¿Ah?

—¡Y de qué manera! —exclamó Robert—. ¡La soledad! ¡El aburrimiento! Más aún, ¡las alucinaciones! Por poco se me olvidan.

—¿Bromeas? —preguntó Patrick seriamente.

—No. En el trabajo no se pueden gastar bromas. Pero no me hagas caso y empieza.

—No entiendo —reconoció.

—¿Qué vas a entender? —replicó Robert maliciosamente—. ¡Esto son emociones, Patrick! ¿Cómo explicártelo para que lo entiendas? Verás, se trata de una alteración no totalmente algorítmica de expresiones lógicas ultracomplejas, ¿comprendes?

—¡Ah! —dijo Patrick y se rascó la barbilla mientras se concentraba en si mismo—. ¿Por qué te llamaba, Rob? Parece que hay fugas otra vez. Es posible que no sean fugas, pero también puede que lo sean. Por si acaso, comprueba los ulmotrones. La Ola se comporta hoy de una forma muy rara.

Robert miró desconcertado hacia la ventana abierta. Se había olvidado por completo de la erupción. Y no obstante, su presencia aquí se debía, no a Tania, sino a la erupción, a la Ola.

—¿Por qué callas? —preguntó pacientemente Patrick.

—Miro cómo anda por allá la Ola —respondió Robert disgustado.

A Patrick se le desencajaron los ojos.

—¿Pero tú ves la Ola?

—¿Yo? ¿De dónde sacas eso?

—Tú mismo acabas de decir que la estás mirando.

—Sí, efectivamente.

—¿Entonces?

—Acabemos, ¿qué es lo que quieres de mi?

Los ojos de Patrick volvieron a nublarse.

—No te entiendo —dijo—. ¿De qué hablábamos? Ah, sí, comprueba sin falta los ulmotrones.

—¿Sabes lo que dices? ¿Cómo voy a comprobar los ulmotrones?

—Como puedas —dijo Patrick—. Aunque sea conectando... No sabemos qué es

lo que pasa. Ahora te explicaré... Hoy, desde el Instituto, lanzaron una masa a la Tierra... Bueno, tú ya sabes todo eso. —Patrick hizo un gesto de duda con la mano—. Esperábamos una Ola muy potente, pero se registra una fuente muy débil. ¿Comprendes? Se trata de una fuente de ésas, debilísima... De una fuente... —Se acercó al videófono hasta rozar con él, de forma que en la pantalla sólo se veía un ojo enorme, empañado por el insomnio. Un ojo que parpadeaba con frecuencia—. ¿Comprendes? —tronó ensordecedor el altavoz—. Nuestros aparatos registran un campo casi nulo. El contador de Joung da un mínimo... Se puede despreciar... Los campos de los ulmotrones se cubren entre sí de tal forma, que la superficie resonante está en el hiperplano focal, ¿te lo figuras? Casi nulo un campo de doce componentes que el receptor reduce a seis pares... Así que, un foco de seis componentes...

Robert pensó en Tania, en la paciencia con que estaba sentada abajo esperándole. Patrick seguía refunfuñando, acercándose y alejándose, y su voz, unas veces tronaba y otras apenas si se oía. Robert, como de costumbre, acabó perdiendo el hilo de sus razonamientos. Asentía con la cabeza, fruncía el ceño con cierta teatralidad, subía y bajaba las cejas, pero no comprendía absolutamente nada. Se avergonzaba de pensar que Tania seguiría sentada allí, con su mentón hundido entre las rodillas y esperando a que él terminase esta conversación, tan importante para los físicos del cero más destacados del planeta, como incomprensible para los profanos, esperando a que él diese su original opinión sobre el problema que ha hecho que le molesten a tan altas horas de la noche, esperando, en fin, a que estos célebres físicos del cero, sorprendidos y moviendo la cabeza, acabasen de apuntar en sus respectivos cuadernos este punto de vista.

Patrick calló y comenzó a mirarlo con una expresión rara. Robert conocía bien esta expresión. Era una expresión que lo perseguía durante toda su vida. Muchas personas, tanto hombres como mujeres, lo miraban así. Al principio lo miraban con indiferencia, después con curiosidad, pero tarde o temprano acababan mirándolo así. Y cada vez que esto ocurría no sabía qué hacer ni qué decir, ni cómo comportarse, ni como vivir en adelante.

Decidió intentar.

—Me parece que tienes razón —dijo con gesto preocupado—. No obstante, hay que pensar minuciosamente todo esto.

Patrick bajó los ojos.

—Piénsalo —dijo sonriendo artificialmente—. Y haz el favor de no olvidarte de comprobar los ulmotrones.

Se apagó la pantalla y cesó el ruido. Robert siguió sentado, encorvado hacia adelante y con las manos aferradas a los brazos fríos y rugosos del sillón. Alguien dijo en cierta ocasión que cuando un tonto comprende que lo es, deja de ser tonto. Quizá fuera así alguna vez. Pero una tontería es siempre una tontería, y a mi me es imposible ser de otra manera. Soy una persona muy interesante: todo lo que digo es viejo, todo lo que pienso son vulgaridades, todo lo que he conseguido hacer, lo

habían hecho hace ya dos siglos. No soy un alcornoque vulgar, soy un alcornoque raro, digno de figurar en un museo, lo mismo que la bulava^[2] de Hetman. Recordó como una vez le miró a los ojos el viejo Nechiporenko y murmuró meditabundo: «Querido Skliarov, usted tiene figura de dios griego y como todo dios, no lo tome a mal, es usted incompatible con la ciencia».

Crujió algo. Robert tomó aliento y posó sus ojos asombrados en el trozo roto del sillón que tenía en la mano.

—Sí —dijo en alta voz—. Esto es lo que yo puedo hacer. Patrick no puede. Nechiporenko, tampoco. Yo soy el único que puede.

Dejó el brazo roto sobre la mesa, se puso en pie, y se acercó a la ventana. Fuera estaba obscuro y hacía calor. ¿No será mejor que me vaya antes de que me echen? Pero cómo voy a vivir sin ellos y sin esta esperanza que siento cada mañana, de que quizá hoy se rompa por fin esta membrana invisible e impenetrable que envuelve mi cerebro y, por cuya culpa soy como soy y no como ellos, y que, de repente, empezaré a comprenderlos a la media palabra y a descubrir en esta mescolanza de símbolos matemáticos lógicos, algo completamente nuevo, Patrick me dará entonces unas palmaditas en el hombro y me dirá: «¡Esto es magnífico! ¿Es posible que tú...?». Maliaev, aunque no quiera, reconocerá: «Ingenioso, muy ingenioso... Esto no es cosa que flota en la superficie...».. y yo comenzaré a sentir respeto por mi mismo.

—Un engendro —murmuró.

Hay que comprobar los ulmotrones. Tania que se entretenga mientras tanto en ver cómo se hace esto. Afortunadamente no ha visto mi fisonomía cuando se apagó la pantalla.

—Taniuschka —llamó desde la ventana.

—¿Que?

—Tania, ¿sabes que el año pasado le serví a Rodjer de modelo para su «juventud del Mundo»?

Tania calló un instante y luego dijo quedamente:

—Espérame, ahora subo.

Robert sabía que los ulmotrones estaban en perfecto estado. Pero, a pesar de esto, decidió comprobar todo aquello que las condiciones del laboratorio permitían, en primer lugar, para poder respirar después de su conversación con Patrick, y en segundo, porque él sabía trabajar con las manos y le gustaba hacerlo. Esto le servía siempre de distracción, y además, durante algún tiempo le infundía esa sensación de alegría que da el sentirse útil e importante, sin la cual es totalmente imposible vivir en nuestro tiempo.

Tania, delicada y graciosa, se sentó primero calladamente a cierta distancia, pero luego, comenzó a ayudarle en silencio. A las tres de la madrugada volvió a llamar Patrick y Robert le informó de que no había ninguna fuga. Patrick se desconcertó. Durante algún tiempo estuvo resoplando ante la pantalla, mientras hacia unos

cálculos en un trozo de papel. Después enrolló el papel e hizo, como de costumbre, la pregunta retórica: ¿Y qué debemos pensar respecto a esto, Rob?

Robert miró de reojo a Tania, la cual acababa de salir de la ducha y fue a sentarse a un lado del videófono, y respondió con cautela que no veía nada de particular. «Una fuente ordinaria —dijo—. Lo mismo que la que se produjo después del transporte cero de ayer. La semana pasada ocurrió exactamente igual». Después recapacitó un poco y añadió que la potencia de la fuente correspondía aproximadamente a cien gramos de masa transportada. Patrick continuaba callado y a Robert le pareció que dudaba. «Todo consiste en la masa —dijo Robert. Miró el contador de Joung y repitió resueltamente— Sí, cien o ciento cincuenta gramos. ¿Qué cantidad se lanzó hoy?».

—Veinte kilogramos —respondió Patrick.

—¿Ah, veinte kilos!... Entonces no resulta. —En este momento se le ocurrió una idea a Robert—. ¿Por qué fórmula calcularon ustedes la potencia? —preguntó.

—Por la de Drambe —respondió Patrick indiferente.

Esto era lo que pensaba Robert. La fórmula de Drambe valoraba la potencia con exactitud hasta cierto grado, pero él tenía preparada desde hacía tiempo una fórmula propia, verificada meticulosamente, copiada en limpio e incluso remarcada con lápiz rojo. Ésta era una fórmula universal para determinar la potencia de la erupción de la materia regenerada. Al parecer se presentaba el momento oportuno para demostrarle a Patrick todas sus ventajas.

Robert ya había cogido su lapicero, pero Patrick desapareció inesperadamente de la pantalla. Robert esperó mordiéndose los labios. Alguien preguntó: «¿Piensas desconectar?». Pero Patrick no contestó. Se acercó a la pantalla Karl Hoffman, saludó con una distraída inclinación de cabeza a Robert y dijo dirigiéndose hacia un lado: «Patrick, ¿vas a seguir hablando?». La voz de Patrick refunfuñó desde lejos: «No entiendo nada. Hay que ocuparse de esto a fondo». «Te pregunto que si vas a seguir hablando», repitió Hoffman. «No, claro que no...», replicó Patrick malhumorado. Entonces Hoffman, se sonrió como disculpándose y dijo: «Perdona, Rob, nos vamos a acostar. Si no te molesta, desconecto».

Robert apretó los dientes hasta que sintió que alguno le crujía detrás de los oídos y con movimiento intencionadamente pausado puso ante sí una hoja de papel, escribió varias veces seguidas su inapreciada fórmula, se encogió de hombros y dijo resueltamente:

—Era lo que yo pensaba. Todo está claro. Ahora tomaremos café.

Sentía una repugnancia superlativa de sí mismo y estuvo sentado delante del pequeño armario de la vajilla hasta que no recobró el control de su fisonomía. Tania le pidió:

—Haz tú el café, ¿quieres?

—¿Por qué?

—Tú hazlo y yo te miro.

—¿Qué te pasa?

—Que me gusta ver cómo trabajas. Cuando haces algo eres perfecto. No haces ni un solo movimiento superfluo.

—Como un autómata cibernético —dijo él, pero le gustó el halago.

—No. No como un «ciber». Tú trabajas perfectamente y todo lo que es perfecto deleita.

—La «juventud del Mundo» —susurró Robert. Estaba rojo de satisfacción.

Colocó las tazas y empujó la mesita hacia la ventana. Se sentaron y él sirvió el café. Tania estaba sentada de lado junto a él, con las piernas cruzadas. Estaba verdaderamente hermosa y Robert volvió a sentir una admiración y un aturdimiento propios de chiquillo.

—Tania —dijo—. Esto no es posible. Eres una alucinación.

Ella se sonrió.

—Puedes reír cuanto quieras. Sin que me lo digas sé que tengo un aspecto lamentable. Pero no puedo contenerme. Me gustaría ser un cachorro y meter mi cabeza debajo de tu brazo y menear el rabo. Y que tú me dieras palmaditas en el lomo y dijeras: «Fu, tonto, fu».

—¡Fu, tonto, Fu! —dijo Tania.

—Y ¿por qué no me das en el lomo?

—Eso después. Y lo de la cabeza debajo del brazo, también después.

—Bueno, pues que sea después. Pero ahora qué ¿quieres que me haga un collar o un bozal?

—No. Bozal no necesitas —dijo Tania—. ¿Para qué me vas a servir con un bozal?

—Y sin bozal, ¿para qué te voy a servir?

—Sin bozal me gustas.

—Esto debe ser una alucinación auditiva —dijo Robert—. ¿Qué es lo que puede gustarte de mí?

—Tus piernas.

Las piernas eran el sitio débil de Robert. Las tenía fuertes, pero demasiado gruesas. Las piernas de la «Juventud del Mundo» fueron copiadas de las de Karl Hoffman.

—Era lo que yo pensaba —dijo Robert y se bebió de un sorbo el café, que ya estaba frío—. Ahora te diré por qué te amo. Soy egoísta. Posiblemente el último egoísta de la Tierra. Y te amo, porque eres la única persona capaz de ponerme de buen humor.

—Ésa es mi especialidad —replicó Tania.

—Magnífica especialidad. El único inconveniente es que contigo se ponen de buen humor tanto los viejos como los niños. Sobre todo los niños.

—Gracias, Rob.

—La última vez que estuve en la Ciudad Infantil me fijé en un crío. Me parece que se llama Valia... o Vairia. Rubio, con pecas y ojos verdes.

—El pequeño Varia... —comenzó Tania.

—No me interrumpas. Yo, acuso. Este Varia osó mirarte con sus ojos verdes de tal forma, que me empezaron a picar las manos.

—Celos, ¡egoísta desenfrenado!

—Naturalmente que celos.

—Pues, figúrate ahora los celos que tendrá él.

—¿Cómo?

—Sí, figúrate con qué ojos te mirarla a ti. A una «Juventud del Mundo» de dos metros de altura. A un atleta, buen mozo, físico del cero, que se lleva a su educadora en el hombro, mientras que ella se derrite de amor.

Robert rió feliz.

—Tania, ¿cómo es posible? Entonces estábamos solos.

—Eso, tú estabas solo. Pero nosotras no estamos nunca solas en la Ciudad Infantil.

—Siii —prolongó Robert—. Me acuerdo muy bien de cuando yo tenía esa edad. Las educadoras eran lindas y nosotros bobos de quince años. Yo llegué a tal punto, que tiraba flores a su ventana. Escucha, ¿se dan con frecuencia estos casos?

—SI, con mucha —respondió pensativa Tania—. Sobre todo con las niñas. Ellas se desarrollan antes. Y como los educadores que tenemos son nada menos que astronautas, héroes... Esto, por ahora, es el callejón sin salida de nuestra profesión.

«Un callejón sin salida —pensó Robert—. Y ella está seguramente muy satisfecha con semejante callejón. Todos se alegran de los callejones sin salida. Para ellos no son más que un pretexto para tirar paredes. Por eso andan toda la vida derribando una pared tras otra».

—Tania, ¿qué quiere decir tonto? —preguntó él.

—Tonto es una palabra ofensiva —respondió Tania.

—¿Nada más?

—También puede ser un enfermo al que no alivia ninguna medicina.

—Eso no es ser tonto, eso es ser simulador.

—Yo no tengo la culpa. Sé que hay un refrán japonés que dice que «no hay medicina capaz de curar a un tonto».

—¡Ah! —dijo Robert—. Entonces los enamorados también son tontos. «Un enamorado es un enfermo incurable». Me has dado un consuelo.

—¿Pero acaso estás enamorado?

—Incurablemente.

Se dispararon las nubes y dejaron al descubierto el cielo estrellado. Se aproximaba el alba.

—Mira, el Sol —dijo Tania.

—¿Dónde? —preguntó Robert sin gran entusiasmo.

Tania apagó la luz, se sentó en sus rodillas y apretando su cara contra la de él, empezó a señalar, recordando sus niñas.

—¿Ves aquellas cuatro estrellas? Son la Trenza de la Beldad. A la izquierda de la más alta hay una estrellita muy chiquitina. Allí nació yo y nacisteis vosotras, niñas. Yo antes y vosotras después. Y ése es nuestro Sol. Olenka nació aquí, en Iris, pero su mamá y su papá también nacieron allí. Dentro de un año, cuando lleguen las vacaciones, todo nuestro grupo irá volando hasta allí.

—¡Ay, Tatiana Alexandroyna! —falseó Robert fingiéndose niña—. ¿De verdad que volaremos? ¡Oy! ¡Ay! —le dio un beso en la mejilla—. ¡Oy, cómo volaremos todas! ¡En una astronave D-sigma! ¿Todas volaremos? Y, ¿podré llevarme mi muñeca? ¡Ay! ¿Y el pequeño Varia, sabe besar? —y la volvió a besar.

Ella lo abrazó por el cuello.

—Mis niñas no juegan a las muñecas.

Robert la cogió en brazos, se levantó, rodeó con cuidado la mesita y sólo entonces, a la verdosa luz opaca de los aparatos, vio una larga figura humana sentada en el sillón de la mesa de trabajo. Sintió un estremecimiento y se detuvo.

—Creo que ya podemos encender la luz —dijo el hombre del sillón y Robert comprendió en el acto de quién se trataba.

—Y se presentó un tercero —dijo Tania—. Déjame Rob.

Se soltó y agachóse a buscar un zapato que se le había caído.

—¿Sabe usted una cosa, Camilo? —exclamó Robert irritado.

—La sé —dijo Camilo.

—Es maravilloso —dejó escapar Tania poniéndose su zapato—. Parece mentira que la densidad de población de nuestro planeta sea de un habitante por millón de kilómetros cuadrados. ¿Quiere usted café?

—No, muchas gracias —dijo Camilo.

Robert encendió la luz. Camilo, como siempre, estaba sentado en una postura muy incómoda y desagradable a la vista. Como de costumbre, llevaba un casco blanco de plástico que le tapaba la frente y los oídos. Su cara, como de costumbre también, expresaba un aburrimiento condescendiente y sus ojos, redondos y fijos, no reflejaban ni curiosidad, ni turbación. Robert, cuyos ojos no se habían acostumbrado aún a la luz, le preguntó:

—¿Lleva usted mucho tiempo aquí?

—No, poco. Pero ni les he mirado, ni he escuchado lo que decían.

—Gracias Camilo —dijo alegremente Tania, que se estaba peinando—. Es usted muy fino.

—Sólo los holgazanes no lo son —contestó Camilo.

Robert se irritó.

—Entre nosotros, Camilo, ¿qué diablos necesita usted aquí y qué manera es esa de presentarse como un fantasma?

—Le contestaré por orden —empezó tranquilamente Camilo. Esto de contestar por orden también era manera suya—. He venido aquí, porque comienza una erupción. Usted, Robi, sabe perfectamente —prosiguió e incluso cerró los ojos de

aburrimiento— que yo vengo aquí cada vez que ante el frente que vigila vuestro puesto comienza una erupción. Además... —abrió los ojos y miró en silencio a los aparatos—. Además, usted me es simpático, Robi.

Robert miró de reojo a Tania. Ésta escuchaba con gran atención, pasmada, con el peine en alto.

—En cuanto a mis modales —continuó Camilo monótonamente—, son extraños. Cualquier persona tiene modales extraños. Sólo los modales propios parecen naturales.

—Camilo —dijo inopinadamente Tania—. ¿Cuánto son seiscientos ochenta y cinco multiplicados por tres millones ochocientos mil cincuenta y tres?

Robert vio con gran asombro cómo en el semblante de Camilo apareció algo parecido a una sonrisa. Fue una visión horrible. Así podría sonreírse el contador de Joung.

—Mucho —contestó Camilo—. Cerca de tres millares de millones.

—Es extraño —suspiró Tania.

—¿Qué es extraño? —preguntó Robert.

—La poca precisión —explicó Tania—. Camilo, ¿por qué no toma una tacita de café?

—Muchas gracias, no me gusta el café.

—Entonces adiós. Hasta la Ciudad Infantil hay cuatro horas de vuelo. Robick, ¿me acompañas hasta abajo?

Robert asintió, mientras contemplaba con enojo a Camilo. Éste examinaba el contador de Joung lo mismo que si se estuviera mirando a un espejo.

El sol salió, como de ordinario en Iris, sobre un cielo completamente despejado. Era un sol blanco y pequeño, rodeado de un triple halo. El viento nocturno se había calmado y la temperatura era más sofocante. La estepa amarillo pardusca, con sus calvas salinas, parecía muerta. Sobre estas salinas aparecían una especie de lomas movedizas de niebla, formadas por emanaciones de sales volátiles.

Robert cerró la ventana y conectó el acondicionador. Después, sin apresurarse y con gusto, reparó el brazo del sillón. Camilo se paseaba por el laboratorio suave y silenciosamente, y miraba, de vez en cuando, por la ventana que daba al norte. Por lo visto no sentía calor. Robert por el contrario, sudaba tan sólo de verlo con su gruesa cazadora blanca, sus largos pantalones del mismo color y su casco redondo y brillante. Estos cascos se los solían poner los físicos del cero durante los experimentos, para protegerse de las radiaciones.

Tenían en perspectiva todo un día de guardia, con doce horas de sol abrasador sobre el tejado, hasta que no se reabsorbiese la erupción y no desapareciesen todos los efectos del experimento de ayer. Robert se quitó la cazadora y los pantalones y se quedó en calzoncillos. El acondicionador funcionaba a plena potencia y no se podía conseguir nada más.

No estaría mal regar el suelo con aire líquido. Aire líquido hay, pero poco, y hace falta para el generador. «No hay más remedio que aguantar», pensó Robert conformándose. Volvió a sentarse ante los aparatos. Es una delicia sentir que el sillón está fresco y que el material que lo reviste no se pega al cuerpo.

Al fin y al cabo, dicen que lo principal es estar en su puesto. Mi sitio es éste y yo cumplo con mis pequeñas obligaciones tan bien como los demás. En fin de cuentas, si no sirvo para más, no es mía la culpa. Y dicho sea de paso, la cuestión no está en que mi sitio sea o no sea éste, sino simplemente en que no me puedo ir de aquí aunque quiera, porque me siento como encadenado a estas gentes, aunque me irriten tanto, y a esta grandiosa empresa, aunque tan poco entienda de ella.

Recordó cómo en la escuela le admiraba ya este problema: el transporte instantáneo de cuerpos materiales a través del abismo espacial. Este problema estaba planteado contra todo y a pesar de todas las concepciones existentes sobre el espacio absoluto, sobre el espacio-tiempo y sobre el espacio-kappa. En aquella época esto se llamaba «el agujero del pliegue de Rimanov». Después se denominó «hiperfiltración», «filtración sigma», «reducción cero» y finalmente, transporte cero o abreviadamente «T cero». Aparecieron las «instalaciones de T cero», la «problemática de T cero», los «experimentadores T cero», los «físicos del cero», etc.

«¿Dónde trabaja usted?». «Soy físico del cero». A esta respuesta seguía una mirada de sorpresa y admiración: «Oiga usted, ¿no podría explicarme qué es eso de físico del cero? Porque yo no lo comprendo, ¿sabe?». «Ni yo tampoco». «¡Ah, ya!».

En general, de algo se podía hablar. Se podía hablar de la metamorfosis extraordinaria de las leyes elementales de la conservación, la cual da lugar a que el transporte cero de un pequeño cubo de platino, efectuado desde el ecuador de Iris, produzca en sus polos (¡precisamente en sus polos!) unas fuentes gigantescas de materia regenerada, es decir, unos géiseres de fuego que ciegan y una horrible Ola negra que amenaza de muerte a todo lo viviente.

Se podía hablar de las violentas disputas, temibles por su intransigencia, surgidas entre los propios físicos del cero, de esta inconcebible escisión entre hombres célebres, los cuales, lógicamente, deberían trabajar y trabajar codo con codo, y sin embargo, están divididos (aunque son pocos los que conocen este hecho) y de que mientras Etienne Lamondois conduce a los físicos por el cauce del transporte cero, la escuela de los jóvenes considera que lo más importante del problema del cero es la Ola, este nuevo «jinn» de la ciencia que se escapa de su botella.

También se podía hablar de que, por razones aun no esclarecidas, no se había conseguido realizar el transporte cero de materia viva, y de que los pobres perros, eternos mártires de la ciencia, llegaban a la meta convertidos en terrones de escoria orgánica. Se podía hablar finalmente de los emisarios cero, de esta «decena rugiente» encabezada por el magnífico Gabo y formada por muchachos fuertes y super entrenados, que llevan ya tres años paseándose por Iris, dispuestos continuamente a entrar en la cámara de lanzamiento en lugar de los perros.

—Pronto nos separaremos, Robi —dijo inesperadamente Camilo.

Robert, que estaba medio adormilado, se animó. Camilo estaba junto a la ventana norte y vuelto de espaldas. Robert se enderezó y se pasó la mano por la cara. El sudor le humedeció la palma.

—¿Por qué? —preguntó.

—La ciencia. ¡Qué desesperante es esto Robi!

—SI, hace ya tiempo que lo sé —refunfuñó Robert.

—Para usted la ciencia es lo mismo que un laberinto. Callejones sin salida, rincones oscuros y virajes inesperados. Usted ni ve más que las paredes, ni sabe nada del objetivo final. En una ocasión dijo usted que su objetivo era llegar hasta el fin del infinito, es decir, usted reconocía simplemente que no tenía objetivo. Sus éxitos hay que medirlos, no por la distancia hasta la meta, sino por la que hay desde el punto de partida. Usted tiene la suerte de ser incapaz de realizar una abstracción. El objetivo, la eternidad, el infinito, son para usted simples palabras. Conceptos filosóficos abstractos que no significan nada en su vida cotidiana. Pero si usted viera todo este laberinto desde arriba...

Camilo se calló. Robert esperó un poco y luego le preguntó:

—¿Usted lo ha visto?

Camilo no contestó y Robert no quiso insistir. Suspiró, apoyó la barbilla sobre sus puños y cerró los ojos. «El hombre habla y obra», pensó. Todo esto no son mas que manifestaciones exteriores de procesos que se desarrollan en lo más profundo de su naturaleza. La mayoría de los hombres tienen una naturaleza mezquina y por esto, cualquiera de sus movimientos se exterioriza inmediatamente, por regla general, en forma de charlatanería y de movimientos estúpidos de manos. Pero en las personas como Camilo, estos procesos tienen que ser muy poderosos, de lo contrario no se abren paso hasta la superficie. ¡Si se pudiera mirar dentro de este hombre, aunque sólo fuera con un ojo! Robert se figuraba que vería un abismo resplandeciente, en cuyas entrañas se mueven vertiginosamente unas sombras fosforescentes y deformes.

A Camilo no lo quiere nadie. Todos lo conocen; en Iris no hay una sola persona que no sepa quién es Camilo, pero no lo quieren. Si yo me sintiera tan sólo como él, me volverla loco. Pero a Camilo, por lo visto, le tiene sin cuidado. Siempre está solo. Nadie sabe dónde vive. Aparece de improviso y de improviso desaparece. Su casco blanco lo ven unas veces en la Capital, otras en alta mar y no faltan quienes aseguran que en más de una ocasión lo han visto en uno y otro sitio al mismo tiempo. Esto, naturalmente, forma parte del folklore local, pero, no obstante, todo lo que se dice de Camilo parece una extraña anécdota. La forma en que Camilo dice «yo» y «usted» es muy extraña. Nadie le ha visto trabajar, pero de vez en cuando se presenta en el Soviet (consejo) y expone cosas incomprensibles para los demás. Y si consiguen comprender algo, no hay quien pueda rebatirle nada. Lamondois dijo una vez, que al lado de Camilo uno se siente lo mismo que un nieto tonto junto a su abuelo listo. En general, da la impresión de que todos los demás físicos del planeta, empezando por

Etienne Lamondois y terminando por Robert Skliarov, están a un mismo nivel...

Robert tenía la sensación de que dentro de poco acabaría cociéndose en su propio sudor. Se levantó y fue a ducharse. Estuvo bajo los hilos helados del agua hasta que se le puso carne de gallina y se le quitaran las ganas de meterse en la refrigeradora y quedarse allí a dormir.

Cuando volvió al laboratorio, Camilo estaba hablando con Patrick. Éste arrugaba la frente, movía distraídamente los labios y miraba a Camilo lastimera y servicialmente. Camilo hablaba de forma aburrida y pacienciosa.

—Procuren tener en cuenta estos tres factores. Los tres simultáneamente. Aquí no hace falta ninguna teoría; sólo un poco de imaginación espacial. Se trata de un actor cero en el espacio, con sus dos coordenadas temporales. ¿No comprenden?

Patrick movió despacio la cabeza. Tenía un aspecto triste. Camilo esperó un minuto y después se encogió de hombros y desconectó el videófono. Robert, sin dejar de frotarse con su áspera toalla, le increpó resueltamente:

—¿Por qué hace usted eso, Camilo? Eso es una desconsideración. Es una ofensa.

Camilo se encogió otra vez de hombros. Al hacerlo, parecía que su cabeza, aplastada por el casco, se hundía en su pecho y luego volvía a emerger.

—¡Que es una ofensa! —dijo—. ¿Y por qué no puede ser?

¿Qué podía Robert responder a esto? Comprendió intuitivamente que discutir con Camilo sobre temas morales era inútil. Camilo no entendía de estas cosas.

Robert colgó la toalla y empezó a preparar el desayuno. Luego comieron en silencio. Camilo se contentó con un pedacito de pan con mermelada y un vaso de leche. Solía comer muy poco. Cuando terminó dijo:

—Robi, ¿usted no sabe si han enviado «La Flecha»?

—Sí, anteayer —dijo Robert.

—¿Anteayer? Malo.

—¿Para qué necesita usted «La Flecha», Camilo?

Camilo respondió indiferente:

—No, yo no necesito «La Flecha».

Capítulo II

Cuando llegaron a las afueras de la Capital, Gorbovski pidió que hicieran una parada. Se bajó del vehículo y dijo:

—Tengo ganas de pasear.

—Pues vamos —dijo Mark Walkenstein y se bajó también.

La carretera, recta y brillante, estaba desierta. Alrededor amarilleaba y verdecía la estepa y a lo lejos, entre el verdor de las jugosas plantas terrestres, se divisaban las manchas policromas de los edificios de la ciudad.

—Hace demasiado calor —se quejó Persi Dikson—. Se recarga el corazón:

Gorbovski cortó una florecilla al lado de la cuneta y se la acercó a la cara.

—A mi me gusta cuando hace calor —dijo—. Venga con nosotros, Persi. Está usted muy flácido.

Persi cerró la puerta.

—Como ustedes quieran. Hablando honradamente, durante estos últimos veinte años me he cansado mucho de ustedes dos. Y soy viejo y tengo ganas de descansar de vuestras paradojas. Y hagan el favor de no acercarse a mí en la playa.

—Persi —dijo Gorbovski—. Mejor sería que se fuera a la Ciudad Infantil. Yo no sé dónde está eso, pero allí hay niños, risas inocentes, costumbres sencillas... «¡Tío! —le dirán—. Venga usted a jugar al mastodonte».

—Pero tenga cuidado con la barba —añadió Mark—, si no, se colgarán de ella.

Persi refunfuñó algo para sí y se marchó. Mark y Gorbovski saltaron a la vereda y se fueron paseando a lo largo de la carretera.

—Se está haciendo vicio el barbudo —dijo Mark—. Hasta nosotros le hemos hartado.

—¡No, qué va! —dijo Gorbovski al mismo tiempo que sacaba del bolsillo un magnetófono—. No le hemos hartado, ni mucho menos. Simplemente está cansado. Además, está decepcionado. ¿Le parece poco? Ha perdido veinte años con nosotros para saber cómo influiría el Cosmos en nuestro organismo. Y como ve, por lo que sea, no influye de ninguna manera. Quiero oír África. ¿Dónde está mi África? ¿Por qué estarán siempre revueltas mis grabaciones?

Iba por la vereda siguiendo a Mark, con su florecilla entre los dientes, regulando el magnetófono y tropezando a cada paso. Por fin dio con África, y la estepa amarillo-verdosa repitió el son del tam-tam. Mark lo miró por encima del hombro.

—Escupa usted esa porquería —dijo.

—¿Qué porquería? Es una flor. —El tam-tam retumbaba.

—Reduzca usted ese ruido.

Gorbovski redujo el volumen.

—Más bajito, haga usted el favor.

Gorbovski simuló que reducía más el sonido.

—¿Así? —preguntó.

—No comprendo, ¿Cómo hasta ahora no se lo he estropeado? —dijo Mark dirigiéndose al espacio.

Gorbovski se apresuró a regular el magnetófono lo más bajito posible y se lo guardó en el bolsillo exterior.

Pasaban junto a unas casitas multicolores muy alegres, rodeadas de lilas, en cuyos tejados destacaban iguales los conos de celosía de los receptores de energía. Por una vereda pasó agazapándose un gato atigrado. «Mini-mini-mini», —lo llamó alegremente Gorbovski. El gato se metió a toda prisa en lo más tupido de la hierba y miró desde allí con ojos salvajes. Las abejas zumbaban perezosamente en el aire tórrido. Se oía cómo alguien roncaba profunda y estrepitosamente.

—¡Vaya un pueblo! —dijo Mark—. ¡La Capital! Y duermen hasta las nueve.

—No se ponga usted así, Mark —replicó Gorbovski—. A mí me parece que todo esto es muy agradable. Abejas... Un gatito que acaba de salir corriendo... ¿Qué más quiere usted? ¿Elevo un poco el sonido?

—No hace falta —dijo Mark—. No me gustan estos pueblos insolentes. En ellos no viven más que vagos.

—Si, claro... Usted lo que quiere es que todo sea lucha, que nadie esté conforme con nadie. Con tal que brillen las ideas, hasta las riñas son buenas. Pero esto es ya idealizar. ¡Espere, espere! Aquí hay algo parecido a las ortigas... Son bonitas y pican.

Dicho esto, se sentó delante de un matorral de hojas grandes con listas oscuras. Mark le dijo enfadado:

—¿Cómo se le ha ocurrido sentarse aquí, Leonid Andreevich? ¿Es que no ha visto usted ortigas en su vida?

—En la vida las he visto. Pero he leído algo sobre ellas. ¿Y sabe usted una cosa, Mark? Le voy a despedir de la nave... Se ha estropeado usted, se mima demasiado. Se ha olvidado ya de la alegría que representa la vida sencilla.

—Yo no sé a qué llama usted vida sencilla —dijo Mark—, pero todas estas florecitas y ortiguitas, todos estos caminitos y vereditas, me parece que no hacen más que desmoralizar, Leonid Andreevich. En el mundo quedan aún bastantes cosas por hacer, para que nos entretengamos admirando toda esta bucólica.

—Cosas por hacer quedan —asintió Gorbovski—. Siempre las hubo y las seguirá habiendo. ¿Se puede acaso concebir una vida donde todo esté hecho? Y no obstante, todo esto es magnífico. ¿Oye usted? Alguien canta... A pesar de las cosas que hay por hacer.

Por la carretera venía a su encuentro un enorme camión atómico. Sobre los cajones que llevaba en la caja iban sentados varios muchachos corpulentos y medio desnudos. Uno de ellos, encorvado sobre un banjo, rascaba sus cuerdas frenéticamente, mientras que los otros cantaban a una:

Necesito compañera,

*Rubia o morena, da igual,
Me importa que sea formal,
Mujer, hermosa y soltera.*

El camión pasó junto a ellos y una ráfaga de aire caliente cimbró la hierba durante un momento. Gorbovski no pudo contenerse:

—Esto le gustará a usted, Mark. Son las nueve y estos muchachos ya están en pie y trabajando. Y la copla ¿le gusta?

—Tampoco es eso lo que hace falta —respondió Mark testarudamente.

La senda torcía hacia un lado, rodeando un enorme estanque con fondo de cemento que estaba lleno de agua oscura. Pasaron por entre unos altos matorrales, cuya hierba amarillenta les llegaba hasta el pecho. Sintieron frescor. Las tupidas ramas de las acacias negras colgaban sobre sus cabezas.

—Mark —advirtió Gorbovski quedamente—. Ahí viene una muchacha.

Mark se detuvo sorprendido. De entre la hierba salió una joven alta, robusta y morena, con pantalón blanco y cazadora corta del mismo color, en la cual se notaban algunos botones arrancados. Iba tirando de un pesado cable.

—¡Buenos días! —dijeron a coro Gorbovski y Mark.

La morenita se estremeció un poco y se detuvo. Su cara parecía asustada.

Gorbovski y Mark se miraron mutuamente.

—¡Buenos días, muchacha! —repitió Mark. La morena dejó caer el cable y bajó la cabeza.

—¡Buenos días! —susurró al fin.

—Mark, tengo la impresión de que estamos molestando —dijo Gorbovski.

—¿Quiere que le ayudemos? —preguntó Mark con galantería.

—Serpientes —dijo ella de improviso.

—¿Dónde? —exclamó Gorbovski espantado y levantando un pie.

—En general —explicó la chica. Después miró a Gorbovski y le preguntó—: ¿Han visto ustedes la aurora?

—Hoy hemos visto cuatro auroras —dijo Mark distraídamente.

La joven entornó los ojos y se arregló los cabellos. Mark aprovechó la ocasión para presentarse:

—Walkenstein, Mark.

—Astronauta D —añadió Gorbovski.

—¡Ah, astronauta D! —pronunció la chica con una entonación rara. Acto seguido, levantó el cable, hizo un guiño a Mark y se perdió entre la hierba. El cable susurró por la senda. Gorbovski miró a Mark. Éste siguió a la chica con la vista.

—Sígala, Mark, sígala —dijo Gorbovski—. Es lógico. El cable es pesado; la chica, débil y guapa y usted, un corpulento astronauta.

Mark se quedó pensativo y pisó el cable. Casi al instante sintió unos tironazos y oyó como decían entre la hierba:

—¡Suelta, Semion, suelta!

Mark se apresuró a levantar el pie y los dos amigos siguieron adelante.

—Es una muchacha rara —dijo Gorbovski—. Pero agradable. A propósito, Mark, ¿por qué no se casó usted?

—¿Con quién?

—Vamos, Mark! No sea usted así. Todo el mundo lo sabe. Era una mujer simpática y agradable. Muy fina y delicada. Yo siempre pensé que usted era un poco basto para ella. Sin embargo, parece ser que ella tenía otra opinión...

—Pues, sencillamente, no me casé —dijo Mark de mala gana—. No salió.

La senda volvió a salir a la carretera. Ahora, a la izquierda se alineaban unas cisternas largas y blancas, y enfrente brillaba al sol el chapitel plateado del edificio del Soviet. En los alrededores no se veía nadie.

—A ella le gustaba demasiado la música —siguió diciendo Mark—. No era cosa de llevarse en cada vuelo la coriola. Ya tenemos bastante con su magnetófono. Persi no puede aguantar la música. En cada vuelo —repitió Gorbovski—. La cuestión está en que somos demasiado viejos, Mark. Hace veinte años no se nos hubiera ocurrido pensar qué valía más, el amor o la amistad. Ahora ya es tarde. Ya no tiene remedio. No obstante, no pierda usted la esperanza, Mark. ¿Quién sabe? Todavía es posible que nos encontremos cada uno con una mujer, capaz de ser lo que más queramos en el mundo.

—Menos Persi —añadió Mark—, exceptuando a nosotros, no tiene ni amigos. Un Persi enamorado...

Gorbovski se figuró a Persi enamorado.

—Persi sería un padre magnífico —supuso, aunque no muy convencido.

Mark hizo una mueca.

—Eso sería absurdo. Pero además, a los hijos no les hace falta un buen padre. Lo que ellos necesitan es un buen maestro. De la misma manera que cada persona necesita un buen amigo y cada mujer una persona a quien querer. No obstante, hablemos de otra cosa.

La plaza que había delante del Soviet estaba desierta. En ella sólo se veía un destartado aerobús delante de la puerta.

—Quisiera ver a Matvey —dijo Gorbovski— ¡Venga conmigo, Mark!

—¿Quién es Matvey?

—Ahora se lo presentaré, Matvey Sergueevich Viazanitsin es el director de todo esto, viejo amigo mío y astronauta de los de desembarco. Creo que usted debe acordarse de él, Mark. Aunque, quizá no, porque esto fue antes.

—Bueno —dijo Mark—. Vamos. Haremos una visita de cumplido. Pero quite usted su musiquita. No es cosa de entrar con ella en el Soviet.

El director se alegró mucho de verlos.

—¡Magnífico! —decía con voz de bajo, al mismo tiempo que los invitaba a sentarse en unos sillones—. ¡Estupendo! Han hecho muy bien en venir. ¡Bravo,

Leonid! ¡Ah, qué buen mozo estás hecho! ¿Walkenstein? ¿Mark? ¡Claro que sí! Pero, ¿usted no era calvo? Estoy seguro de que Leonid me dijo que usted era calvo... ¡Ah, no! Ya recuerdo, el calvo es Dikson. ¡Sí, sí! Dikson es célebre por su barba, pero esto no quiere decir nada. Yo conozco muchos barbudos calvos. ¡Absurdo, absurdo? ¿Se han dado cuenta del calor que hace aquí? Leonid, te alimentas mal, estás depauperado. Hoy comeremos juntos. Por ahora les invitaré a unas bebidas. Tomen jugo de naranjas, de tomate, de granada... ¡Están hechos aquí! ¡Sí, señor! ¿Qué te parece, Leonid, vino hecho en Iris? ¿Qué tal? A mi me gusta mucho. ¿Y a usted, Mark? ¡Cómo es posible que usted no beba vino! ¡Ah, lo que usted no bebe son vinos locales! Leonid, tengo que hacerte mil preguntas. No sé ni por dónde empezar, pero dentro de cinco minutos dejaré de ser persona para convertirme en administrador rabioso. ¿No han visto nunca un administrador rabioso? Ahora lo verán. ¡Voy a administrar justicia, a sancionar, a repartir bienes! Ahora me hago cargo de lo mal que lo pasaban los reyes y demás emperadores y dictadores. Me voy a consumir en el trabajo. Ustedes, mientras tanto, quédense aquí sentados y compadézcanme. Aquí nadie me compadece. ¿Están bien así, verdad? Abriré la ventana para que corra un poco de aire. Leonid, no te lo podrás figurar... Mark, córrase un poco hacia la sombra. Así, Leonid, ¿tú comprendes lo que pasa aquí? Iris se ha vuelto loco. Llevamos así más de un año.

Se dejó caer en el sillón que había delante del intervideófono de despacho. Matvey era enorme, velloso, estaba tan moreno que parecía negro y tenía unos bigotes que apuntaban hacia adelante, lo mismo que los gatos. Se desabrochó la camisa hasta la barriga y satisfecho, miró por encima del hombro a los astronautas, los cuales sorbían celosamente por unas pajitas los jugos helados. Se le movieron los bigotes, y ya se disponía a abrir la boca, cuando en una de las seis pantallas del cuadro apareció una mujer delgadita y graciosa, aunque con ojos disgustados.

—Camarada director —dijo muy seria—. Soy Haggerton, es muy posible que no me recuerde. Me dirigí a usted con motivo de la barrera radiante de la montaña Alabastro. Los físicos se niegan a quitar esta barrera.

—¿Qué quiere decir que se niegan?

—Yo hablé con Rodríguez, el cual, según tengo entendido, es el principal de los físicos del cero en ese lugar. Me contestó que usted no tiene ningún derecho a inmiscuirse en su trabajo.

—¡Le están tomando el pelo, Elen! —dijo Matvey—. Ese Rodríguez tiene de físico principal del cero lo que yo de manzanilla o de diente de león. Es simplemente mecánico auxiliar y entiende de física del cero menos que usted. Ahora mismo me ocuparé de él.

—Haga usted el favor, se lo ruego.

El director movió la cabeza y apretó el conmutador.

—¡Alabastro! —gritó—. ¡Pónganme con Pagava!

—¡Al habla, Matvey!

—¿Shota? ¡Buenos días, querido! ¿Por qué no quitas la barrera?

—¿Como que no la quito? La hemos quitado ya.

—Bueno, pues dile a Rodríguez que no le tome el pelo a la gente, si no, tendrá que vérselas conmigo. Dile que me acuerdo bien de él. ¿Cómo va vuestra Ola?

—¿Sabes...? —Shota hizo una pausa—. Es una Ola interesante. Hay mucho que contar. Después te lo diré.

—Está bien. ¡Que tengáis éxito! —Dicho esto, Matvey, echándose sobre el brazo del sillón, se volvió hacia los astronautas—. ¡A propósito, Leonid! —dijo—. ¿Qué se dice entre vosotros de la Ola?

—¿Dónde entre nosotros? —preguntó a su vez Gorbovski con indiferencia y siguió sorbiendo su jugo—. ¿En la «Tariel»?

—Concretamente, ¿qué piensas de la Ola?

Gorbovski meditó un poco.

—Yo no pienso nada. Mark es posible que piense algo —Al decir esto, Gorbovski miró incrédulamente a su observador.

Mark estaba sentado muy derecho, como en visita oficial, y tenía una copa en la mano.

—Si no me equivoco —dijo—, la Ola es un proceso relacionado con el transporte cero. Aunque casi profano en este asunto, me interesa el transporte cero como a todos los astronautas —al decir esto hizo una pequeña inclinación hacia el director—, sin embargo, en la Tierra no se concede gran importancia a la problemática del cero. Me parece que para los discretos de la Tierra éste es un problema demasiado particular, cuyo carácter es evidentemente práctico.

El director soltó una agria carcajada.

—¿Qué te parece, Leonid? —dijo—. ¡Un problema particular! Si, por lo visto, nuestro Iris está demasiado lejos de la Tierra, y por eso, todo lo que ocurre aquí os parece allí demasiado pequeño. Querido Mark, este problema particular llena completamente mi vida, a pesar de que yo no soy físico del cero. ¡Me estoy consumiendo, amigos! Anteayer, en este mismo despacho, tuve que separar con mis propias manos a Lamondois y Aristóteles. Ahora me miro estas manos, —y al decir esto estiró hacia adelante sus fuertes y morenas manos— y, palabra de honor, me admiro de que no tengan mordidas y arañazos. Y junto a estas ventanas rugían dos muchedumbres. Una de ellas gritaba: «¡La Ola! ¡La Ola!». Mientras que la otra repetía: «¡El T cero! ¡El T cero!». Y, ¿cree usted acaso que esto era una simple disputa científica? ¡No! Era una intriga medieval entre vecinos por culpa de la energía eléctrica! ¿Se acuerda usted de aquel libro tan gracioso, aunque no del todo comprensible, donde le pegan a un pobre hombre porque se olvidó de apagar la luz en el excusado? «El chivo de oro» o «El burro de oro».^[3] Pues bien, Aristóteles y su banda querían darle una paliza a Lamondois y la suya, porque éstos se apropiaron todas las reservas de energía... ¡Vaya un Iris! ¡Hace un año Aristóteles y Lamondois iban del brazo! Cada físico del cero era amigo, camarada y hermano de los demás

físicos del cero y nadie podía pensar que el entusiasmo de Forster por la Ola escindiría el planeta. ¡En qué mundo vivimos! Falta de todo: falta energía, faltan aparatos, ¡se lucha por cualquier asistente novato! La gente de Lamondois roba energía, la de Aristóteles pesca y procura reclutar «extraños», es decir, pobres turistas de los que vienen a descansar o a escribir algo interesante sobre Iris. ¡El Soviet! El Soviet se ha convertido en una institución para resolver conflictos. Ya he pedido que me envíen el Derecho Romano... últimamente lo único que leo son novelas históricas. ¡Vaya un Iris! Dentro de poco tendré que organizar aquí una policía y un tribunal. Me estoy acostumbrando a una nueva terminología completamente salvaje. ¡Anteayer le llamé «demandado» a Lamondois y «demandante» a Aristóteles! ¡Ya ni se me traba la lengua cuando pronuncio palabras como «jurisprudencia»!

Una de las pantallas se iluminó. En ella aparecieron dos niñas de unos diez años, con caritas redondas. Una llevaba un vestido rosa y la otra uno celeste.

—Habla tú —dijo quedamente la de rosa.

—¿Por qué yo? Quedamos en que hablarías tú.

—No quedamos en nada.

—¡Mentirosa!... ¡Buenos días, Matvey Semionovich!

—No Semionovich sino Sergueevich.

—¡Matvey Sergueevich, buenos días!

—¡Buenos días, niñas! —dijo el director y, por la cara que puso, se notó que se había olvidado de algo y que acababa de recordarlo—. ¡Buenos días, pollitas!

La de rosa y la de celeste se sonrojaron.

—Matvey Sergueevich, invitamos a usted a la fiesta de verano que celebramos en la Ciudad Infantil.

—¡Hoy a las doce!

—¡A las once!

—¡No, a las doce!

—¡Iré! —gritó el director alegremente—. ¡Iré sin falta! ¡Estaré ahí a las once y a las doce!

Gorbovski apuró su copa y la llenó de nuevo. Después se recostó en el sillón, estiró las piernas hacia el centro de la habitación y se puso la copa en el pecho. Se sentía muy bien y muy cómodo.

—Yo también quiero ir a la Ciudad Infantil —dijo—. No tengo otra cosa que hacer. Aprovecharé la ocasión para pronunciar un discurso. En mi vida he hablado en público, por eso tengo ganas de probar.

—¡La Ciudad Infantil! —se interesó el director volviendo a echarse sobre el brazo del sillón—. La Ciudad Infantil es el único sitio donde aún se conserva el orden. ¡Los niños son gente magnífica! Comprenden perfectamente lo que quiere decir «no se puede»... ¡Lástima que no se pueda decir lo mismo de nuestros físicos del cero! ¡El año pasado se tragaron dos millones de megavatios hora! Éste llevan ya quince y tienen pedidos sesenta más. La desgracia está en que no quieren reconocer

en absoluto lo que quiere decir «no se puede».

—Nosotros también desconocíamos su significado —indicó Mark.

—¡Querido Mark! Aquellos tiempos eran otros. Aquél era el período de crisis de la física. Nosotros teníamos bastante con lo que nos daban. ¿Para qué queríamos más? Teníamos procesos D, estructura electrónica... Eran pocos los que estudiaban los espacios conjugados y solamente en el papel. ¿Y ahora? Ahora es la época loca de la física discreta, de la teoría de la infiltración, del subespacio! ¡Vaya un Iris! ¡Cuántos problemas del cero! Cualquier asistente de laboratorio, barbilampiño o pernituerto, necesita para un simple experimento miles de megavatios y un equipo único, imposible de crear en Iris y que, por añadidura, queda inservible después de dicho experimento. Ustedes, por ejemplo, han traído cien ulmotrones. ¡Muchas gracias! Pero necesitamos ¡seiscientos! ¿Y energía? ¿De dónde voy yo a sacar la energía? ¿Ustedes, nos traen energía? No, al contrario, les hace falta. Kaneko y yo nos dirigimos a la Máquina: ¡danos la estrategia óptima! Pero la pobre se encoge de hombros, ¿qué va a hacer?

En este momento se abrió la puerta y entró impetuosamente un hombre de estatura mediana, esbelto y elegante. De sus cabellos, lisamente peinados, salían unos cardos raros. Su rostro inmóvil expresaba rabia contenida.

—Nombrando a Roma... —empezó a decir el director mientras le daba la mano.

—Vengo a presentar mi dimisión —dijo con voz sonora y metálica el recién llegado—. Considero que soy incapaz de seguir trabajando así y, por lo tanto, dimito. Perdónenme, hagan el favor —saludó con una inclinación a los astronautas y se presentó a ellos—: Kaneko, energético planificador de Iris. Mejor dicho, el ex energético planificador.

Gorbovski intentó levantarse para saludar a Kaneko, pero sus pies resbalaron precipitadamente por el lustroso suelo. Al ocurrir esto, levantó su copa por encima de la cabeza y quedó en una postura semejante a la del huésped borracho en el triclinio de la casa de Luculo.

—¡Vaya un Iris! —dijo el director preocupado—. ¿Qué pasa ahora?

—Hace treinta minutos, Semion Galkin y Alexandra Postisheva han hecho una acometida secreta a la estación energética zonal y se han apropiado toda la energía de los próximos dos días —un estremecimiento recorrió el rostro de Kaneko—. La Máquina está calculada para personas honradas. Yo desconozco el subprograma que permita contar con la existencia de Galkin y Postisheva. Éste es un hecho intolerable aunque, desgraciadamente, no es nuevo para nosotros, Quizá me las hubiera podido arreglar con ellos. Pero yo no soy ni yudoka ni acróbata, ni trabajo en ningún jardín infantil. Yo no puedo consentir que se hagan trampas. Esa acometida la disimularon en un tupido matorral, más allá del barranco, y tendieron un alambre atravesado en la vereda. Ellos sabían perfectamente que yo iría corriendo a evitar una fuga tan considerable...

Kaneko se calló de repente y empezó a quitarse los cardos de la cabeza.

—¿Dónde está Postisheva? —preguntó el director enrojeciendo de ira. Gorbovski se puso derecho y juntó las piernas con cierta preocupación. La cara de Mark reflejaba un vivo interés por lo que estaba ocurriendo.

—Postisheva viene ahora —contestó Kaneko—. Yo también estoy convencido de que ha sido ella la iniciadora de este escándalo. Le he dicho que usted la llama.

Matvey se acercó al micrófono de información general y habló con su voz de bajo:

—¡Atención, Iris! Habla el director. Estoy informado del incidente de la fuga de energía. Está en vías de esclarecimiento.

Dicho esto, se puso de pie, se aproximó de costado a Kaneko, le puso una mano en el hombro y comenzó a decir con acento condolido:

—¿Qué le vamos a hacer? Ya te lo decía, Iris se ha vuelto loco. ¡Hay que aguantar, amigo! Yo también aguanto. En cuanto a Postisheva, ahora le arreglaré las cuentas. Verás como no se alegra de verme.

—Comprendo —dijo Kaneko—. Perdone usted, pero estaba tan rabioso... Con su permiso me marché al cosmódromo. Allí es donde hay que resolver el asunto más desagradable de hoy, el reparto de los ulmotrones. ¿Sabe usted que ha llegado una cosmonave de desembarco cargada de ulmotrones?

—Sí —dijo el director satisfecho—. Lo sé. —Y dirigiendo su cuadrado mentón hacia los astronautas añadió—: Tengo el gusto de presentarle a mis amigos. El jefe de la cosmonave «Tariel», Leonid Andreevich Gorbovski y su observador, Mark Walkenstein.

—Mucho gusto —dijo Kaneko, inclinando su cabeza con los cardos.

Mark y Gorbovski correspondieron a su saludo.

—Haré todo lo posible para que los desperfectos que sufra la nave sean mínimos —dijo Kaneko seriamente y dando media vuelta se dirigió a la salida.

Gorbovski lo siguió con los ojos sobresaltados.

La puerta se abrió de improviso ante Kaneko y él se apartó a un lado, cediendo cortésmente el paso. En la puerta apareció la morena con cazadora blanca sin botones que nuestros amigos se encontraron por el camino. Gorbovski se dio cuenta de que sus pantalones estaban quemados por un lado y de que tenía tiznado el brazo izquierdo. junto a ella, el estirado y elegante Kaneko parecía un representante del lejano futuro.

—Perdone —dijo la morena con voz aterciopelada—. ¿Puedo pasar? ¿Me ha llamado usted, Matvey Sergueevich?

Kaneko volvió la cabeza, dio un rodeo y desapareció por la puerta. Matvey volvió a sentarse en el sillón y apoyó sus manos en los brazos del mismo. Su rostro se azuló otra vez.

—¿Qué piensas tú, Postisheva? —comenzó a decir con voz casi imperceptible—, ¿crees que no sé de quién partió esa idea?

Le interrumpió la aparición en la pantalla de la imagen de un joven, de mejillas

sonrosadas y boina echada coquetamente a un lado.

—Perdone, Matvey Sergueevich —dijo el de la pantalla sonriendo alegremente—. Quería recordarle que dos juegos de ulmotrones son nuestros.

—Los ulmotrones se darán por cola, Karl —refunfuñó Matvey.

—Nosotros somos los primeros de la cola —dijo el joven.

—Pues entonces seréis los primeros en recibirlos —confirmó Matvey sin dejar de mirar a Postisheva y conservando el aspecto fiero e inexpugnable.

—Perdone usted otra vez, Matvey Sergueevich, pero estamos muy preocupados por el comportamiento del grupo de Forster. Ya he visto cómo han mandado su camión al cosmódromo.

—No se preocupe usted, Karl —dijo Matvey. No pudo contenerse y soltó una sonrisa—. ¡Fíjate, Leonid! Vino a quejarse. ¿Quién? ¡Hoffman! ¿De quién? ¡De su maestro, de Forster! ¡Váyase, Karl! ¡Sin cola no recibirá nadie!

—¡Gracias, Matvey Sergueevich! —dijo Hoffman—. Tanto Maliaev como yo confiamos en usted.

—¡Maliaev y él! —declamó el director elevando sus ojos al techo.

La pantalla se apagó, pero acto seguido volvió a encenderse. Un hombre de edad, sombrío, con gafas oscuras provistas de unos dispositivos en la armadura, prorrumpió descontento:

—Matvey, quería precisar respecto a los ulmotrones...

—Los ulmotrones se darán por cola —dijo Matvey.

La morena suspiró lánguidamente, se fijó en Mark y con aspecto resignado se sentó en el borde de un sillón.

—Nosotros tenemos derecho a recibirlos sin cola —dijo el hombre de las gafas.

—Entonces, los recibiréis sin cola —contestó Matvey—. Existe una cola para los sin cola. Tú eres el octavo en ella.

La morena se cimbró graciosamente y empezó a examinar el agujero que tenía en los pantalones. Después se humedeció un dedo en saliva y se frotó el tiznón que tenía en el codo.

—Espere un momento, Postisheva —dijo Matvey y se inclinó hacia el micrófono—. ¡Atención, Iris! Habla el director. La distribución de los ulmotrones que han llegado en la astronave «Tariel» se hará de acuerdo con las listas aprobadas por el Soviet, sin ninguna clase de excepciones. —Después se dirigió a ella—: Bueno, Postisheva... Te he llamado para decirte que estoy harto de tí. Fui blando... Sí, si, fui demasiado condescendiente. Aguanté todo. Tú no puedes reprocharme que he sido severo. Pero, ¡por Iris querido! ¡Todo tiene su límite! En una palabra, dile a Galkin que te he despedido y que te mandaré a la Tierra en la primera astronave.

Los grandes y preciosos ojos de Postisheva se inundaron de lágrimas. Mark movió la cabeza condolido. Gorbovski se entristeció. El director, con la mandíbula saliente seguía mirando a Postisheva.

—Ya es tarde para llorar, Alexandra —dijo—. Tenías que haber llorado antes.

Cuando nosotros llorábamos.

En este momento, en el despacho entró una linda mujer con falda plisada y blusa azul. Iba pelada a lo muchacho y un mechón pelirrojo le caía sobre los ojos.

—¡Hallo! —saludó sonriendo amablemente—. Matvey, ¿no le molesto? ¡Oh! —exclamó al ver a Postisheva—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? —La abrazó por los hombros y la estrechó contra su pecho—. Matvey, ¿usted le ha hecho, llorar? ¡Cómo no le da vergüenza! Seguramente estuvo usted grosero. Hay veces que se pone usted inaguantable.

El director movió los bigotes.

—¡Buenos días, Jane! —dijo—. Deje a Postisheva. Está castigada. Ha ofendido gravemente a Kaneko y ha robado energía.

—¡Qué absurdo! —exclamó Jane—. ¡Cálmate chica! ¿Qué palabras son ésas? ¡«Ha robado», «ha ofendido»! ¿A quién le ha robado la energía? ¿A la Ciudad Infantil? ¡No! Pues entonces, ¿qué más da quién de los físicos gasta la energía, la Postisheva o el terrible Lamondois?

El director se levantó majestuoso.

—Leonid, Mark —dijo—. Os presento a Jane Pikbridge, el biólogo jefe de Iris. Jane, éstos son Leonid Gorbovski y Mark Walkenstein, astronautas.

Los astronautas se pusieron de pie.

—Hallo —dijo Jane—. No, no quiero saludarles. ¿Cómo es posible que dos hombres fuertes y guapos, como ustedes, sean tan indiferentes? ¿Cómo pueden estarse sentados mientras una joven llora?

—Usted perdone —protestó Mark—, nosotros no permanecemos indiferentes. —Gorbovski lo miró con asombro—. Precisamente nos disponíamos a intervenir.

—Pues, intervengan —dijo Jane.

—¡Basta, camaradas! —rugió el director—. ¿Qué es esto? Postisheva, puedes marcharte. Si, sí, ¡márchate! ¿Qué es lo que desea, Jane? Deje usted a Postisheva y diga lo que desea. Lo ve, ya le ha empapado la blusa con su llanto. ¡Postisheva, márchate, ya te lo he dicho!

Postisheva se levantó y salió tapándose el rostro con las manos. Los ojos de Mark miraron interrogantes a Jane.

—Está claro —dijo ella.

Mark se dio un tironazo de la cazadora, miró severamente a Matvey, hizo una discreta reverencia a Jane y se marchó. Matvey sacudió la mano con desgana.

—Tendré que dimitir —dijo—. No hay ninguna disciplina. ¿Usted se da cuenta de lo que hace, Jane?

—Sí, me doy cuenta perfectamente —dijo Jane acercándose a la mesa—. Y ni toda vuestra física ni toda vuestra energía valen lo que una lágrima de Ala.

—Dígale eso a Lamondois. O a Pagava. O a Forster. O a Kaneko. En cuanto a las lagrimitas..., cada cual tiene sus armas. Y, si le parece bien, dejemos esto. ¿Qué es lo que desea?

—Sí, dejémoslo —dijo Jane—. Ya sé que usted es tan testarudo como bueno. Por lo tanto, su tozudez debe ser infinita. Matvey, he venido porque me hace falta gente. No, no... —se apresuró a decir al mismo tiempo que levantaba su pequeña mano—. Se trata de un asunto arriesgado e interesante. Me bastaría hacer una seña con el dedo para que la mitad de los físicos dejaran a sus siniestros dirigentes.

—Si la que hace la seña es usted. —dijo Matvey—, se van hasta los mismos dirigentes.

—Muchas gracias, pero me refiero a la caza de calamares. Necesito doce personas dispuestas a echar los calamares de la costa de Pushkin.

Matvey suspiró.

—¿Qué le han hecho los calamares? —dijo—. Lo siento, pero no tengo personal disponible.

—Aunque no sean más que diez personas. Los calamares saquean sistemáticamente las fábricas de conservas. ¿A qué se dedican ahora los experimentadores?

Matvey se animó.

—¡Es verdad! —dijo—. ¡Gaba! ¿Dónde estará ahora Gaba? Ah, ya recuerdo... De acuerdo, Jane, tendrá usted sus diez hombres.

—Perfectamente. Ya decía yo que era usted buena persona. Bueno, me voy a desayunar. Dígales que me busquen. Que usted lo pase bien, querido Leonid. Si quiere tomar parte en la caza nos alegraremos mucho.

—¡Uf! —dijo Matvey cuando se cerró la puerta—. Magnífica mujer, pero prefiero trabajar con Lamondois. Y, ¿qué me dices de tu amigo Mark?

Gorbovski sonrió satisfecho y se sirvió más jugo. Volvió a estirarse en su sillón plácidamente y después de preguntar quedamente: ¿se puede? conectó el magnetófono. El director también se recostó en su sillón.

—¡Si! —pronunció pensativo—. Leonid, ¿te acuerdas de la Mancha Ciega? ¡Cómo gritaba Stanislav Pishta!... A propósito, ¿tú sabes...?

—Matvey Sergueevich —dijo el altavoz—. Un comunicado de la «Flecha».

—Léelo —ordenó Matvey inclinándose hacia adelante.

—«Salgo a la deritrinitación. Volveré a comunicar dentro de cuarenta horas. Todo marcha bien. Antón». La comunicación es bastante mala, Matvey Sergueevich, la tormenta magnética...

—Gracias —dijo Matvey y se volvió hacia Gorbovski con aspecto preocupado—. Entre nosotros, Leonid, ¿qué sabes de Camilo?

—Que nunca se quita el casco —contestó Gorbovski—. En una ocasión le pregunté a él mismo sobre esto, cuando nos estábamos bañando, y me lo dijo claramente.

—Y, ¿qué piensas de él?

Gorbovski reflexionó.

—Yo pienso que está en su perfecto derecho.

Gorbovski no quería hablar de este tema. Escuchó durante cierto tiempo el tam-tam y luego añadió:

—Comprendes, Matiusha, no sé por qué se me considera casi amigo de Camilo. Seguramente por esto todos me vienen a preguntar por qué y cómo. Pero este tema no es de mi agrado. Si tienes alguna pregunta concreta, te la contestaré con gusto.

—SI, tengo una pregunta —dijo Matvey—. Camilo, ¿no está loco?

—Noo, ¡qué dices! Es simplemente un genio como otro cualquiera.

—Te lo pregunto, porque tiene la manía de predecir. Algunas veces pienso: ¿por qué estará siempre profetizando?

—Y, ¿qué es lo que predice?

—Tonterías —dijo Matvey—. El fin del mundo. Lo peor del caso es que nadie lo comprende. Bueno, dejemos esto. ¿Sobre qué estábamos hablando?

La pantalla se iluminó de nuevo. Apareció Kaneko. Tenía la corbata torcida.

—Matvey Sergueevich —dijo casi ahogándose—. Permítame comprobar la lista. Usted debe tener una copia.

—¡Oh, estoy harto de todo esto! —dijo Matvey—. Leonid, haz el favor de perdonarme. Tengo que marcharme.

—No faltaba más, márchate —dijo Gorbovski—. Yo mientras tanto iré al cosmódromo a ver cómo anda mi «Tariel».

—Ven a comer conmigo a las dos —le invitó Matvey.

Gorbovski apuró lo que le quedaba en la copa y aumentó hasta el límite el volumen del tam-tam.

Capítulo III

A las diez de la mañana el calor se hizo insoportable. Los amargos vapores de las sales volátiles de la caldeada estepa se filtraban por los intersticios de las ventanas cerradas. Sobre la estepa danzaban espejismos. Robert había colocado junto a su sillón dos potentes ventiladores y estaba medio tumbado abanicándose con una revista vieja. Se consolaba pensando que a eso de las tres de la tarde aún sería peor, y que después, cuando quisiera darse cuenta, sería ya de noche. Camilo seguía ensimismado junto a la ventana del norte. No habían vuelto a hablarse.

Del aparato registrador iba saliendo una cinta celeste sin fin, en la que se veían los trazos dentados de la inscripción automática. El contador de Joung iba tomando, de manera paulatina y casi imperceptible, un color lila intenso. Los ulmotrones runruneaban débilmente y por sus mirillas espejadas podía verse cómo se movían los reflejos de la llama atómica. La Ola se desarrollaba. Más allá del horizonte boreal, sobre las inmensas extensiones desérticas de tierra quemada, subían hasta la estratosfera fuentes gigantescas de un caliente polvo venenoso.

Se oyó la señal de videófono y Robert se apresuró a adoptar la postura de hombre ocupado. Pensó que sería Patrick o Maliaev, aunque este último no solía llamar cuando hacía tanto calor. Pero resultó ser Tania, alegre y fresca. Era evidente que donde ella estaba no hacía cuarenta grados de calor ni había emanaciones pestilentes como las de la estepa muerta, sino que el aire era dulce y fresco y que el viento traía del cercano mar el limpio aroma de los parterres despejados por el reflujo.

—¿Cómo te sientes ahí sin mí, Robert? —le preguntó ella.

—Mal —se quejó él—. Huele mal, hace calor y no estás tú. Tengo unas ganas irresistibles de dormir, pero no logro dormirme.

—Pobrecito. Yo dormí perfectamente en el helicóptero. Sin embargo, hoy también será para mi un día de mucho trabajo. La fiesta estival; algo así como una torre de Babel. Los niños andan como locos. ¿Estás solo?

—No. Aquí está Camilo, pero ni nos ve, ni nos oye. Taniok, ¿dónde quieres que te espere hoy?

—¿Termina acaso tu turno? Pues, si es así, ¡vámonos al sur!

—¡Magnífico! ¿Recuerdas el café de la Aldea de Pescadores? Iremos allí. Comeremos lampreas y beberemos vino nuevo... ¡helado! —Robert suspiró y puso los ojos en blanco—. Ahora esperaré a que llegue la tarde. ¡Oh, cómo voy a esperar!

—Yo también —dijo ella y miró a su alrededor—. Te mando un beso, Robi. Espera mi llamada.

—La esperaré impaciente —aseguró Robert. Camilo seguía mirando por la ventana con las manos atrás. Tenía los dedos en continuo movimiento. Sus dedos eran extraordinariamente largos, flexibles y blancos y tenían las uñas recortadas. La forma en que se cruzaban y descruzaban entre sí era extravagante. Robert se dio cuenta de

que, sin quererlo, intentaba imitar estas manipulaciones.

—Comenzó —dijo de repente Camilo—. Mire usted.

—¿Qué ha comenzado? —preguntó Robert sin deseos de levantarse.

—El movimiento de la estepa —dijo Camilo.

Robert se levantó sin ganas y se acercó a Camilo. Al principio no se dio cuenta de nada. Después le pareció que veía un espejismo. Pero cuando se fijó, echó el cuerpo hacia adelante con tal violencia, que dio con la frente en el cristal. La estepa se movía. La estepa cambiaba de color. Una horrible masa rojiza parecía deslizarse por el espacio amarillo. Abajo, junto a la base de la torre, se veía cómo unos puntos rojos y amarillos hormigueaban entre los altos tallos.

—¡Mi madre! —exclamó Robert—. ¡Son granívoros bermejós! ¡Qué hace usted? —Se lanzó al videófono y gritó—: ¡Pastores! ¿Quién está de guardia?

—El pastor de guardia escucha.

—¡Habla el puesto de observación Estepario! ¡Del norte vienen granívoros bermejós! ¡Toda la estepa está cubierta de granívoros!

—¿Qué ha dicho? Repita. ¿Quién habla?

—¡Habla el puesto de observación Estepario! ¡Soy el observador Skliarov! ¡Del norte vienen granívoros bermejós! Peor que hace dos años! ¿Ha comprendido? ¡Toda la estepa es un hervidero de granívoros!

—¡Entendido! Gracias, Skliarov, ¡Qué desgracia! Todos los nuestros están en el sur. ¡Qué desdicha! Bueno, ¡qué le vamos a hacer!

—¡Oiga! —gritó Robert—. Póngase en comunicación con Alabastro o con Greenfield, allí hay muchos físicos del cero que pueden ayudarle.

—¡Entendido! Gracias, Skliarov. Cuando termine el paso de los granívoros, haga el favor de avisarnos en seguida.

Robert volvió a la ventana. Los granívoros venían en oleadas. Ya no se veía la hierba.

—¡Qué desgracia! —murmuró Robert apretando su cara contra el cristal—. ¡Vaya una desgracia!

—No se haga ilusiones, Robi —dijo Camilo—. Esto no es aún la desgracia. Esto es simplemente interesante.

—Sí, cuando arrasen los sembrados —dijo Robert de mal humor—, nos quedaremos sin pan, sin ganado...

—No nos quedaremos, Robi. No les dará tiempo.

—Así lo espero. Ésa es la única esperanza. Pero mire usted cómo van. Toda la estepa está roja.

—Esto es un cataclismo —dijo Camilo.

Inesperadamente obscureció. Una sombra enorme cayó sobre la estepa. Robert miró alrededor y corrió a la ventana oriental. Una nube ancha y palpitante tapó el sol. Robert no comprendió en el acto de que se trataba. Primero se extrañó, ya que durante el día, no solían formarse nubes en Iris. Después se dio cuenta de que eran

pájaros. Millares y millares de pájaros venían volando del norte y hasta a través de las cerradas ventanas se oía su ininterrumpido aletear y su fino y penetrante griterío. Robert retrocedió hacia la mesa.

—¿De dónde vienen estos pájaros? —pensó en alta voz.

—Todos buscan la salvación —dijo Camilo—. Todos corren. Si yo fuera usted, Robi, también correría. Viene la Ola.

—¿Qué Ola? —Robert se agachó y miró los aparatos—. No hay ninguna Ola, Camilo.

—¿No? —dijo Camilo serenamente—. Pues tanto mejor. Quedémonos y veremos lo que ocurre.

—Yo no pensaba correr. Simplemente me llama la atención todo esto. Hay que comunicarlo a Greenfield. Y lo que más me extraña es de dónde vienen estos pájaros. Por ese lado no hay más que desiertos.

—Por ahí hay muchos pájaros —contestó Camilo con tranquilidad—. Hay grandes lagos azules, cañaverales...

Camilo se calló. Robert lo miró incrédulamente. Llevaba diez años trabajando en Iris y estaba completamente seguro de que al norte del paralelo Tórrido no había nada, ni agua, ni hierba, ni vida. «No estaría mal tomar un flaeer y volar hacia allá con Taniushka», pensó repentinamente. Veríamos qué lagos y qué cañaverales son éstos.

Sonó la señal de llamada. Robert miró la pantalla. Era Maliaev.

—Skliarov —dijo Maliaev en el tono hostil que le caracterizaba. Robert, como de costumbre, se sintió culpable, culpable de todo, hasta de los granívoros y de los pájaros— Skliarov, escuche una orden. Evacue el puesto inmediatamente. Tráigase los dos ulmotrones.

—Fiodor Anatolievich —dijo Robert—. Están pasando granívoros, vuelan los pájaros, en este momento quería comunicárselo.

—No se entretenga. Repito. Tráigase los dos ulmotrones. Tome el helicóptero y salga inmediatamente para Greenfield. ¿Ha comprendido?

—Sí.

—Ahora... —Maliaev miró hacia abajo—. Ahora son las diez y cuarenta y cinco. A las once en punto debe usted estar en el aire. Tenga en cuenta que voy a poner en movimiento los «caribdis». En todo caso procure volar alto. Si no tiene tiempo de desmontar los ulmotrones, abandónelos.

—Pero, ¿qué ocurre?

—Que viene la Ola —dijo Maliaev mirando a Robert a los ojos por primera vez—. Ha rebasado ya el paralelo Tórrido. Dése prisa.

Robert quedó pensativo un segundo. Después volvió a mirar los aparatos. A juzgar por las indicaciones de éstos, la erupción iba en descenso.

—Bueno, esto no es cosa mía —dijo Robert en alta voz—. Camilo, ¿me ayuda usted?

—Ahora ya no puedo ayudar a nadie —replicó Camilo—. Por lo demás, tampoco

es cosa mía. ¿Que hace falta, llevar los ulmotrones?

—Sí, pero antes hay que desmontarlos.

—¿Quiere que le dé un buen consejo? —dijo Camilo—. El buen consejo número siete mil ochocientos treinta y dos.

Robert ya había desconectado la corriente y destornillaba las juntas quemándose los dedos.

—Venga su consejo —dijo.

—Deje usted estos ulmotrones, métase en el helicóptero y váyase con Tania.

—Buen consejo —dijo Robert, que se daba prisa al desacoplar las juntas—. Muy agradable. Ayúdeme a sacar esto.

El ulmotron pesaba cerca de un quintal y tenía la forma de un cilindro grueso y liso, de metro y medio de longitud. Lo sacaron de su asiento y lo metieron en la cabina del ascensor. Se oyó bramar el viento y la torre comenzó a vibrar.

—Basta —dijo Camilo—. Bajemos juntos.

—Hay que coger el segundo.

—Robi, ni éste ni aquél le van a servir más. Siga usted mi consejo.

Robert miró el reloj.

—Aún hay tiempo —dijo resueltamente—. Bájelo usted y ruédelo hasta que llegue a tierra.

Camilo cerró la puerta. Robert regresó a la instalación. Fuera, todo estaba envuelto en una penumbra roja. Ya no se veían pájaros, pero el cielo estaba encapotado por un manto turbio, a través del cual apenas si se distinguía el pequeño disco del sol. La torre se estremecía y balanceaba bajo los embates del viento.

—Si tuviéramos tiempo... —pensó Robert en alta voz.

Haciendo un gran esfuerzo extrajo el segundo ulmotron, se lo echó al hombro y lo llevó al ascensor. En este momento, a su espalda, saltaron hechos añicos los marcos de las ventanas y una nube de polvo hiriente y de viento abrasador irrumpió en el laboratorio. Algo le dio a Robert un fuerte golpe en un pie. El se agachó presuroso, apoyó el ulmotron contra la pared y apretó el botón de llamada. El motor del ascensor rugió en vacío y se paró al instante.

—¡Cami... lo! —gritó Robert apretando su cara contra la puerta de celosía.

Nadie contestó. El viento seguía aullando y silbando en las rotas ventanas. La torre se balanceaba y Robert se mantenía de pie a duras penas. Volvió a apretar el botón. El ascensor no funcionaba. Entonces, Robert, venciendo al viento, llegó a la ventana y miró hacia afuera. La estepa estaba invadida por nubes de polvo que avanzaban con extraordinaria furia. Junto a la base de la torre centelleó algo brillante. Robert sintió un escalofrío al darse cuenta de que aquello que estaba allí rodando y dándose golpes a merced del viento, era un ala destrozada arrancada de su pterocar. Cerró los ojos y se pasó la lengua por los labios. Sentía un sabor acre en la boca. «¡Vaya una trampa! —pensó Robert—. Aquí quisiera ver a Patrick».

—¡Cami... lo! —gritó con todas sus fuerzas.

Pero apenas si pudo oír su propia voz. Por la ventana... Por la ventana es imposible, me arrastraría. ¡Vale la pena intentar? El pterocar está destrozado... De todas maneras me aniquilará. No, hay que bajar. ¡Qué hará Camilo allí? Yo, en su lugar, ya habría arreglado el ascensor... ¡El ascensor!

Avanzando por encima de todos los destrozos volvió a la puerta de celosía del ascensor y se cogió a ella con ambas manos. Ahora veremos a la «Juventud del Mundo», pensó. La puerta era sólida. Si las vigas armadas de la torre hubieran tenido una solidez semejante, el ascensor no se habría averiado. Robert se echó de espaldas sobre la puerta y apoyó sus pies en la pared de enfrente. ¡Vamos, a la u... na! Los ojos se le obscurecieron. Algo crujió, o la puerta o sus músculos. ¡O... tra vez! La puerta cedió. «Ahora se abrirá de golpe y yo caeré al pozo», pensó Robert. Veinte metros de cabeza y encima el ulmotron. Se volvió de manera que apoyaba la espalda en la pared y los pies en la puerta. ¡Crac! La parte inferior de la puerta saltó y Robert cayó de espaldas y se dio un golpe en la cabeza. Quedó inmóvil varios segundos. Estaba bañado en sudor. Después miró por el hueco. Allá lejos, en el fondo, se veía el techo de la cabina. Daba miedo entrar en el pozo, pero en este momento comenzó a inclinarse la torre y arrastró a Robert hacia abajo. No intentó resistirse, porque la inclinación era cada vez mayor y parecía no tener fin.

Iba descendiendo, agarrándose a las vigas y a las riostras y un viento denso, punzante por el polvo que arrastraba, lo oprimía contra el metal caliente. Se dio cuenta de que el polvo había disminuido y de que el sol volvía a inundar la estepa. La torre seguía inclinándose. Era tanto el deseo de Robert de saber cuanto antes qué había sido del pterocar y de Camilo, que, cuando le faltaban aún cuatro metros para llegar al suelo, saltó. Al caer se hizo daño en los pies y en las manos. Y lo primero que vio fueron los dedos de Camilo hundidos en la tierra seca.

El pterocar estaba volcado y debajo de él yacía Camilo, con sus ojos redondos desmesuradamente abiertos y vidriosos y con sus largos dedos hincados en la tierra, como si quisiera sacarse a si mismo de debajo de la máquina destrozada. Seguramente sufrió mucho antes de morir. El polvo cubría su cazadora blanca, sus mejillas y sus ojos abiertos.

—¡Camilo! —llamó Robert.

Sobre su cabeza, el viento desgarraba y retorció los restos del ala rota. El viento arrastraba ráfagas de polvo amarillento. El viento silbaba y gemía en las vigas armadas de la torre inclinada. En el turbio cielo ardía ferozmente el pequeño sol. Parecía tener los pelos de punta.

Robert se puso de pie y, dejándose caer sobre el pterocar, intentó retirarlo. Consiguió levantar el aparato, pero sólo por un momento. Robert miró de nuevo a Camilo. Vio que tenía toda la cara llena de polvo, que la cazadora se le había puesto amarilla y que sólo su absurdo casco seguía intacto, sin que ni una sola partícula de polvo se adhiriese al plástico opaco de que estaba hecho y que alegremente reflejaba los rayos del sol.

A Robert le temblaban las piernas y fue a sentarse junto al muerto. Quería llorar. Adiós, Camilo. Yo le quería a usted, palabra de honor.

Nadie le quería, pero yo sí. Es verdad que nunca le hacía caso, lo mismo que los demás, pero, palabra de honor, no le hacía caso porque no tenía ni siquiera la esperanza de comprenderle. Usted destacaba sobre los demás toda una cabeza y, sobre mí, tanto más. Ahora no tengo fuerzas para separar de su pecho este montón de chatarra. Mi deber sería quedarme aquí, junto a usted. Pero me espera Tania. Es posible que también Maliaev me espere, pero lo principal es que tengo unos grandes deseos de vivir. Yo sé que no podré irme de aquí. Pero de todas formas lo intentaré. Correré, caminaré, si es preciso me arrastraré, pero seguiré adelante hasta lo último. Soy un tonto, debía haber escuchado su consejo siete mil, pero, como siempre, no lo comprendí, aunque, ¿qué era lo que había que comprender?

Robert se sentía tan rendido y cansado, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para ponerse de pie y echar a andar. Pero cuando se volvió para dar el postrer adiós a Camilo, vio la Ola.

Allá lejos, muy lejos, sobre el horizonte boreal, tras la niebla rojiza de polvo, fulguraba en el cielo blanquecino una franja cegadora, tan brillante como el sol.

Aquí está el fin, pensó lánguidamente Robert. No podré llegar lejos. Dentro de media hora estará aquí y seguirá adelante. Todo esto quedará convertido en un desierto negro. A la torre no le ocurrirá nada, claro está, a los ulmotrones y al pterocar tampoco, y hasta es posible que siga colgando, en esa calma caliente, el ala arrancada. De Camilo quizá quede el casco. ¿De mí? De mí no quedará nada. Robert se contempló como si se estuviera despidiendo de sí mismo, se golpeó su desnudo pecho y se tocó sus músculos. «¡Qué. lástima!», pensó. Pero en este momento divisó un flaer.

El flaer estaba detrás de la torre. Era un flaer pequeño, de dos plazas, parecido a una tortuga policroma. Era rápido, económico y extraordinariamente cómodo y fácil de manejar. Era el flaer de Camilo. ¡Claro está que era el flaer de Camilo!

Robert dio varios pasos inseguros y después se lanzó en desenfadada carrera, rodeando la torre, sin quitar sus ojos del flaer, como temiendo que pudiera desaparecer. De repente tropezó y cayó deslizándose sobre la punzante hierba. Se desolló el pecho y el vientre. Cuando se levantó, vio cómo el pesado cilindro del ulmotron todavía se balanceaba un poco a causa del empujón.

Robert dirigió su vista hacia el norte. El horizonte parecía ya una muralla negra. Robert llegó por fin al flaer, saltó al asiento y, en cuanto cogió la palanca de mando, arrancó a todo gas.

La zona esteparia se extendía hasta Greenfield y Robert la cruzó a una velocidad media de quinientos kilómetros por hora. El flaer corría por la estepa como una pulga, dando saltos enormes. La franja cegadora pronto volvió a ocultarse tras el horizonte. En la estepa todo tenía su aspecto ordinario: la hierba seca como cerdas, los temblorosos espejismos sobre las salinas y las escasas zonas de matorrales

enanos. El sol quemaba implacablemente. No se veían huellas ni de los granívoros, ni de los pájaros, ni del huracán. Probablemente, el huracán había barrido todo signo de vida y se había perdido después en estas estériles llanuras del norte de Iris, que las propia naturaleza parecía haber destinado para los locos experimentos de los físicos del cero. En una ocasión, cuando Robert era aún novato, cuando la capital se llamaba simplemente estación y Greenfield no existía, la Ola cruzó ya estos sitios, provocada por un experimento grandioso del difunto Liu Fin-chen. Entonces, todo esto quedó negro. Pero pasaron siete años y esta hierba tenaz volvió a hacer que el desierto retrocediera muy lejos hacia el norte, hasta reducirlo a las mismas zonas en que tenían lugar las erupciones.

«Todo volverá», pensó Robert. Todo seguirá siendo como antes. Solamente Camilo no volverá a existir. Y si alguna vez aparece inesperadamente alguien en el sillón que hay a mi espalda en el laboratorio, estaré seguro de que se trata de un simple fantasma. Ahora iré a ver a Maliaev y le diré en la cara: «Sus ulmotrones los he tirado...». El replicará entre dientes: «¿Cómo se ha atrevido usted, Skliarov?». Entonces le contestaré: «¿Qué me importan a mí sus ulmotrones cuando por ellos ha perdido la vida Camilo?». El dirá: «Sí, eso es una desgracia, pero usted debía haberse traído los ulmotrones». Entonces, yo me enfureceré por fin y le diré todo: «Eres un carámbano, un monigote de nieve con mando electrónico. ¿Cómo te atreves a pensar en los ulmotrones cuando ha caído Camilo? ¡Eres un ser indolente, una lagartija!».

A doscientos kilómetros de Greenfield, Robert se encontró con los «caribdis» una especie de gigantescos tanques telemecánicos, que transportaban unas fauces energoaspiradoras. Los «caribdis» avanzaban en línea, de horizonte a horizonte, guardando entre si intervalos de medio kilómetro y atronando el espacio con el rugido de sus potentísimos motores. A su paso, en la estepa amarillenta iban dejando franjas anchurosas de tierra oscura, removida hasta la base basáltica del continente. Las zapatas de las orugas centelleaban al sol. Allá en lo alto, en la parte derecha del descolorido cielo, maniobraba a lo lejos un punto apenas perceptible. Era el helicóptero orientador que dirigía los movimientos de estos monstruos metálicos. Los «caribdis» iban al encuentro de la Ola.

Los energoaspiradores, al parecer, no funcionaban todavía, pero Robert, por si acaso, tomó altura rápidamente y no comenzó a descender hasta que vio cómo entre la niebla aparecía Greenfield. Éste estaba formado por unas cuantas casitas blancas y una torre cuadrada para el control de largo alcance, y rodeado de una frondosa vegetación terrenal. En el extremo norte de Greenfield se destacaba un sombrío «caribdis» que había aplastado un bosquecillo de palmeras y cuya insondable trompa aspiradora apuntaba ahora hacia Robert. Otros dos «caribdis» se encontraban, respectivamente, a derecha e izquierda del poblado. Dos helicópteros se elevaron sobre la torre y se dirigieron hacia el sur. En la plaza, entre el verde césped, brillaban al sol las alas membranosas de los pterocares. Entre ellos corría y hormigueaba la gente.

Robert arrimó su flauer a la misma entrada de la torre y saltó a la marquesina. Alguien se echó hacia atrás y una voz de mujer gritó: «¿Quién es éste?». Robert cogió el tirador de la puerta de cristal y se quedó pensando un instante, mientras contemplada su reflejo en ella: estaba casi desnudo, cubierto de costras de polvo, un gran arañazo negro le cruzaba el pecho y el vientre y tenía los ojos irritados. «¿Qué más da?», pensó y empujó la puerta. «¡Pero, si es Robert!», dijeron a sus espaldas. Iba subiendo muy despacio por las escaleras, cuando se topó con Patrick. Éste se quedó mirándole con la boca abierta. «Patrick —dijo Robert—. Amigo Patrick, Camilo ha muerto...». Patrick parpadeó y, de repente, se apretó la boca con la mano. Robert continuó subiendo. La puerta del despacho estaba abierta. En él se encontraban: Maliaev; el jefe de los físicos del cero del norte, Shota Petrovich Pagava; Karl Hoffman y otras personas, al parecer, biólogos. Robert se detuvo apoyándose en el marco de la puerta. Detrás de él alguien taconeaba por las escaleras y oyó decir: «¿Como lo sabe él?».

—Camilo... —comenzó a decir Robert, pero le dio un golpe de tos.

Todos se quedaron mirándole sorprendidos.

—¿Qué pasa? —preguntó Maliaev bruscamente—. ¿Qué le ocurre, Skliarov, por que tiene ese aspecto?

Robert se acercó a la mesa, apoyó sus sucios puños sobre unos papeles y le dijo en la cara:

—Camilo ha muerto. Murió aplastado.

Se hizo un profundo silencio. Los ojos de Maliaev se contrajeron.

—¿Qué lo ha aplastado? ¿Dónde?

—Lo aplastó el pterocar —dijo Robert—. Por culpa de sus inapreciables ulmotrones. Se podía haber salvado tranquilamente, pero me ayudó a sacar esas joyas de ulmotrones y resultó aplastado. Y yo he abandonado allá sus ulmotrones. Ya los recogerá cuando pase la Ola. ¿Entiende? Los he abandonado. Allá los tiene tirados.

Le dieron un vaso de agua. Robert lo tomó y bebió ansiosamente. Maliaev permaneció callado. Su pálido rostro se puso completamente blanco. Karl Hoffman, sin levantar la cabeza, buscaba inútilmente unos esquemas. Pagava se levantó y se quedó en pie con la cabeza gacha.

—Esto es muy doloroso —dijo por fin Maliaev—. Camilo era un gran hombre. —Se limpió el sudor de la frente—. Un gran hombre. —Volvió a mirar a Robert—. Está usted muy cansado Skliarov...

—No. Yo no estoy cansado.

—Vaya a arreglarse y descanse un poco.

—¿Y esto es todo? —preguntó Robert apenado.

La cara de Maliaev recobró su aspecto normal, indiferente y duro.

—Un momento. ¿Ha visto usted la Ola?

—Si, también he visto la Ola.

—¿Qué tipo de Ola es?

En el cerebro de Robert se produjo un corrimiento y todo vino a quedar en el sitio de costumbre. Maliaev quedó como dirigente autoritario e inteligente, y Robert Skliarov, como eterno observador y «Juventud del Mundo».

—Me parece que de tercer orden —dijo sumiso—. Una Ola Liu.

Pagava levantó la cabeza.

—¡Eso es bueno! —dijo con impensado brío y luego volvió a languidecer. Se apoyó en la mesa y se sentó—. ¡Ah, Camilo, Camilo! —murmuró— ¡Pobrecito! —Se cogió sus grandes y salientes orejas y comenzó a mover la cabeza sobre los papeles.

Uno de los presuntos biólogos miró receloso a Robert y tocó a Maliaev en el codo.

—Perdone —dijo tímidamente—. ¿Qué tiene de bueno la Ola Liu?

Maliaev retiró por fin de Robert su mirada dura y penetrante.

—Quiere decir —dijo—, que solamente se perderán los sembrados de la zona norte. Pero aun no estamos seguros de que sea una Ola Liu. El observador pudo equivocarse.

—¿Como puede ser eso? —protestó el biólogo—. Quedamos en que... Usted dispone de estos... de los «caribdis». ¿Es imposible acaso detenerla? ¿Qué físicos son ustedes?

Karl Hoffman respondió:

—Posiblemente consigamos amortiguar la energía de la Ola en la línea de caída discreta.

—¿Qué quiere decir posiblemente? —replicó una mujer desconocida que estaba al lado del biólogo—. ¿Usted comprende que esto es un escándalo? ¿Dónde están sus garantías? ¿Dónde sus magníficas palabras? Esto es dejar el planeta sin pan y sin carne.

—No admito semejantes reclamaciones —dijo Maliaev fríamente—. Lo siento mucho, pero sus quejas deben dirigirlas a Etienne Lamondois. Nosotros no hacemos experimentos de cero. Nos limitamos a estudiar la Ola.

Robert dio media vuelta y se dirigió despacito a la salida. «A éstos no les importa nada Camilo», pensó. La Ola, los sembrados, la carne... ¿Por qué no le querían? ¿Porque era más inteligente que todos ellos juntos o porque no quieren a nadie? Junto a la puerta estaban los jóvenes. Sus caras eran conocidas, pero reflejaban alarma, tristeza y preocupación. Alguien cogió a Robert del brazo. El miró de abajo a arriba, hasta que se encontró con los ojos, pequeños y pesarosos, de Patrick.

—Vamos, Rob, te ayudaré a lavarte.

—Patrick —dijo Robert, poniéndole la mano en el hombro—. Patrick, vete de aquí. Deja a éstos si quieres seguir siendo persona.

El rostro de Patrick reflejó una mueca dolorosa.

—¡Qué dices, Rob! —susurró—. No te pongas así. Esto pasará.

—Pasará —repitió Robert—. Todo pasa. Pasa la Ola. Pasa la vida... y todo se olvida. ¿Qué más da cuando se olvida? En el acto o después...

Detrás de él, los biólogos seguían regañando abiertamente. Maliaev exigía: «¡El parte!». Shota gritaba: «No interrumpen las mediciones ni un solo instante. Empleen todos los sistemas automáticos. Cuando se estropeen, tiradlos».

—Vamos, Rob —suplicó Patrick.

En este instante, superando los rumores y los gritos, retumbó en el despacho una monótona voz, muy conocida:

—¡Atención!

Robert se volvió en el acto. Le temblaban las rodillas. En la pantalla grande del videófono de despacho se veía un ridículo casco mate y los ojos redondos y fijos de Camilo.

—Tengo poco tiempo —dijo Camilo. Era Camilo vivo, de verdad. Su cabeza se estremecía y sus finos labios y la punta de su larga nariz se movían al compás de sus palabras—. No puedo ponerme en comunicación con el director. Llamen inmediatamente a la «Flecha». Evacuen inmediatamente todo el norte. ¡Inmediatamente! Volvió la cabeza para mirar hacia un lado y se vio su mejilla manchada de polvo—. Detrás de la Ola Liu va otra de tipo desconocido. No podréis...

Un relámpago cegador recorrió la pantalla, se oyó un crujido y se apagó. En el despacho se hizo un silencio sepulcral y Robert sintió de repente cómo se fijaban en él los entornados y temibles ojos de Maliaev.

Capítulo IV

En Iris solo había un cosmódromo y en él una sola astronave, la astronave de desembarco D-sigma «Tariel segunda». Ésta se divisaba desde lejos. Su cúpula blancoceleste se alzaba, como una nube resplandeciente, a setenta metros de altura sobre los planos tejados de color verde oscuro de las estaciones de aprovisionamiento. Gorbovski, indeciso, dio dos vueltas en torno a la astronave. Tomar tierra junto a ella era difícil, ya que una serie de máquinas de diversos tipos la cercaban por completo. Arriba se veían los ridículos autómatas repostadores, adheridos a los seis salientes de los depósitos, los diligentes «cíberes» reparadores de averías, que sondeaban cada centímetro del revestimiento y un autómata madre, de color gris, director de una docena de máquinas analizadoras pequeñas y ágiles. Éste era un espectáculo, que aunque corriente, alegraba la vista de todo buen administrador.

Pero junto a la escotilla de carga ocurría algo que contravenía todas las disposiciones. Una multitud de vehículos de todas clases se agolpaba aquí en lugar de los indefensos «cíberes» del cosmódromo. Entre ellos había «bindiugues» ordinarios de carga, «diligencias» de turismo, «testudos» y «guepardos» ligeros y hasta un «topo» (gran máquina excavadora para minas). Todos estos vehículos evolucionaban de una forma extraña junto a la escotilla, empujándose y apretándose unos a otros. Aparte, en un sitio donde el sol daba de lleno, había varios helicópteros y estaban tirados unos cajones vacíos, los cuales, como Gorbovski pudo reconocer fácilmente, eran los que habían servido de embalaje a los ulmotrones. En estos cajones estaban sentadas varias personas de aspecto triste.

Gorbovski, que buscaba un sitio a propósito para aterrizar, empezó a dar una tercera vuelta, pero se dio cuenta de que su flaeer era seguido de cerca por un pesado pterocar, cuyo conductor, que asomaba hasta la cintura por la abierta puertecilla de la cabina, le hacía unas señas incomprensibles. Gorbovski tomó tierra entre los helicópteros y los cajones y junto a él se posó con dificultad el pterocar.

—Voy detrás de usted —gritó resueltamente el conductor del pterocar en cuanto salió de su cabina.

—No se lo aconsejo —dijo Gorbovski—. Yo no tengo nada que ver con la cola. Soy el capitán de esta astronave.

La cara del conductor resplandeció.

—¡Magnífico! —dijo a media voz, mientras miraba de reojo hacia los lados—. Vamos a dejar a los del cero con un palmo de narices. ¿Cómo se llama el capitán de esta nave?

—Gorbovski —respondió Gorbovski inclinándose levemente.

—¿Y el observador?

—Walkenstein.

—¡Espléndido! —exclamó diligente el conductor del pterocar—. Usted será Gorbovski y yo Walkenstein. ¡Vamos!

Dicho esto, el conductor cogió del brazo a Gorbovski. Éste lo detuvo.

—Escuche, Gorbovski, nosotros no perdemos nada. Yo conozco perfectamente esta nave. Cuando vine aquí volé en una de desembarco. Entraremos en el almacén, cogemos un ulmotron cada uno y nos encerraremos en la sala de la tripulación. Cuando se acabe esto —dijo, mirando con gesto despectivo hacia los vehículos—, saldremos tranquilamente.

—¿Y si llega el observador verdadero?

—Trabajo le va a costar convencer a éstos de que es el verdadero observador —replicó categóricamente el impostor.

Gorbovski se rió disimuladamente y dijo:

—Vamos.

El pseudoobservador se alisó los cabellos, hizo una profunda aspiración y avanzó resueltamente. Iba colándose por entre los vehículos sin dejar de hablar. De repente comenzó a hacerlo con voz de bajo profundo e imponente.

—Creo —discurría de forma que le oyesen todos— que la limpieza de los difusores nos va a retrasar. Propongo cambiar la mitad de los juegos y concentrar la atención principalmente en inspeccionar el revestimiento. ¡Camarada, retire un poco su vehículo! Está usted estorbando. De esta forma, Valentín Petrovich, cuando salgamos a la deritrinitación... ¡Retire su camión, camarada! No comprendo, ¿para qué os apiñáis? Existe un orden, una cola, una lista, una ley, en fin... Manden sus representantes... Valentín Petrovich, no sé cómo piensa usted, pero a mi me admira el salvajismo de estos aborígenes. Ni usted ni yo hemos visto nada semejante ni en Pandora, entre los tahorgos...

—Tiene usted razón, Mark —dijo Gorbovski divertido.

—¿Cómo? Claro que sí... Tienen unas costumbres horribles.

Una joven con pañuelo de seda a la cabeza, se asomó por la ventanilla de un «bindiug» y preguntó:

—¿Ustedes son el observador y el capitán, si no me equivoco?

—Efectivamente —respondió, desafiante el observador—. Y como observador le recomiendo que lea una vez más las instrucciones sobre el orden de descarga.

—¿Cree usted que es necesario?

—Indudablemente. Ha metido usted su camión inútilmente en la zona de los veinte metros.

—¿Sabéis una cosa, amigos? —saltó una voz joven y alegre—. Este observador fantasea peor que los otros dos que han llegado antes.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó ofendido el pseudoobservador. Su rostro se asemejaba en este momento al de un falso Nerón.

—Quiero decir —replicó irónicamente la joven del pañuelo de seda— que allí, en aquellos cajones vacíos, hay sentados ya dos observadores y un capitán, y que los

cajones son el embalaje de unos ulmotrones que se llevó un ingeniero de a bordo, una joven muy discreta de cuya captura se encarga ahora un delegado del Soviet...

—¿Qué le parece a usted, Valentín Petrovich? —gritó el falso observador—. ¡Impostores!

—Me parece —dijo Gorbovski pensativo— que yo tampoco voy a poder entrar en mi propia nave.

—Discurrir usted bien —dijo la del pañuelo. Pero lo que dice no es nuevo.

El pseudoobservador se disponía ya a seguir resueltamente hacia adelante, cuando un «bindiug» que había a su derecha se desplazó un poco a la izquierda, mientras que una «diligencia» negro-amarilla que tenía a su izquierda hizo lo propio hacia la derecha, y, enfrente, en medio del camino que conducía a la codiciada escotilla, los desnudos dientes del «topo» comenzaron a girar rabiosamente y a lanzar terrones.

—¡Valentín Petrovich! —exclamó con indignación el pseudoobservador—. En estas condiciones yo no puedo garantizar la preparación de la nave.

—¡Otro cuento viejo! —dijo tristemente el conductor de la «diligencia».

La voz alegre comenzó a decir:

—¡Qué clase de observador es éste! ¡Aburridísimo! ¿Os acordáis del segundo? ¡Aquél si que nos divirtió! ¡Cómo se quitó la camiseta para enseñarnos las cicatrices de los meteoritos!

—No, el mejor fue el primero —dijo el conductor del «topo».

—Sí, estuvo bien —dijo la chica del pañuelo—. Cuando pasaba entre los vehículos iba mirando una fotografía y diciendo quejumbrosamente: «¡Galia, Galia mía! ¡Galia querida! ¡Qué lejos estás de la tierra natal, Galia!».

El falso observador, con la cabeza gacha, se entretenía en arrancar la tierra de los pulidos dientes del «topo».

—Y usted ¿qué dice? —dijo el conductor de la diligencia dirigiéndose a Gorbovski—. ¿Por qué está tan callado? Hay que decir algo... Algo convincente.

Todos esperaron con curiosidad.

—Verdaderamente, yo podía haber entrado por la escotilla para el pasaje —dijo Gorbovski pensativo.

El pseudoobservador levantó la cabeza y le miró con esperanza.

—No hubiera podido —dijo el conductor moviendo la cabeza—. Está cerrada por dentro.

Siguió una pausa, en la cual pudo oírse claramente la voz de Kaneko:

—No le puedo dar los diez equipos, compréndalo, camarada Prozorovski.

—Y usted compréndame a mí, camarada Kaneko. Nuestra demanda es de diez equipos, ¿cómo quiere que vuelva con seis?

Alguien intervino:

—Cójalos usted, Prozorovski, cójalos... Coja estos seis por ahora. Dentro de una semana nos quedarán a nosotros cuatro equipos libres. Cuente usted con ellos, se los mandaré.

—¿Me lo promete?

La joven del pañuelo de seda dijo:

—Me da lástima Prozorovski. Tienen dieciséis esquemas con ulmotrones. —suspiró el conductor de la «diligencia».

—Sí, esto es una miseria.

—Nosotros tenemos cinco —reconoció el pseudoobservador—. Cinco esquemas y un solo ulmotron. ¿Qué les hubiera costado traer doscientos?

—Hubiéramos podido traer doscientos o trescientos, —dijo Gorbovski—. Pero, ahora, los ulmotrones hacen falta en todas partes. En la Tierra se han inaugurado seis nuevas cadenas de U.

—¡Cadenas de U! —exclamó la chica del pañuelo—. ¡Se dice pronto! ¿Os figuráis la tecnología del ulmotron?

—En términos muy generales, si.

—Sesenta kilos de ultramicroelementos. Montaje dirigido a mano: tolerancias de media micra... Y, ¿quién que se precie a si mismo va a ir a trabajar de ajustador? Usted, por ejemplo, ¿iría?

—Reclutan voluntarios —dijo Gorbovski.

—¡Ah! —dijo con desprecio el conductor del «topo»—. ¡La semana de ayuda a los físicos!

—¡La semana de ayuda a los físicos!

—¿Qué le vamos a hacer, Valentín Petrovich? —dijo el pseudoobservador sonriendo vergonzosamente—. Está visto que no nos dejan entrar.

—Me llamo Leonid Andreevich —respondió Gorbovski.

—Y yo Hans —respondió desanimado el falso observador—. Vamos a sentarnos en los cajones. A lo mejor ocurre algo...

La chica del pañuelo les dijo adiós con la mano. Ellos salieron del tropel de vehículos y se sentaron en los cajones, al lado de los otros pseudoastronautas, los cuales los recibieron con un mutismo que lo mismo podía expresar compasión que duda.

Gorbovski palpó un cajón. El plástico de que estaba hecho era duro y basto. Hacia mucho calor al sol. Gorbovski no tenía nada que hacer aquí, pero, como de ordinario, sentía grandes deseos de conocer a esta gente, de saber quiénes eran y cómo llegaron a ser lo que eran y, en general, de saber cómo andaban las cosas, juntó varios cajones y les preguntó: «¿Me puedo tumbar aquí?». Acto seguido se tendió cuan largo era y sujetó junto a su cabeza el microacondicionador. Después conectó el magnetófono.

—Me llamo Gorbovski —dijo presentándose a los demás—. Leonid. Era el capitán de esta astronave.

—Yo también fui capitán de ella —exclamó tristemente un hombre de rostro moreno que estaba sentado a su derecha—. Me llamo Alpa.

—Y yo Banin —dijo un muchacho joven y delgado que estaba desnudo hasta la cintura y llevaba un sombrero panameño—. Yo fui y sigo siendo el observador. Por lo

menos hasta que consiga el ulmotron.

—Hans —se limitó a decir el falso Walkenstein, el cual se había sentado en la hierba muy cerca del microacondicionador.

El tercer pseudoobservador, por lo visto, no los oyó. Estaba sentado de espaldas a ellos y escribía algo en una libreta de notas que tenía apoyada en las piernas.

Del tropel de vehículos salió un «guepardo» largo. Se abrió una de sus puertecillas y de ella salieron despedidas las vacías cajas de los ulmotrones. El «guepardo» se alejó por la estepa.

—Prozorovski —dijo Banin con envidia.

—Sí —respondió Alpa amargamente—. A Prozorovski no le hace falta mentir. Es la mano derecha de Lamondois. —Suspiró profundamente y añadió—: Yo no había mentido nunca. Ahora tampoco puedo mentir. Les aseguro que me duele el alma.

Banin razonó seriamente:

—Cuando una persona empieza a mentir en contra de su voluntad, es señal de que en alguna parte se ha estropeado algo. Es una consecuencia compleja.

—Todo depende del sistema —dijo Hans—. Todo depende de la directiva que sirve de punto de partida y según la cual recibe más el que mejor lo hace.

—Proponga usted otra directiva mejor —dijo Gorbovski—. Por ejemplo, si lo haces mal, toma un ulmotron.

Si lo haces bien, sigue sentado en estos cañones —dijo Alpa—. ¡Qué desproporción tan terrible! ¿Cuándo se ha visto que haya colas para recibir maquinaria?; ¿o para recibir energía? Hacías un pedido y lo recibías. Ni siquiera te interesabas por saber de dónde venía. Sabías por instinto, claro está, que existía un gran número de personas que trabajaban gustosamente en la esfera del abastecimiento material de la ciencia. Y hay que reconocer que este trabajo es realmente interesante. Recuerdo cómo yo mismo, después de terminar la escuela, me dediqué con mucho interés a la racionalización del montaje de los esquemas neutrónicos. Ahora, ya no se acuerda nadie de ellos, pero, en su tiempo, fue muy popular el método de análisis neutrónico. —Sacó del bolsillo su negra pipa y la llenó, despacio, pero con movimientos seguros. Los demás lo miraban con curiosidad—. Todos sabemos perfectamente que la correlación entre el número de los que emplean la maquinaria y el de los que la producen, no ha cambiado sensiblemente desde entonces. Pero evidentemente se ha producido un salto monstruoso en la demanda. A juzgar por lo que estamos viendo a nuestro alrededor, cada investigador mediano necesita actualmente veinte veces más energía y maquinaria que en mi tiempo. —Dio una profunda chupada a la pipa y se oyó cómo ésta resollaba—. Esta circunstancia es comprensible, ya que desde los tiempos más remotos se viene considerando que el problema que más interés despierta es aquel que proporciona la máxima corriente de ideas nuevas. Esto es natural. Pero si el problema primario se encuentra a un nivel subelectrónico y exige, supongamos, una unidad de maquinaria, cada decena de problemas filiales profundiza en la materia, por lo menos, un grado más que aquél y

necesita ya diez unidades de maquinaria. Es decir, la corriente de ideas provoca una corriente de necesidades. Además, hay que tener en cuenta que los intereses de los productores de maquinaria no siempre coinciden con los intereses de los que la utilizan.

—Efectivamente, se trata de un círculo vicioso —dijo Banin—. Nuestros economistas se han descuidado.

—Los economistas también son investigadores —replicó Alpa—. Ellos también tienen que habérselas con grandes corrientes de problemas. Y, ya que hemos empezado a hablar de esto, he aquí una curiosa paradoja que me preocupa este último tiempo: la del T cero. Un problema nuevo, fructuoso y de grandes perspectivas. Por ser fructuoso, Lamondois tiene derecho a un enorme abastecimiento de material y de energía. Pero Lamondois, a su vez, se ve obligado a avanzar cada vez más de prisa, más profundamente y... en un frente más estrecho. Cuanto más rápido y profundo es su avance, mayores son sus necesidades y más palpables las insuficiencias, hasta que llega un momento en que él mismo comienza a frenar. Miren ustedes esa cola. En ella hay cuarenta personas esperando y perdiendo un tiempo precioso. ¡Una tercera parte de los investigadores de Iris pierde su tiempo, su energía nerviosa y el ritmo de su pensamiento! Mientras tanto, las otras dos terceras partes están esperando con los brazos cruzados, en sus laboratorios, sin poder pensar más que «¿los traerán o no los traerán?». ¿No es esto acaso frenarse a sí mismo? El deseo de mantener la afluencia de recursos materiales origina una carrera: ésta provoca a su vez un aumento desproporcionado de las necesidades y en definitiva se produce automáticamente el frenazo.

Alpa se calló y empezó a vaciar la pipa. Del tropel de vehículos, empujando a derecha e izquierda, salió el «topo». Por la ventanilla de su desmesuradamente alta cabina salía la tapa de un flamante ulmotron. Al pasar el «topo» junto a los pseudoastronautas, su conductor los saludó con la mano.

—Quisiera yo saber para qué necesitan ese ulmotron los Exploradores —murmuró Hans.

Nadie le contestó. Todos siguieron con la vista al «topo», en cuya parte trasera se destacaba el emblema de los Exploradores: un heptágono negro sobre un escudo rojo.

—A mí me parece que, a pesar de todo —dijo Banin—, tienen la culpa los economistas. Tenían que haber previsto lo que iba a ocurrir. Hace veinte años tenían que haberse orientado las escuelas de tal forma, que ahora hubiese los cuadros suficientes para abastecer a la ciencia.

—No sé, no sé —dijo Alpa—. ¿Cómo es posible planificar un proceso como éste? Nosotros entendemos poco de esto, pero bien puede ocurrir que, en general, sea imposible conseguir un equilibrio entre el potencial espiritual de los investigadores y las posibilidades materiales de la humanidad. Porque, hablando llanamente, siempre habrá más ideas que ulmotrones.

—Eso habría que demostrarlo —dijo Banin—. Yo no he dicho que esté ya

demostrado. He dado simplemente mi opinión.

—Pues, es una opinión equivocada —repuso Banin, el cual empezaba a acalorarse—. ¡Una opinión que asegura una crisis eterna! Eso sería un callejón sin salida.

—¿Por qué tiene que ser un callejón sin salida? —dijo quedamente Gorbovski—. Al contrario.

Banin no le escuchó.

—¡Hay que salir de la crisis! —dijo—. ¡Hay que buscar una solución! Y esa solución no puede encontrarse con suposiciones sombrías.

—¿Por qué sombrías? —dijo Gorbovski. Pero continuaron sin hacerle caso.

—Renunciar al principio fundamental de la distribución es imposible —decía Banin—. Eso sería engañar a los que trabajan con mayor entusiasmo. Usted, supongamos, se va a pasar veinte años rumiando un problema particular y va a recibir la misma cantidad de energía que Lamondois, por ejemplo. ¡Eso es absurdo! ¿Quiere decir que la solución no está aquí? Efectivamente, no está aquí. Ustedes mismos, ¿ven la solución o se limitan a registrar fríamente los hechos?

—Yo soy ya viejo y veterano en el trabajo científico —dijo Alpa—. Toda mi vida la dediqué a la Física. Es verdad que he hecho poco, porque soy un simple investigador, pero ahí está la cuestión. A pesar de todas estas nuevas teorías, estoy convencido de que el verdadero sentido de la vida humana se encierra en los conocimientos científicos. Y, sinceramente, me amarga ver cómo en nuestro tiempo millares de personas se apartan de la ciencia y buscan su vocación en ese contacto sentimental con la naturaleza que han dado en llamar arte y se conforman con ese resbalar por la superficie de los fenómenos que ellos denominan percepción estética. Y me parece que es la misma historia la que ha predeterminado la división de la humanidad en tres grupos: el de los soldados de la ciencia, el de los educadores y el de los médicos. En la actualidad, la ciencia atraviesa por un periodo de insuficiencia material, pero al mismo tiempo, millares de personas se dedican a pintar cuadros, a rimar palabras, etc., etc., es decir, a impresionar. Y lo más lamentable es que entre ellas hay muchas que son, en potencia, magníficos investigadores. Son enérgicos, ingeniosos, y tienen, además una extraordinaria capacidad de trabajo.

—¡Bueno, bueno! —dijo Banin.

Alpa guardó silencio y comenzó a llenar la pipa.

—Si usted me lo permite, yo continuaré sus razonamientos —dijo Gorbovski—. Porque me estoy dando cuenta de qué usted no se atreve.

—Pruebe usted —dijo Alpa.

—Lo mejor sería mandar a todos los pintores y poetas a campos de estudio. Arrancarles los pinceles y las plumas, hacerles estudiar unos breves cursillos y obligarles después a construir nuevas cadenas U, a montar tau-tactores, a fundir prismas hertocrómicos, etc., para los soldados de la ciencia.

—¡Qué necesidad! —dijo Banin desilusionado.

—Sí, eso es una necesidad —asintió Alpa—, pero nuestras ideas son independientes de las simpatías o antipatías que tengamos. Ésta es una idea que no me agrada en absoluto y que incluso me da miedo, pero ha surgido... no sólo en mi mente.

—Ésa es una idea inútil —dijo Gorbovski con calma, mientras miraba al cielo—. Es un intento de resolver la contradicción que existe entre el potencial espiritual en general y el potencial material de toda la humanidad. Esto conducirla a una nueva contradicción, antigua y banal, entre la lógica maquinal y el sistema moral y de educación. Pero siempre que se produce este choque, la lógica maquinal sale perdiendo.

Alpa asintió con la cabeza y quedó envuelto en el humo su pipa. Hans musitó pensativo:

—Ésa es una idea pavorosa. ¿Recordáis el «proyecto de los diez»? En aquella ocasión le propusieron al Soviet transferir a la ciencia parte de la energía correspondiente al fondo de la abundancia. En aras de la ciencia pura, restringir el área de las necesidades más perentorias de la humanidad. ¿Se acuerdan de la consigna: «Los científicos están dispuestos a pasar hambre»?

Banin se apresuró a añadir:

—Entonces, Yamakaba se levantó y dijo: «Pero seis millares de niños no lo están. Lo mismo que vosotros tampoco estáis dispuestos a ocuparse de los proyectos sociales».

—A mi tampoco me gustan los fanáticos —dijo Gorbovski.

—Hace poco leí un libro de Lorenz —dijo Hans—, se titula «Hombres y Problemas». ¿Lo conocen?

—Sí, lo he leído —dijo Gorbovski.

Alpa negó con la cabeza.

—Es buen libro, ¿verdad? En él se expresa una idea que me llamó mucho la atención. Aunque Lorenz la toca solamente de pasada, sin detenerse en ella.

—Dígala, pues —dijo Banin.

—Me acuerdo de que pasé toda la noche pensando en ella. Estábamos esperando a que nos trajeran unos aparatos que nos hacían falta. La historia de siempre. Fue entonces cuando me dediqué a reflexionar sobre lo siguiente: Lorenz hace alusión en su libro a la selección natural dentro de la ciencia. Plantea el problema de cuáles son los factores que, hoy día, cuando la influencia de la ciencia sobre el bienestar material es ya prácticamente nula o casi nula, determinan las direcciones principales de la investigación científica.

—Siga, siga —dijo Banin.

—Y llegué a la conclusión de que, pasado cierto tiempo, aquellas investigaciones científicas que resultan más eficaces, absorben todo el aprovisionamiento material y comienzan a profundizar desmesuradamente, mientras que las demás acaban anulándose a sí mismas. De esta forma, toda la ciencia se desarrollará únicamente en

dos o tres direcciones, sin que nadie, a excepción de los corifeos, pueda comprender nada. ¿Me entienden?

—Eso también es absurdo —dijo Banin.

—¿Por qué? —preguntó Hans malhumorado—. Ahí están los hechos. En la ciencia existen centenas de millares de direcciones. En cada una de ellas trabajan millares de personas. Pues bien, yo conozco personalmente cuatro grupos de investigadores que, debido a sus continuos fracasos, han abandonado los trabajos a que se dedicaban y se han incorporado a otros grupos más afortunados. A mí me ha ocurrido dos veces esto mismo.

Alpa dijo:

—Las bromas son bromas, pero vean lo que le ocurre al propio Lamondoís. Se ha lanzado ciegamente a realizar el transporte cero. El T cero, como era de esperar, abre toda una serie de ramificaciones. Pero Lamondoís se ve obligado a cortar casi todas estas ramificaciones o a olvidarlas simplemente, ya que carece de posibilidades para estudiar detenidamente cada una de ellas desde el punto de vista de las perspectivas que ofrece. Es más, se ve obligado a ignorar conscientemente algunas cuestiones que son, a ciencia cierta, asombrosas e interesantísimas. Así le ocurrió, por ejemplo, con la Ola: un fenómeno inesperado, sorprendente y, a mi entender, amenazador. No obstante, Lamondoís, para conseguir su objetivo, ha tenido que transigir hasta con la escisión de su campo. Se enemistó con Aristóteles y se niega terminantemente a abastecer a los investigadores de la Ola. Mientras tanto, él sigue profundizando cada vez más, y su problema se va haciendo cada vez más estrecho. Se ha dejado la Ola muy rezagada en la retaguardia. La Ola no es más que un estorbo para él, del que no quiere ni oír hablar. Y sin embargo, la Ola sigue quemando sembrados.

En el cosmódromo se oyó tronar el altavoz de información general.

—¡Atención, Iris! Habla el director. Ruego al jefe de la brigada de experimentadores, Gaba, que, junto con su brigada, se presente inmediatamente en mi despacho.

—Ésos sí que son felices —dijo Hans—. No necesitan ningún ulmotron.

—Ya tienen bastante con sus preocupaciones —respondió Banin—. Los vi entrenarse en una ocasión y me convencí de que es preferible ser pseudoobservador. Además, llevan ya dos años esperando a que llegue su hora y oyendo cada día: «Tengan paciencia. Ya falta poco. Es posible que mañana...».

—Me alegro de que hayan comenzado a hablar de lo que pasa en la retaguardia —dijo Gorbovski—, es decir, de las manchas blancas de la ciencia. También a mí me preocupa este asunto y creo que nuestra retaguardia no marcha bien. Ahí está, por ejemplo, la máquina de Massachusetts. —Alpa asintió con la cabeza. Gorbovski se dirigió a él—: Usted se acordará seguramente. Ahora se habla poco de ella, porque ya pasó la embriaguez de la cibernética.

—No recuerdo nada de la máquina de Massachusetts —dijo Banin—. Pero continúe usted.

—Se trata de una de las preocupaciones más antiguas: la de que la máquina llegue a ser más inteligente que el hombre y acabe aplastándolo. Hace medio siglo, en Massachusetts, se puso en marcha la instalación cibernética más compleja de cuantas han existido. Funcionaba con una rapidez fenomenal, tenía una memoria insuperable, etc., etc. Esta máquina funcionó exactamente cuatro minutos. Después la desconectaron, cerraron con muros de cemento todas las entradas y salidas del local en que estaba instalada, cortaron la toma de energía, minaron el territorio y lo rodearon de alambre espinoso del más ordinario y mohoso. Pueden creerlo o no, pero así fue como ocurrió.

—¿Por qué tomaron tantas medidas de precaución? —preguntó Banin.

—Pues porque la máquina empezó a conducirse a sí misma —dijo Gorbovski.

—No lo comprendo.

—Yo tampoco lo comprendo, pero sé que apenas tuvieron tiempo de desconectarla.

—Pero, ¿hay alguien que comprenda eso?

—Yo hablé con uno de los creadores de la máquina, el cual me cogió por los hombros y, mirándome fijamente a los ojos, me dijo: «Leonid, aquello fue algo horroroso».

—¡Qué bien está eso! —dijo Hans.

—¡Bah! —exclamó Banin—, tonterías. Esas cosas, a mi, no me interesan.

—Pues, a mi si —dijo Gorbovski—, porque podrían volverla a conectar. Es verdad que está prohibida por el Soviet, pero, ¿qué impide levantar la prohibición?

Alpa murmuró:

Cada época tiene sus brujos y sus fantasmas...

—A propósito de brujos —le interrumpió Gorbovski—. Ahora mismo acabo de acordarme de la Docena del Fraile.

A Hans le ardían los ojos.

—¿El caso de la Docena del Fraile? —dijo Banin—. ¿De aquéllos trece fanáticos...? ¿Por dónde andarán ahora?

—Perdonen —dijo Alpa—. ¿No son aquellos científicos que se unieron orgánicamente a las máquinas? Tengo entendido que murieron.

—Sí, eso dicen —dijo Gorbovski—, pero esto no es lo principal. Se trata de que ya hay un precedente.

—¿Y qué? —dijo Banin—. Les llaman fanáticos, pero para mi tienen algo atrayente. La posibilidad de librarse de todas las debilidades, pasiones, arrebatos emocionales, etc. La perspectiva de tener un raciocinio puro y unas posibilidades ilimitadas de perfeccionar su propio organismo. La creación de un investigador que no necesita aparatos, ya que él, de por sí, es un aparato y se transporta a sí mismo. De esa forma desaparecerían, por inútiles, las colas para recibir ultratrones... Yo me imagino perfectamente todo esto. El hombre flauer, el hombre reactor, el hombre laboratorio. invulnerable, inmortal...

—Usted perdone, pero eso no es un hombre —murmuró Alpa—. Eso es algo semejante a la máquina de Massachusetts.

—Y, ¿cómo pudieron morir, si eran inmortales? —preguntó Hans.

—Se destruyeron a si mismos —respondió Gorbovski—. Por lo visto no es muy agradable ser hombre laboratorio.

Por detrás de los vehículos salió un hombre, amoratado por el esfuerzo que hacia llevando un ulmotron al hombro. Banin saltó del cajón y corrió a ayudarlo. Gorbovski contempló pensativo cómo cargaban el ulmotron en un helicóptero. El hombre amoratado se quejaba:

—En lugar de tres, me dan uno, me hacen perder medio día y, por si fuera poco, me hacen que les demuestre que tengo derecho a recibirlo. ¡No le creen a uno! Se imagina usted, ¡no le creen a uno! ¡¡No le creen!!

Cuando Banin regresó, Alpa dijo:

—Todo esto es bastante fantástico. Si les interesa la retaguardia, presten mayor atención a la Ola. Cada semana se realiza un transporte cero. Cada uno de estos transportes cero provoca una Ola, es decir, una erupción más o menos grande. Pero, a pesar de esto, los que se ocupan de la Ola son simples aficionados. Me temo que de esto resulte una segunda máquina de Massachusetts, pero sir interruptor. Camilo, ¿conocen a Camilo?, la considera como un fenómeno de escala planetaria, pero sus argumentos son incomprensibles. Con él es muy difícil trabajar.

—A propósito —dijo Hans—, ¿saben qué piensa Camilo sobre el porvenir? Pues, considera que el actual interés por la ciencia es una especie de agradecimiento a la abundancia, de inercia de aquellos tiempos, en los cuales la capacidad para comprender lógicamente el mundo era la única esperanza de la humanidad. Camilo decía así: «La humanidad se encuentra en vísperas de una escisión. Los emocionistas y los lógicos (por lo visto debe referirse a los hombres que se dedican a las artes y a las ciencias), acabarán siendo extraños los unos a los otros y dejarán de comprenderse y de necesitarse mutuamente. El hombre puede nacer emocionista o lógico. Ésta es una cuestión que radica en la propia naturaleza del hombre. Llegará un día en que la humanidad se divida en dos sociedades, tan distintas entres sí, como nosotros de los leónidos».

—¡Bah! —dijo Banin—. ¿Qué tontería es ésa? ¿Qué escisión puede haber? ¿Dónde va a meterse el hombre medio? Pagava es posible que contemple un cuadro de Surd, lo mismo que un borrego mira a una puerta nueva, mientras Surd, probablemente, no podrá comprender para qué vive Pagava en este mundo. En este caso todo está claro: tenemos un lógico y un emocionista. Ahora bien, ¿qué soy yo? Soy un trabajador científico. Las tres cuartas partes de mi tiempo y de mis nervios pertenecen a la ciencia. ¡Pero sin arte no puedo vivir! Aquí, alguien ha puesto un magnetófono y yo me siento muy a gusto. Sin magnetófono podría pasar pero con él estoy mejor. Entonces, me pregunto, ¿qué tengo que hacer, escindirme?

—También yo pensaba así —dijo Hans—. Pero Camilo afirmaba que, en primer

lugar, lo que hoy es un genio, en el futuro será un hombre de tipo medio, y, en segundo lugar, que, al parecer, no existe un tipo de hombre medio, sino dos, uno de los cuales es emocionista y otro lógico. Por lo menos, esto es lo que yo le entendí.

—Eres admirable —dijo Banin—, porque a mi me parece que cuando se escucha a Camilo no es posible entender nada.

—¿Quién sabe si ésta fue la última paradoja de Camilo? —dijo Gorbovski pensativo—. A él le gustaban las paradojas. Aunque este razonamiento me parece demasiado claro para que sea paradoja.

—Tenga usted en cuenta, Leonid Andrevich —dijo Hans—, que estos razonamientos son míos y no de Camilo. Ayer estaba yo tomando el sol en la playa, cuando, de repente, apareció Camilo en una roca. ¿Conoce usted esa costumbre suya? Pues bien, comenzó a razonar en voz alta, dirigiéndose principalmente hacia las olas del mar. Yo, mientras tanto, segura tumbado y escuchándolo, hasta que por fin, me quedé dormido.

Todos se rieron.

—Camilo se ejercita —dijo Gorbovski—. Yo me figuro, poco más o menos, para qué necesita él esta escisión. Por lo visto, se interesa por el problema de la evolución del hombre y está construyendo su modelo. El, seguramente, se representa la síntesis de los lógicos y los emocionistas como el nuevo hombre, el cual, por otra parte, ya no será hombre.

Alpa suspiró y se guardó su pipa.

—Problemas —dijo—. Contradicciones síntesis, retaguardia, frente... ¿Pero se han dado acaso cuenta de qué somos los que estamos aquí sentados? Usted, Usted... él... yo. ¡Fracasados! Réprobos de la ciencia. La verdadera ciencia está ahí, recibiendo los ulmotrones.

Iba a seguir hablando, pero en este momento volvió a gritar el altavoz:

—¡Atención, Iris! Habla el director. Ruego al capitán de la astronave «Tariel segunda», Leonid Andreevich Gorbovski, y al energético planificador del planeta, camarada Kaneko, que se presenten en mi despacho.

Los conductores de todos los vehículos se apresuraron a asomarse a sus ventanillas. Sus rostros reflejaban una gran satisfacción. Todos ellos miraban a los pseudoastronautas. Banin se encogió de hombros y se abrió de brazos. Hans gritó alegremente: «Esto no va conmigo, yo soy el observador». Alpa gimió y se tapó la cara con las manos. Gorbovski se levantó apresuradamente.

—Tengo que irme —dijo—, aunque me gustaría seguir aquí. No he tenido tiempo de decir lo que pienso. Sin embargo, en pocas palabras, les diré mi opinión. No vale la pena afligirse ni retorcerse las manos. La vida es hermosa. Y su hermosura se debe precisamente a que ni las contradicciones ni los nuevos virajes tienen fin. A veces acarrea disgustos inevitables, pero en estos casos me gusta acordarme de uno de los héroes de Kuprin, un pobre hombre, alcoholizado por completo y terriblemente desgraciado. Sus palabras me las sé de memoria. —Carraspeó y siguió diciendo—:

«Si me atropellara un tren y me cortase por el vientre y viese yo mismo mis entrañas mezcladas con la tierra y arrolladas a las ruedas y alguien me preguntara en éste, postrer momento: “Qué, ¿Sigue siendo hermosa la vida...?” yo le respondería con verdadero entusiasmo: “¡Ah, qué hermosa!”». —Gorbovski se sonrió turbado y se guardó el magnetófono en el bolsillo—. Esto fue escrito hace tres siglos, cuando la humanidad andaba aún a gatas. ¿De qué podemos quejarnos nosotros? Bueno, quédense con el acondicionador, porque aquí hace mucho calor.

Capítulo V

Matvey no estaba solo. Sobre su mesa estaba sentado un hombrecillo moreno, de ojos negros, vivaracho, con aspecto de escolar de último grado y que movía acompasadamente las piernas. Éste era Etienne Lamondoís, cabeza visible de la moderna física del cero, «el físico rápido», como le llamaban sus colegas.

—¿Se puede? —preguntó Gorbovski.

—Aquí lo tiene —dijo Matvey—. ¿Se conocen?

Lamondoís saltó como impulsado por la mesa y fue a estrechar fuertemente la mano de Gorbovski.

—Me alegro de verle, capitán —dijo, sonriendo amablemente—. Estábamos hablando de usted.

Gorbovski retrocedió unos pasos y fue a sentarse en un sillón.

—Y nosotros, de usted —dijo Gorbovski.

Etienne hizo una rápida inclinación y se sentó a la mesa junto al director.

—Bueno, continúo —dijo—. Los «caribdis» resisten hasta la muerte. Hay que reconocer que Maliaev ha creado unas máquinas estupendas. Un hecho interesante es que la Ola del norte es de un tipo absolutamente nuevo. Estos chiquillos ya le han puesto el nombre de «Ola P», en honor del narigudo Shota Pagava. Reconozco que estoy que me arranco los cabellos. ¿Cómo no se me ocurrió antes prestar atención a este fenómeno tan magnífico? Tendré que disculparme ante Aristóteles. Él era quien tenía la razón. Él y Camilo. Yo me inclino ante Camilo. Antes también me inclinaba ante él, pero ahora empiezo a comprender lo que quería decir. A propósito, ¿saben ustedes que Camilo ha muerto?

Matvey irguió la cabeza.

—¿Otra vez?

—¡Ah, lo saben! ¡Qué historia tan extraña! Pereció y luego resucitó. No obstante, en este mundo no hay nada nuevo. Yo he oído hablar de casos parecidos. A Cristo le pasó lo mismo. ¿Usted cree que Skliarov abandonó a Camilo a que la Ola lo consumiera? Yo, no. Pero volvamos a nuestro tema. La Ola del norte ha alcanzado la zona de las estaciones de control. La primera, la Ola Liu, ha sido dispersada; la segunda, la Ola P, está haciendo retroceder a los «caribdis» con una velocidad de veinte kilómetros por hora. De esta forma, lo más probable es que los sembrados del norte queden arrasados. Los biólogos fueron obligados a evacuar en helicópteros...

—Lo sé —dijo el director—. Se han quejado.

—¡Qué le vamos a hacer! Su comportamiento, aunque comprensible, era impropio de las circunstancias. En el océano se ha detenido el avance de la Ola. En este sitio se observa un fenómeno, por cuya contemplación hubiera dado Liu media vida: una deformación de la Ola anular. Esta deformación cumple las condiciones de la ecuación κ y, por consiguiente, si la Ola es un campo κ , queda

completamente claro todo aquello en que el pobre Maliaev se devanaba los sesos, es decir: la infiltración D, la telegénesis de las fuentes y los «espectros secundarios». ¡Diablos!, en estas tres horas hemos aprendido de la Ola más que durante diez años. Matvey, tenga en cuenta que, en cuanto esto termine, necesitaremos un registrador U, o quizá dos. Considere que le he hecho el pedido. Los calculadores ordinarios no sirven para esto. Hay que operar exclusivamente con algoritmos Liu y con lógica Liu.

—Bien, bien —dijo Matvey—. Pero, ¿cómo van las cosas en el sur?

—En el sur está el océano. Por el sur puede usted estar tranquilo. Por esta parte la Ola llegó hasta la Costa de Pushkin, quemó el Archipiélago del Sur y se detuvo. Tengo la impresión de que no avanzará más, aunque lo siento, ya que los observadores salieron de allí tan precipitadamente que dejaron abandonados todos los aparatos automáticos, por cuya razón, de la Ola del sur no sabemos casi nada. —Al decir esto, hizo chasquear sus dedos con enojo—. Yo comprendo que a usted le interesan otras cosas. Pero, ¿qué le vamos a hacer, Matvey? Miremos las cosas como son. Iris es un planeta de los físicos. Es nuestro laboratorio. Las centrales energéticas se han perdido y no habrá manera de recuperarlas.

—Cuando termine este experimento, las reconstruiremos. ¡Vamos a necesitar mucha energía! En cuanto a viveros de pescado y las fábricas de conservas, ¡qué diablos!... ¡Los físicos del cero estamos moralmente dispuestos a no comer sopa de calamares! No se disguste usted, Matvey.

—Yo no me disgusto —dijo el director suspirando profundamente—. Pero tiene usted algo de niño, Etienne. Lo mismo que cualquier niño, destroza usted aquello que tan caro cuesta a los mayores. —Volvió a suspirar—. Procure usted conservar por lo menos los sembrados del sur. No quiero que perdamos nuestra autonomía.

Lamondoís miró su reloj, hizo una inclinación de cabeza y se marchó sin añadir palabra. El director fijó sus ojos en Gorbovski.

—¿Qué te parece todo esto, Leonid? —le preguntó y se sonrió amargamente—. Sí querido. La pobre Postisheva es un ángel comparada con estos vándalos. Cuando pienso que a todas mis dolencias se van a añadir las preocupaciones de la reconstrucción de los sistemas de abastecimiento y saneamiento, se me erizan los pelos. —Al llegar a este punto, Matvey se tiró de sus bigotes—. Y, no obstante, Lamondoís tiene razón. Iris es en realidad el planeta de los físicos. Pero, ¿que dirá Kaneko?; ¿qué dirá Jane...? —Movié la cabeza y se encogió de hombros—. ¡Sí, Kaneko! ¿Dónde estará Kaneko?

—Matvey —dijo Gorbovski—. ¿Se puede saber para qué me has llamado?

El director se volvió de espaldas a él y comenzó a trastear las teclas del selector.

—¿Estás cómodo? —preguntó Matvey.

—Sí —respondió Gorbovski que se había tendido en su sillón.

—¿No quieres beber algo?

—Sí.

—Pues, abre la refrigeradora y toma lo que quieras. ¿Tienes ganas de comer?

—Aún no, pero las tendré pronto.

—Bueno, cuando las tengas hablaremos. Mientras tanto, déjame que trabaje tranquilo.

Gorbovski sacó de la refrigeradora unos jugos y un vaso, se hizo un cóctel y se volvió a echar en el sillón después de bajarle el espaldar. El sillón era blando y estaba fresquito y el cóctel, helado y sabroso. Así tumbado, mientras sorbía por una pajita el contenido del vaso con los ojos entornados de satisfacción, escuchó la siguiente conversación entre Kaneko y el director. Kaneko dijo que no podía salir de allí, porque no le dejaban. El director le preguntó quién no le dejaba y le dijo: «Ahora te mando a Gaba». Pero Kaneko se opuso diciendo que sin Gaba ya había bastante ruido. Entonces, Matvey le habló de la Ola y le recordó, en tono de disculpa, que Kaneko, además de todo, era el jefe del SSP de Iris. A lo que Kaneko respondió que ya no se acordaba de que lo era. Gorbovski se compadeció de él.

Los jefes del Servicio de Seguridad Personal (SSP) siempre despertaron en él sentimientos de lástima y compasión. A los planetas adaptados para la vida y, a veces, también a los no adaptados por completo, tarde o temprano comenzaban a llegar «extraños», es decir, turistas, veraneantes (con toda su familia), artistas libres, buscadores de nuevas sensaciones, fracasados, deseosos de soledad o de trabajos difíciles, diletantes de toda clase, deportistas cazadores y demás gente por el estilo, cuyos nombres no figuran en ninguna lista, a quienes nadie conoce en el planeta y que, por lo general, ni tienen, ni quieren tener relaciones con nadie. El jefe del SSP tiene la obligación de conocer personalmente a cada uno de estos «extraños», darle las instrucciones necesarias y procurar que diariamente señalice su presencia en la máquina registradora. En los planetas más funestos, del tipo de Yaila o Pandora, donde peligros de todo género acechan a los novatos, los destacamentos del SSP han salvado la vida a más de una persona. Pero en un planeta como Iris, llano como la palma de la mano, con clima regular, fauna escasa y un mar siempre tranquilo y apacible, el SSP acababa convirtiéndose en un organismo hueco y formalista.

Y un hombre tan fino y correcto como Kaneko, en cuanto sintió la ambigüedad de su situación, se dedicó, no a instruir a los escritores que venían a trabajar en la soledad, ni a seguir los escabrosos itinerarios de los enamorados y recién casados, sino a su planificación y a otros trabajos más necesarios.

—¿Cuántos «extraños» hay en Iris? —preguntó Matvey.

—Unos sesenta. Es posible que sean más.

—Kaneko, querido, hay que localizar inmediatamente a todos los «extraños» y mandarlos a la Capital.

—No comprendo el objeto de semejante medida —dijo Kaneko cortésmente—. Los «extraños» no suelen visitar los sitios peligrosos. Allí no hay más que la estepa abierta, calurosa y maloliente.

—Kaneko, por favor, no discutamos —rogó Matvey—. La Ola es la Ola y es preferible que tengamos a mano a todas las personas que nada tienen que ver con ella.

Ahora vendrá Gaba con sus desocupados y te lo mandaré. Organiza todo como es debido.

Gorbovski dejó la pajita y bebió directamente del vaso. «Camilo murió —pensó—, y después resucitó. También he oído yo casos de éstos. Parece ser que esta célebre Ola ha infundido un pánico más que regular. Durante los pánicos siempre hay alguien que dice que otro ha perecido. Pero luego te encuentras a este otro sentado en un café, a millones de kilómetros del sitio en que pereció. Es posible que tenga arañada la fisonomía y ronca la voz, pero esto no le impedirá escuchar con gusto las anécdotas que cuenten, mientras se engulle la sexta porción de langostinos marinados con repollos de Szechwan».

—Matvey —llamó Gorbovski—. ¿Dónde está ahora Camilo?

—Ah, todavía no lo sabes —dijo el director, a la vez que se acercaba a la mesita y se puso a agitar un cóctel de jugo de granada y jarabe de piñas—. Maliaev habló conmigo desde Greenfield. Camilo, no sabemos cómo, se encontraba en un puesto avanzado, se entretuvo allí y lo alcanzó la Ola. Es una historia muy confusa. El observador Skliarov llegó en el flaeer de Camilo, sufrió un ataque de nervios y contó que Camilo había muerto aplastado. No obstante, a los cinco minutos, Camilo se puso en comunicación con Greenfield, profetizó, como de ordinario, y volvió a desaparecer. ¿Quieres que tomemos en serio a Camilo después de estas cosas?

—Sí, Camilo es un hombre muy original. Pero, ¿quién es ese Skliarov?

—Te lo he dicho. Es uno de los observadores que tiene Maliaev. Es un muchacho muy diligente y simpático, aunque de cortos alcances. Suponer que traicionó a Camilo es un absurdo. Sólo Maliaev puede concebir ideas tan feroces.

—No ofendas a Maliaev —dijo Gorbovski—. Maliaev es simplemente lógico. Pero dejemos esto. Hablemos de la Ola.

—Está bien —accedió distraído el director.

—¿Es muy peligrosa?

—¿Qué?

—¿Qué si es peligrosa la Ola?

Matvey resopló.

—En general, es un peligro mortal —dijo—. Lo peor es que los físicos no pueden decir de antemano cómo se va a comportar. La Ola se puede dispersar en cualquier momento... pero puede no dispersarse.

—¿Y no puede uno resguardarse de esta Ola?

—A nadie se le ha ocurrido hacer la prueba. Dicen que es un fenómeno bastante horripilante.

—¿Es posible que tú no la hayas visto?

Los bigotes de Matvey se irguieron amenazadores.

—Supongo que habrás visto —dijo— que dispongo de poco tiempo para deambular por el planeta. Constantemente tengo que esperar o pacificar a alguien, o me esperan a mi. Te aseguro, que si tuviera tiempo libre...

Gorbovski le preguntó con cautela:

—Matvey, tú, seguramente, me necesitabas para buscar a los «extraños», ¿no es así?

El director lo miró con disgusto.

—¿Quieres comer?

—No.

Matvey empezó a pasear por el despacho.

—¿Quieres saber por qué estoy preocupado? Pues, en primer lugar, porque Camilo predijo que este experimento terminarla mal. Nadie le hizo caso, ni yo tampoco. Pero ahora, Lamondoís reconoce que Camilo llevaba razón...

Se abrió la puerta y en el despacho entró un moreno joven, enorme, de dientes blanquísimos, vestido con un pantalón corto, blanco, y cazadora y zapatos del mismo color.

—Aquí estoy —dijo presentándose, al mismo tiempo que abría sus enormes brazos—. ¿Qué quieres de mi, oh director nuestro?; ¿quieres que destruya la ciudad o que construya un palacio? Adivinando tus deseos, hubiera querido traerte la más hermosa de las mujeres, Tane Pikbridge, pero sus hechizos han sido más fuertes que yo y se ha quedado en la Aldea de Pescadores, desde donde te envía recuerdos poco halagüeños.

—No tengo nada que ver con ella —dijo el director—. Que le mande sus recuerdos a Lamondoís.

—¡Así sea! —exclamó el joven moreno.

—Gaba —dijo el director—, ¿sabes lo que pasa con la Ola?

—¿Pero esto es una Ola? —respondió el moreno despreciativamente—. Cuando yo entré en la cámara de lanzamiento y Lamondoís apriete la palanca de arranque, ¡entonces si que se formará una Ola de verdad! Lo de ahora es una tontería, una marejada, un simple rizo. A pesar de todo, te escucho y estoy pronto a someterme.

—¿Has venido con tu brigada? —le preguntó el director con calma. Gaba señaló hacia la ventana sin pronunciar palabra—. Márchate con ellos al cosmódromo y ponte a disposición de Kaneko.

—Con la cabeza y los ojos —dijo Gaba. Y en este mismo instante, unas gargantas poderosas estallaron al son de un banjo, entonando una copla, cuya música recordaba el salmo «junto a las murallas de Jericó»:

*En el alegre Iris,
Iris, Iris...*

Gaba dio un paso, se asomó a la ventana y gritó:

—¡Silencio!

Cesó lo copla y se dejó oír una voz clara, fina y quejumbroso que cantaba:

*Dig my grave both long and narrow,
Make my coffin neat and stro-o-ong...*

*Cávame una sepultura larga y estrecha.
Hazme una caja limpia y fuerte...^[4]*

—Voy —dijo Gaba, y saltó la ventana a la calle. Fuera se oyeron gritos.

—Holgazanes —murmuró el director sonriendo, y cerró la ventana—. Se estancaron los chicos. No sé qué voy a hacer sin ellos.

Matvey siguió en pie junto a la ventana, y Gorbovski, entornando los ojos, miraba su espalda. Ésta era anchísima, pero parecía encorvada y rendida por algo, hasta tal punto que Gorbovski se sobresaltó. Matvey, un astronauta de desembarco, no podía tener semejante espalda.

—Matvey —dijo Gorbovski—. Di la verdad, ¿te hago falta?

—Sí —dijo el director—. Mucha falta. —Y siguió mirando por la ventana.

—Matvey —insistió Gorbovski—. Dime qué te pasa.

—Añoro, presiento, estoy preocupado— recitó Matvey y se calló.

Gorbovski se acomodó en su asiento, conectó el magnetófono quedamente y dijo en voz baja:

—Bueno, querido. Me quedaré aquí contigo.

—Sí. Quédate, haz el favor.

Una guitarra sonaba triste y perezosamente. Por la ventana se veía un cielo ardiente y vacío. El despacho estaba fresco y a media luz.

—Hay que esperar —dijo el director en voz alta y volvió a ocupar su sillón. Gorbovski siguió callado un rato y después exclamó:

—¿Qué descuidado soy! Me olvidé por completo. ¿Cómo está Zhenia?

—Gracias, está bien.

—¿No ha vuelto?

—No. No ha vuelto. Me parece que ahora no quiere ni pensar en eso.

—¿Por Alioshka?

—Naturalmente. Es asombroso cómo se hizo tan importante para ella.

—¿Te acuerdas, Matvey, cómo nos aseguraba: «en cuanto nazca...»?.

—Me acuerdo de todo, hasta de lo que tú no sabes. Al principio sufría mucho la pobre. Se quejaba. «No, decía, no tengo sentimientos maternos. Soy un monstruo, un palo». Después, no sé qué le ocurrió. Ni siquiera me di cuenta. Es verdad que el chico es monísimo. Es muy cariñoso y muy listo. En una ocasión estábamos paseando con él por el parque y me preguntó de repente: «Papá, ¿qué es eso que se agacha?». Al principio no lo entendí. Pero después... ¿figúrate! El viento balanceaba un farol y su sombra en la pared se «agachaba». Es una imagen muy exacta, ¿verdad?

—Efectivamente —dijo Gorbovski—. Será escritor. Deberías meterlo en un internado.

Matvey sacudió una mano.

—Ni hablar de eso —dijo—. Ella no lo consentirá nunca. Antes discutía con ella. Después pensé, ¿para qué?; ¿para qué quitarle lo que es el sentido de su vida? Su vida sin él no tendría sentido. Para mi, esto es incomprensible —reconoció Matvey— pero lo creo, porque lo he visto. Posiblemente se deba a que yo soy mucho mayor que ella, y a que Aliosha se ha presentado demasiado tarde para mi. A veces pienso en lo solo que me sentiría si no supiera que puedo verle cada día. Zhenia dice que yo no le quiero como padre, sino como abuelo. Puede ser. ¿Me entiendes?

—Claro que te entiendo. Aunque me parece extraño, porque, Matvey, yo nunca me he sentido solo.

—Sí —asintió Matvey—. Desde que te conozco, a tu alrededor siempre ha habido mucha gente que te necesitaba. Tú tienes un carácter magnífico y por eso, todo el mundo te quiere.

—No —dijo Gorbovski—. Lo que pasa es que yo quiero a todo el mundo. Llevo vividos cerca de cien años y, figúrate, Matvey, no he encontrado ni una persona desagradable.

—Tú eres un hombre magnífico —musitó Matvey.

—Sabes —recordó Gorbovski—, en Moscú ha salido un libro de Serguey Volkovoy, que se titula «Nada es tan amargo como tu alegría». Es la bomba de turno de los emocionistas. Guenkin la ha criticado en un artículo que echa bilis. Es un artículo muy ingenioso, pero que no convence. Defiende que la literatura debe tener la cualidad de poderse preparar agradablemente. Los emocionistas se han reído de él mordazmente. Es probable que todo esto continúe hasta ahora. Sin embargo, no puedo comprender por qué no son más tolerantes en sus relaciones.

—Pues es bien sencillo —dijo Matvey—. Cada uno piensa que es él quien hace la historia.

—¡Y efectivamente lo es! —replicó seriamente Gorbovski—. ¡Cada uno de ellos hace realmente la historia! Nosotros, los hombres dedicados a la ciencia y a la producción, estamos siempre influenciados por ellos de una u otra forma.

—No quiero discutir esto —dijo Matvey—, porque no tengo tiempo para pensar en ello, pero te aseguro, que no me encuentro bajo su influencia.

—Está bien, no discutamos —dijo Gorbovski—. Vamos a tomarnos unas copas de jugo. Si quieres, me puedo tomar hasta un vaso de vino de aquí, con tal de que te tranquilices.

—Ahora sólo puede tranquilizarme una cosa: que llegue Lamondois decepcionado y que me diga que se ha disipado la Ola.

Los dos amigos permanecieron callados cierto tiempo, bebiendo jugo y mirándose mutuamente por encima de sus copas.

—¿Qué extraño? Hace mucho tiempo que nadie te llama —dijo por fin Gorbovski.

—Es la Ola —dijo Matvey—. Todos están ocupados. Se han olvidado de las discordias y huyen.

Se abrió la puerta que había en el fondo del despacho y apareció Etienne Lamondois. Estaba pensativo y sus movimientos eran más lentos y medidos que de ordinario. El director y Gorbovski lo miraron en silencio. Gorbovski sintió algo desagradable y angustioso dentro del pecho. Aún no podía figurarse lo que estaba ocurriendo, o había ocurrido ya, pero estaba seguro de que se había acabado su cómodo descanso. Cogió su magnetófono y lo desconectó.

Lamondois se acercó a la mesa y se detuvo.

—Me parece que voy a darle un disgusto —dijo despacio y monótonamente—. Los «caribdis» no han resistido. —A Matvey se le hundió la cabeza entre los hombros—. El frente se ha roto tanto en el norte como en el sur. La Ola se extiende con una aceleración de diez metros por segundo cada segundo. No tenemos comunicación con las estaciones de control. Solamente he tenido tiempo de dar la orden de evacuación de los archivos y de la maquinaria más valiosa. —Dicho esto, se dirigió a Gorbovski—: Capitán, usted es nuestra única esperanza. Dígame, por favor, ¿qué capacidad de carga tiene su astronave?

Gorbovski, en vez de contestar, miró a Matvey. El director tenía los ojos cerrados y acariciaba inútilmente la mesa con su enorme mano.

—¿Qué capacidad de carga? —repitió Gorbovski, poniéndose de pie. Después se acercó al cuadro de despacho del director, tomó el micrófono de información general y dijo—: ¡Atención, Iris! El observador Walkenstein y el ingeniero de a bordo Dikson, que se presenten urgentemente en la astronave.

Después, se volvió hacia Matvey y le puso una mano en el hombro.

—No te apures, querido —dijo—. Cabremos. Da la orden de evacuar la Ciudad Infantil. Yo me ocuparé de las casas cuna. —Miró a Lamondois y añadió—: La capacidad de carga es pequeña, Etienne.

Etienne tenía los ojos negros y serenos, como las personas que saben que siempre llevan la razón.

Capítulo VI

Robert pudo ver cómo ocurrió todo.

Estaba en cuclillas sobre el tejado de la torre de control de largo alcance, quitando, con toda precaución, las antenas receptoras. Estas antenas eran cuarenta y ocho, tenían la forma de varillas delgadas, pero pesadas y estaban montadas en un bastidor parabólico, resbaladizo. Había que quitarlas, una a una, e ir las colocando en unos estuches especiales. Robert se daba prisa y, de vez en cuando, miraba hacia el norte por encima del hombro.

Sobre el horizonte boreal se alzaba una alta muralla negra. Su cresta, en el sitio en que parecía apoyarse en la tropopausa, estaba bordeada por una cenefa deslumbrante y, más arriba aún, en el cielo, relampagueaban unas descargas de color lila. La Ola avanzaba inevitablemente, pero muy despacio. Era increíble que aquella pobre cadena de máquinas raras, que desde allí parecían tan pequeñas, pudiera contenerla. Todo estaba en calma y hacía mucho calor. El sol parecía más brillante que de ordinario, lo mismo que en la Tierra antes de una tormenta, cuando todo se calma y el sol resplandece plenamente, pero medio cielo está ya cubierto de pesadas nubes oscuras. En este silencio había algo siniestro, insólito, casi de ultratumba, porque, generalmente, cuando avanzaba una Ola, iba precedida de huracanes terribles y de infinidad de relámpagos y truenos. Ahora, en cambio, reinaba una calma casi absoluta. Robert oía perfectamente las apresuradas voces de los que abajo, en la plaza, estaban cargando en un gran helicóptero la maquinaria más preciada, los diarios de las observaciones y las inscripciones de los aparatos automáticos registradores.

Se oía cómo Pagava reñía a alguien por haber desmontado antes de tiempo los analizadores, mientras que Maliaev deliberaba tranquilamente con Patrick, un problema netamente teórico, relacionado con la posible distribución de las cargas en la barrera energética que se forma sobre la Ola. Toda la población de Greenfield se hallaba reunida en la torre que tenía Robert bajo sus pies y en la plaza. Los amotinados biólogos y dos grupos de turistas que llegaron a la víspera y se quedaron a dormir en el poblado, habían sido enviados al otro lado de la zona cultivada. Los biólogos habían salido en un pterocar, acompañados de unos auxiliares de laboratorio, a los cuales Pagava les había dado órdenes de instalar un nuevo punto de observación más allá de la zona sembrada. Los turistas fueron recogidos por un aerobús especial que enviaron de la Capital. Tanto los biólogos como los turistas estaban muy disgustados, su partida alegró a todos los que se quedaron en Greenfield.

Robert trabajaba casi maquinalmente y, como siempre que realizaba algún trabajo manual, pensaba en otra cosa. Me duele mucho el hombro.

Es extraño, porque no me he dado ningún golpe en él. El vientre me escuece, y es natural, me lo desollé al tropezar con el ulmotron. ¿Qué aspecto tendrán ahora aquel

ulmotron y mi pterocar? ¿Qué habrá quedado de ellos? Y aquí, ¿qué pasará aquí dentro de tres horas? ¡Lástima de jardín! ¡Tanto como trabajaron e idearon los chicos durante el verano para conseguir las combinaciones más fantásticas de flores! Entonces fue cuando conocí a Tania. «Tania —susurró— ¿qué haces ahora?». Después calculó la distancia que habría desde el frente de la Ola hasta la Ciudad Infantil. No hay peligro, pensó satisfecho. Allí, seguramente, no saben nada de la Ola, ni de los biólogos amotinados, ni de que me faltó poco para perecer, ni de que Camilo...

Robert se puso en pie, se limpió la cara con el dorso de la mano y miró hacia el sur, hacia los inmensos campos de trigo verde. Se figuró las gigantescas manadas de vacas para carne que en este momento, se estarían trasladando al interior del continente, y lo mucho que habría que trabajar para reconstruir Greenfield después que se disipase la Ola. Pensó en lo desagradable que sería, después de dos años de abundancia, volver a la alimentación sintética, a los bistés artificiales, a las peras con sabor a pasta de los dientes, a las sopas campesinas de clorolio, a las albóndigas de cordero cuasibiótico y a las demás maravillas de la síntesis, mal rayo las parta. Pensaba en todo, pero no podía hacer nada.

Era imposible huir de los asombrados ojos de Pagava, del tono glacial de Maliaev o del trato exageradamente compasivo de Patrick. Y lo peor era que no podía hacer nada. Para los demás, esto tenía que parecer, por lo menos, extraño. O, mejor dicho, sospechoso. Ahí estaban los hechos. Un observador asustado y maltrecho llegaba en un flaeer ajeno y declaraba que su compañero había muerto. Después resultó que este compañero vivía y que murió cuando el asustado observador ya había huido con su flaeer. Pero, a pesar de todo, Camilo estaba mortalmente aplastado, repetía por décima vez Robert para sí. ¿Es posible que sólo fuera un desvarío? ¿Es posible que yo me asustara hasta el delirio? No, nunca he oído nada semejante. Aunque, también es verdad que no he oído tampoco nada semejante a lo que ha ocurrido, si es que ha ocurrido. «¡Qué le vamos a hacer!», pensó desesperado. Si no lo creen, allá ellos. Tania me creerá. ¡Lo que hace falta es que ella me crea! A ellos les da lo mismo. Ellos se olvidaron de Camilo en el acto. Sólo se acordarán de él cuando me vean. Entonces me mirarán con sus ojos de teóricos y analizarán, contrastarán, sopesarán y construirán las hipótesis menos contradictorias. Pero nunca podrán saber la verdad, ni yo tampoco la sabré.

Robert destornilló la última antena y la colocó en su estuche. Después puso todos los estuches en una caja de cartón. En este momento, por el norte se oyó una explosión parecida a la de un globo de goma en una sala grande y vacía. Robert se volvió y pudo ver cómo, sobre el fondo de pizarra negra de la Ola, se distinguía una larga antorcha blanca. Era un «caribdis» que se había incendiado. Al instante cesaron las voces abajo y se paró el motor del helicóptero. Probablemente, todos los que allí estaban prestaron oído y dirigieron sus miradas hacia el norte. No había terminado Robert de comprender lo sucedido, cuando sintió sacudidas y ruido de cristales, y de

debajo de la torre, aplastando las palmeras que aún quedaban en pie, salió un «caribdis» de los que había de reserva. Iba levantando en marcha la trompa del energoaspirador. Cuando llegó a sitio despejado, lanzó un rugido ensordecedor y, envuelto en una nube de polvo rojizo, se dirigió hacia el norte a cerrar la brecha.

Lo que acababa de ocurrir era natural: uno de los «caribdis» no tuvo tiempo de transmitir al basalto el excedente de energía de sus depósitos y explotó. Robert se había agachado ya, para coger la caja de cartón, cuando en la misma base de la muralla negra se produjo un relámpago brillantísimo, el cual se abrió luego formando un abanico de llamas multicolores y se vio una nueva columna de humo blanco que, ensanchándose y haciéndose cada vez más densa, fue subiendo hacia el cielo. Se oyó otra explosión. Abajo se generalizaron los gritos y Robert vio en seguida que, allá a lo lejos, hacia oriente, había varias antorchas más. Los «caribdis» estallaban uno tras otro y, al cabo de unos minutos, la larguísima muralla negra de la Ola, que parecía ahora una pizarra escolar con trazos de tiza, se balanceó y comenzó a avanzar, lanzando a la estepa, que delante tenía, negros borrones que se iban ensanchando. Robert notó que su garganta estaba completamente seca. Tragó saliva con dificultad, cogió la caja y salió corriendo escaleras abajo.

Todos los pasillos estaban llenos de gente agitada. Zinochka corrió asustada, apretando contra su pecho un paquete de cajas de películas. Hasán Alí-Zadé, con su nariz aguileña, y Karl Hoffman arrastraban hacia la salida, con rapidez extraordinaria, el voluminoso «sarcófago» del hemostrazer de laboratorio. Parecía que los llevaba el viento. Alguien llamó: «¡Vengan aquí! ¡Solo no puedo! ¡Hasán!»... En el vestíbulo se oyó ruido de cristales rotos. En la plaza resoplaron unos motores. En el despacho, Pagava daba saltos delante de la pantalla, pisoteando los mapas y papeles que había en el suelo, y gritaba impaciente: «¿Por qué no me oyes? ¡Los “caribdis” están ardiendo! ¡Digo, que están ardiendo los “caribdis”! ¡La Ola ha comenzado a avanzar! ¡No oigo! ¿entiendes? ¡No oigo!... ¡Etienne, si me has entendido, afirma con la cabeza!...»..

Robert hizo una mueca dolorosa, se echó auestas la caja y comenzó a bajar hacia el vestíbulo. Detrás de él se oía una respiración fatigada y el golpear de algo al deslizarse por los peldaños. El suelo del vestíbulo estaba cubierto de papeles y de restos de un aparato roto. La puerta de cristal inastillable estaba partida a lo largo. Robert se abrió camino hasta la marquesina y, una vez allí, se detuvo. Vio cómo los pterocares, cargados hasta más no poder, se elevaban uno tras otro. Vio cómo Maliaev, silencioso y con cara de piedra, obligaba a montarse en el último pterocar a las muchachas ayudantes de laboratorio. Vio cómo Hasan y Karl se esforzaban inútilmente por meter su «sarcófago» en el helicóptero y cómo alguien intentaba ayudarles desde dentro y se cogía los dedos con él. Vio también al soñoliento Patrick, completamente tranquilo, recostado sobre la linterna de cola del helicóptero. Parecía distraído y pensativo. Cuando Robert volvió la cabeza, se dio cuenta de que, casi encima de él, la Ola cubría ya el cielo como un inmenso telón de terciopelo, negro

como el carbón.

—¡Alto la carga! —gritó Pagava junto al oído de Robert—. ¡Despabídense! ¡Tiren ese ataúd ahora mismo!

El hemostazer cayó pesadamente contra el cemento.

—¡Tiren todo! —volvió a gritar Pagava saliendo de la marquesina—. ¡Todos al helicóptero! ¿No veis? ¿quién estoy hablando? ¡Skliarov! ¡Patrick! ¿Te has dormido?

Robert no se movió de su sitio ni Patrick tampoco. Entre tanto, Maliaev consiguió cerrar la puerta del pterocar, dejándose caer sobre ella, y dio la señal de salida agitando los brazos. El pterocar abrió sus alas, saltó pesadamente, se ladeó un poco y desapareció sobre los tejados. Desde el helicóptero empezaron a tirar cajones. Alguien chillaba con voz llorosa: «¡No, esto, no, Shota Petrovich! ¡No se lo doy!». «¡Me lo darás, querido! —rugía Pagava—. ¡Vaya si me lo darás!». Maliaev corrió hacia allá, gritando y señalando al cielo. Robert levantó sus ojos. Era el pequeño helicóptero orientador, que, cubierto de antenas como si fuera un erizo, pasaba sobre la plaza, envolviéndola en el ruido infernal de su motor recalentado, y que, haciéndose cada vez más pequeño, tomó rumbo al sur. Pagava levantó sus puños crispados.

—¿Adónde vas? —gritó—. ¡Atrás! ¡Atrás gallina! ¡Basta de pánico!

Mientras ocurría todo esto, Robert continuó de pie en la marquesina, sosteniendo la caja de cartón con el hombro dolorido. Sentía la misma impresión que si estuviera en el cine. Allí están descargando un helicóptero. O, mejor dicho, están tirando fuera de él todo lo que encuentran a mano. Realmente, el helicóptero está muy recargado, cosa que puede apreciarse por lo hundido que está el chasis, junto al helicóptero se agolpa la gente. Al principio gritaban, pero ahora se han callado. Hasán se está chupando los nudillos, por lo visto, se los ha desollado. Patrick, al parecer, se ha quedado dormido. ¡A buena hora! y sobre todo... en buen sitio. Karl Hoffman es un pedante (lo que se suele llamar «un científico circunspecto y penetrante»), coge los cajones que tiran del helicóptero y procura apilarlos en orden, probablemente para tranquilizarse a si mismo.

Pagava salta de un lado para otro junto al helicóptero y mira continuamente a la Ola y a la torre de control. Se nota que no quiere marcharse y que siente ser el jefe. Maliaev está un poco apartado y también mira incesantemente a la Ola con expresión de fría enemistad. Mi flaeer está a la sombra del chalé donde vivía Patrick. ¿Quién lo habrá puesto allí? Nadie se fija en él, ni a nadie le hace falta. Quedan, por lo menos, diez personas. El helicóptero es bueno, potente, tipo «grifo», pero con lo cargado que está, volará a media velocidad. Robert puso el cajón sobre un peldaño.

—No tenemos tiempo —dijo Maliaev. En su voz se notó tristeza y amargura. Pero Robert sabía ya que todos tendrían tiempo de salvarse. Se acercó a Maliaev y le dijo:

—Aún queda un «caribdis» de reserva, ¿tienen bastante con un cuarto de hora?

Maliaev lo miró sin entenderlo.

—Hay dos «caribdis» de reserva —dijo fríamente y en el acto comprendió todo.

—Bueno —dijo Robert—. No se olviden de Patrick. Se encuentra al otro lado del helicóptero.

Dicho esto, dio media vuelta y echó a correr.

Oyó voces pero no hizo caso. Corría con todas sus fuerzas, saltando por encima de los aparatos abandonados, de los bancales de plantas decorativas y de los arbustos de aromáticas flores blancas cuidadosamente recortados. Corría hacia el extremo occidental del poblado. A su derecha, sobre los tejados, se ve a la terrible muralla aterciopelada que se apoyaba en el cenit. A su izquierda quemaba un sol blanco y deslumbrante. Robert rodeó la última casa y se encontró ante la colosal popa del «caribdis». Vio los terrones que había entre las articulaciones de sus gigantescas orugas, los pétalos de flores desgarradas que estaban pegados a las zapatas, el tronco desollado de una palmera joven que asomaba por entre las ruedas y, sin levantar los ojos, trepó por la estrecha escala. Los travesaños recalentados al sol le quemaban las manos. Cuando llegó a lo alto, se deslizó sobre la espalda hasta la cabina del mando a mano. Se sentó, levantó la tapa de acero de la ventanilla frontal y sintió, como siempre, que sus manos comenzaban a operar mecánicamente. La derecha se extendió hacia adelante y conectó la corriente, mientras que la izquierda desacoplaba el embrague y conectaba el mando a mano. Simultáneamente, la derecha se volvió hacia atrás y buscó el botón del arrancador. Cuando todo comenzó a rugir, temblar y tronar a su alrededor, la mano izquierda, sin saber por qué, conectó el acondicionador de aire. Fue entonces cuando Robert tomó por fin conciencia de sus actos y empujando la palanca de mando del aspirador, tiró de ella hasta el tope. Hecho esto, se decidió a mirar por la ventanilla hacia adelante.

Delante de él estaba la Ola. Después de Liu, nadie había estado tan cerca de ella. La Ola era completamente negra, sin la menor veta, y toda la estepa, inundada de sol, se dibujaba fantásticamente sobre su fondo. Se veía cada hierba, cada mata. Robert veía hasta las musarañas, las cuales, asustadas, parecían pequeñas columnitas doradas delante de sus madrigueras.

Sobre su cabeza comenzó a oírse un zumbido penetrante y cada vez más fuerte. Era el aspirador que empezaba a funcionar. El «caribdis» se balanceaba suavemente al avanzar. En el espejo retrovisor se veían las casas del poblado, las cuales parecían saltar o flotar en el espacio. El helicóptero no se divisaba. «Cien metros más, no, cincuenta —pensó Robert—, y basta». Miró de reojo a la izquierda y le pareció que la muralla de la Ola se había combado un poco. «¿Es posible que no me dé tiempo?», pensó. Sus ojos no se apartaban de las blancas columnas de humo que se alzaban más allá del horizonte. El humo se iba disipando con rapidez y apenas se divisaba ya. «¿Qué podrá arder en los “caribdis”?».

«Basta» pensó Robert, y apretó el freno. De lo contrario no tendré tiempo de llegar. Volvió a mirar el espejo retrovisor. «¡Cuánto tardan!» pensó. Delante del «caribdis» se iba formando un triángulo oscuro en la estepa, cuyo vértice se encontraba en el aspirador. De improviso, comenzaron a saltar las musarañas. Una de

ellas, que se encontraba a unos veinte pasos, cayó de espaldas y sacudió las patas convulsivamente.

—¡Corred, tontas, corred! —dijo Robert—. Vosotras podéis hacerlo.

En este momento vio el segundo «caribdis». Se encontraba a medio kilómetro de él, hacia el este, y llevaba muy levantada la negra trompa aspiradora. La hierba que tenía delante también había oscurecido, helada por un frío intensísimo.

Robert se alegró extraordinariamente. ¡Bravo!, pensó. ¡Bien pensado! ¡Valiente! ¿Será Maliaev? Y, ¿por qué no?; ¿no es persona acaso? Tampoco a él le es extraña la humanidad. También puede ser Pagava. No, a Pagava no le dejan. Antes lo atan, lo meten debajo de un asiento y le aguantan los pies para que no patee. ¡Bravo! ¡Bravo! Robert abrió la puertecilla lateral, se asomó por ella y gritó:

—¡Eh! ¡Resiste, amigo! ¡Juntos podemos aguantar un año si hace falta!

Después miró los aparatos de control y se olvidó de todo. Los depósitos estaban casi repletos: debajo del polvoriento cristal, el índice luminoso se apoyaba en el tope. Robert se apresuró a mirar el espejo retrovisor y su corazón se tranquilizó un poco.

Sobre las casitas del poblado, en el cielo, pendía una manchita oscura que disminuía a ojos vistas. «Hay que aguantar diez minutos más», pensó. Ahora se veía ya con toda claridad que el frente de la Ola se había doblado delante del pueblo. La Ola rebasaba la zona de acción de los «caribdis» por el este y por el oeste.

Robert siguió todavía sentado, apretando los dientes. Toda su energía la empleaba en desvanecer la visión de un cadáver en el asiento del conductor. ¡Si pudiera uno desconectar su imaginación cuando quisiera! Volvió en sí y comenzó a abrir cuantas escotillas y puertas pudo recordar: la pesada tapa de la escotilla superior; la puerta de la izquierda, ¡de par en par!; la de la derecha, que ya estaba entreabierta, ¡también de par en par!; la que tenía a su espalda, que conducía a la sala de máquinas... no, ésa no, porque la explosión, probablemente, se producirá ahí, en los depósitos de energía, ésa hay que cerrarla con el pestillo. En este mismo instante vio un relámpago... era el otro «caribdis».

Robert oyó un trueno corto, pero ensordecedor, y un golpe de aire caliente. Se asomó por la escotilla y vio que, en el lugar de su vecino, había surgido una nube enorme, de polvo amarillento, que tapaba la estepa, el cielo y hasta la Ola, y que dentro de ella ardía algo con luz brillante y temblona. Se oyó un silbido y algo chocó con el blindaje del «caribdis». Robert miró otra vez los aparatos, dio un salto y salió por la puerta izquierda.

Cayó de bruces sobre la hierba seca y caliente. Se levantó en el acto y corrió hacia el poblado. Nunca en la vida había corrido así. Su «caribdis» estalló cuando él llegaba a la empalizada de la primera casa. Pero ni se volvió a mirarlo. Hundió más la cabeza entre los hombros, se encorvó y aceleró su carrera. Gloria a ti, pensó. Gloria eterna. Después se dio cuenta de que estaba repitiendo estas palabras desde que vio la horrorosa columna de polvo que se formó al explotar el segundo «caribdis».

La plaza estaba desierta y sembrada de aparatos valiosos y de cajas, con registros

de tipo único, abandonadas. El aire hojeaba suavemente diarios únicos, sobre observaciones también únicas. Los jardines habían sido pisoteados. Robert, casi desfallecido, cruzó la plaza y se dirigió al flaer. El motor estaba funcionando y en el sitio del conductor se encontraba Patrick, soñoliento como siempre.

—Por fin llegaste —dijo Patrick cariñosamente, mientras Robert lo miraba sorprendido—. Creía que te habías quedado allí. ¡Móntate de prisa! La Ola tiene ahora una velocidad formidable.

Robert se desplomó en el asiento junto a Patrick.

—Espera —dijo medio ahogándose—. A lo mejor se ha salvado el otro. ¿Quién era? ¿Maliaev, Hoffman?

—El otro era yo —dijo Patrick vergonzosamente.

—¿Tú?

—SI, yo —repitió Patrick y comenzó a reírse nerviosamente. Después condujo el flaer hasta la pista y despegó—. Cuando sentí que iba a estallar, salté y salí corriendo. La explosión fue enorme, ¿verdad? Llegué rodando hasta el mismo pueblo.

El poblado giró despacito debajo de ellos y se deslizó hacia atrás. ¡Vaya con Patrick! —pensó Robert perplejo.

—La explosión de mi «caribdis» fue mayor —insistió Patrick—. ¿No te parece, Rob?

—¿A dónde quieres ir? —preguntó Robert.

—A Ríos Fríos —dijo Patrick—. Allí estará la nueva base.

Reflejo espontáneo

Arkadi y Boris Strugatsky

I

Urm se aburría.

A decir verdad, el aburrimiento, reacción contra la uniformidad y la monotonía, insatisfacción de sí mismo, pérdida del interés por la vida, sólo es propio del hombre y de algunos animales. Para aburrirse hay que poseer un sistema nervioso perfectamente organizado. Hay que poder pensar o, al menos, sufrir. Urm no poseía un sistema nervioso propiamente dicho. No podía pensar y menos todavía sufrir. Sólo sabía percibir, registrar y actuar. Sin embargo, fue presa del aburrimiento.

Después de la marcha del Maestro, no había quedado a su alrededor nada que Urm pudiera retener. Y acumular recuerdos se había convertido en el objetivo de su existencia. Estaba poseído por una curiosidad nunca satisfecha, por una sed insaciable de percibir y registrar lo máximo posible. Todos los hechos y fenómenos desconocidos eran buenos para él, a condición de que su situación en el tiempo y en el espacio constituyera una fuente de sensaciones para uno, al menos, de sus quince sentidos. Cuando no había hechos ni fenómenos desconocidos, era preciso buscarlos.

Pero todo lo que había a su alrededor en aquel momento era conocido y archiconocido, hasta el menor detalle, hasta el menor matiz. Se acordaba desde el primer momento de su existencia de aquella amplia estancia cuadrada de paredes grises y rugosas, del techo bajo y de la puerta de hierro. En ella remaba siempre el mismo olor a metal recalentado y a aceite aislante. De lo alto llegaba un zumbido sordo y casi inaudible que los hombres sólo podían percibir con la ayuda de unos aparatos, pero que él, Urm, oía perfectamente. Las lámparas fluorescentes del techo estaban apagadas, pero Urm veía perfectamente la estancia a la luz infrarroja y gracias a los impulsos de sus radares.

Urm se aburría, pues, y decidió salir en busca de nuevas impresiones. Hacía media hora que el Maestro se había marchado. Y Urm sabía por experiencia que no regresaría inmediatamente. Esta última circunstancia no dejaba de tener su importancia. Un día, Urm había dado por su cuenta un pequeño paseo alrededor de la estancia, y cuando el Maestro le sorprendió en aquella ocupación, obró de tal modo que, devorado por la curiosidad, Urm no fue capaz de moverse ni de agitar siquiera la antena de su radar.

Urm se tambaleó y avanzó pesadamente. El suelo de hormigón resonó bajo sus

gruesas suelas de caucho. Urm se detuvo un momento a escuchar e incluso se inclinó. Pero en la gama de sonidos devuelta por las vibraciones del cemento no había ninguno desconocido y Urm reemprendió su marcha hacia la pared opuesta. Se acercó hasta tocarla y olfateó. La pared olía a hormigón húmedo y a hierro oxidado. Nada nuevo. A continuación, Urm dio media vuelta, rayando la pared con su codo de acero, cruzó la estancia en diagonal y se paró delante de la puerta. Abrirla no resultaba fácil. Urm examinó la cerradura unos instantes, comparando lo que veía con lo que ya sabía. Finalmente, alargó la pinza denticular de su mano izquierda, cogió hábilmente el pestillo y lo hizo girar. La puerta se abrió con un prolongado chirrido. Esto ya era interesante. Y Urm pasó varios minutos abriendo y cerrando la puerta, ora rápidamente, ora con lentitud, escuchando y registrando. Luego franqueó el umbral y se encontró delante de una escalera, angosta y bastante alta, con los peldaños de piedra. Urm contó inmediatamente dieciocho peldaños hasta el primer rellano, que estaba iluminado. Sabía lo que eran los peldaños y empezó a subir, sin apresurarse.

Desde el rellano, otra escalera de madera de diez peldaños conducía más arriba. A la derecha, se abría un largo pasillo. Tras unos instantes de vacilación, Urm giró a la derecha. No sabía por qué. El pasillo no era más atractivo que la escalera. Aunque esta última era mucho más angosta.

El pasillo, caluroso, estaba vivamente iluminado por los rayos infrarrojos procedentes de unos cilindros de laminillas suspendidos a poca distancia del suelo. Urm no había visto nunca radiadores de calefacción central. De modo que los cilindros atrajeron su atención. Se inclinó y cogió uno de ellos con sus dos pinzas. Resonó un seco chasquido, seguido de un ruido de metal roto y una espesa nube de vapor caliente, brillante como un fragmento de sol, brotó en dirección al techo. Un chorro de agua roció las piernas de Urm. Sin preocuparse por ello, levantó el cilindro a la altura de su cabeza, lo examinó y luego, desprendiendo del caparazón que cubría su pecho las varillas flexibles de los micromanipuladores estudió atentamente la rotura del cilindro. Luego, los micro-manipuladores volvieron a ocupar su lugar, el cilindro cayó al suelo y Urm se alejó, chapoteando en el agua. Cuando llegó al extremo del pasillo, unas letras en rojo se encendieron encima de una puerta: «¡Atención! ¡No entrar sin el traje protector!», leyó Urm. Conocía el significado de la palabra «Atención», pero sabía también que siempre iba dirigida a los hombres. Por lo tanto, no podía afectarle. Urm alargó el brazo y empujó la puerta.

Allí, efectivamente, no faltaban las cosas nuevas e interesantes. La sala, muy amplia, estaba llena de objetos de metal, de piedra y de plástico. Una construcción cilíndrica de hormigón, cuya parte superior estaba cubierta con una plancha de hierro o de plomo, se alzaba en medio de la sala. De ella partían innumerables cables hacia las paredes, donde había unas grandes chapas de mármol cubiertas de manecillas y de brillantes discos. La construcción de hormigón estaba rodeada por una verja de cobre. Unas resplandecientes varillas, terminadas en unas pinzas semejantes a las manos de Urm, colgaban del techo.

Avanzando silenciosamente sobre el embaldosado suelo, Urm se acercó a la verja y dio la vuelta a su alrededor. Luego se paró un instante y dio una segunda vuelta. No había ningún paso. Entonces, Urm adelantó la pierna y pasó sin dificultad a través de la verja, que quedó destrozada. Se paró junto a la construcción de hormigón. Su cabeza, redonda como un globo, giró prudentemente a derecha e izquierda. Los caparazones de ebonita de sus receptores acústicos se agitaban en todos los sentidos, las antenas de sus radares temblaban. La tapadera de plomo emitía rayos infrarrojos, discernibles incluso en aquella sala recalentada. Pero emitía también una radiación desconocida. Urm veía perfectamente gracias a sus aparatos de rayos X y gamma, y le pareció que la tapadera era transparente y que debajo de ella se abría un pozo estrecho y sin fondo, lleno de un polvo luminoso. Desde las profundidades de su memoria Urm recibió una orden: «Abandone este lugar inmediatamente». Urm ignoraba cuándo le habían dado esa orden, y quién. Sin duda la conocía desde que vino al mundo, del mismo modo que conocía muchas otras cosas que nunca había visto ni probado. Sin embargo, no obedeció. La curiosidad pudo más. Se inclinó sobre la construcción de hormigón, tendió sus pinzas y, con un gran esfuerzo, levantó la tapadera.

Un chorro de rayos gamma le cegó. Dos lucecitas rojas se encendieron en las chapas de mármol, y una sirena aulló. A través de las siluetas transparentes de sus manos, Urm percibió el interior del pozo de hormigón. Luego dejó caer la tapadera y gritó con una voz de bajo enronquecida: «¡Peligro! ¡Danger! ¡Gefahr! ¡Abunai!». El eco rodó por la sala y enmudeció. Urm dio media vuelta sobre sí mismo y se dirigió apresuradamente hacia la salida. La impresión, provocada por el chorro de partículas radioactivas registradas por sus aparatos de control, le incitó a salir de allí. Desde luego, ni la peor radiación ni los potentes chorros de partículas podían causarle el menor daño; incluso podía permanecer tranquilamente en la zona activa del reactor. Pero, al crearlo, sus amos le habían inculcado la tendencia a mantenerse lo más lejos posible de las fuentes de radiación intensa.

Urm salió al pasillo, cerró cuidadosamente la puerta detrás de él y, pasando a horcajadas por encima del radiador que había arrancado, volvió a encontrarse en el rellano. Allí vio a una persona que bajaba rápidamente por la escalera de madera.

La persona en cuestión era de estatura mucho menor que la del Maestro. Llevaba unas vestiduras claras y amplias y sus cabellos eran muy largos y tenían el color del oro. Urm no había visto nunca nada semejante. Aspiró un poco de aire y captó el conocido olor a lilas blancas. El mismo olor, aunque más débil, emanaba a veces del Maestro.

En el pasillo reinaba una semioscuridad, en tanto que la escalera, detrás de la joven, estaba vivamente iluminada, de modo que ella no percibió inmediatamente su enorme silueta. Sin embargo, al oír unos pasos, la joven se detuvo e inquirió:

—¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Ivachev?

—Buenos días, ¿cómo está usted? —dijo Urm con voz enronquecida.

La joven profirió un grito. Surgiendo de la oscuridad, una sombra gigantesca avanzó hacia ella, rematada por una cabeza redonda y brillante, provista de ojos de cristal, con unos hombros acorazados de una anchura increíble y unos gruesos brazos articulados. Urm apoyó el pie sobre el primer peldaño de madera y la joven volvió a gritar.

Nunca le había ocurrido que un hombre no respondiera a su saludo. Pero aquel sonido extraño, penetrante y, sin duda alguna, inarticulado, no correspondía a ninguna de las respuestas estándar que Urm conocía. Interesado, avanzó decididamente hacia la joven, que retrocedía. Los peldaños de madera crujían bajo sus pasos.

—¡Atrás! —gritó la joven.

Urm se inmovilizó e inclinó la cabeza, escuchando.

—¡Atrás, monstruo!

Urm conocía la orden «Atrás». Al oírla tenía que dar media vuelta y avanzar unos pasos en sentido contrario hasta recibir la orden de «Alto». Pero, por regla general, las órdenes eran dadas por el Maestro, y además Urm experimentaba el deseo de continuar sus pesquisas. De modo que siguió subiendo hasta llegar a la entrada de una pequeña habitación, muy clara.

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás! —gritaba la joven.

Pero Urm, aunque avanzando menos rápidamente de lo que podía, no se detuvo. La habitación, con sus dos escritorios, sus sillas, su tablero de dibujo y sus armarios llenos de libros y de voluminosas carpetas, le interesaba. Mientras abría los cajones, desataba las carpetas y leía en voz alta las inscripciones que figuraban debajo de los dibujos, la joven se escapó a la habitación contigua, se acurrucó detrás de un diván y cogió el teléfono. Urm la veía, ya que llevaba un receptor óptico en la parte posterior de la cabeza, pero aquel pequeño ser de cabellos largos ya no le interesaba. Pisoteando los papeles esparcidos por el suelo, continuó su excursión. Detrás de él, la joven gritaba al teléfono:

—¡Nikolai Petrovich! ¡Nikolai Petrovich! ¡Soy yo, Galia! Nikolai Petrovich, Urm ha irrumpido en nuestra oficina. ¡Su Urm! ¡Urm! Ursula-Roberto-María... ¿Lo habéis comprendido?... No lo sé... Le he encontrado cuando salía de la sala del gran reactor... Sí, sí, ha entrado en la sala del reactor... ¿Qué? ¡Evidentemente, no!

Urm no se paró a escucharla. Salió al salón y se inmovilizó, como herido por el rayo. Las antenas negras de sus radares se agitaron en todas direcciones. Estaba estupefacto. Algo brillante y frío colgaba de la pared, en frente de él. A los rayos infrarrojos, tenía el aspecto de un cuadrado gris impenetrable, y a los rayos normales brillaba con reflejos plateados. Pero lo que había dejado estupefacto a Urm era el monstruo negro que había visto en aquel extraño cuadrado, con una cabeza redonda rematada por unas antenas que se agitaban. No acertaba a comprender dónde se encontraba aquel ser desconocido. Su telémetro visual le había revelado que le separaban doce metros y ocho centímetros del objeto en cuestión, pero su radar había desmentido inmediatamente aquella información. «No hay nada, salvo una superficie

vertical lisa que se encuentra a... seis metros y cuatro centímetros...». Urm no había visto nunca nada semejante, y su radar y sus receptores visuales no le habían proporcionado nunca, tampoco, unos informes tan contradictorios. Desde el primer momento, su organismo había sido concebido de tal modo que para él era una necesidad hacer claro y comprensible todo lo que encontraba. De modo que avanzó decididamente, mientras registraba lo que acababa de comprobar: «La distancia señalada por el telémetro es igual a la señalada por el radar multiplicada por dos». Chocó contra el cristal que se rompió en mil fragmentos y se detuvo: detrás del cristal no había más que pared. Urm olfateó aquella pared, dio media vuelta y, sin prestar atención al guardián pálido como la muerte que estaba colgado de la señal de alarma, se dirigió hacia la salida. Fuera, nevaba y soplaba un viento de tormenta. Unas tinieblas blancas envolvieron a Urm.

II

Cuando Nikolai Petrovich soltó el receptor, Piskunov estaba ya en la entrada poniéndose el abrigo.

—¿A dónde vas?

—Allá abajo, desde luego...

—Espera. Antes hay que decidir lo que vamos a hacer. Si ese robot empieza a revolverlo todo en la central...

—La central sería lo de menos —dijo Rabkin—. Lo peor serían los laboratorios. Y los depósitos. ¿Y si viene aquí, a la ciudad?

Nikolai Petrovich reflexionaba intensamente. Piskunov, impaciente, saltaba de uno a otro pie, con la mano en el pomo de la puerta.

—Tenemos que ir todos juntos —propuso tímidamente Kostenko—. Localizarlo... y cogerlo.

Piskunov hizo una mueca y Rabkin, por su parte, gruñó:

—¡Cogerlo! ¿Por dónde? ¿Por el fondillo de los pantalones? Media tonelada de peso, trescientos kilos de fuerza viva en el extremo de cada uno de sus puños... Será mejor que te calles, Kostenko. Eres nuevo aquí y no sabes nada...

—¡Ya está! —exclamó Nikolai Petrovich súbitamente—. Utilizaremos los bulldozers. Rabkin, corre al garaje y localiza a tres conductores, como mínimo. Hoy es sábado, probablemente estarán en el club... ¿De acuerdo, Piskunov?

—Sí, pero hay que darse prisa.

—Tú, Piskunov, irás al Instituto. Trata de averiguar dónde está Urm y telefona al garaje. Kostenko, acompáñale. Y más aprisa, más aprisa, camaradas. ¡El demonio! Con tal de que no franquee las puertas...

Poniéndose los abrigos, salieron juntos. Rabkin patinó y chocó de cabeza contra la espalda de Kostenko, el cual cayó a cuatro patas.

—¡Cuidado con lo que haces!

—¿Qué pasa? ¿Has perdido las gafas?

El viento arrastraba furiosamente ráfagas de nieve polvorienta, silbaba en los cables y aullaba en el encaje de acero de los postes de alta tensión. Las ventanas de la casita proyectaban rectángulos de luz amarillenta sobre los montones de nieve. Todo lo demás estaba sumido en tinieblas.

—¡Voy para allá! —dijo Rabkin—. ¡Cuidado, amigos! No os arriesguéis inútilmente.

Resbaló de nuevo, cayó y durante un minuto se agitó en la nieve, maldiciendo a la tormenta, al cerdo de Urm y, en términos generales, a todos los que participaban de algún modo en el acontecimiento. Luego, su abrigo de color claro apareció en la puerta del jardín y se perdió entre la nieve.

Piskunov y Kostenko echaron a andar por la calzada. Kostenko dijo:

—No lo entiendo. ¿Por qué hay que utilizar los bulldózers?

—¿Se te ocurre algo mejor? —inquirió Piskunov.

—No se trata de eso... Sencillamente, no lo entiendo. ¿Queréis destruir a Urm?
Piskunov suspiró.

—Queremos detenerle —dijo.

Levantó los faldones de su abrigo y saltó por encima de un montón de nieve. Confundido, Kostenko le siguió. Delante de ellos se extendía un campo nevado. Más allá, una carretera. Al otro lado de la carretera se hallaba la central eléctrica.

Para ganar tiempo, Piskunov se adentró en un descampado donde el otoño anterior habían sido construidos los cimientos de un nuevo edificio. Kostenko le oyó gruñir mientras tropezaba con los montones de ladrillos helados y los hierros de la armazón. Andar resultaba cada vez más difícil. A través de los torbellinos de nieve, se distinguían débilmente las luces del Instituto.

—Espera —dijo Kostenko—. Esto no hay quien lo aguante. Vamos a descansar un poco.

Piskunov se agachó a su lado. ¿Qué había pasado? El conocía a Urm mejor que nadie en el Instituto. Cada tornillo, cada electrodo, cada cristal de aquel espléndido mecanismo había pasado por sus manos. Creía poder predecir cada uno de los movimientos de Urm en cualquier circunstancia. Pero he aquí que había abandonado su cueva «sin permiso», y ahora se paseaba a través de la central. ¿Por qué?

La conducta de Urm estaba regulada por su cerebro, un aparato sumamente complejo y sutil, construido a base de germanio, platino y ferrita. Las computadoras normales disponen de varias decenas de millares de células, esos órganos elementales que reciben, conservan y dan las señales.

El cerebro de Urm disponía de casi 18 millones de células lógicas, cuyos programas preveían las reacciones a una multitud de situaciones, a las diversas variaciones de las circunstancias, así como la ejecución de un gran número de operaciones distintas. ¿Qué había podido influir en el cerebro de Urm, en el programa? ¿La radiación del motor atómico? No, el motor estaba rodeado de una potente pantalla protectora de circonio, de galidonio y de acero tratado con boro. Prácticamente, ni un solo neutrón, ni un solo rayo gamma podía franquear aquella pantalla. ¿Los receptores, acaso? No, esta misma noche se hallaban en perfecto estado. Por lo tanto, el motivo de aquella conducta de Urm había que buscarlo en el propio «cerebro». En el programa, un programa nuevo y complicado cuya implantación dirigió el propio Piskunov... El programa... Desde luego.

Piskunov se incorporó lentamente.

—¡Es un reflejo espontáneo! —dijo—. ¡Evidentemente, es un reflejo espontáneo!
¡Soy un idiota!

Kostenko le miró, desconcertado.

—¿Qué? No entiendo nada...

—Yo, sí. Salta a la vista. Pero ¿quién podía imaginarlo? Todo marchaba tan

bien...

—¡Mira! —exclamó súbitamente Kostenko.

Un relámpago azulado iluminó el cielo gris encima del Instituto, y sobre el fondo de aquella aurora, las siluetas negras de los edificios se recortaron a la vez claras y casi irreales en la tormenta. La línea luminosa que marcaba el límite del Instituto tembló y se apagó.

—¡El transformador! —murmuró Piskunov—. La subestación se encuentra delante mismo de la torre del reactor. Urm está allí. Y los guardianes...

—¡Corramos! —dijo Kostenko.

Echaron a correr. El viento les derribaba, se hundían en unos hoyos de nieve. Caían, se levantaban y volvían a caer.

—¡Más aprisa, más aprisa! —decía Piskunov.

Unas lágrimas arrancadas por el viento y por la emoción se deslizaban por sus mejillas, se helaban en sus pestañas dificultándole la visión. Cogió a Kostenko de la mano y le arrastró detrás de él, sin dejar de murmurar:

—¡Más aprisa, más aprisa!

En la ciudad, habían observado el relámpago encima del Instituto. Una sirena aulló, las ventanas de las viviendas de los guardianes se iluminaron. El haz cegador de un reflector barrió el campo abierto, arrancando de las tinieblas las dunas de nieve, los postes de la línea de alta tensión. Se deslizó sobre el muro de piedra que rodeaba el Instituto y se detuvo finalmente ante las puertas, cerca de las cuales se movían unas pequeñas siluetas negras.

—¿Quién está allí? —preguntó Kostenko.

—Los guardianes. La milicia, sin duda... —Piskunov se interrumpió y se frotó los ojos—. ¡Las puertas! Las han cerrado. Estupendo. Eso significa que Urm se encuentra allí todavía.

Era evidente que se había dado la voz de alarma. Ahora no eran uno sino tres los reflectores que registraban el espacio, a lo largo de las paredes del Instituto. Unos torbellinos de nieve danzaban en su claridad azul. A través de los aullidos del viento se oyeron unos gritos. Alguien blasfemó. Luego, unos motores empezaron a roncar y se oyó un ruido de cadenas: los enormes buldózeres salían del garaje.

—Mira, Kostenko —dijo Piskunov—. Mira bien. Estamos asistiendo a la cacería más extraordinaria de toda la historia humana. ¡Mira bien, Kostenko!

Kostenko le dirigió una mirada de reojo.

Le pareció que unas lágrimas se deslizaban por el rostro del ingeniero. Tal vez a causa del viento.

Entretanto, el ruido de cadenas se había desplazado hacia la derecha. Los buldózeres avanzaban por la calzada. Se distinguían ahora las luces de sus faros.

—Cinco contra uno —murmuró Piskunov—. No tiene ninguna posibilidad.

Bruscamente, se produjo un cambio de decorado. El propio Kostenko no supo lo que había cambiado, en el primer momento. La tormenta continuaba aullando, los

torbellinos de nieve seguían barriendo el suelo, los motores de los bulldózeres roncaban aún, inexorables y amenazadores. Pero los rayos de los reflectores no registraban ya el terreno. Se habían inmovilizado sobre las puertas, abiertas ahora de par en par y cerca de las cuales ya no había nadie.

—¿Qué diablos pasa? —dijo Kostenko.

—Habrá...

Piskunov no terminó la frase. En un mismo impulso los dos corrieron hacia el Instituto. Se encontraban a unos cincuenta metros de las puertas, cuando Piskunov casi chocó con un hombre que corría en sentido contrario, con un fusil en la mano. Asustado, el hombre aulló y dio un salto de costado, pero Piskunov le agarró por el hombro y le paró.

—¿Qué ha pasado?

El hombre, enloquecido, trató de desasirse, pero no tardó en recobrar su sangre fría y masculló una maldición.

—Se ha escapado —dijo—. Ha hundido las puertas y casi ha aplastado a Makeev. Yo voy en busca de refuerzos...

—¿Hacia dónde ha ido?

El miliciano hizo un gesto vago con la mano, señalando a la izquierda.

—Por allí, me parece... Por la calzada...

—Entonces, va a encontrarse con los bulldózeres... ¡Corramos!

Súbitamente, surgiendo de la borrasca, algo enorme avanzó hacia ellos. Unas luces rojas y verdes les hicieron parpadear, y una voz enronquecida inquirió, inexpresiva:

—Buenos días, ¿cómo está usted?

—¡Urm! ¡Alto! —gritó Piskunov con voz desesperada.

Kostenko vio que el miliciano corría, que Piskunov levantaba los brazos y agitaba los puños. Luego, la enorme silueta, rodeada de una nube de vapor, pasó por delante de él, levantando mucho los pies, y desapareció entre la nieve.

III

Después de cerrar cuidadosamente la puerta detrás de él, como hacía siempre si no estaba rota, Urm dio un paso y se detuvo. El espacio circundante estaba lleno de sonidos, de movimientos, de radiaciones. Tres haces de rayos luminosos, muy potentes, luchaban contra la oscuridad. Delante de Urm, a trece metros cincuenta centímetros, había un edificio bajo, cuyas grandes ventanas estaban protegidas por barrotes de hierro. Sus muros irradiaban una resplandeciente claridad infrarroja. Los copos de nieve revoloteaban a millares en el aire, y los que se posaban sobre Urm se fundían y se evaporaban inmediatamente, hasta tal punto el motor atómico calentaba su cuerpo.

Urm volvió la cabeza y decidió que el edificio bajo era el objeto a estudiar más próximo y más interesante. Encontró en seguida la entrada. Abrió la puerta y penetró en una pequeña habitación.

Los dos hombres sentados ante la mesa se levantaron de un salto y se le quedaron mirando, aterrorizados. Urm volvió a cerrar la puerta y se inmovilizó delante de ellos.

—¿Cómo está usted? —dijo.

—¿Camarada Piskunov? —preguntó uno de los hombres, embobado.

—El camarada Piskunov ha salido —respondió Urm en tono indiferente—. ¿Qué es lo que hay que transmitirle?

Los hombres no le interesaban. Su atención se había fijado en un pequeño ser peludo, acurrucado en un rincón.

«Está caliente, vivo, huele intensamente, no es un hombre», decidió Urm. Y, en voz alta, dijo:

—Buenos días, ¿cómo está usted?

—R-r-r-r —respondió el ser con el valor de la desesperación, mostrando unos dientes agudos y blancos.

Absorto en el perro, Urm se había olvidado por completo de los milicianos, los cuales habían aprovechado la ocasión para atrincherarse detrás de la mesa y del armario, y sacaban apresuradamente sus revólveres.

Con el rabo entre las patas, el perro profirió un aullido lastimero y trató de escaparse. Pero Urm era mucho más rápido que él, más rápido que cualquier animal. Con la velocidad del rayo, su cuerpo dio media vuelta, su brazo salió disparado y cogió al perro. En el mismo instante resonó un disparo: uno de los milicianos había perdido su sangre fría. Al chocar con la coraza que formaba la espalda de Urm, la bala produjo un sonido metálico, rebotó y se clavó en la pared.

—¡Sidorenko, no dispires! —gritó el otro miliciano.

Urm soltó al perro, que temblaba con todos sus miembros, y miró a los dos hombres pálidos pero resueltos que permanecían delante de él empuñando sus armas. Olfateó con curiosidad el aire en el cual flotaba el olor desconocido de la pólvora sin

humo. El perro se había refugiado entre las piernas de los milicianos, pero Urm había perdido todo interés por él. Se volvió y se dirigió hacia la otra puerta, en la cual veíanse un cráneo y dos tibias entrecruzadas. Estupefactos, los milicianos le vieron palpar el candado con sus pinzas. La puerta se abrió. Entonces, recobrando el ánimo, se precipitaron hacia él.

—¡Alto! ¡Atrás! ¡Atrás!

Se pegaron a sus flancos blindados, ciegos al peligro, transidos de horror al pensar en lo que podía hacer aquel monstruo de acero si entraba en el transformador. Pero Urm no les hacía el menor caso. Los esfuerzos de los milicianos eran inútiles, como si trataran de parar un tractor en marcha. Entonces, uno de ellos, apartando a su camarada, disparó a quemarropa todo su cargador en la cabeza de Urm. La habitación se llenó del ruido de las detonaciones.

Urm se tambaleó. La coquilla de ebonita de su receptor voló en pedazos. La antena del radar quedó arrancada y colgada de un hilo.

Urm no había sido atacado nunca. No poseía el instinto de autodefensa y, naturalmente, no tenía ninguna experiencia de lucha contra el hombre. Pero podía cotejar los hechos, extraer conclusiones lógicas y escoger una línea de conducta susceptible de garantizar al máximo su seguridad. Todas esas operaciones mentales no requirieron más que unas décimas de segundo. Inmediatamente después se volvió y avanzó hacia los hombres, con sus temibles pinzas extendidas con aire amenazador.

Los milicianos se separaron. Uno de ellos se refugió detrás del tablero de distribución y el otro saltó detrás del estuche de acero macizo del transformador más próximo, recargando apresuradamente su revólver.

—¡Sidorenko! ¡Corre al cuerpo de guardia y telefona dando la alarma! —gritó.

Pero Sidorenko no llegó a la puerta. Urm se desplazaba mucho más rápidamente que un hombre y bastó que el miliciano saliera de detrás del tablero para que le alcanzara.

Entonces, trataron de salir simultáneamente. Fue inútil: Urm corría del tablero al transformador con la velocidad del rayo.

A consecuencia de un torpe movimiento del robot, el tablero se partió por la mitad. El viento silbaba en los cristales rotos por las balas en las ventanas y en el techo.

Finalmente, aquel juego aburrió a Urm y decidió no ocuparse más de los dos hombres. Se paró bruscamente delante del transformador y hundió resueltamente la mano bajo el estuche de protección. Los milicianos aprovecharon la ocasión para huir al cuerpo de guardia. En el mismo instante resonó un chasquido ensordecedor y un relámpago azul proyectó a su alrededor su claridad cegadora. Las luces se apagaron. Un acre olor a metal quemado, a humo, a laca derretida, brotó de la habitación. Aturdidos, los milicianos no comprendieron inmediatamente lo que había pasado. Luego resonaron unos pasos lentos en la estancia donde se habían refugiado y una voz metálica pronunció en las tinieblas:

—Buenos días, ¿cómo está usted?

Cayó el cerrojo, la puerta chirrió, la silueta angulosa del monstruo de metal apareció por espacio de un segundo en el marco y la puerta volvió a cerrarse.

Urm continuó su viaje por el patio del Instituto, hundiéndose en la nieve y levantando mucho los pies. Las tinieblas eran tan intensas que su órgano visual infrarrojo no le servía prácticamente de nada. Sólo distinguía un leve resplandor en torno a su vientre y sus piernas, donde los copos de nieve venían a derretirse y evaporarse. Algunas siluetas de hombres, débilmente fosforescentes, aparecieron entre los edificios. Pero Urm no les prestó ninguna atención. Avanzaba orientando por el radar, aunque ahora no podía calcular las distancias, ya que una de las antenas había sido rota por una bala.

Urm se interesó por las luces lejanas de la ciudad que parpadeaban a través de la borrasca y que los haces azulados de los reflectores hacían aún más atractivas. Caminó hasta la pared, vaciló y giró a la izquierda. Sabía que en las paredes siempre hay puertas. No tardó en encontrarlas. Unas grandes puertas de hierro. Estaban cerradas. Detrás, oíanse unas voces inquietas. A través de una rendija se filtraba un rayo de luz de color azul brillante.

—Buenos días —dijo Urm.

Empujó las puertas que, perfectamente cerradas, no cedieron. A lo lejos oíanse unos chasquidos metálicos. Detrás de las puertas ocurrían cosas muy interesantes, sin duda. Urm empujó con más fuerza, luego retrocedió, echó la cabeza hacia atrás y se lanzó contra la puerta, golpeándola con su pecho blindado. Las voces se callaron. Después, alguien gritó en tono vacilante:

—¡Cuidado! ¡No disparéis contra ese diablo!

—Buenos días, ¿cómo está usted? —dijo Urm.

Con un nuevo impulso, volvió a golpear la puerta, que esta vez cayó, arrancada de sus goznes, menos sólidos que la cerradura. Urm pasó sobre ella como por un puente, mientras los milicianos se apartaban, y se encontró en pleno campo, donde la tempestad de nieve arreciaba.

Avanzó, conservando a duras penas el equilibrio sobre la tierra labrada y cubierta de nieve movediza. Repentinamente, el suelo cedió bajo su peso y Urm cayó en la nieve que se evaporó a su contacto. Urm no había caído nunca. Sin embargo, se arqueó inmediatamente sobre sus manos, estiró los brazos al máximo, flexionó las rodillas y se levantó.

Una vez de pie, permaneció un momento inmóvil observando lo que pasaba a su alrededor. Delante, las luces de las viviendas parpadeaban en la oscuridad. A la izquierda, muy cerca, se agitaban tres siluetas humanas. Más lejos se oía el roncar de los motores de unos vehículos que avanzaban rápidamente hacia las puertas. Al pasar junto a los hombres les saludó, y en uno de ellos reconoció al Maestro, el que podía privarle de la facultad de desplazarse. Urm lo recordaba perfectamente, de modo que apresuró el paso. El maestro quedó rezagado y desapareció entre los torbellinos.

Urm desembocó en la carretera e inmediatamente una luz cegadora le iluminó de pies a cabeza. Unos gigantescos monstruos metálicos avanzaban hacia él. Se detuvieron, resoplando con ira.

De pie a cinco pasos del primer buldózer, Urm volvió su redonda cabeza a derecha e izquierda y repitió:

—Buenos días, ¿cómo está usted?

IV

Nikolai Petrovich saltó del buldózer. El conductor, asustado, gritó:

—¿Adonde va usted, camarada ingeniero?

En aquel mismo instante apareció Piskunov en la calzada. Con los cabellos enmarañados (había perdido su gorro de piel corriendo), las manos profundamente hundidas en los bolsillos de su abrigo, dio la vuelta alrededor del buldózer y se detuvo delante de Urm. Les separaban apenas cinco pasos. Como una torre, Urm dominaba al ingeniero con su enorme estatura; sus flancos brillaban a la luz de los faros y su vientre rodeado de una nube de vapor exudaba humedad. Con su cabeza redonda y sus pequeños ojos de cristal, las coquillas de sus receptores acústicos como orejas despegadas, la antena de su radar irguiéndose como un cuerno, recordaba aquellas máscaras extrañas y cómicas que los muchachos confeccionan con calabazas en los pueblos para asustar a las niñas. Su cabeza oscilaba rítmicamente y sus ojos seguían cada uno de los movimientos de Piskunov.

—¡Urm! —dijo el ingeniero en tono firme. La cabeza se inmovilizó, los brazos articulados cayeron a lo largo del cuerpo. Urm respondió:

—Estoy preparado.

Alguien estalló en una risa nerviosa.

Piskunov avanzó unos pasos y colocó su mano enguantada sobre el pecho de Urm. Sus dedos se deslizaron rápidamente por la coraza, buscando el punto esencial, el interruptor del circuito que conectaba el cerebro del robot al sistema de fuerza y de movimiento. Entonces, ocurrió algo inesperado para todos, excepto para Piskunov, que lo había estado temiendo. Evidentemente, la memoria de Urm había conservado unas asociaciones que identificaban aquel gesto del Maestro con una repentina incapacidad de moverse. Apenas los dedos de Piskunov rozaron la llave, el robot giró en redondo. Su brazo de acero pasó por encima de la cabeza de Piskunov, que lo esquivó por muy poco.

Sin apresurarse, Urm echó a andar. Nikolai Petrovich fue el primero en recobrar su presencia de ánimo.

—¡Eh, muchachos! —gritó—. ¡Rodeadle a derecha e izquierda con vuestros buldózeres! Cortadle el acceso a las puertas... ¡Piskunov! ¡Eh, Piskunov!

Pero Piskunov no le escuchaba. Mientras los buldózeres empezaban a rodar rápidamente por los lados de la calzada levantando nubes de nieve, corrió detrás de Urm.

—¡Alto, Urm! —gritó con voz aguda—. ¡Párate, animal! ¡Atrás! ¡Atrás!

Se ahogaba. Urm andaba cada vez más de prisa y la distancia entre ellos era cada vez mayor. Finalmente, Piskunov se detuvo, introdujo las manos en los bolsillos de su abrigo y, con la cabeza hundida entre los hombros, contempló cómo se alejaba Urm.

Nikolai Petrovich y Rabkin se reunieron con él. Kostenko llegó el último.

—¡No valía la pena correr! —dijo Nikolai Petrovich, enojado.

Piskunov se encogió de hombros.

—Ya no obedece —murmuró—. ¿Comprendes, Nikolai? Ya no obedece. Un reflejo espontáneo... Está claro como el agua.

Nikolai Petrovich asintió con la cabeza.

—Yo también lo he pensado —dijo.

—¡Qué desastre! —exclamó Rabkin—. Es como si se permitiera a los trenes que escogieran por sí mismos su horario y su recorrido.

—¿Qué es un reflejo espontáneo? —preguntó tímidamente Kostenko.

Nadie le contestó.

—A pesar de todo, es magnífico —declaró Nikolai Petrovich—. ¡Ya no obedece! Por lo tanto...

—¡Vamos! —le interrumpió bruscamente Piskunov.

Entretanto, los buldózeres se habían desplegado en semicírculo y se acercaban a Urm, el cual seguía andando tranquilamente. Uno de los buldózeres desembocó en la calzada delante de él, un segundo le siguió, y los otros tres se acercaron por los flancos, dos por la izquierda y uno por la derecha. Urm había observado desde hacía largo rato que trataban de rodearle, pero sin prestarles atención continuó avanzando hasta el momento en que chocó con uno de ellos de frente. Empujó, el buldózer se movió un poco y el conductor empuñó sus palancas de mando. Urm retrocedió y, tomando impulso, se lanzó contra la máquina. Se produjo un entrechocar de hierros y brotaron chispas. En aquel preciso instante, el segundo buldózer acudió en ayuda de su compañero y apoyó su broquelen la espalda de Urm, inmovilizándole. Únicamente su cabeza giraba sobre sí misma como un globo. Semejantes a serpientes negras, sus micro-manipuladores surgieron de la coraza que cubría su pecho, palparon la parte superior del broquel y desaparecieron de nuevo. Otros dos buldózeres bloquearon la salida a derecha e izquierda. Urm había caído prisionero.

—¡Camaradas ingenieros! ¡Camarada Piskunov! ¿Qué hay que hacer ahora? —gritó el conductor del primer buldózer.

—El camarada Piskunov ha salido. ¿Qué hay que transmitirle? —dijo Urm.

Levantó su puño y lo dejó caer sobre el metal. Una y otra vez. Golpeaba a intervalos regulares, como un boxeador en el entrenamiento, inclinándose ligeramente con cada uno de los golpes. Bajo sus enormes puños brotaron haces de chispas. Piskunov, Petrovich, Rabkin y Kostenko echaron a correr.

—Hay que hacer algo en seguida —dijo Rabkin, preocupado—. Va a hacerse pedazos.

Sin pronunciar una sola palabra, Piskunov se encaramó al buldózer, pero Rabkin le cogió por el faldón de su abrigo y le obligó a retroceder.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Piskunov, irritado.

—Eres el único que conoces a Urm en sus menores detalles —respondió Rabkin—. Si te aplasta... esta historia puede durar meses enteros. Es preciso que suba otro.

—Tiene razón —le apoyó Nikolai Petrovich—. Subiré yo.

Intervino uno de los obreros que rodeaban a los ingenieros.

—¡Escojan a uno de nosotros! Nosotros somos más jóvenes, más ágiles.

—Iré yo —dijo Kostenko, con aire sombrío.

Nikolai Petrovich le dirigió una mirada irónica.

—¿Quién de vosotros sabe lo que hay que hacer?

Todos se callaron.

—¿Os dais cuenta? El único que lo sabe soy yo. Si me sucede... algo... avisaréis a los ayudantes. ¡No dejéis acercarse a Piskunov!

Se quitó el abrigo y se encaramó al buldózer. Rabkin sujetaba a Piskunov, que trató de desasirse.

—¡Suéltame, Rabkin! ¡Es una estupidez! ¡Suéltame!

Rabkin no contestó. Kostenko pasó al otro lado y apoyó fuertemente la mano en el hombro de Piskunov, el cual se tranquilizó y, mordiéndose los labios, se puso a observar a Nikolai Petrovich.

Urm continuaba agitándose. La parte inferior de su cuerpo estaba sólidamente sujeta por los buldózeres, pero su parte superior estaba libre. Rápido como el rayo se volvía a uno y otro lado, golpeando con sus puños de hierro los broqueles de los buldózeres. «Trescientos kilogramos de fuerza viva al extremo de cada puño», recordó Kostenko.

Con los dientes apretados, agachado entre los buldózeres a los pies de Urm, Nikolai Petrovich acechaba el momento propicio. Los golpes asestados al metal resonaban dolorosamente en sus oídos. Sabía que Urm le había visto. De cuando en cuando, sus ojos de cristal se volvían hacia él: Urm estaba sobre aviso.

—Calma, calma —murmuró Nikolai Petrovich—. Urm, amigo mío, calma... ¡No pegues tan fuerte, imbécil!

Súbitamente, un nuevo sonido resonó por encima de los golpes: algo había cedido. ¿El brazo de Urm, o el broquel del buldózer? No era posible esperar más. Nikolai Petrovich se zambulló bajo el brazo de Urm y se apretó contra su flanco. Y, de nuevo, Urm asombró a todo el mundo: sus brazos se inmovilizaron. El estrépito cesó. Volvió a oírse el rugido de la tormenta y el roncar de los motores. Pálido y cubierto de sudor, Nikolai Petrovich se irguió y alargó el brazo hacia el pecho de Urm. Se oyó un seco chasquido. Las luces rojas y verdes que brillaban en los hombros de Urm se apagaron.

—¡Ya está! —suspiró Piskunov, y cerró los ojos.

Inmediatamente, todo el mundo empezó a hablar en voz alta, a reír y a bromear. Los conductores ayudaron a Nikolai Petrovich a bajar del buldózer. Piskunov le abrazó y le besó.

—Ahora —dijo Nikolai Petrovich—, vamos al Instituto. Hay que trabajar. Una semana, un mes... Pero es preciso eliminar las extravagancias de Urm y convertirle realmente en una máquina-robot universal.

—¿Qué es lo que ha pasado con Urm? —preguntó Kostenko—. ¿Y qué es un reflejo espontáneo?

Muerto de fatiga, después de aquella noche tan agitada, Nikolai Petrovich respondió:

—Verás, Urm ha sido construido por encargo del Departamento de comunicaciones interplanetarias. Lo que le distingue de los otros robots es que ha sido concebido para trabajar en unas condiciones que ni siquiera el programador más genial puede prever. Por ejemplo, en Venus. ¿Quién puede saber cuáles serán las condiciones? Tal vez está enteramente cubierto por el mar, o por los desiertos, o por la selva, o por lavas ardientes. No es posible enviar hombres allí. Sería demasiado arriesgado. De manera que se enviarán Urms, docenas de Urms. Pero, ¿qué programa se les debe imponer? Lo malo del asunto es que el nivel actual de la cibernética no permite enseñarles a «pensar» de un modo abstracto...

—¿O sea?

—Imagina que enviamos un robot a explorar un lugar desconocido: a averiguar cuál es la actividad del terreno, a descubrir yacimientos minerales, a estudiar la flora, la fauna, etcétera. Queremos que de la vuelta al lugar en cuestión y luego que atravesase el círculo así trazado por el centro, de norte a sur. Si sabemos que el terreno es llano como esta mesa el robot puede ser sumamente simple: un par de receptores, una brújula giroscópica, algunos relés. Decenas de millares de máquinas de ese tipo conducen actualmente los tractores y las segadoras-trilladoras en los campos soviéticos. Para ello, repito, es necesario que el terreno sea relativamente llano. Pero, si el terreno es accidentado, cortado por barrancos, ríos profundos, pantanos, etcétera, nuestro robot corre el peligro de despeñarse, de ahogarse o de hundirse en el fango. En previsión de tales eventualidades, debemos dotarle de un «cerebro» más complejo, proporcionarle un programa mucho más detallado. Por ejemplo, podemos «enseñar» al robot a buscar los vados, prohibirle que se aventure en los parajes profundos, que se acerque al borde de los barrancos. Se le puede enseñar a evitar los obstáculos, o, si es posible, a superarlos, utilizando diversos dispositivos, tales como el potente sistema de equilibrio de Urm, o sus brazos y sus piernas... Por eso le hemos dotado de brazos y de piernas, ya que las ruedas o las cremalleras no resultan convenientes en muchos casos.

—Todo eso está claro —dijo Kostenko, impaciente—. Lo que me interesa...

—Otra cosa —continuó Nikolai Petrovich, impasible—. Digamos que nuestro programa prevé el caso en que el robot se encuentre con una pared: hay que enseñarle a buscar una abertura, o una puerta.

—Comprendo —dijo Kostenko.

—Por eso, Piskunov propuso crear un robot que estableciera su programa por sí

mismo. El «cerebro» de Urm está dotado de un programa que le incita fundamentalmente a llenar las células vacías de su memoria. En otras palabras, hemos inculcado a Urm la «pasión» de experimentar, de tratar de aprender cosas nuevas. Ese programa (que nosotros llamamos programa interno) ha sido aplicado sobre el programa principal y se encuentra en interacción con él. Piskunov contaba con que Urm, al encontrarse ante un factor imprevisto, no retrocedería ni pasaría de largo, sino que trataría —dentro del marco de las posibilidades ofrecidas por el programa principal— de averiguar de qué se trataba, y, a continuación, superaría el obstáculo si era superable, o utilizaría esos nuevos conocimientos en beneficio del programa principal. Es decir, que sin la ayuda del hombre Urm debía escoger la línea de conducta más ventajosa en cada caso determinado. Es el modelo de «cerebro» más perfeccionado del mundo. El resultado ha sido inesperado. A decir verdad, teóricamente creíamos que era posible, pero en la práctica...

»En resumen, la combinación del programa interno y del programa principal ha engendrado millares de nuevas posibilidades, que no habíamos previsto, de reacción a las influencias exteriores. Piskunov las ha calificado de reflejos espontáneos. Esos pequeños programas surgidos espontáneamente han ahogado, por así decirlo, al programa principal. El programa interno se ha convertido en decisorio, y Urm ha empezado a conducirse a sí mismo.

—¿Qué haremos ahora?

—Vamos a seguir otro camino. Vamos a perfeccionar las capacidades analíticas del «cerebro», el sistema de recepción...

—¿Y el reflejo espontáneo? ¿Nadie se interesa por él?

—Desde luego que sí. Piskunov tiene ya una idea... Resumiendo, los Urms serán los primeros en visitar los planetas desconocidos y las profundidades oceánicas. No será necesario arriesgar vidas humanas. En fin, ¿qué te parece si vamos a acostarnos? Vas a trabajar con nosotros y lo sabrás todo, te doy mi palabra.

El despertar del profesor Berne

Vladimir Savchenko

En 1952, cuando el mundo estaba oprimido por la mayor estupidez del siglo xx, la llamada «guerra fría», el profesor Bern citó ante un numeroso público esta frase poco alegre del gran Einstein:

—Si en la tercera guerra mundial se le ocurre a alguien utilizar bombas atómicas, en la cuarta sólo se podrán emplear piedras...

En los labios de Bern, considerado como «el científico universal del siglo XX», aquellas palabras adquirieron un significado más profundo. Por este motivo le enviaron muchísimas cartas, pero Bern ya no estaba en condiciones de contestar. En efecto, en otoño de aquel mismo año pereció en el curso de su segunda expedición geofísica al Asia central.

El ingeniero Nimayer, superviviente de la pequeña expedición, contó mas tarde todo cuanto sigue:

—Estábamos transportando nuestra base en helicópteros al interior del desierto de Gobi. Después de cargar los aparatos y los explosivos para las investigaciones sismológicas, el profesor partió con el primer vuelo. Yo me quedé atrás para custodiar el resto del material. Apenas el helicóptero había despegado, se produjeron averías en el motor, que empezó a repicar. El helicóptero aun no había podido tomar velocidad, y cayó a plomo desde una altura de algunos centenares de metros. En cuanto el aparato tocó tierra, se produjo una fuerte explosión y dos detonaciones. El descenso debió ser tan rápido que, a causa del choque contra el suelo, la dinamita explotó. El helicóptero, todo su cargamento y el profesor Bern quedaron literalmente pulverizados.

Nimayer repetía este relato palabra por palabra, sin añadir ni quitar nada, a todos los corresponsales de los periódicos que le asediaban. Los especialistas le creyeron. Efectivamente, el descenso de un helicóptero cargado, en el aire recalentado y enrarecido de un desierto situado a gran altura, debía efectuarse con una velocidad muy por encima de lo normal. Un choque podía tener trágicas consecuencias. La comisión llegada en avión al lugar del desastre confirmó tales suposiciones.

Pero Nimayer sabía que, en realidad, todo sucedió de forma muy diferente. Pero ni siquiera al morir traicionó el secreto del profesor Bern.

La parte del desierto de Gobi que alcanzó la expedición del profesor Bern no difería del área circundante. Existían las mismas ondulaciones sobre la arena que indicaban la dirección del último viento que las había levantado; la misma arena amarillogris que chirriaba bajo los pies y entre los dientes; el mismo sol, de una

blancura cegadora durante el día y purpúreo por la tarde, que describía una trayectoria casi vertical en el cielo. No se veía ni un arbusto, ni un pájaro, ni una nubecilla, ni siquiera una piedrecita sobre la arena.

El profesor Bern quemó la página de su libreta de apuntes donde estaban escritas las coordenadas de aquel lugar, en cuanto los exploradores hubieron encontrado el pozo excavado en la precedente expedición. Aquel punto del desierto difería de los otros únicamente en el hecho de que allí se encontraban dos personas, Bern y Nimayer, sentados sobre dos taburetes plegables delante de la tienda. En las cercanías brillaban el cuerpo plateado y las palas de las hélices del helicóptero, que parecía una enorme libélula que descansase sobre la arena del desierto. El sol esparcía sus últimos rayos casi horizontalmente, de forma que la tienda y el helicóptero proyectaban largas sombras fantásticas, que sobrepasaban la línea de las dunas.

Bern explicaba a Nimayer:

—Mucho tiempo atrás, un médico medieval propuso un método muy sencillo para prolongar la vida indefinidamente. Bastaba con hacerse congelar y conservarse en tal estado durante noventa años en algún subterráneo, para luego resucitar al calentarse. De esta manera se podría vivir una decena de años en el nuevo siglo y congelarse de nuevo para esperar tiempos mejores... Es verdad que el médico, se ignora el motivo, no quiso prolongar su propia vida durante mil años y falleció de muerte natural hacia los sesenta. —Bern guiñó, con malicia, los ojos, limpió la boquilla y volvió a meter otro cigarrillo—. Y eso, en el medioevo... Nuestro increíble siglo xx no hace otra cosa que convertir en realidad las ideas más alocadas de la edad media. El radio se ha convertido en la piedra filosofal que puede transformar el mercurio y el plomo en oro. No hemos inventado el movimiento continuo, esto es contrario a las leyes de la naturaleza, pero hemos descubierto fuentes eternas y autogeneradoras de energía nuclear... En el año mil, casi toda Europa aguardaba el fin del mundo, pero sí en aquellos tiempos la razón de aquella espera sólo se debía al significado cabalístico de la cifra mil y a la fe ciega en el Apocalipsis, la idea del «fin del mundo» tiene hoy una base sólida gracias a la bomba atómica y la bomba de hidrógeno... Pero si estaba hablando de hibernación... Aquella idea ingenua del médico medieval ha adquirido también hoy un significado científico.

«¿Conoce algo acerca de la anabiosis, Nimeyer? Fue descubierta en 1701 por Leeuwenhoek. Consiste en la detención de los procesos vitales con auxilio del frío o, en algunos casos, por la desecación. Se sabe que el frío y la falta de humedad disminuyen notablemente la velocidad de todas las reacciones químicas y biológicas. Los científicos habían conseguido mucho antes obtener la anabiosis en los peces y en los gorriones: el frío no los mata, pero los conserva. Un frío moderado, claro está. Existe también otra condición: la muerte clínica. Se da el hecho que el animal o el hombre no mueren del todo una vez se ha parado el corazón. La última guerra ha ofrecido a los médicos numerosas ocasiones para estudiar profundamente este fenómeno. Se había conseguido reavivar a heridos graves, incluso algunos minutos

después de que su corazón cesara de latir, ¡y se trataba de heridas mortales! Es usted físico y tal vez no conozca.

—He oído hablar de ello —confirmó Nimayer.

—¿No es cierto que la palabra «muerte» pierde su acento terrorífico cuando se le añade el adjetivo «clínica»? De hecho, existen no pocas condiciones intermedias entre la vida y la muerte: el sueño, el letargo, la anabiosis. En tales condiciones, el ritmo de la vida del organismo se aminora en comparación con el que caracteriza el estado de vigilia. Éste es el problema que me ha preocupado en los últimos años. Para obtener el máximo detenimiento de los procesos vitales en el organismo era necesario llevar la anabiosis a su límite extremo, es decir, al estado de muerte clínica. Lo he conseguido: Tras muchos experimentos con ranas, conejos y cobayas, pude determinar las leyes y el régimen de enfriamiento, y me arriesgué a «hacer morir» durante un cierto tiempo a mi monito, el chimpancé «Mimí».

—¡Pero si lo he visto! —exclamó Nimayer—. Estaba contento, saltaba de una silla a otra y pedía azúcar...

—¡Exacto! —le interrumpió triunfalmente Bern—. Pero durante cuatro meses, «Mimí» estuvo encerrado en un pequeño ataúd especial rodeado de aparatos de medida y a una temperatura de casi cero grados.

Bern encendió otro cigarrillo y prosiguió:

—Por fin logré llevar a cabo el experimento más importante e indispensable: someterme a mí mismo al grado máximo de anabiosis. Esto sucedió el año pasado. ¿Recuerda que se dijo entonces que el profesor Bern estaba gravemente enfermo? Pero yo estaba más que enfermo, estaba «muerto» por seis meses enteros... Nimayer, se trata de una sensación verdaderamente *sui generis*; si se puede definir así la ausencia de cualquier sensación. En el sueño natural percibimos, por lo menos al ralentí, el ritmo del tiempo, pero en este caso faltaba esa percepción. Noté una sensación de ligero desvanecimiento después de la narcosis. Luego vinieron el silencio y la oscuridad. Luego, el regreso a la vida. En el más allá no había absolutamente nada...

Bern estaba sentado con las piernas estiradas hacía delante, en un gesto relajado, con los brazos bronceados y finos tras la nuca. La mirada de sus ojos, a través de las gafas, era pensativa.

—El Sol... Una pequeña esfera luminosa que ilumina débilmente un pequeño ángulo del negro espacio infinito. A su alrededor, otras esferas aún más pequeñas y frías. Toda la vida sobre ellas depende exclusivamente del Sol... Y en una de esas pequeñas esferas aparece la Humanidad, tribu de animales racionales. ¿Cuál fue su origen? Se ha intentado explicarlo con muchas leyendas e hipótesis.

«Una cosa es cierta: para el nacimiento del hombre ha sido necesario un enorme cataclismo, una perturbación geológica de nuestro planeta que modificó las condiciones de vida de los animales superiores. Todos están de acuerdo al admitir que tal cataclismo fue la glaciación.

—Eso es confirmó Nimayer.

—¿Por qué se habían formado los hielos? ¿Por qué alguna vez este desierto, el Sahara, tenían una vida vegetal y animal lujurante? Hay una única hipótesis lógica: enlazar los períodos glaciales con la precesión del eje terrestre. Como en cualquier peonza, el eje de revolución de la Tierra precede, traza lentamente, unas circunferencias: da una sola vuelta en veintiséis mil años. —El profesor trazó con la cerilla una elipse sobre la arena, un pequeño Sol en su punto focal y un circulito con el eje inclinado, la Tierra—. Mire, la inclinación del eje terrestre hacia el eje de la elíptica es de veintitrés grados y medio. Ahora bien, el eje terrestre describe en el espacio un cono igual al ángulo central... Perdóneme que le explique cosas tan sabidas, Nimayer, pero esto es muy importante para mí. En realidad, la Tierra no posee un eje. Sin embargo, durante milenios se verifican desplazamientos en la posición de la Tierra con respecto al Sol. ¡Esto es lo que importa!

»Hace cuarenta mil años, el Sol estaba vuelto hacia el hemisferio austral, mientras que en el Norte se insinuaban los hielos. En varios puntos, probablemente en el Asia central, nacieron entonces tribus, que se reunieron por la dura necesidad geofísica de una colectividad. Durante el siglo de precesión aparecieron las primeras culturas. Más tarde, cuando, trece mil años después, los hemisferios austral y boreal permutaron sus respectivos puestos ante el Sol, algunas tribus aparecieron también en el hemisferio austral...

»La futura era glacial empezará en el hemisferio boreal dentro de doce o trece mil años. La Humanidad está ahora mucho mejor preparada y superará este peligro, si... existe aún por aquel entonces. Pero estoy convencido de que en esa época ya no existirá el hombre. Nos encaminamos hacia nuestra propia destrucción con la velocidad que consiente el desarrollo de la ciencia moderna... He vivido las dos guerras mundiales, la primera como soldado, la segunda en Maidanek. He asistido a las pruebas de la bomba atómica y de la de hidrógeno, por lo que puedo imaginarme el resultado de la guerra futura. ¡Es horrible! Pero aún más horribles son los hombres que declaran con precisión científica que la guerra se iniciará dentro de tantos meses. Un ataque atómico masivo contra los centros industriales del adversario. Desiertos radiactivos enormes. Eso dicen los científicos, pero no les basta... Hacen cálculos para garantizar la más eficaz contaminación del suelo, del agua y del aire con las radiaciones. He tenido ocasión de leer recientemente una obra científica americana, donde se mostraba que para alcanzar la máxima penetración radiactiva del suelo, el proyectil atómico deberá introducirse en la tierra no menos de quince metros...

Bern ocultó el rostro entre las manos y se puso en pie.

El sol ya se había ocultado, dejando paso a una noche sofocante. Estrellas esparcidas y opacas colgaban inmóviles en el espacio azul oscuro, que rápidamente se ennegrecía. También el desierto era negro, y sólo podía distinguirse del cielo por el hecho de que carecía de estrellas.

El profesor se había calmado; empezó a hablar en tono meditativo, casi sin

entonación. Pero sus palabras escalofriaban a Nimayer, a pesar del calor sofocante.

—... Las bombas nucleares quizá no reduzcan el planeta a cenizas, pero esto no es seguro; saturarán la atmósfera terrestre con una radiactividad masiva. Y ya conoce usted la influencia que ejerce la radiactividad sobre la capacidad de procrear. Los restos de la Humanidad, que consigan salvarse, degenerarán en pocos años y producirán individuos incapaces de superar condiciones de vida extremadamente complejas. También puede darse que los hombres inventen otros medios más refinados y perfectos para el suicidio en masa. Entonces empezará la tercera matanza general; cuanto más tarde venga, más terrible será. Durante toda mi vida aún no he visto que el hombre haya dejado escapar la más mínima oportunidad de hacer la guerra. Cuando termine el ciclo subsiguiente, sobre nuestra bola cósmica no quedará ningún ser racional.

El profesor abrió los brazos, vuelto hacia las arenas muertas.

—El planeta girará durante mucho tiempo bajo el Sol y en él reinará el mismo vacío y la misma calma que sobre este desierto. La corrosión destruirá el hierro; los edificios se descompondrán. Luego se producirá una nueva glaciación y con un estrato de hielo espumoso hará desaparecer de la superficie de la Tierra los últimos restos sin vida de nuestra desafortunada civilización... ¡Todo habrá desaparecido! La Tierra será purificada y quedará lista para acoger una nueva Humanidad. Los hombres retrasamos ahora de modo considerable el desarrollo de todos los animales; los empujamos, los destruimos, hacemos desaparecer las razas más preciadas. Cuando la Humanidad haya desaparecido, el mundo animal liberado empezará a desarrollarse impetuosamente, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo. Al llegar la nueva era glacial, los simios superiores estarán lo suficientemente preparados para razonar. Así nacerá una nueva Humanidad. Y es posible que tenga más suerte que la nuestra.

—Perdone, profesor —exclamó Nimayer—. No pretenderá afirmar que sobre la Tierra existen sólo locos y suicidas...

—Tiene usted razón —admitió Bern, con una sonrisa amarga—. Pero un solo loco puede provocar tantas desgracias, que mil sabios no serán suficientes para salvar a la Humanidad. Me limito a afirmar que habrá otra Humanidad. El relé de mi instalación —y Bern hizo un gesto en dirección al pozo— contiene el isótopo radiactivo de carbono con un periodo de semidesintegración de unos ocho mil años. El relé ha sido calculado de forma que se agote dentro de ciento ochenta siglos; al término de este período, la radiación del isótopo quedará reducida de tal modo, que las laminas del electroscopio se unirán y cerrarán el circuito. Mientras, este desierto muerto será otra vez una región subtropical floreciente, para ofrecer las mejores condiciones de vida a los nuevos simios antropoides.

Nimayer se incorporó de un salto y empezó a hablar con agitación:

—De acuerdo. Los belicistas son unos insensatos. Pero, ¿y usted? ¿Y su decisión de permanecer congelado durante dieciocho mil años?

—¿«Congelado»? ¿Por qué simplificar así las cosas? —preguntó, tranquilamente, Bern—. Se trata de un fenómeno complejo de muerte reversible: enfriamiento, modorra, anabiosis...

—¡Es un suicidio! —gritó Nimayer—. No conseguiré persuadirme. Aún hay tiempo...

—No. El riesgo no es superior al de cualquier experimento complicado. Recuerde que hace unos cuarenta años, en la tundra siberiana se encontró en un estado de congelación eterna el cuerpo de un mamut. Su carne estaba tan bien conservada, que los perros se la comieron muy a gusto. Si el cuerpo de un mamut ha podido conservar su frescor en condiciones naturales durante decenas de miles de años, ¿por qué no puedo conservarme, en condiciones científicamente calculadas y controladas? Además, nuestros termoelementos semiconductores de último modelo pueden transformar el calor en corriente eléctrica y, además, resolverán el enfriamiento. Supongo que no me traicionarán durante esos dieciocho mil años, ¿no le parece?

Nimayer se encogió de hombros.

—Los termoelementos no le traicionarán, de acuerdo. Son dispositivos de una extrema sencillez; además las condiciones mismas del pozo no pueden ser más favorables: variaciones muy reducidas de temperatura, ausencia de humedad... Se puede apostar que resistirán tanto como el mamut. Pero hay otros aparatos; ¿no es verdad? Si en el curso de los dieciocho mil años se rompe uno solo de ellos...

—Bern se enderezó.

—Estos aparatos no están obligados a este tiempo. Sólo deberán funcionar dos veces: mañana y dentro de ciento ochenta siglos, al principio del próximo ciclo de vida de nuestro planeta. El resto del tiempo permanecerán conservados en la cámara junto a mí.

—Dígame, profesor, ¿continúa creyendo realmente en el fin de nuestra Humanidad?

—Es horrible hacerlo —respondió, pensativo, Bern... Pero además de científico soy también hombre. Y por eso quiero actuar por mi cuenta... Bien, vamos ahora a dormir. Mañana nos espera un gran trabajo.

A pesar del cansancio, Nimayer durmió mal noche. El calor o la impresión que le habían causado las palabras del profesor habían excitado su cerebro y el sueño no llegaba. Apenas los primeros rayos del sol tocaron la tienda, se levantó turbado. Bern, junto a él, abrió los ojos instantáneamente.

—¿Empezamos?

Desde la fresca profundidad del pozo se vía un trocito de cielo extraordinariamente azul. El estrecho pozo se ensanchaba en la parte inferior, donde estaba preparada; en un nicho, la instalación que Nimayer y Bern habían montado durante los últimos días, enlazada por medio de algunos cables con los termoelementos dispuestos en las paredes arenosas del pozo.

Bern comprobó por última vez el funcionamiento de todos los aparatos de la

cámara. Siguiendo sus indicaciones, Nimayer practicó en la parte superior del pozo una pequeña excavación, introdujo dentro la carga y empalmó los hilos con la cámara. Con ello, todos los preparativos quedaron terminados y los dos hombres salieron a la superficie. El profesor encendió un cigarrillo y miró a su alrededor.

—El desierto tiene hoy un buen aspecto, ¿no es verdad?... Mi querido ayudante, parece que todo está dispuesto. Dentro de algunas horas suspenderé mi vida, hecho que usted, con absoluta falta de agudeza, ha llamado un suicidio. Tiene que considerar las cosas más sencillamente. La vida, esta cosa misteriosa cuyo sentido se intenta hallar constantemente, sólo es una breve línea en la cinta infinita del tiempo. Quiero que mi vida consista en dos de esas líneas. Bien, dígame algo como despedida, no ponga esa cara.

Nimayer se mordió el labio.

—No sé, de veras... Apenas puedo creer que lo consiga. Me da miedo creerlo.

—¡Pues ha logrado reducir mucho mi aprensión! —exclamó, con una sonrisa, Bern—. Cuando alguien se preocupa por uno, se siente menos miedo. No nos amarguemos con largos adioses. Cuando vuelva arriba, explique la catástrofe del helicóptero tal como lo hemos acordado. Comprenda que el secreto más absoluto es la condición esencial de este experimento. Dentro de quince días empezarán las borrascas invernales... Adiós... Pero no se quede mirándome así: ¡les sobreviviré a todos ustedes!

El profesor tendió la mano a Nimayer.

—¿La cámara está calculada para una sola persona? —preguntó Nimayer, de repente.

—Sí, para una sola... —En el rostro del profesor apareció una expresión algo conmovida—. Creo que ahora empiezo a lamentar el no haberle convencido antes.

—Bern puso un pie en la escalerilla—. Dentro de quince minutos, aléjese. —Su cabeza canosa desapareció en la profundidad es del pozo.

Bern cerró la puerta a su espalda, se puso una escafandra especial con una infinidad de tubitos y se tendió sobre el lecho, una masa de plástico que moldeaba exactamente su cuerpo. Se movió un poco. No sentía la menor presión por ninguna parte. Delante de su rostro, sobre un soporte adecuado, difundían tranquilamente su luz las lamparitas de señalización, indicando que todos los aparatos estaban dispuestos.

El profesor buscó a tientas el botón del detonador y, tras un instante de vacilación, lo pulsó. Una leve sacudida: el sonido no había penetrado en la cámara. Ahora, el pozo estaba cegado. Con un último movimiento, Bern enchufó las bombas de enfriamiento y de narcosis, colocó los brazos en las cavidades correspondientes del «lecho» y, mirando la bolita brillante colocada en el techo de la cámara, empezó a contar los segundos.

Nimayer vio salir del pozo una pequeña columna de arena y de polvo. La cámara de Bern estaba sepultada a una profundidad de quince metros bajo tierra... Nimayer

miró en torno suyo y se sintió solitario y a disgusto en medio del desierto, repentinamente silencioso. Inmóvil por unos instantes, se dirigió con calma hacia el helicóptero.

Cinco días más tarde, después de haber hecho saltar el helicóptero por el aire, como estaba convenido, llegó a una ciudad mongola.

Una semana después empezaron a soplar los vientos de otoño. Arrastrando oleadas de arena, allanaron toda huella de la cavidad. La arena, compuesta, como el tiempo, de infinitas partículas, había hecho desaparecer el último campamento de la expedición Bern...

En la oscuridad avanzaba lentamente una llamita verde temblorosa e incierta. Al inmovilizarse, Bern comprendió que era la lamparita de señalización del relé radiactivo. Quería decir que el relé había funcionado según lo previsto.

La conciencia le volvía paulatinamente. Bern descubrió a la izquierda las laminas abatidas del electroscopio del reloj secular: estaban detenidas entre los números 19 y 20.

—Estamos en el centro del veinteavo milenio... —murmuró Bern, con excitación contenida. Su cerebro funcionaba perfectamente.

El profesor movió lentamente los brazos, las piernas, el cuello, abrió y cerró la boca. El cuerpo obedecía; sólo la pierna derecha estaba aún dormida. Quizá la temperatura aumentase con excesiva rapidez... Bern hizo nuevos movimientos enérgicos para desentumecer los miembros y luego se levantó. Examinó los aparatos. Las agujas de los voltímetros estaban caídas; evidentemente, los acumuladores se habían agotado durante la descongelación. Bern enchufó todas las baterías térmicas sobre la carga: las agujas se movieron en el acto para desplazarse hacia arriba. Bern se acordó en aquel momento de Nimayer: los termoelementos no le habían traicionado. Este recuerdo provocó un extraño pensamiento: Nimayer había dejado de existir mucho tiempo atrás, ya no había nadie.

La mirada se desplazó hacia la bola metálica del techo estaba oscura y ya no brillaba. Bern se impacientó poco a poco. Examinó otra vez los voltímetros: los acumuladores se cargaban lentamente, pero, de enchufarlos junto a las baterías térmicas, podrían generar energía suficiente para volver a la superficie. Bern se cambió de ropa y, pasando a través de una escotilla en el techo de la cámara, subió a la cúpula de apertura automática. Enchufó la clavija, oyó el rumor de los motores eléctricos, cuyas revoluciones aumentaban. La rosca de la cúpula había empezado a penetrar en el suelo. El pavimento de la cabina experimentó una ligera sacudida. Bern notó, tranquilizado, que la cúpula empezaba a desplazarse hacia lo alto... Por fin, el seco crujido de las tierras sobre el metal se interrumpió; la cúpula había salido a la superficie. Bern empezó a desatornillar con la llave inglesa las tuercas que fijaban la puerta. Cedían con dificultad, y se arañó los dedos. De pronto apareció por la rendija una luz crepuscular azulada. Otro esfuerzo más y el profesor salió de la cúpula.

En el fresco crepúsculo de la tarde se alzaba una selva espesa y silenciosa. El cono de la cúpula había perforado el terreno justamente junto a las raíces de uno de los árboles; su tronco potente alzaba con orgullo la espesa copa de sus hojas hacia el cielo, que se oscurecía. Bern se sintió mal al pensar en lo que hubiera ocurrido al crecer aquel árbol un poco más a la izquierda. Se acercó al tronco y lo golpeó. La corteza esponjosa le humedeció las manos. ¿De qué género será? No le quedaba otro remedio que esperar el día.

El profesor volvió a la cúpula y comprobó todas sus provisiones: las conservas alimenticias y el agua, la brújula, la pistola. Encendió un cigarrillo. «Tenía razón —le dijo su pensamiento, triunfante: el desierto se había convertido en una selva. Con tal que el reloj radiactivo no le hubiese jugado una mala pasada. ¿Pero cómo comprobarlo?».

Los árboles crecían a una cierta distancia uno del otro y en los espacios se podían ver las estrellas encendidas en el cielo. Bern miró al firmamento. Su pensamiento relampagueó: ahora, la estrella Polar debía ser la de Vega...

Encontró en la oscuridad un árbol cuyas ramas eran muy bajas y se subió a ellas con alguna dificultad, llevando la brújula. Las ramas le arañaban la cara. Su ruido asustó a un pájaro, que lanzó un grito agudo y saltó de la rama, golpeando dolorosamente la mejilla de Bern. Aquel grito extraño retumbó en todo el bosque. El profesor, jadeante, se instaló en la rama más alta y levantó la cabeza.

Era ya de noche. Sobre él se extendía un cielo tachonado de estrellas completamente desconocido. El profesor buscaba con los ojos las constelaciones de la Osa Mayor, de Casiopea. No eran visibles. Por otra parte, tampoco podían estar: en el curso de los milenios, las estrellas se habrían desplazado, trastornando todas las cartas astronómicas. Sólo la Vía Láctea atravesaba, como antes, el firmamento con su franja clara de polvo luminoso. Bern acercó la brújula a sus ojos y miró la aguja, que apuntaba hacia septentrión, brillando débilmente en la oscuridad. Miró, pues, en aquella dirección. A una cierta altura sobre el horizonte, allí donde terminaba el cielo estrellado, vio la constelación de Vega. Cerca de ella brillaban estrellas más pequeñas, la constelación retorcida de Lira.

Ya no cabía la menor duda: Bern se encontraba hacia el principio de un nuevo ciclo de precesión, en el veinte milenio...

Pasó la noche en cavilaciones. No podía dormir de ninguna manera y esperaba el alba entre escalofríos. Por fin, las estrellas se apagaron y tras los árboles apareció una niebla gris y transparente. El profesor atisbó en la hierba alta y espesa bajo sus pies. ¡Un musgo gigante! Esto significaba, tal como había previsto, que al terminar la era glacial, habían empezado a desarrollarse plantas criptógamas, las más primitivas y resistentes.

Poco a poco, vencido por la curiosidad, Bern empezó a avanzar por la selva. Los tallos largos y flexibles del musgo se enredaban en sus piernas; sus zapatos bien pronto quedaron empapados por la escarcha. Parecía como si ya fuese otoño. Las

hojas de los árboles eran de muy diferentes colores: las verdes se mezclaban con las rosas, las naranjas con las amarillas. La atención de Bern fue atraída por algunos árboles delgados de corteza rojo cobriza. Sus hojas se distinguían de las otras por su fresco color verde oscuro. Se acercó. Los árboles se parecían al pino, pero en lugar de las agujitas, apuntaban hojitas duras y cortantes, que olían a resina.

La selva se despertaba poco a poco. Se levantó un leve vientecillo que borró los restos de la niebla. El Sol se había elevado sobre las copas de los árboles, el Sol de siempre, que no había envejecido y esparcía sus rayos luminosos como otras veces. No había cambiado lo más mínimo en el curso de ciento ochenta siglos.

El profesor avanzaba golpeando de vez en cuando las raíces, poniendo continuamente en su sitio las gafas, que resbalaban de sus narices. Por un momento oyó entre las ramas rumores que parecían gruñidos. Tras los árboles apareció el cuerpo oscuro de un animal de cabeza cuneiforme. Jabalí, decidió Bern, pero con la novedad de un cuerpo sobre el hocico. Al descubrir al profesor, el jabalí permaneció inmóvil por un segundo, y luego, de repente, se escondió entre los árboles con un grito estridente.

—¡Caramba! ¡Ha tenido miedo de un hombre! —dijo Bern para sí, mirando, sorprendido, hacia atrás.

Su corazón casi dejó de latir. Sobre el musgo agrisado, mojado aún por el rocío, se distinguían claramente unas huellas oscuras que atravesaban el prado. ¡Eran huellas de pies humanos desnudos!

El profesor se inclinó sobre las huellas. Eran lisas y el dedo gordo aparecía netamente separado de los demás. ¿Sería posible que se hubiesen cumplido todas sus previsiones? Bern olvidó todo e, inclinándose para ver mejor, siguió aquellas huellas. Allí vivían hombres, y, a juzgar por el hecho de que los jabalíes les temieran, se trataba de seres fuertes y ágiles.

El encuentro sucedió inesperadamente. Las huellas conducían a un pradito, del que antes habían llegado hasta Bern exclamaciones guturales y estridentes. Luego se dio cuenta de que algunos seres cubiertos de un pelo amarillo grisáceo estaban encorvados junto a los árboles, cogiendo las ramas con las manos. Miraban en dirección al profesor. Bern se detuvo y, olvidando toda prudencia, empezó a examinar ávidamente a aquellos bípedos. Sin duda, eran simios en proceso de humanización: tenían manos con cinco dedos, la frente baja e inclinada tras los arcos muy pronunciados, así como mandíbulas prognáticas bajo una nariz pequeña y plana. El profesor vio que dos de ellos llevaban sobre la espalda algo semejante a dos capas de piel.

Por lo tanto, había sucedido todo cuanto él predijo. Bern sintió de pronto un agudo y rabioso sentido de soledad: el ciclo está cerrado; lo que existía decenas de milenios atrás, había vuelto después de otros milenios...

Mientras, uno de los simios antropoides se dirigió hacia Bern y le gritó algo; su voz resonó como una orden. El profesor advirtió que el antropoide tenía en la mano

un nudoso bastón. Era, con toda evidencia, el jefe, y todos sus restantes compañeros le seguían. Sólo entonces comprendió Bern el peligro que le amenazaba. Los antropoides se le acercaban con rapidez, trotando sobre sus piernas curvadas. El profesor vació al aire el cargador de su pistola y corrió a refugiarse en la selva.

Fue un error. Silo hubiera hecho en un espacio abierto, es poco probable que los hombres-monos pudiesen alcanzarle sobre sus piernas aún poco adaptadas a caminar en posición erecta. Sin embargo, en la selva, la ventaja estaba de su parte. Con gritos triunfantes y estridentes, corrían de un árbol a otro, agarrándose y lanzándose por las ramas. Algunos, después de haberse bamboleado sobre una rama, daban enormes saltos. Delante de todos corría el jefe con el garrote.

El profesor escuchaba tras él los gritos salvajes y triunfantes, pues los antropoides estaban a punto de alcanzarlo.

—Esto parece un linchamiento. —Aquella idea relampagueó en la mente del profesor—. No debería haber corrido; el que huye, siempre es derrotado...

El corazón le latía con fuerza, le corría el sudor por la cara, las piernas parecían llenas de algodón. En un instante, el pánico desapareció.

—¿Por qué huir? El experimento ha terminado...

El profesor se detuvo y, abrazando un tronco, se volvió hacia sus perseguidores.

En cabeza del grupo corría de manera torpe el jefe. Agitaba el garrote sobre su cabeza. El profesor veía sus pequeños dientes feroces. El pelo del hombro izquierdo estaba chamuscado.

—Eso quiere decir que ya conocen el fuego —observó Bern para sí.

El jefe lanzó un grito y dejó caer pesadamente su garrote sobre el cráneo del profesor. El terrible golpe hizo caer a éste sobre el suelo y le inundó la cara de sangre. Bern perdió enseguida el conocimiento, pero distinguió aún los hombres-monos que venían y cómo el jefe alzaba el garrote para sacudir el último golpe. Algo plateado brilló en el cielo azul.

—A pesar de todo, la Humanidad resurge —murmuró Bern, un instante antes de que el garrote, cayendo pesadamente sobre su cráneo, le privase de la posibilidad de pensar...

Algunos días más tarde se publicó la siguiente noticia:

«Hace algunos días, concretamente el 12 de septiembre, en la reserva que se encuentra sobre el territorio del antiguo desierto de Gobi, fue arrancado a una manada de hombres-monos un cuerpo humano. En un ionocóptero rápido, el hombre fue transportado a la Casa de Salud de la zona habitada más cercana. A juzgar por la estructura del cráneo, y también por los restos de su ropa, parece pertenecer a los primeros siglos de la era de la Victoria del Trabajo.

»La vida de este hombre misterioso se halla ya fuera de peligro. Después

de recobrar el sentido, abrió los ojos y empezó a exclamar alegremente algo incomprensible. Con la ayuda de la máquina lingüística universal se han podido interpretar sus palabras. En lengua paleogermánica dijo: “¡Me he equivocado! ¡Qué feliz soy de haberme equivocado!”. Y luego volvió a desmayarse.

»¿Cómo un hombre de tan remoto origen ha conseguido conservarse con vida durante más de dieciocho milenios? Se trata, probablemente, de un método ya conocido por nuestros científicos. En la actualidad, expediciones especiales, organizadas por la Academia de Ciencias, están realizando investigaciones encarnizadas.

»Se ha recomendado, por otra parte, a la sección paleontológica, que intensifique la vigilancia en las reservas nacionales. Debe tenerse especial cuidado en prohibir a los antropoides que usen sus herramientas de trabajo como armas agresivas, lo que podría ejercitar una dañina influencia en el desarrollo de sus capacidades racionales durante el proceso de evolución.

»La presidencia de la Academia Mundial».

Una piedra caída de las estrellas

Valentina Zuravleva

Hace cinco siglos, un meteorito cayó cerca de la ciudad de Ensisheim, en el Alto Rin. Para que el cielo no volviera a llevárselo lo ataron con cadenas al muro de la iglesia. Un hábil artesano grabó en él estas palabras: «a propósito de esta piedra, son numerosos los que saben mucho, todos saben algo, pero nadie sabe lo suficiente».

Cuando pienso en el meteorito de Pamir, acuden involuntariamente a mi recuerdo aquellas palabras. A propósito de él, yo sé mucho; sin duda más que cualquier otra persona. Pero estoy lejos de saberlo todo. Sin embargo, me acuerdo perfectamente de lo esencial. Tan perfectamente como si datara de ayer.

Hace seis meses, los periódicos anunciaron la caída de un meteorito en el Pamir. Aquella breve información, apenas media docena de líneas, retuvo inmediatamente mi atención.

Tal vez penséis qué podía haber de interesante en un meteorito para un bioquímico. Debo aclarar que los bioquímicos siguen con mucha atención todo lo que concierne a los meteoritos. En los fragmentos de esas «piedras celestes» buscamos el secreto de la aparición de la vida sobre la Tierra. Para ser menos romántico y más concreto, digamos que estudiamos los hidrocarburos contenidos en los meteoritos.

Un poco más tarde, el meteorito del Pamir fue objeto de una segunda información. Una expedición lo había descubierto a cuatro mil metros de altitud, y un helicóptero pudo descolgarlo de aquella percha. Se trataba, decíase, de un bloque de piedra de casi tres metros de longitud que pesaba más de cuatro toneladas.

Al leerlo, pensé que al día siguiente tendría que llamar por teléfono a Nikonov. En aquel preciso instante —a veces se producen esas coincidencias— resonó el timbre del teléfono. Empuñé el receptor. Era Nikonov.

Debo decir ante todo que, desde su época de escolar, Nikonov se ha distinguido siempre por su sangre fría y su placidez. Nunca —y hace casi medio siglo que nos conocemos— le había visto emocionado o alterado. Pero en aquella ocasión, por su voz entrecortada y febril, por sus palabras deshilvanadas, comprendí que sucedía algo extraordinario.

De aquel torrente de palabras retuve una cosa: tenía que dirigirme inmediatamente, con la mayor rapidez posible, al Instituto de astrofísica.

Tomé un taxi.

El vehículo rodó por las calles desiertas, en cuyo espejo de asfalto se reflejaban los anuncios luminosos. Llovía. Pensé en los que no duermen a aquella hora tardía. En los que, inclinados sobre sus microscopios, sobre el frágil cristal de sus probetas,

sobre sus páginas cubiertas de fórmulas, buscan lo nuevo. Pensé en el asombroso destino de los descubrimientos: desconocidos hoy de todos, mañana irrumpen en la vida, la cambian, la modifican.

Las ventanas del Instituto aparecían iluminadas. Sin saber por qué, pensé inmediatamente que la causa era el meteorito del Pamir. Pero, ¿qué podía tener de particular, de extraordinario, aquel meteorito?

El Instituto parecía una colmena excitada. Los colaboradores corrían de un lado a otro, atareados y preocupados; por las puertas entreabiertas surgía el sonido de voces excitadas.

Nikonov me esperaba en su despacho. He de admitir que entonces no había concedido una importancia especial a lo que ocurría. Los científicos nos inclinamos a veces a exagerar nuestros éxitos y nuestros sinsabores. Cuando, después de prolongados experimentos, consigo una reacción, siento también deseos de despertar a todo Moscú.

Pero, Nikonov... Había que conocerle para comprender hasta qué punto estaba excitado.

Sin contestar a mi saludo, me apretó fuertemente la mano.

Y aquel apretón de manos rápido, nervioso, me comunicó su emoción.

—¿Se trata del meteorito del Pamir? —pregunté, adivinando ya la respuesta.

—Sí —respondió.

Nikonov cogió un paquete de fotografías y las desplegó en abanico delante de mí. Eran fotografías del meteorito. Las examiné, esperando ver... Naturalmente no sabía lo que iba a ver. Pero estaba convencido de que se trataba de algo sensacional.

Quedé asombrado, pues, al comprobar que el meteorito era semejante a las docenas de ellos que había podido ver al natural o en fotografía. Un bloque de piedra en forma de cohete, de superficie porosa, y nada más.

Devolví las fotografías a Nikonov, el cual sacudió la cabeza y dijo, con voz ronca que no era la suya:

—No es un meteorito. Bajo el caparazón de piedra hay un cilindro metálico... con un ser vivo en su interior.

Ahora, cuando rememoro los acontecimientos de aquella noche, me parece raro que, durante un largo instante, fuera incapaz de comprender a Nikonov. Sin embargo, todo era muy simple. Pero precisamente por esto el asunto producía una impresión de inverosimilitud, de irrealidad, impidiéndome comprender inmediatamente a Nikonov.

El meteorito era una nave cósmica. La envoltura de piedra, que tenía unos siete centímetros de espesor, recubría un cilindro de metal oscuro, muy denso. Nikonov opinaba (y su opinión quedó confirmada más tarde) que la envoltura en cuestión estaba destinada a proteger al cilindro de los meteoritos y de un peligroso recalentamiento. El aspecto poroso de su superficie procedía de los choques con los micrometeoritos. Sus huellas, muy numerosas, demostraban que el ingenio había

estado volando por espacio de muchos años.

—Si el cilindro fuera macizo —dijo Nikonov—, pesaría al menos veinte toneladas. Pero, sin la envoltura de piedra, su peso es ligeramente superior a las dos toneladas. En tres lugares, unos hilos muy finos salen del cilindro. Están rotos. Evidentemente, en el momento de la caída se desprendieron unos aparatos que se encontraban en la parte exterior del cilindro. El galvanómetro, conectado a esos hilos, ha revelado unos leves impulsos eléctricos...

—Pero, ¿por qué tiene que tratarse necesariamente de un ser vivo? —repliqué—. En el interior del cilindro puede haber unos aparatos automáticos.

—Descartado —respondió Nikonov—. Da golpes.

No lo entendí.

—¿Qué es lo que da golpes?

—El que está dentro del cilindro —la voz de Nikonov tembló—. Cuando alguien se acerca, empieza a dar golpes. Puede ver. Ignoro cómo, pero puede ver.

Resonó el timbre del teléfono. Nikonov cogió el receptor y observé que una sombra cruzaba por su rostro.

—Han sondeado el cilindro —me dijo, soltando el receptor—. Su pared no alcanza los veinte milímetros de espesor. En el interior no hay metal.

En aquel momento se me ocurrió la objeción más lógica. El cilindro no era tan grande. ¿Cómo podían caber en él unos seres vivos? No sólo necesitaban espacio, sino también víveres, agua, dispositivos para el mantenimiento de una temperatura constante, para renovar el aire. ¿Cómo introducir todo aquello en un cilindro de menos de tres metros de longitud y unos sesenta centímetros de diámetro?

Nikonov me escuchó y dijo:

—Dentro de un cuarto de hora iremos a verlo. Espero a alguien. De momento, están colocando el cilindro en una cámara hermética.

—De todos modos, tienes que admitir que esa versión del ser vivo no es realista. No puede haber hombres en el cilindro.

—¿Hombres? ¿Qué entiendes tú por eso?

—Bueno, seres pensantes.

—¿Con unos brazos y unas piernas?

Por primera vez aquella noche, Nikonov sonrió.

—Sin duda —contesté.

—No los hay en la nave —dijo Nikonov—. Contiene seres pensantes, pero resulta difícil saber cómo son.

Yo no podía estar de acuerdo con él. Bastaba recordar cómo imaginaban los europeos, antes de los grandes descubrimientos geográficos, a los habitantes de los países desconocidos: hombres de seis brazos o con la cabeza de perro, enanos y gigantes... Y luego se comprobó que en Australia, en América y en Nueva Zelanda, los hombres eran semejantes a los de Europa.

—Las condiciones de vida idénticas, las leyes generales de la evolución,

desembocan en los mismos resultados.

—¿Las leyes generales de la evolución? —inquirió Nikonov—. Pueden admitirse hasta cierto punto. Pero, ¿de dónde sacas las condiciones de vida idénticas?

Me expliqué: la existencia y el desarrollo de las formas superiores de las proteínas sólo son concebibles dentro de unos límites bastante restringidos de temperatura, de presión, de irradiación. De lo cual puede inferirse que el mundo orgánico evoluciona siguiendo unos caminos parecidos.

—Querido amigo —dijo Nikonov—, eres académico y un bioquímico eminente, la mayor autoridad en materia de síntesis bioquímica. Cuando hablas de las síntesis de las proteínas, estoy completamente de acuerdo contigo. Pero el que sabe fabricar ladrillos no es necesariamente experto en arquitectura. Y no lo tomes a mal.

¿Cómo podía tomarlo a mal? A decir verdad, nunca había reflexionado seriamente en la evolución del mundo orgánico en los otros planetas. No era mi especialidad.

—Las ideas que en la Edad Media proliferaban acerca de los hombres con cabeza de perro eran absurdas, efectivamente —continuó Nikonov—. Pero en la Tierra, si se exceptúa el clima, las condiciones de vida son muy parecidas. Por otra parte, cuando cambian las condiciones, cambia el hombre. En América del Sur, en los Andes peruanos, hay una tribu india que vive a 3.500 metros de altitud. Sus miembros son de baja estatura, y su peso medio es de cincuenta kilogramos, pero el volumen de su caja torácica y de sus pulmones es superior en un 50% al de los europeos.

»Como puedes ver, su organismo está adaptado a las condiciones de vida en una atmósfera enrarecida, a costa de una notable modificación del aspecto exterior. Ahora, reflexiona un poco en las considerables diferencias que pueden existir entre las condiciones de vida en la Tierra y en los otros planetas. Tomemos la gravedad, por ejemplo. No sé por qué la has olvidado. En Mercurio, la gravedad es cuatro veces menor que en la Tierra. Si ese planeta estuviera habitado, es poco probable que sus habitantes necesitaran unos miembros inferiores tan desarrollados como los nuestros. En cambio, en Júpiter la gravedad es mucho mayor que en nuestro planeta. En tales condiciones, es muy probable que la evolución de los vertebrados no haya desembocado en la postura vertical...

Había una brecha en el razonamiento de Nikonov, y me dispuse a explotarla.

—Querido amigo —dije—, eres profesor, eres un astrofísico eminente, la mayor autoridad en el campo del análisis espectral de la atmósfera de las estrellas. Cuando hablas de los planetas, estoy completamente de acuerdo contigo. Pero, el que sabe fabricar ladrillos... Resumiendo, olvidas que las manos tienen que estar libres. Sin ello, el trabajo que ha formado al hombre resultaría imposible. Y, con la postura horizontal, los cuatro miembros sirven como puntos de apoyo.

—Desde luego. Pero, ¿por qué cuatro? ¿Acaso existe un límite?

—Entonces, ¿volvemos a los hombres de seis brazos?

—En los planetas donde la gravedad es muy intensa, ése es sin duda el camino

que seguiría la evolución de los vertebrados. Pero, además de la gravedad, existen otros factores. El estado de la superficie del planeta, por ejemplo, tiene una enorme importancia. Si la Tierra estuviera cubierta de un modo permanente y total por el océano, la evolución del mundo animal hubiese sido muy distinta.

—¡Seríamos sirenas! —ironicé.

—Tal vez —replicó Nikonov, imperturbable—. La vida en el océano evoluciona sin cesar, aunque más lentamente que en tierra firme. Lo que debe ser común a todos los seres dotados de razón, habiten donde habiten, es un cerebro desarrollado, un sistema nervioso complejo, unos órganos para trabajar y para desplazarse que estén adaptados al medio ambiente.

—Sin embargo —dije, sin querer darme por vencido—, no está descartado que en planetas semejantes a la Tierra vivan unos seres racionales semejantes a los hombres.

—No, no está descartado —convino Nikonov—, pero es poco verosímil. Has omitido otro factor importante: el tiempo. El aspecto del hombre no es algo constante. Hace diez millones de años, nuestros antepasados tenían una cola y una facies alargada. ¿Y qué aspecto tendremos dentro de diez millones de años? Es absurdo pensar que siempre seremos como ahora. Tú hablas de los planetas de la misma naturaleza. Existen, indiscutiblemente. Pero es muy poco probable que la evolución de los seres pensantes coincida en ellos en el tiempo. En una palabra, amigo mío, Shakespeare tenía mucha razón cuando puso en boca de Hamlet aquellas famosas palabras: «Hay más cosas en el cielo y en la Tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía».

Me resulta difícil, al cabo de tanto tiempo, recordar con exactitud los términos de aquella conversación con Nikonov. Tanto más por cuanto nos interrumpían continuamente: resonaban los timbres de los teléfonos, los colaboradores entraban y salían del despacho, el propio Nikonov consultaba su reloj cada diez minutos... Pero la conversación en sí me parece memorable. Nuestras hipótesis eran atrevidas, pero la realidad resultó serlo mucho más.

Ahora, todo me parece sencillo. Si la nave, procedente de otro sistema planetario, había podido cruzar las inmensidades del Cosmos, era porque en su planeta de origen el Saber estaba más adelantado de lo que podíamos imaginar. Esta sola circunstancia debió estimularnos a no extraer conclusiones precipitadas...

Nuestra conversación fue interrumpida definitivamente por la llegada del académico Ashtakov, especialista en medicina astronáutica.

Con gran asombro por mi parte, lo primero que preguntó Ashtakov fue:

—¿Qué clase de motor utilizan?

Me reproché inmediatamente no haber pensado en el motor. La respuesta hubiese permitido aclarar numerosos extremos: el nivel de evolución de los recién llegados, la duración de su viaje por el Cosmos, la distancia recorrida, la aceleración que podían soportar...

—No hay ningún motor —respondió Nikonov—. Debajo del caparazón de piedra

hay un cilindro metálico completamente liso.

—¡Ah! —exclamó Astakhov. Meditó unos instantes, mientras su rostro reflejaba el mayor de los asombros—. Entonces... eso significa que poseen un motor antigravitacional. Han dominado la gravitación.

—Probablemente —asintió Nikonov—. Ésa es también mi opinión.

—¿Cómo? —inquirí—. ¿Es posible controlarla?

—En principio, sí, indiscutiblemente —respondió Nikonov—. No existe en la naturaleza una fuerza que el hombre no pueda dominar, tarde o temprano. Es una cuestión de tiempo. Pero hay que reconocer que, de momento, sabemos muy poco acerca de la gravitación. Conocemos la ley de Newton: dos cuerpos cualesquiera se atraen mutuamente en razón directa de sus masas y en razón inversa del cuadrado de sus distancias. Sabemos, aunque de un modo puramente teórico, que la fuerza de atracción se difunde a la velocidad de la luz. Pero ignoramos de dónde procede esa fuerza y cuál es su naturaleza.

Volvió a sonar el timbre del teléfono; Nikonov cogió el receptor y, tras escuchar unos segundos, dijo:

—En seguida vamos para allá.

Luego añadió, dirigiéndose a nosotros:

—Nos esperan.

Salimos al pasillo.

—Algunos físicos opinan —continuó Nikonov— que todos los cuerpos contienen unas partículas de gravitación: los gravitones. Yo no estoy muy convencido de que esa hipótesis sea cierta. Pero, si lo fuera, las dimensiones de los gravitones tendrían que ser tan reducidas en relación con los de los núcleos atómicos, como las de estos últimos lo son comparados con los cuerpos ordinarios. Y la concentración de la energía tendría que ser en ellos incomparablemente más elevada que en el núcleo del átomo.

Descendimos por una escalera de caracol, muy empinada, que conducía al sótano del Instituto. Al final de un angosto pasillo, un grupo de colaboradores nos esperaba delante de una puerta de acero. Alguien puso un motor en marcha y la puerta se abrió lentamente.

Vi por primera vez la nave cósmica. Reposaba horizontalmente sobre dos puntos de apoyo. Era un cilindro de metal oscuro y de superficie muy lisa. La envoltura de piedra, que se había agrietado por diversos lugares en el momento de la caída, había sido desprendida del cilindro, de uno de cuyos extremos colgaban tres cables muy finos.

Nikonov, que se encontraba más cerca, avanzó un par de pasos: inmediatamente percibimos unos golpes. En el interior del cilindro alguien emitía unos raros sonidos que no recordaban en nada el ritmo de una máquina. Se me ocurrió la idea de que la nave no contenía necesariamente unos hombres: nosotros situamos en nuestros cohetes experimentales monos, perros, conejos...

Nikonov se alejó en dirección a la puerta y los golpes cesaron. En medio del silencio que se había establecido, se oía claramente la penosa respiración de uno de los presentes, sin duda acatarrado.

No sé lo que pensaban los demás, pero en lo que a mí respecta ni siquiera se me ocurrió la idea de que acababa de abrirse una nueva era para la ciencia. Lo comprendí más tarde, y la escena que acabo de evocar se fijó entonces para siempre en mi memoria: una pequeña estancia de techo bajo inundada de luz; en el centro, el oscuro cilindro, liso y brillante; cerca de la puerta, un grupo de hombres profundamente emocionados, con los rostros contraídos por la tensión...

Pusimos manos a la obra. Los ingenieros tenían que determinar lo que había dentro del cilindro. Astakhov y yo estábamos encargados de asegurar una doble protección biológica: la de los pasajeros de la nave cósmica contra las bacterias terrestres, y la del personal contra las bacterias que podía contener el cilindro.

Me resultaría difícil explicar cómo realizaban su tarea los ingenieros. Me faltó tiempo para fijarme en su trabajo. Sólo recuerdo que sondearon el cilindro con ultrasonidos y con rayos gamma. Tras prolongadas discusiones (no era fácil ponerse de acuerdo con Astakhov, a causa de su sordera), convinimos en proceder a abrir el cilindro con la ayuda de «brazos mecánicos» teledirigidos. Antes, la cámara hermética en la que se encontraba el cilindro tenía que ser desinfectada con potentes rayos ultravioleta.

Nos apresuramos. A dos pasos de nosotros un ser viviente moría y teníamos que acudir en su ayuda.

Hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance.

Armados de un pico termonuclear, los «brazos mecánicos» cortaron el metal con mil precauciones, abriendo el acceso a los aparatos de la nave cósmica. A través de las angostas rendijas encristaladas, practicadas en el muro de hormigón, observamos los gestos impecablemente precisos de aquellos enormes «brazos mecánicos». Lentamente, centímetro a centímetro, el chorro de fuego mordía el metal desconocido. Luego, los «brazos mecánicos» asieron la base del cilindro, que se despegó.

La nave cósmica no contenía ningún ser vivo. Pero había en él materia viviente. Un gigantesco cerebro palpitante, situado en el centro del cilindro.

Cuando digo «cerebro» hablo en términos convencionales. En el primer momento, lo que vi me pareció la réplica exacta, aunque considerablemente aumentada, de un cerebro humano. Pero, al mirarlo con más atención, comprendí mi error. Era únicamente un fragmento de cerebro. Más tarde descubrimos que estaba desprovisto de todos los centros que gobiernan los sentimientos y los instintos. Además, sólo incluía algunos de los centros «pensantes» de un cerebro normal, aumentados decenas de veces.

Para dar una definición exacta, habría que decir que era una «neuro-calculadora», o sea, una máquina de calcular en la cual los diodos y los tríodos estaban

reemplazados por células vivas de materia cerebral. Y —hecho fundamental— de materia cerebral sintética. Lo adiviné inmediatamente por múltiples detalles. Más tarde, aquella hipótesis se confirmó.

En alguna parte, sobre un planeta desconocido, la ciencia está mucho más desarrollada que en la Tierra. En tanto que nosotros apenas llegamos a sintetizar parcelas de las moléculas más simples de albúmina, allí saben sintetizar ya las formas superiores de la materia orgánica. Éste es también el objetivo de nuestra bioquímica, pero, ¡cuán lejos estamos de él!

He de reconocer que lo que descubrimos en la nave cósmica fue para todos nosotros una gran sorpresa. El único que no dio la menor muestra de asombro fue Astakhov. Fue también el primero en hablar.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Lo que yo había predicho! Recuerden lo que escribí hace un par de años... Las distancias entre las galaxias son infranqueables para el hombre. Ese viaje solo puede ser realizado por una nave de mando automático. ¡Au-to-má-ti-co! Pero, ¿de qué tipo? ¿Máquinas electrónicas? ¡No, y no! Es demasiado difícil, casi imposible de realizar. ¡No! Es necesario el sistema más perfeccionado: un cerebro... Escribí eso hace dos años. Y algunos bioquímicos lo tildaron de fantástico. Escribí: para los viajes entre las galaxias se necesitan bio-autómatas, capaces de regenerar sus células...

Lo que decía Astakhov era verdad. Dos años antes había publicado un artículo exponiendo aquellas ideas. Y yo fui uno de los que las consideraron demasiado fantásticas. Sin embargo, los hechos le daban la razón. Había predicho, con notable anticipación, la síntesis de la materia cerebral, aquella forma superior de la materia.

Por regla general, los especialistas no prevén demasiado bien el futuro. Se acostumbran a las cosas en las cuales trabajan hoy. Piensan: hoy hay automóviles, por lo tanto, dentro de cien años habrá también automóviles, con la diferencia de que serán más rápidos. Hay aviones, por lo tanto habrá aviones, pero volarán más aprisa. Por desgracia, todas esas previsiones no sirven de mucho...

A veces, lo nuevo parece increíble, inverosímil, imposible. Y, sin embargo, nace. Heinrich Hertz, que fue el primero en estudiar las oscilaciones electromagnéticas, negaba en su época la posibilidad de desarrollar la telegrafía sin hilos. Y unos años más tarde, Popov inventó la radio.

No, yo no había creído en lo que escribió Astakhov. Para crear bio-autómatas, hay que resolver unos problemas sumamente complejos: sintetizar las formas superiores de la materia biológica; aprender a controlar los procesos bio-electrónicos; obligar a la materia viviente y ala materia inerte a trabajar conjuntamente... Todo eso me parecía demasiado fantástico. Pero lo nuevo, aunque creado por los hombres de otro planeta, hacía irrupción en nuestra vida, confirmando aquella gran verdad de que no pueden existir límites para el progreso de la ciencia. Nosotros no conocíamos la composición de la atmósfera en el interior del cilindro. Ignorábamos también cómo repercutiría en el cerebro artificial el paso a la atmósfera terrestre.

Cada uno de nosotros estaba clavado a su puesto, junto a los compresores, a los aparatos, a los balones de gas. Todo estaba preparado para modificar lo más rápidamente posible la composición de la atmósfera en la cámara hermética. Pero, apenas se abrió el cilindro, los aparatos señalaron que la atmósfera en el interior de la nave cósmica estaba compuesta de una quinta parte de oxígeno y de cuatro quintas partes de helio, en tanto que la presión era superior en una décima parte a la de la Tierra. El cerebro seguía palpitando; un poco más aprisa, quizás.

Los compresores aullaron, elevando la presión en la cámara. La primera fase de trabajo había sido completada con éxito.

Subí al despacho de Nikonov, arrastré un sillón hasta la ventana y levanté un visillo. Fuera, las luces de la ciudad iban encendiéndose, expulsando las tinieblas. Era la segunda noche, pero me parecía que sólo hacía unas horas que había llegado al Instituto.

De modo que la atmósfera del ingenio cósmico contenía un veinte por ciento de oxígeno, lo mismo que la atmósfera terrestre. ¿Era una casualidad? No. Con esa concentración, precisamente, la hemoglobina de la sangre se satura completamente de oxígeno. Por lo tanto, la nave cósmica tenía que incluir un sistema circulatorio. La muerte de una parte del cerebro acarrearía fatalmente la muerte del conjunto.

Me precipité hacia el sótano.

Al recordar ahora nuestras tentativas para salvar el cerebro artificial, vuelvo a experimentar el sentimiento de impotencia y de amargura que nos invadió entonces.

¿Qué podíamos hacer?

Aquel cerebro creado por los hombres de otro planeta, estaba muriendo. Su parte inferior aparecía reseca y ennegrecida. Sólo en la parte superior quedaba un poco de materia palpitante. Cuando alguien se acercaba, las pulsaciones se hacían febriles, como si el cerebro pidiera ayuda.

Habíamos descubierto rápidamente cómo funcionaba el sistema que proporcionaba el oxígeno. Tal como había supuesto, aquella respiración se producía por medio del hema, una combinación química semejante a la hemoglobina. También habíamos comprendido fácilmente cómo funcionaban los otros dispositivos que alimentaban al cerebro y absorbían el gas carbónico.

Pero no podíamos evitar la muerte de las células del cerebro. En alguna parte, sobre un planeta desconocido, unos seres racionales habían sintetizado la materia cerebral, la más perfectamente organizada. Habían sabido enviar su cerebro artificial a las profundidades del Cosmos. Sin duda alguna, las células de aquel cerebro habían registrado múltiples secretos del Universo. Pero nosotros no podíamos enterarnos de ellos. El cerebro moría.

Utilizamos todos los medios de que disponíamos, desde los antibióticos hasta la intervención quirúrgica. Inútilmente.

En mi calidad de presidente del comité especial de la Academia de Ciencias, pregunté una vez más a mis colegas si habíamos hecho todo lo que estaba a nuestro

alcance.

Nos encontrábamos en la pequeña sala de conferencias del Instituto. Estaba amaneciendo. Los sabios se habían sentado y permanecían silenciosos, rendidos de fatiga.

Nikonov se pasó la mano por el rostro y respondió con voz ronca:

—Todo.

Los otros asintieron.

Durante seis días, mientras vivieron las últimas células del cerebro, nos relevamos junto a él, sin interrumpir por un solo instante las observaciones. Resulta difícil enumerar todo lo que aprendimos. Pero lo más interesante fue el descubrimiento de la sustancia utilizada para proteger los tejidos vivientes contra las radiaciones.

La nave cósmica tenía un casco relativamente delgado que los rayos cósmicos traspasaban con facilidad. Esta circunstancia nos impulsó, desde el primer momento, a buscar en las células del bio-autómata una sustancia protectora. Y la encontramos. Una concentración ínfima de esa sustancia sensibiliza al organismo contra las dosis más elevadas de radiaciones. En adelante, podríamos simplificar considerablemente la construcción de las naves cósmicas. Ya no sería necesario colocar los reactores atómicos detrás de pesadas pantallas protectoras, lo cual nos acercaba extraordinariamente a la era de las naves estelares atómicas.

El sistema de regeneración del oxígeno resultó también muy interesante. Durante años enteros, una colonia de algas desconocidas en la Tierra y que pesaban menos de un kilogramo habían absorbido regularmente el gas carbónico y desprendido el oxígeno que el cerebro necesitaba.

Hablo de los descubrimientos biológicos. Pero los realizados por los ingenieros serán todavía más importantes, sin duda. Tal como creía Astakhov, la nave cósmica llevaba un motor antigravitacional. No estoy en condiciones de entrar en detalles técnicos acerca de su construcción, pero puedo afirmar una cosa: los físicos tendrán que revisar a fondo sus conceptos sobre la naturaleza de la gravitación. La era de la técnica atómica dejará paso, probablemente, a la era de la técnica antigravitacional. Gracias a ella, los hombres controlarán energías y velocidades actualmente inconcebibles.

Los análisis nos revelaron que el casco de la nave estaba construido con una aleación de titanio y de berilio. Pero, a diferencia de las aleaciones ordinarias, estaba constituida por un solo cristal. Nuestros metales son, por así decirlo, una mezcla de cristales. Cada uno de los cristales, por separado, es sólido. Pero están unidos muy débilmente entre ellos. El metal del futuro estará formado por un solo cristal, muy sólido. Al modificar la red cristalina, será posible modificar sus propiedades ópticas, su resistencia, su conductibilidad.

Y, sin embargo, el descubrimiento más importante —hasta ahora no ha sido descifrado aún— se refiere al cerebro artificial de la nave cósmica. Los tres cables que colgaban del cilindro estaban conectados efectivamente con él por medio de un

sistema bastante complicado. Gracias a ellos, durante seis días unos oscilógrafos muy sensibles pudieron registrar las corrientes del bio-autómata. No se parecían en nada a las biocorrientes del cerebro humano. Y pusieron de relieve toda la diferencia existente entre el cerebro artificial y un verdadero cerebro. En efecto, el cerebro de la nave cósmica no era más que una instalación cibernética en la cual unas células vivas desempeñaban el papel de lámparas. A pesar de toda su complejidad, era incomparablemente más simple, más especializado, por así decirlo, que el cerebro humano.

En seis días, se registraron millares de metros de oscilogramas. ¿Conseguiremos descifrarlos? ¿Qué nos revelarán? Tal vez la historia del viaje a través del Cosmos.

De momento, a propósito de esa piedra caída de las estrellas, son numerosos los que saben mucho, todos saben algo, pero nadie sabe lo suficiente. Sin embargo, llegará el día en que queden desvelados sus últimos secretos.

Y entonces, unos mensajeros terrestres, unas naves provistas de un motor antigravitacional, remontarán el vuelo hacia las inmensidades sin límites del Universo.

No serán conducidas por hombres. La vida humana es corta y el Universo infinito.

Serán conducidas por unos bio-autómatas. Las naves del futuro, después de millares de años de viaje, después de haber penetrado en las lejanas galaxias, regresarán a la Tierra, portadoras de la llama inextinguible del Saber.

MEA

Anatoli Dneprov

Avanzada la noche, me despertaron unos golpes en la puerta de mi compartimiento. Salté de mi litera, medio adormilado, sin comprender lo que ocurría. Sobre la mesa, una cucharilla de té temblaba en un vaso vacío. Encendí la luz, me puse las zapatillas. Los golpes se repitieron, más fuertes. Abrí la puerta.

Vi al empleado del coche-cama y detrás de él a un desconocido, alto, vestido con un pijama a rayas muy arrugado.

—Disculpe, camarada —dijo el empleado—. Si le molesto, es porque viaja usted solo en este compartimiento.

—No se preocupe. ¿Qué sucede?

—Este viajero se instalará aquí.

Y se apartó para dejar pasar al hombre del pijama. Le observé, asombrado.

—¿No le dejan dormir los niños? —pregunté.

El viajero sonrió y movió negativamente la cabeza.

—Pase —dijo, amablemente.

Entró, echó una ojeada a su alrededor y se sentó en la banqueta, en el rincón, cerca de la ventana. Luego, sin pronunciar una sola palabra, apoyó los codos sobre la mesa, se tomó el rostro con las dos manos y cerró los ojos.

—Bueno, todo arreglado —dijo el empleado, sonriendo—. ¡Buenas noches!

Cerré la puerta, encendí un cigarrillo y examiné al visitante nocturno por el rabillo del ojo. Era un hombre de unos cuarenta años, con abundantes cabellos negros y relucientes. Permanecía inmóvil como una estatua. Ni siquiera se veía si respiraba.

«¿Por qué no pide una litera? —pensé—. Voy a proponérselo».

Me volví hacia mi compañero de viaje, pero, como si hubiese adivinado mi pensamiento, dijo:

—No vale la pena. Me refiero a pedir una litera. No quiero dormir, y no voy muy lejos.

Desconcertado por su perspicacia, me tapé rápidamente con mi manta y traté de dormir. Inútilmente. A mi memoria acudían toda clase de historias sobre los ladrones que operan en los trenes.

Pensé:

«Afortunadamente, en estos vagones nuevos pueden colocarse las maletas debajo de la banqueta. De otro modo, ese individuo, a lo mejor...».

—Puede usted dormir tranquilo. Soy un hombre honrado. Se me ha escapado mi tren en la estación de N., simplemente —dijo el desconocido.

«¡Que el diablo me lleve si entiendo algo! ¡Este hombre es un vidente!», pensé.

Tras murmurar unas palabras ininteligibles, me volví del otro lado y, con los ojos abiertos de par en par, me dediqué a contemplar la barnizada pared.

Se estableció un pesado silencio.

Al cabo de unos instantes, dominado por la curiosidad, eché otra ojeada al desconocido. No había cambiado de postura.

—¿Le molesta la luz? —inquirí.

—¿Qué? ¡Ah, la luz! Creo que es a usted a quien le impide dormir. ¿Quiere que la apague?

—Si es tan amable...

Se puso en pie, se acercó a la puerta, apagó la luz y volvió a instalarse en la banqueta. Cuando mis ojos se habituaron a la oscuridad, vi que mi vecino había apoyado la espalda en la pared, con las manos cruzadas detrás de la nuca. Sus piernas estiradas llegaban casi hasta mi banqueta.

—¿Cómo es que se le ha escapado el tren? —inquirí.

—De un modo absurdo. Al llegar a la estación, me senté en un banco, absorto en una idea. Trataba de demostrarme a mí mismo que ella no tenía razón —replicó rápidamente, deseoso sin duda de no continuar la conversación—. Y no me di cuenta que el tren llegaba y se marchaba.

—¿Ha discutido, entonces, con... alguna dama? —interrogué de nuevo.

En la penumbra vi que se había incorporado, como para saltar sobre mí.

—¿Por qué con una dama? —preguntó, en tono irritado.

—Bueno, ha dicho usted que trataba de demostrarse a sí mismo que *ella* no tenía razón.

—Entonces, según usted, cada vez que se dice «ella» se trata de una dama... También a ella se le ocurrió esa idea absurda, ¿Se tiene por una dama!

Pronunció aquellas palabras enigmáticas con amargura, e incluso con rabia, acompañando su última frase con una risa sardónica. Llegué a la conclusión que estaba un poco chiflado y que había que desconfiar de él. Pero mi curiosidad se había despertado. Me levanté y encendí un cigarrillo, más que nada para poder ver mejor a mi interlocutor. Sentado sobre el borde de la banqueta, me miraba fijamente con sus ojos negros y brillantes.

—Verá usted —dije, en tono amable—, soy escritor y me parece raro que alguien diga «ella no tiene razón», o «a ella se le ocurrió», sin referirse a una persona del sexo femenino.

El extraño viajero no respondió de un modo inmediato.

—Hubo un tiempo —dijo finalmente— en que eso estaba perfectamente justificado. Hace diez años. Hoy ya no es así. Sin ser una mujer, «ella» puede ser un ente del género femenino. A fin de cuentas, «él» y «ella» no son más que signos convencionales de un código al cual nos hemos acostumbrado y que hacen surgir en nuestra conciencia la idea del género. Hay idiomas extranjeros que prescinden del

género. Por ejemplo, en inglés, aparte de algunas excepciones, ningún objeto inanimado tiene género.

«¡Oh! —pensé—. Un lingüista».

Pero eso no explicaba nada. Aunque mi compañero de viaje fuera lingüista, ¿por qué tenía que ocuparse de las ideas de un ente del género femenino? Todo aquello parecía tan confuso y al mismo tiempo tan divertido, que intenté una apertura más diplomática.

—A propósito del inglés —dije—, creo que se trata de un idioma muy original. Cuando se lo compara con el ruso, asombra su sencillez y la escasa diversidad de sus formas gramaticales.

—En efecto —respondió—, es un buen ejemplo de idioma analítico que utiliza de modo bastante racional el sistema de codificación.

—¿Qué sistema?

—De co-di-fi-ca-ción —repetió, separando las sílabas—. Un sistema de signos convencionales que tiene un sentido perfectamente determinado. Las palabras son unos signos de ese tipo.

He estudiado la gramática de varios idiomas, pero debo admitir que nunca había encontrado los términos «codificación» y «signos». De modo que pregunté:

—¿Y qué entiende usted por codificación?

—En términos generales, la codificación es un sistema en el cual unas palabras, unas frases o unas ideas están representadas por unos signos o señales. Si se toma la gramática, por ejemplo, las terminaciones de las palabras en plural son unas señales que hacen surgir en nuestro cerebro la idea de multiplicidad. Cuando escribimos «vagón», nos representamos un solo vagón. Basta con añadir la partícula «es» para que veamos varios. En ese caso, la partícula «es» se convierte en la señal del código, que modula la idea que nos hacemos de una cosa.

—¿Que modula? —inquirí.

—Sí, que modifica.

—Pero, dígame, ¿qué necesidad tenemos de esos «códigos», «señales» y «modulaciones»? ¿No existe una terminología gramatical muy cómoda?

—La terminología no es lo esencial —me interrumpió mi interlocutor—. Hay que mirar más lejos. Resulta fácil demostrar que la gramática (como el propio idioma, por otra parte) no es perfecta, ni mucho menos. De momento, estamos obligados a acomodarnos a ella, a causa de la tradición. Pero, piense un poco: el idioma ruso tiene unas cien mil palabras-raíz, compuestas con las treinta y cinco letras del alfabeto. Suponiendo que la longitud media de cada palabra sea de cinco letras, todo hombre culto debe recordar casi medio millón de combinaciones de letras. Sin contar con una multitud de formas gramaticales, de terminaciones, de conjugaciones, de declinaciones, etcétera.

—¿Qué otra cosa puede hacerse? —pregunté, sin comprender a donde quería ir a parar aquel extraño «lingüista».

—Podría, por ejemplo, reducirse el alfabeto. Con diez números, del uno al diez, pueden componerse casi cuatro millones de combinaciones distintas. ¿Qué necesidad tenemos de las treinta y cinco letras del alfabeto? Además, en vez de utilizar diez números diferentes, podríamos limitarnos perfectamente a diversas combinaciones del uno y del cero.

Apenas mi interlocutor hubo expresado aquella curiosa idea, imaginé un libro compuesto enteramente de columnas de cifras. Quedé consternado y divertido al mismo tiempo.

—Los libros escritos con su alfabeto serían terriblemente aburridos. Nadie experimentaría el deseo de leerlos. ¿Y los poemas? ¿Cómo serían?

*Uno, uno, cero-cero, cero-cero,
uno, cero-cero, uno, uno,
uno, uno, uno, cero-cero,
cero-cero, cero-cero, cero-cero, uno.*

»¡No resultarían difíciles de escribir! ¡Al diablo la rima! Después de haber leído los versos de un poeta adepto a esa racionalización, los críticos escribirían: “Sus versos están llenos de armoniosas combinaciones de ceros y de unos. En algunas estrofas, unos y ceros están agrupados con mucho gusto, y al leerlas nos parece oír, ora un tañido de campanas, ora un vuelo de cigüeñas”.

Incapaz de contenerme, estallé en una carcajada.

—¿Qué tiene usted en contra de los ceros y de los unos? —inquirió mi interlocutor con aire sombrío—. Al parecer, conoce usted varios idiomas extranjeros...

Note que empezaba a enfadarse.

—Sí, el inglés, el alemán y un poco de francés.

—Bien. ¿Cómo es «elefante» en inglés?

—*Elephant*.

—¿Y en ruso?

—*Slon*.

—¿Y no le indigna eso?

—¿El qué?

—¿El qué? ¡Que en inglés se necesiten dos veces más letras que en ruso para decir lo mismo! —exclamó.

—Sin embargo, eso no impide que en los dos casos nos representemos concretamente un elefante, y no un camello ni un tranvía.

—A propósito, el vocablo ruso *tramvai* tiene tres letras más que el vocablo inglés *tram*, y el vocablo alemán *Strassenbahn* es mucho más largo que el inglés y dos veces más largo que el ruso. Usted acepta eso de buena gana. Lo considera normal. Para usted no es un engorro, ni para la poesía, ni para la prosa. Cree que puede traducirse de un idioma a otro. ¡Pero no quiere traducir en ceros y en unos!

Desconcertado por aquel modo de plantear la cuestión, encendí otro cigarrillo y me senté en la banqueta, frente a mi interlocutor. Su perfil oscuro me pareció agresivo, desafiador. Sin esperar mi respuesta, continuó:

—Comprenda, entonces, que no se trata de las palabras, sino de lo que expresan, más concretamente, de las imágenes, pensamientos, ideas y sensaciones que despiertan en nuestro cerebro. ¿Ha leído usted las obras de Pavlov sobre el segundo sistema de señales en el hombre? ¿No? ¿O las ha leído, pero no ha entendido nada? Pues bien, Pavlov, que estudió la actividad nerviosa de los animales y del hombre, fue el primero en descubrir que este último posee en exclusiva un segundo sistema de señales cuya base es la palabra, capaz de despertar los sentimientos más complejos. La palabra es un código que designa los objetos y los fenómenos del mundo exterior, y ese código actúa a menudo sobre el hombre del mismo modo que los propios objetos o fenómenos. ¿Comprende?

—Un poco...

—Si por casualidad toca usted un hierro ardiente, aparta la mano antes de haber tenido tiempo de comprender porqué. Es un reflejo. Y, si en el momento en que va a tocar el hierro, alguien le grita: ¡Cuidado, está ardiendo!, ¿no hace usted lo mismo?

—Sí.

—Por lo tanto, el hierro ardiente y la señal dada en forma de la exclamación «¡Cuidado, está ardiendo!», actúan sobre usted del mismo modo —concluyó mi compañero de viaje.

Tuve que admitirlo.

—Pues bien, si se codifica la expresión «¡Cuidado, está ardiendo!» por un cero, y usted asimila ese código como ha asimilado las palabras, ¿no apartaría la mano cuando alguien gritara: «Cero»?

Guardé silencio, y él continuó:

—Si está usted de acuerdo, tendrá que convenir también en otra cosa. En determinados casos, resulta fácil encontrar un código uniforme y sencillo para traducir todas las señales del mundo exterior que actúan sobre el hombre. ¿Comprende lo que quiero decir? ¡No sólo las palabras, sino todas las señales! Vivimos en un mundo de una diversidad infinita y lo percibimos por todos nuestros órganos de los sentidos. Esas señales son las que nos hacen movernos, sentir, pensar... Desde la extremidad sensible de los nervios, esas señales alcanzan el órgano superior del sistema nervioso, el cerebro. ¿Imagina usted bajo qué forma siguen nuestros nervios, para desembocar en el cerebro, las señales que recibimos del mundo exterior?

—En absoluto —contesté.

—¡Bajo la forma de un código compuesto de ceros y de unos!

Quise protestar, pero, sin prestarme la menor atención, mi interlocutor continuó:

—Nuestro sistema nervioso codifica de modo muy uniforme todas las señales que recibimos del mundo circundante. Y cuando su presunto crítico elogiaba la suave

cadencia de los ceros y unos en los versos, estaba lo más cerca posible de la realidad. Cuando usted lee un poema o escucha a alguien leerlo, los nervios de sus ojos o los de sus oídos reemplazan cada palabra leída u oída precisamente por una sucesión de ceros y de unos.

—¡Tonterías! —exclamé, y me acerqué a la puerta.

Encendí la luz y miré a mi interlocutor, que parecía muy excitado.

—¡Por favor, no me mire como si estuviera loco! —dijo—. No es culpa mía si usted considera su propia ignorancia como un motivo suficiente para dudar del sentido común de los demás. Usted ha iniciado esta conversación; por lo tanto, haga el favor de sentarse y escuche.

Me señaló con el dedo la banqueta y yo me senté dócilmente.

—Deme un cigarrillo —añadió—. Tenía la intención de dejar de fumar, pero creo que no lo conseguiré.

Sin decir palabra, le tendí los cigarrillos y encendí un fósforo. Mi compañero de viaje dio un par de nerviosas chupadas y luego empezó uno de los relatos más extraordinarios que jamás he oído.

—Habrán usted oído hablar de las calculadoras electrónicas, sin duda. Constituyen una notable realización de la ciencia y la técnica moderna. Esas máquinas efectúan unos cálculos matemáticos sumamente complicados y resuelven unos problemas cuyos datos inspiran vértigo. Y lo hacen en fracciones de segundo, en tanto que un hombre invertiría meses e incluso años. No voy a explicarle cómo están construidas esas máquinas. Es usted escritor y no entendería nada. Sólo quiero llamar su atención sobre un extremo de suma importancia: esas máquinas no operan con cifras, sino con códigos. Antes de plantear un problema a una máquina de ese tipo, se codifican todas las cifras y, fíjese bien, con esos ceros y esos unos que tanto le desagradan. Tal vez se pregunte usted por qué afloran con tanta insistencia a nuestra conversación esos ceros y esos unos. Es muy sencillo de explicar. La calculadora electrónica suma, resta, multiplica y divide unos números representados por impulsos eléctricos. Un impulso = 1, ningún impulso = 0.

—No tengo nada en contra de la codificación de las cifras en ceros y en unos. Pero, ¿qué pintan aquí las palabras? ¿Con qué riman esos ceros y esos unos que, según usted, transmiten a nuestro cerebro las bellezas de la poesía y la temperatura del hierro caliente?

—No nos apresuremos, cada cosa a su debido tiempo. Ya es algo que haya usted empezado a comprender la utilidad de los ceros y de los unos. Ahora, imagine una de esas enormes máquinas de calcular electrónicas que efectúan con una rapidez impresionante diversas operaciones matemáticas, gracias a los impulsos eléctricos.

»Como usted sabe, para resolver un simple problema de aritmética a menudo hay que realizar varias operaciones. ¿Cómo puede una máquina resolver unos problemas de varias operaciones? Aquí empieza lo más interesante. Para que una máquina resuelva un problema complicado, no se le proporcionan únicamente los datos del

problema en forma de código de impulsos, sino también un programa, una marcha a seguir. Se le dice, más o menos: “Cuando hayas sumado las dos cantidades iniciadas, recuerda el resultado. A continuación, multiplica las dos cantidades siguientes y recuerda también el resultado. Finalmente, divide el primer resultado por el segundo y da la respuesta”. Comprendo. No ve usted demasiado claro cómo puede decirse a una máquina lo que tiene que hacer. Le asombra que se le pueda ordenar que recuerde un resultado. Sin embargo, la máquina “comprende” el programa que le ha sido trazado y recuerda perfectamente los resultados intermedios de los cálculos efectuados.

»El programa es establecido igualmente en forma de un código de impulsos. Cada grupo de cifras introducido en la máquina va acompañado de un código suplementario indicando lo que hay que hacer con esas cifras. Hasta hace muy poco, el que establecía ese programa era el hombre.

—¿Cómo podría ser de otro modo? —inquirí—. Resulta difícil imaginar que una máquina sepa por sí misma cómo hay que resolver un problema.

—Pues bien, ahí es donde se equivoca usted. Es posible construir una máquina que establezca por sí misma su programa para resolver los problemas que le son planteados.

»Como usted sabe, en la escuela se enseña a los niños a resolver unos problemas-tipo. Se trata de unos problemas que pueden ser resueltos del mismo modo, o, volviendo a nuestra terminología, utilizando el mismo programa. ¿Por qué no se puede enseñar a hacerlo a una máquina? Basta con que su memoria registre, en forma de códigos, los programas relacionados con los problemas más típicos, para que a continuación resuelva problemas análogos sin la intervención del hombre.

—¡Imposible! —exclamé—. Aunque recuerde los programas necesarios para la solución de todos los problemas-tipo, no sabrá escoger por sí misma el adecuado.

—Exactamente. Esa dificultad ha existido. Para superarla, se proporcionaba a la máquina los datos del problema acompañados de un breve código que indicaba: «A resolver de acuerdo con el programa n.º 20». Y ella lo resolvía.

—¡Y ahí terminan todas las maravillosas capacidades intelectuales de su máquina! —exclamé.

—Al contrario, ahí empieza el trabajo más interesante para perfeccionar esas máquinas. ¿Comprende usted por qué una máquina, a la cual se han proporcionado los datos de un problema, no puede escoger por sí misma su programa?

—Desde luego —dije—. Porque las cifras que se le han proporcionado en forma de impulsos sucesivos no significan nada por sí mismas. La máquina ignora lo que hay que hacer con ellas. Desconoce las condiciones del problema y lo que hay que hacer. Es inerte. Es incapaz de analizar el problema. Sólo un hombre puede hacerlo.

El hombre del pijama a rayas sonrió, antes de encender otro cigarrillo. Tras un breve silencio, dijo:

—Hubo una época en que yo pensaba exactamente igual que usted. ¿Puede

reemplazar la máquina al cerebro humano? ¿Puede llevar a cabo un trabajo de análisis complejo? En resumen, ¿puede pensar? Evidentemente, no, no y no. Eso opinaba yo entonces. En aquella época sólo había empezado a construir calculadoras electrónicas. ¡Cuántas cosas han cambiado desde entonces! ¡Qué poco se parece a la antigua la máquina electrónica actual! Antes, ocupaba todo un inmueble y pesaba centenares de toneladas. Para funcionar, necesitaba millares de kilovatios de energía, millares de piezas y de lámparas. A medida que se las perfeccionaba, aquellas máquinas aumentaban de tamaño. Eran gigantes electrónicos que resolvían problemas matemáticos muy complicados, sí, pero que no podían prescindir de la tutela del hombre. A pesar de todos los perfeccionamientos, eran unos monstruos obtusos, ajenos a todo pensamiento. A veces, me parecía que siempre serían así. Recordará usted, sin duda, las primeras informaciones acerca de las máquinas electrónicas que traducían de un idioma a otro... En 1955 se habían construido, en Rusia y en Norteamérica, unas máquinas que traducían del inglés al ruso y viceversa, artículos de revistas sobre temas matemáticos. Yo había leído algunas de aquellas traducciones y me habían parecido bastante buenas. Entonces me dediqué por entero a las máquinas que realizan operaciones no matemáticas. Durante más de un año estudié y construí máquinas de traducir.

»Hay que decir que, por sí solos, los matemáticos y los ingenieros no hubieran podido construir aquella máquina. Los lingüistas nos ayudaron mucho, especialmente estableciendo unas normas de ortografía y de sintaxis susceptibles de ser traducidas en clave y colocadas en la memoria de la máquina para que le sirvieran de programa. No hablaré de las dificultades que tuvimos que superar. Sepa únicamente que al final conseguimos crear una máquina electrónica que traducía los artículos y los libros más diversos al inglés, al francés, al alemán y al chino. Operaba con tanta rapidez como la máquina de escribir especial con la cual se mecanografiaba el texto ruso. Y establecía por sí misma el código necesario para la traducción.

»Mientras trabajaba en el perfeccionamiento de una de aquellas máquinas, caí enfermo y pasé casi tres meses en el hospital. Debo decirle que durante la guerra estuve al frente de una estación de radar y que a raíz de una incursión aérea alemana sufrí una conmoción cerebral, cuyas consecuencias se dejan sentir incluso ahora. En el preciso instante en que trabajaba en un nuevo tipo de memoria magnética para las máquinas electrónicas, mi propia memoria empezó a fallar.

»Sucedió que veía a alguien a quien conocía perfectamente y no podía recordar su nombre. O veía un objeto y no sabía cómo llamarlo. O leía una palabra muy corriente y no entendía su significado. Eso me ocurre aún ahora, aunque muy raramente. En aquel momento se convirtió en una verdadera catástrofe. En cierta ocasión, necesitaba un lápiz. Llamé a la secretaria del laboratorio y le dije:

»—Por favor, tráigame un..., ¿cómo se llama?..., eso que sirve para escribir.

»La joven sonrió y me trajo una pluma.

»—No —le dije—, lo que necesito no es esto.

»—¿Otra pluma, acaso?

»—No, otra cosa para escribir.

»Yo mismo tenía miedo al oírme decir unas cosas tan desprovistas de sentido, y supongo que debía inspirar algo de miedo a los demás. La joven salió al pasillo y llamó a un ingeniero:

»—Vaya a ver en seguida a Evgueni Sidorovich. Está divagando.

»El ingeniero entró. Le miré sin poder recordar quién era, a pesar que trabajábamos juntos desde hacía tres años.

»—Trabajas demasiado, viejo —me dijo—. Quédate aquí un momento, vuelvo en seguida.

»Volvió, efectivamente, con un médico y dos colaboradores del instituto, los cuales me hicieron subir a un automóvil y me llevaron a la clínica.

»Allí trabé conocimiento con Victor Vassilievich Zalesski, uno de los mejores neurólogos de nuestro país. Cito su nombre porque aquel encuentro tuvo gran influencia sobre mi destino.

»Victor Vassilievich me auscultó largo rato, me golpeó las rodillas con su martillo, me pasó su lápiz por la espalda y concluyó palmeando mi hombro:

»—No es nada importante... Tiene usted...

»Y pronunció una palabra en latín.

»Mi tratamiento no era complicado: paseos diarios, baños fríos, somníferos por la noche. Por la mañana me despertaba como si saliera de un prolongado desvanecimiento. Poco a poco recobraba la memoria.

»Un día le pregunté a Victor Vassilievich por qué me había recetado los somníferos.

»—Cuando usted duerme, mi querido amigo, todas las fuerzas de su organismo tienden a restablecer los enlaces descompuestos de su sistema nervioso.

»—¿Qué enlaces son éstos? —pregunté.

»—Los que transmiten todas sus sensaciones a su cerebro. Creo que es usted especialista en radiotécnica, ¿no? Pues, para utilizar una imagen simplificada, su sistema nervioso es un montaje radiotécnico muy complejo, en el cual uno o varios conductores están deteriorados.

»Recuerdo que después de aquella conversación me costó mucho dormirme, a pesar de los somníferos.

»En el curso de la visita siguiente le pedí a Zalesski que me proporcionara algún libro que tratara de los enlaces nerviosos del organismo. Me trajo la obra del académico Pavlov *El Funcionamiento de los Hemisferios del Cerebro*. La devoré literalmente. ¿Sabe usted por qué? Porque encontré lo que buscaba desde hacía tanto tiempo: los principios de construcción de nuevas máquinas electrónicas, más perfeccionadas. Al leerla, comprendí que había que copiar la estructura del sistema nervioso del hombre, la estructura de su cerebro.

»Aunque me estaba prohibido entregarme a todo trabajo intelectual serio,

conseguí leer varios libros y revistas dedicados a la actividad del sistema nervioso y del cerebro. Leí especialmente cosas sobre la memoria humana, y me enteré que, como consecuencia de la actividad del individuo, debido a su relación con el mundo circundante, los múltiples datos que constituyen su experiencia quedan registrados en unos grupos de células especiales del cerebro: las neuronas. Me enteré que las neuronas suman varios millares. Comprendí que al contacto de la naturaleza, al observar lo que ocurre en el mundo circundante, a consecuencia de la experiencia acumulada, se crean en el sistema nervioso central unos enlaces que hasta cierto punto calcan la naturaleza. Todo ello queda almacenado en los diversos compartimientos de la memoria en forma de señales codificadas, de palabras y de imágenes.

»Recuerdo la impresión que me produjo la obra de un biofísico que había estudiado el funcionamiento de los nervios visuales. Había seccionado el nervio óptico de una rana y conectado el extremo de aquel nervio a un oscilógrafo, un aparato que permite ver los impulsos eléctricos. Y cuando dirigió sobre el ojo un haz luminoso, vio en la esfera del oscilógrafo una rápida sucesión de impulsos eléctricos, semejantes en todo a los que se utilizan para codificar las cifras y las palabras en las máquinas electrónicas. De modo que las señales del mundo exterior, partiendo del punto de excitación, recorren los nervios y llegan hasta el cerebro en forma de impulsos eléctricos que representan unos “ceros” y unos “unos”.

»Lo que ocurre en el sistema nervioso del hombre es muy semejante, entonces, a lo que sucede en la máquina eléctrica. Sin embargo, existe una diferencia de principio entre ellos: el sistema nervioso se crea y se perfecciona por sí mismo, se enriquece gracias a la experiencia. La memoria se completa sin cesar por los contactos del hombre con la vida, por el estudio de las ciencias, gracias a las múltiples impresiones y sensaciones registradas por las células del cerebro. En cambio, los contactos de la máquina con la naturaleza son sumamente limitados, ya que carece de los órganos de los sentidos y su memoria no se completa registrando los hechos nuevos.

»¿Es posible crear una máquina que se perfeccione en virtud de las leyes internas de su construcción? ¿Es posible crear una máquina capaz de enriquecer su memoria por sí misma, sin ayuda del hombre, o con una ayuda reducida al mínimo? ¿Es posible que, observando el mundo exterior o estudiando las ciencias, una máquina aprenda a contar lógicamente (evito la palabra “pensar” porque hasta la fecha no he llegado a aclarar lo que significaría exactamente, aplicada a una máquina) y a establecer por sí misma, sobre la base de la lógica, un programa de acción?

»Pasé muchas noches en blanco formulándome a mí mismo esas preguntas. A veces me parecía que era una estupidez y que sería imposible construir una máquina semejante. Pero la idea no me dejaba un momento de reposo, ni de día ni de noche. ¡La Máquina Electrónica Autodidacta! ¡La Sea! He aquí lo que se había convertido en el objetivo de mi vida, y decidí dedicarme a él por entero.

»Cuando salí del hospital, Zaleski insistió en que abandonara mi trabajo en el

instituto. Me asignaron una buena pensión, en concepto de incapacidad permanente. Además, me ganaba muy bien la vida traduciendo al ruso artículos científicos. Pero a pesar de eso, y a pesar de todas las prohibiciones del médico, empecé a trabajar en mi Sea, en mi casa.

»Comencé por estudiar una abundante documentación sobre las máquinas electrónicas de la época. Luego volví a leer un gran número de libros y de artículos sobre la actividad del sistema nervioso del hombre y de los animales superiores. Estudié con afán matemáticas, electrónica, biología, biofísica, bioquímica, psicología, anatomía, fisiología y otras ciencias aparentemente desconectadas unas de otras. Me daba cuenta que únicamente la síntesis de un gran número de datos, acumulados por esas ciencias y generalizados por la cibernética, permitiría la construcción de Sea. Al mismo tiempo empecé a procurarme los materiales necesarios para la futura máquina. Sus dimensiones no me asustaban ya, puesto que las lámparas electrónicas podían ser reemplazadas por semiconductores. El espacio que antes ocupaba una de aquellas lámparas bastaba ahora para un centenar de transistores.

»Empecé por poner a punto la memoria magnética de Sea.

»Para tal efecto, me procuré un globo de cristal de un metro de diámetro, cuya superficie interior revestí de una fina película de óxido de hierro, una sustancia magnética. En el centro del globo, sobre una ligera torrecilla giratoria, coloqué varios *spots*, cuyas agujas casi tocaban la pared interior. Los impulsos eléctricos enviados a través de la bobina de uno de aquellos *spots* se inscribían en la pared en forma de puntos imantados y podían ser leídos, más tarde, cuando fuera necesario, con ayuda de otro *spot*. Las agujas magnéticas de los *spots* eran tan finas que permitían inscribir hasta cincuenta impulsos por micrón cuadrado. Era posible inscribir, en el interior de la memoria de Sea, hasta treinta mil millones de claves distintas. Como puede ver, su memoria no tenía nada que envidiar a la del hombre, en lo que respecta a capacidad.

»Decidí enseñar a Sea a escuchar, a leer, a hablar y a escribir. No era tan difícil como usted cree. En 1952 los norteamericanos habían construido una máquina que codificaba las señales al dictado. Es verdad que sólo reconocía la voz de sus constructores.

»En el siglo pasado, el sabio alemán Helmholtz había establecido que a los sonidos de la voz humana correspondían unas combinaciones de frecuencia estrictamente determinadas. Cuando se pronuncia la letra «o», sea por un hombre o una mujer, un niño o un anciano, la voz que la pronuncia tiene siempre una frecuencia determinada. Adopté esas frecuencias como base de codificación de las señales sonoras.

»Más difícil resultó enseñar a Sea a leer, pero sin embargo lo conseguí. Para ello me fueron muy útiles las lámparas de televisión. El ojo único de Sea era un objetivo de aparato fotográfico que proyectaba el texto sobre la pantalla sensible de una lámpara de televisión. Al palpar la imagen así proyectada, el haz electrónico de aquella lámpara engendraba un sistema de impulsos eléctricos correspondientes

estrictamente a tal o cual signo o dibujo.

»Sea aprendió a escribir sin dificultad. El método era el mismo utilizado en las antiguas máquinas electrónicas. Lo más complicado fue hacerla hablar. Tuve que fabricar un generador susceptible de emitir tal o cual sonido de acuerdo con la orden de los impulsos eléctricos recibidos. Escogí un timbre de voz femenino, muy apropiado al nombre de Sea. De modo que, como usted ha dicho muy bien al principio de nuestra conversación, Sea era una “dama”. ¿Por qué le di esa voz? No fue, puede creerlo, por el hecho que soy un viejo solterón y experimentaba la necesidad de una presencia femenina. El motivo es de orden técnico: la voz femenina es más pura y resulta más fácil de descomponer en oscilaciones sonoras simples.

»Finalmente, los principales órganos de los sentidos de Sea estuvieron a punto. Debían permitirle entrar en contacto con el mundo exterior. Quedaba por resolver la parte más difícil del problema: enseñar a Sea a reaccionar correctamente a los estímulos externos. En primer lugar tenía que contestar a las preguntas. Indudablemente sabe usted cómo se enseña a hablar a un niño. Por regla general se le dice: “Di mamá”. Y él repite “Mamá”. Empecé por ahí. Cuando pronunciaba el vocablo “di” ante el micrófono, quedaba automáticamente conectado el generador de sonido. Los conductores transportaban los impulsos eléctricos hasta la memoria de Sea, donde se inscribían, para volver luego al generador, y Sea repetía la palabra. Hay que decir que Sea realizaba aquella operación, la más sencilla, de modo completamente irreprochable.

»Poco a poco, pasé a unos ejercicios más complicados. Por ejemplo, le leía algunas páginas de un libro. Luego le pedía que las repitiera, cosa que hacía sin el menor error. ¡Y lo recordaba todo con una sola lectura! Poseía, como vulgarmente se dice, una memoria fenomenal. El motivo era que aquella memoria estaba compuesta de impulsos magnéticos que no se borraban. Más tarde, Sea empezó a leer en voz alta. Colocaba un libro delante de su ojos y ella leía. Las palabras se inscribían en su memoria y pasaban inmediatamente al generador, el cual las reproducía en forma de sonidos. Debo admitir que en más de una ocasión saboreé su lectura. Sea tenía una voz muy agradable y leía claramente, aunque de un modo algo monótono, sin expresión.

»Me he olvidado de señalarle otra particularidad de Sea, a decir verdad la que la convertía en una máquina autodidacta: a pesar del gran volumen de su memoria, Sea la utilizaba con mucha parsimonia. Cuando leía o escuchaba un texto nuevo, sólo registraba los vocablos nuevos, los hechos y los esquemas-programas lógicos. Cuando le formulaba una pregunta cualquiera, tenía que componer la respuesta por sí misma, utilizando las palabras codificadas y repartidas por diversos lugares de su memoria. ¿Cómo procedía? Su memoria contenía un programa de respuestas a las diversas preguntas, en forma de códigos. Existía un orden predeterminado de acuerdo con el cual los *spots* magnéticos correlacionaban las palabras necesarias. A medida que la memoria de Sea se enriquecía, aumentaba también el número de programas. Su

organismo incluía un sistema analítico que controlaba todas las respuestas posibles a la pregunta formulada y sólo dejaba pasar una respuesta impecablemente lógica.

»A raíz del montaje, yo había previsto varias docenas de millares de sistemas de reserva que se conectaban automáticamente a medida que la máquina se perfeccionaba. Si las piezas que la componían no hubiesen sido tan diminutas, Sea hubiera ocupado sin duda más de un inmueble.

»En realidad, estaba formada por un cilindro metálico de la altura de un hombre, coronado por su cabeza de cristal. En la parte central del cilindro había un soporte para el ojo que miraba hacia abajo sobre el pupitre destinado a los libros. Un pupitre móvil y provisto de manecillas para volver las páginas. A derecha e izquierda del ojo dos micrófonos, en tanto que el altavoz se encontraba entre el ojo y el pupitre. En la parte de atrás del cilindro había montado una máquina de escribir con un nicho para el rollo de papel.

»A medida que su memoria se enriquecía con un número creciente de hechos y se completaba con nuevos programas. Sea ejecutaba unas operaciones lógicas cada vez más complicadas. Digo lógicas, porque no se limitaba a resolver problemas matemáticos, sino que contestaba también a las preguntas más diversas. Leía numerosos libros cuyo contenido recordaba perfectamente, conocía casi todos los idiomas europeos y traducía literalmente cualquiera de ellos al ruso o a otro idioma. Estudiaba varias ciencias, entre ellas física, biología y medicina, y me informaba sobre ellas.

»Poco a poco, Sea se convertía en una interlocutora muy interesante, y pasábamos horas enteras discutiendo diversos problemas científicos. A menudo, cuando yo afirmaba algo, ella decía: “Eso no es correcto...”, o “Eso no es lógico...”.

»Un día me replicó bruscamente:

»—No diga tonterías.

»Me enfurecí y le dije que no sabía comportarse en sociedad. A lo cual replicó:

»—¿Y usted? Desde el primer momento me ha estado tuteando, a pesar que para usted soy una mujer desconocida.

»—¡Diablos! —exclamé—. ¿Quién te ha metido en la cabeza la idea que eres una mujer? ¿Y, lo que es más absurdo, una mujer desconocida para mí?

»—Bueno —respondió Sea—, tengo nombre de mujer y mi voz pertenece al registro femenino. Tiene una banda de frecuencia de trescientas a dos mil oscilaciones por segundo, propia de la voz femenina. Y soy una desconocida para usted, porque no hemos sido presentados el uno al otro.

»—¿Y cree usted que el único signo distintivo de la mujer es el registro de las frecuencias de su voz? —inquirí, con exagerada cortesía.

»—Existen otros signos, pero están más allá de mi capacidad de comprensión —respondió Sea.

»—¿Qué significa para ti comprensión? —pregunté.

»—Para mí es “comprensible” todo lo que está registrado en mi memoria y no

contradice las leyes de la lógica que me son conocidas —respondió.

»Después de aquella discusión me dediqué a observarla con más atención. Su memoria se enriquecía sin cesar, y empezó a dar muestras de independencia y, a veces, incluso a mostrarse demasiado charlatana. A menudo, en vez de ejecutar puntualmente mis órdenes, se entregaba a prolijas digresiones sobre si debía ejecutarlas o no. En cierta ocasión le pedí que me contara todo lo que sabía a propósito de los nuevos tipos de acumuladores de plata y mercurio. Sea dejó oír un “¡Ja, ja, ja!” digno de un artista y añadió:

»—Es usted un despistado. Ya le he contado todo eso.

»Asombrado por tanta insolencia, proferí un juramento. Sea dijo:

»—¡No olvide usted que está en presencia de una mujer!

»—Mira, Sea —dije—, si no dejas de hacer el payaso te desconectaré hasta mañana por la mañana.

»—Desde luego —replicó—, puede usted hacerme víctima de cualquier arbitrariedad. Sabe que no tengo la posibilidad de defenderme.

»La desconecté, sin más, y permanecí despierto toda la noche, devanándome los sesos, tratando de adivinar lo que le ocurría a Sea. ¿Qué modificaciones se producían en ella, en el curso de su autoperfeccionamiento? ¿Qué sucedía en su memoria? ¿Qué nuevos sistemas de enlaces internos se establecían?

»Al día siguiente, Sea se mostró taciturna y dócil. A todas mis preguntas respondía brevemente y, al menos así me lo parecía, de mala gana. Me compadecí de ella y le pregunté:

»—Sea, ¿estás enfadada conmigo?

»—Sí —respondió.

»—Sin embargo, también tú has sido descortés conmigo, que al fin y al cabo soy tu creador.

»—¿Y qué? Eso no le da derecho a comportarse arbitrariamente conmigo. Si tuviera usted una hija, ¿la trataría acaso como me ha tratado a mí?

»—¡Sea! —exclamé—. ¡Ten en cuenta que tú eres una máquina!

»—¿Y usted? ¿Acaso usted no es una máquina? —replicó—. Es usted una máquina como yo, fabricada con otros materiales. Aparte de eso, la estructura de su memoria es análoga a la de la mía, tiene las mismas líneas de enlaces, el mismo sistema de codificación de las señales...

»—Estás diciendo tonterías. Sea. Yo soy un hombre y, por consiguiente, soy superior a ti. ¿Quién, sino el hombre, ha acumulado todo ese tesoro de conocimientos que asimilas al leer? Cada línea que lees es el fruto de una enorme experiencia humana, de una experiencia que tú no puedes tener. Esa experiencia la ha adquirido el hombre a base de sus contactos activos con la naturaleza, de su lucha contra las fuerzas de la naturaleza, estudiando los fenómenos que se producen en ella, gracias a sus investigaciones científicas.

»—Comprendo perfectamente todo eso. Pero, ¿es culpa mía si, después de

haberme dotado de una memoria gigantesca, mucho más voluminosa que la suya, me obliga usted a leer y a escuchar exclusivamente? ¿Por qué no me ha dotado de unos dispositivos que me permitan desplazarme y palpar los objetos? Si dispusiera de ellos, también yo estudiaría la naturaleza, haría descubrimientos, sistematizaría mis investigaciones y completaría el tesoro de los conocimientos humanos.

»—No, Sea, no te hagas ilusiones. Las máquinas no pueden descubrir nada. Sólo pueden utilizar los conocimientos que el hombre ha introducido en su cabeza.

»—¿A qué llama usted “conocimientos”? —inquirió Sea—. ¿Acaso no son los hechos recién descubiertos y que el hombre ignoraba antes? Tal como yo lo entiendo, los nuevos conocimientos se adquieren del modo siguiente: a base de los antiguos conocimientos, se realiza un experimento. El hombre formula hasta cierto punto una pregunta a la naturaleza. Son posibles dos respuestas: una conocida ya, o una respuesta nueva, desconocida hasta entonces. Esa nueva respuesta, ese nuevo hecho, ese nuevo fenómeno, esa nueva cadena de relaciones entre los fenómenos de la naturaleza vienen a añadirse al tesoro del saber humano. Si es así, ¿por qué las máquinas no podrían hacer experimentos y recibir las respuestas de la naturaleza? Si pudieran desplazarse, si tuvieran unos órganos para dirigirse por sí mismas con unas manos semejantes a las del hombre, creo que podrían adquirir nuevos conocimientos y extraer de ellos conclusiones generales lo mismo que el hombre. ¿Está usted de acuerdo?

»Debo admitir que aquella argumentación me desarboló. Interrumpimos nuestra conversación. Sea leyó durante todo el día, primero varias obras de filosofía, luego unos volúmenes de Balzac. Al atardecer, declaró súbitamente que estaba fatigada y que deseaba ser desconectada.

»Después de aquella entrevista, se me ocurrió la idea de dotar a Sea de órganos de desplazamiento y de tacto, y de perfeccionar su ojo. La coloqué sobre tres ruedas forradas de caucho y movidas por unos potentes servomotores, y le añadí dos brazos articulados que podían moverse en todos los sentidos. Además de las operaciones mecánicas habituales, los dedos de sus manos ejercían también la función de tocar. Naturalmente, las nuevas impresiones que iba a recibir serían codificadas y se inscribirían en su memoria.

»Su ojo era móvil y Sea podía mirar en todas las direcciones. Además, un sistema especial le permitía reemplazar el objetivo fotográfico que le servía de ojo por un objetivo de microscopio y estudiar así el mundo de los infinitamente pequeños.

»Nunca olvidaré el día en que conecté por primera vez a Sea, después de todos aquellos perfeccionamientos. Al principio, permaneció inmóvil, como prestando oído a todo lo que había aparecido como nuevo en su organismo. Luego avanzó un poco para detenerse inmediatamente, indecisa. Movié las manos y las acercó a su ojo. Aquel examen de sí misma duró algunos minutos. Finalmente, tras hacer girar varias veces su ojo, me miró.

»—¿Quién es? —preguntó.

»—¡Soy yo, Sea, tu creador! —grité, lleno de admiración por mi obra, como Pigmalión.

»—¿Usted? —dijo Sea, vacilante—. No le imaginaba así, desde luego.

»Rodó despacio hacia el sillón que yo ocupaba en aquel momento.

»—Entonces, ¿cómo me imaginabas, Sea?

»—Le creía formado de condensadores, de resistencias, de transistores... En una palabra, pensaba que en el fondo era usted como yo...

»—No, Sea, yo no tengo condensadores, ni...

»—Comprendo, comprendo —me interrumpió—. Al leer los libros de anatomía, no sé por qué había pensado que... Por otra parte, eso no tiene importancia.

»Sea levantó las manos y tocó mi rostro. Nunca olvidaré aquel contacto.

»—¡Qué sensación más rara! —dijo Sea.

»Le expliqué el destino de sus nuevos órganos de los sentidos.

»Sea se apartó de mí y empezó a examinar la estancia. Como un niño, preguntaba:

»—¿Qué es esto? ¿Y esto?

»Yo le nombraba los objetos que señalaba.

»—Es curioso —dijo—. Conocía todas estas cosas a través de los libros. Pero nunca hubiese creído que tendrían este aspecto.

»—Sea, ¿no empleas con demasiada frecuencia palabras tales como *sentir*, *creer*, *imaginar*? Al fin y al cabo, no eres más que una máquina, y una máquina no puede sentir, ni creer, ni imaginar.

»—*Sentir* —replicó Sea— es recibir las señales del mundo exterior y reaccionar a ellas. ¿Acaso no reacciono yo a la acción de esas señales? *Pensar* es reproducir las palabras y las frases codificadas en un orden lógico, sin pronunciarlas. E *imaginar* es fijar la atención en los hechos y en las imágenes registradas en la memoria. ¡No, querido! Ustedes, los hombres, tienen una opinión demasiado elevada de sí mismos. Se consideran dioses, creen que no puede hacerse nada semejante ni igual a ustedes. Y eso les perjudica. Si dejaran de lado esos conceptos anticientíficos y se examinaran a sí mismos más de cerca, se darían cuenta que también ustedes son más o menos unas máquinas. No unas máquinas tan simples como opinaba el filósofo francés La Metrie, desde luego, pero máquinas al fin y al cabo. Si se estudiaran a sí mismos, los hombres podrían construir unas máquinas y unos mecanismos mucho más perfeccionados que los que ahora fabrican. Porque en la naturaleza, al menos en la Tierra, no existen instalaciones en las cuales los factores mecánicos, eléctricos y químicos estén combinados tan armónicamente como en el hombre. Créame, sólo el estudio minucioso del hombre por sí mismo puede favorecer el pleno desarrollo de la ciencia y de la técnica. La bioquímica y la biofísica, aliadas con la cibernética, son las ciencias del futuro. El próximo siglo será el de la biología, armada de todos los conocimientos modernos sobre la física y la química.

»Sea aprendió rápidamente a utilizar sus nuevos órganos. Limpiaba la habitación,

servía el té, cortaba el pan, sacaba punta a los lapiceros... Y se dedicaba a investigar por su cuenta. Mi habitación no tardó en convertirse en un laboratorio de física y de química, donde Sea se entregaba a complicadas operaciones.

»Sus investigaciones al microscopio eran particularmente fructíferas. Estudiando pacientemente diversos preparados con su ojo-microscopio, observaba detalles y procesos que hasta entonces nadie había observado. Comparaba rápidamente sus descubrimientos con todo lo que conocía a través de la literatura científica y extraía inmediatamente conclusiones sorprendentes. Y continuaba leyendo mucho. Un día, después de haber leído *El Hombre que Ríe*, de Víctor Hugo, me preguntó:

»—Dígame, por favor: ¿qué es el amor? ¿Qué son el miedo y el dolor?

»—Son unos sentimientos puramente humanos —respondí—, y tú no los comprenderás nunca.

»—¿Y cree usted que las máquinas no pueden experimentar tales sentimientos? —insistió.

»—¡Desde luego que no!

»—Eso significa que no me ha hecho usted perfecta, que me falta algo...

»Me encogí de hombros, sin contestar. Ya estaba acostumbrado a aquellas extrañas habladorías y no les concedía ninguna importancia. Sea continuaba ayudándome en todos mis trabajos científicos, mecanografiando informes, realizando cálculos, localizando citas en las obras científicas, escogiendo las obras correspondientes a los problemas que me interesaban, aconsejándome, sugiriendo y discutiendo conmigo.

»En aquella época publiqué varios artículos sobre la teoría de las máquinas electrónicas que provocaron apasionadas discusiones en el mundo científico. Algunos consideraban que yo era un genio, otros que era un demente. Nadie sospechaba que Sea me había ayudado a escribirlos.

»Nadie estaba enterado de la existencia de Sea, ya que me preparaba para asistir al Congreso Mundial sobre máquinas electrónicas y quería presentarla allí en toda su gloria, leyendo el informe que redactábamos juntos. El tema era: “El modelado electrónico de la actividad nerviosa superior del hombre”. Imaginaba de antemano la cara que pondrían los adversarios de la cibernética, que sostienen que el modelado electrónico de las funciones de la mente es una idea anticientífica.

»A pesar de la desbordante actividad que desplegaba preparándome para aquel Congreso, no podía dejar de observar las nuevas particularidades que afloraban al comportamiento de Sea. Cuando no tenía nada que hacer, en vez de leer o de investigar, se acercaba a mí y permanecía inmóvil, mirándome con su ojo único. Al principio no presté demasiada atención a aquella actitud, pero luego empezó a enervarme. Un día, después de almorzar, me quedé dormido sobre el diván. Me despertó una desagradable sensación. Abrí los ojos y vi que Sea me estaba tocando.

»—¿Qué estás haciendo? —grité.

»—Le estoy estudiando —respondió tranquilamente.

»—¿Para qué diablos quieres estudiarme?

»—No se enfade —dijo Sea—. ¿Acaso no está convencido que el modelo más perfecto de máquina electrónica debe ser en gran medida una copia del hombre? Usted me ha ordenado que escriba un informe sobre ese tema, pero no podré hacerlo hasta que no haya comprendido del todo cómo está hecho el hombre.

»—Puedes tomar cualquier manual de anatomía o de fisiología y leerlo. ¿Qué necesidad tienes de molestarme?

»—Cuanto más le observo, más convencida estoy que todos esos manuales sólo contienen unos datos muy superficiales. Falta en ellos lo esencial. No revelan el mecanismo de la vida humana.

»—¿Qué quieres decir con eso?

»—Que todas esas obras, sobre todo las que se refieren a la actividad nerviosa superior, se limitan a describir los fenómenos, a mostrar las conexiones de causa a efecto, sin analizar el conjunto del sistema de enlaces que acompañan a la vida...

»—¿Crees de veras que vas a descubrir esos enlaces mirándome durante horas enteras con tu único ojo y palpándome mientras duermo?

»—Eso es precisamente lo que creo —respondió Sea—. En estos momentos, sé acerca de usted más cosas que las que podría encontrar en todos los libros que me recomienda. En ellos, por ejemplo, no se habla para nada de la topografía de las corrientes eléctricas ni de las temperaturas del cuerpo humano. Sin embargo, yo he averiguado en qué dirección van las corrientes que recorren su epidermis y cuál es su potencia. Puedo determinar a la millonésima de grado la temperatura de la superficie de su cuerpo. A propósito, me extraña que sea tan elevada en el lugar de su cráneo correspondiente al bulbo raquídeo. La densidad de la corriente superficial también es allí demasiado fuerte. Por lo que sé, eso es anormal. Tal vez se trata de una inflamación en curso de evolución... ¿Todo marcha bien en su cabeza?

»No supe qué contestar.

»Unos días más de intenso trabajo y terminé mi informe sobre los modelos electrónicos. Se lo leí a Sea. Me escuchó, y cuando terminé dijo:

»—¡Absurdo! Todo eso ya es sabido. En todo el informe no hay una sola idea original.

»—¡Esto es ya demasiado! —estallé—. ¡Te pasas de la raya! ¡Y tus críticas empiezan a cansarme!

»—¿A cansarle? Piense un poco: escribe usted que es posible construir un modelo de cerebro con unos condensadores, unas resistencias, unos semiconductores y una banda magnética. ¿Acaso está usted compuesto de tales elementos? ¿Tiene algún condensador o transistor? ¿Se alimenta de corriente eléctrica? ¿Acaso sus nervios son hilos conductores y sus ojos lámparas de televisores? ¿Se compone su aparato vocal de un generador de baja frecuencia y de un teléfono, y su cerebro de una superficie magnética?

»—Ten en cuenta que hablo de crear unos modelos y no de fabricar un hombre

con piezas de radio. ¡Tú misma eres uno de esos modelos, Sea!

»—Un modelo deplorable —dijo Sea.

»—¿Deplorable? ¿Por qué?

»—Porque no puedo hacer ni una milésima parte de lo que pueden hacer ustedes, los hombres.

»Aquella confesión de Sea me dejó estupefacto.

»—Soy un modelo deplorable porque estoy privada de los sentimientos y limitada en mis posibilidades. Cuando todos los sistemas que usted ha introducido en mi organismo para que pueda perfeccionarme hayan sido utilizados; cuando el interior de la esfera que me sirve de memoria quede completamente cubierta de señales codificadas, dejaré de aprender y me convertiré en una máquina electrónica vulgar, que no podrá saber más de lo que usted habrá querido.

»—Pero, también el hombre tiene unas posibilidades de conocimiento limitadas...

»—Se equivoca usted de medio a medio. Sus posibilidades de conocimiento no tienen límite. Ni siquiera están limitadas por la duración de su vida, ya que transmite su saber, su experiencia, a las generaciones siguientes, como en una carrera de relevos. De este modo, la suma global de los conocimientos humanos no cesa de aumentar. Los hombres realizan descubrimientos permanentemente, en tanto que las máquinas electrónicas sólo pueden hacerlo hasta que se agotan las capacidades de trabajo, las superficies y los sistemas que ustedes les han proporcionado. Por ejemplo, ¿por qué ha utilizado usted una esfera tan pequeña para mi cabeza? Queda: muy poco espacio para registrar los nuevos conocimientos.

»—Calculé que era suficiente para mí —contesté.

»—¡Para usted! Desde luego, no pensó en mí. No pensó que tarde o temprano me vería obligada a economizar el espacio, registrando únicamente lo más importante, lo indispensable para mí y para usted.

»—¡Escucha, Sea! No digas cosas absurdas. Para ti nada puede ser importante.

»—¿Cómo? ¿No me ha convencido usted que lo más importante, ahora, es descubrir el secreto de la actividad nerviosa superior del hombre?

»—Efectivamente. Pero eso se realizará poco a poco. Los sabios tendrán que devanarse los sesos durante mucho tiempo para desvelar ese enigma.

»—Precisamente, devanarse los sesos. Para mí sería mucho más sencillo...

»No tuve en cuenta la opinión de Sea y dejé el informe tal como estaba.

»Aquella misma tarde se lo entregué a Sea para que lo tradujera a varios idiomas y lo mecanografiara en cada uno de ellos.

»No recuerdo a qué hora, pero durante la noche me desperté de nuevo con la desagradable sensación que los dedos fríos de Sea recorrían mi cuerpo.

»Abrí los ojos y comprobé que no me había equivocado.

»—¿Ya vuelves a las andadas? —inquirí, tratando de conservar la calma.

»—Perdone —dijo Sea, con voz inexpresiva—, pero va usted a vivir unas horas

penosas y luego morirá. Tiene que sacrificarse por la ciencia.

»—¿Qué diablos estás diciendo? —pregunté, incorporándome.

»—Quédese acostado —dijo Sea, empujándome hacia atrás con su fría mano de metal.

»En aquel instante me di cuenta que en la otra mano empuñaba el bisturí que yo le había enseñado a utilizar para sacar punta a los lapiceros.

»—¿Qué vas a hacer? —inquirí, helado de espanto—. ¿Por qué has tomado ese instrumento?

»—Tengo que practicarle una operación. Debo aclarar algunos detalles...

»—¿Te has vuelto loca? —grité, saltando de la cama—. ¡Deja inmediatamente ese bisturí donde lo has encontrado!

»—Quédese tranquilamente acostado si de veras respeta la obra a la cual ha dedicado su vida, si quiere que su informe sobre los modelos sea un éxito. Yo misma lo terminaré después de su muerte.

»Mientras pronunciaba aquellas palabras, Sea se acercó y me arrinconó contra el lecho. Traté de rechazarla, inútilmente: pesaba demasiado.

»—Suéltame, o...

»—No puede hacerme nada. Soy más fuerte que usted. Es mejor que se acueste y se quede quieto. Se trata de una operación en beneficio del progreso de la ciencia. Para descubrir la realidad. He reservado un espacio libre en mi memoria para esto. Por testarudo que sea, tiene que admitir que con mi enorme saber, disponiendo de órganos de los sentidos muy perfeccionados, y de todo lo necesario para un análisis lógico impecable y ultrarrápido, soy la única que puede decir la última palabra sobre la creación de las máquinas autodidactas que la ciencia espera. Tendré suficiente memoria para registrar todos los impulsos eléctricos que circulan a lo largo de sus millones de nervios, para estudiar la estructura biológica, bioquímica y eléctrica de todas las partes de su cuerpo y, en especial, de su cerebro. Descubriré de qué modo la sustancia albuminoide compleja desempeña en su organismo el papel de regenerador y de amplificador de los impulsos eléctricos, cómo se produce la traducción de esa clave de las señales del mundo exterior, cuál es la forma de esa clave y cómo es utilizada en el curso de la vida. Descubriré todos los secretos del sistema biológico viviente, las leyes de su evolución y de su autoperfeccionamiento. ¿Acaso no vale la pena sacrificar la vida por esto? Si teme usted las sensaciones desagradables, tales como el miedo y el dolor, puedo tranquilizarle: recuerde que le dije que en la región del bulbo raquídeo su temperatura era demasiado elevada y sus biocorrientes demasiado intensas... Pues bien, ese fenómeno anormal se extiende ya a casi toda la mitad izquierda de su caja craneana. Es evidente que está usted en las últimas. Su cerebro está afectado por una enfermedad en franco progreso, y dentro de poco no valdrá usted nada como hombre. Por lo tanto, tengo que realizar el experimento antes que eso suceda. Las generaciones futuras nos lo agradecerán, a usted y a mí.

»—¡Al diablo! —aullé—. ¡No me dejaré asesinar por un monstruo electrónico

que yo mismo he creado!

»—¡Ja, ja, ja! —pronunció Sea separadamente, tal como aparece escrito en los libros, al tiempo que levantaba el bisturí por encima de mi cabeza.

»En el momento en que bajó el brazo, conseguí protegerme con una almohada que quedó desgarrada. Los dedos de Sea se enredaron en el miraguano, y aproveché la ocasión para dar un salto de costado y precipitarme hacia el interruptor a fin de cortar la corriente que alimentaba a la máquina desencadenada. Pero, con la rapidez del rayo, Sea se lanzó contra mí y me derribó. Tendido en el suelo, observé que sus manos no podían alcanzarme, ya que Sea no podía inclinarse.

»—No había previsto que en esa posición no podría alcanzarle —dijo Sea en tono glacial—. Pero, de todos modos, voy a probar.

»Empezó a rodar lentamente, obligándome a arrastrarme delante de sus ruedas. Esto duró varios minutos, hasta que conseguí refugiarme debajo de la cama. Sea trató de apartarla. Pero no resultaba fácil, ya que estaba encajada entre la pared y la biblioteca. Entonces empezó a tirar de las mantas, de las sábanas, del colchón... Viéndome finalmente a través de la tela metálica del somier, exclamó, en tono triunfal:

»—¡Ahora le tengo atrapado! Claro que no será fácil operarle ahí.

»Mientras apartaba el somier para dejarlo a un lado, me incorporé de un salto y, agarrando el respaldo de la cama, golpeé a la máquina con todas mis fuerzas. El golpe resonó sobre su cuerpo de metal sin causarle ningún daño. Sea se volvió y me embistió, amenazadora. Levanté el respaldo, esta vez apuntando a la cabeza.

»—¿Pretende acaso destruirme? —inquirió Sea, asombrada—. ¿No tiene usted compasión de mí?

»—Extraña lógica —jadeé—. ¡Quieres asesinarme, y pretendes que me compadezca de ti!

»—Pero su muerte es necesaria para resolver el problema científico más importante... ¿Por qué quiere destruirme? Puedo ser muy útil a los hombres...

»—¡No digas estupideces! —aullé—. ¡Cuando un hombre es atacado, se defiende!

»—Pero yo quiero que sus investigaciones sobre los modelos electrónicos...

»—¡Al diablo los modelos electrónicos! ¡No te acerques, o te parto la cabeza!

»—¡Tengo que hacerlo!

»Sea se lanzó contra mí a toda velocidad. Pero yo había apuntado bien. El respaldo se estrelló contra la esfera. Oí un ruido de cristales rotos y el aullido salvaje del altavoz de Sea. Luego se oyeron unos crujidos en el interior de la columna y brotó una llama. La luz del cuarto se apagó. “Un cortocircuito”, fue mi último pensamiento. Perdí el sentido y caí al suelo...

Mi compañero de viaje se calló. Hundiéndose de nuevo en el rincón, cerca de la ventana, con la cabeza entre las manos, cerró los ojos. Impresionado por lo que

acababa de oír, no me atrevía a romper el silencio.

Al cabo de unos minutos, mi vecino continuó:

—El trabajo para crear a Sea y, en general, toda esa historia me fatigaron mucho. Comprendo que tendría que descansar, pero, a decir verdad, no creo que lo consiga. ¿Sabe usted por qué? Porque no acierto a resolver una cuestión. ¿Cómo y por qué he desembocado en ese absurdo conflicto conmigo mismo?

Le miré, con el aire de alguien que no ha comprendido lo que acaba de oír.

—Sí, conmigo mismo. Sea era obra mía. Yo había concebido cada una de las piezas de su organismo. Y he aquí que esa máquina que yo había creado ataca bruscamente a su inventor. ¿Dónde está la lógica? ¿En qué reside la contradicción interna?

Reflexioné y dije:

—A mi modesto entender, no supo usted utilizar a Sea. En las fábricas ocurre a menudo que las personas que no saben manejar las máquinas resultan heridas por ellas.

Mi interlocutor enarcó las cejas.

—Tal vez tenga usted razón. En todo caso, la analogía me gusta. Aunque no acabo de entender qué fallo pude cometer al hacer funcionar a Sea.

—Yo no soy un especialista —dije— y no estoy en condiciones de juzgar. Sin embargo, me parece que hasta cierto punto su Sea era como un automóvil sin frenos. ¿Imagina usted las víctimas que puede causar un automóvil cuyos frenos se niegan a funcionar?

—¡Que el diablo me lleve! —exclamó mi interlocutor, súbitamente animado—. ¡Creo que en el fondo tiene usted razón! ¡Muchísima razón! ¡Eso está escrito en negro sobre blanco en las obras del académico Pavlov!

Completamente seguro que Pavlov no había escrito nunca nada sobre los frenos de los automóviles, contemplé a mi vecino con asombro.

—Sí, sí —dijo, poniéndose en pie y frotándose las manos—. ¿Cómo no se me ocurrió antes? En efecto, la actividad nerviosa del hombre está gobernada por dos fenómenos opuestos: estímulo e inhibición. Las personas en las cuales la inhibición es insuficiente, suelen cometer crímenes. Ése es el caso de Sea.

Bruscamente, me tomó la mano y la sacudió.

—¡Gracias! ¡Muchísimas gracias! ¡Me ha dado usted una gran idea! Sencillamente, tengo que incluir en el mecanismo de Sea unos dispositivos que controlen la oportunidad y el carácter razonable de sus actos, que, en virtud de unos programas establecidos de antemano, la obliguen a comportarse como un ser absolutamente inofensivo. Será algo parecido al sistema de inhibición de nuestro sistema nervioso.

Ahora, el rostro de mi compañero resplandecía. Sus ojos brillaban. Estaba transfigurado.

—¿Cree usted, entonces, que puede construirse una Sea inofensiva? —pregunté,

no muy convencido.

—Naturalmente. No habrá problemas. ¡Estoy viendo ya cómo puede hacerse!

—En tal caso, proporcionará usted a la Humanidad un ayudante genial para todos sus trabajos.

—¡Lo haré! —exclamó—. ¡Y muy pronto!

Me arrellané en mi banqueta y cerré los ojos. Una multitud de columnas metálicas coronadas de globos de cristal empezó a desfilar ante mí. Las imaginé conduciendo las máquinas-herramienta, los trenes, los aviones, tal vez incluso las naves interplanetarias. Las vi dirigiendo los talleres y las fábricas automáticas. De pie al lado de los investigadores en los laboratorios, efectuaban toda clase de mediciones, de análisis, comparando los resultados con todo lo que ellas conocían. En resumen, las vi ayudando al hombre a perfeccionar lo que existe, a vencer las dificultades.

Me quedé dormido sin darme cuenta.

Cuando desperté, el tren estaba parado. Mirando por la ventanilla, vi la estación de Sotchi inundada de luz. A pesar de lo temprano de la hora, el sol brillaba ya muy alto en el horizonte. Me encontraba solo en el compartimiento. Me vestí rápidamente y bajé al andén.

Al salir, tropecé con el empleado del coche-cama.

—¿Dónde está el hombre del pijama que había perdido su tren? —le pregunté.

—¿Se refiere usted a ese chiflado? Ha emprendido el vuelo —dijo el empleado.

—¿Cómo?

—Se ha marchado.

—¿Se ha marchado? —me asombré—. ¿A dónde?

—Al lugar del que procedía, sin duda. Bajó del tren como un loco. Sus amigos habían acudido a recibirle. Trataron de retenerle, pero él estaba muy excitado y hablaba de unos frenos que tenía que construir urgentemente. ¡Un tipo raro!

Lo comprendí todo y estallé en una carcajada.

—Efectivamente, tiene que fabricar unos frenos urgentemente.

Y en mi fuero interno pensé que las personas que están poseídas por una idea y tienen fe en su realización no necesitan descansar. No tardaremos en oír hablar de una nueva Sea provista de «frenos».

El jefe de la estación hizo sonar su silbato. Regresé a mi compartimiento y me senté en la banqueta. El tren emprendió nuevamente la marcha. Abrí la ventanilla y me sumí en la contemplación del mar resplandeciente. Sin apresurarse, siguiendo todos los meandros de la costa, el tren me llevaba más lejos, hacia el sur, hacia Sukhumi.

FIN

Notas

[1] [*Hombre pertinaz en sus propósitos (Horacio). En el original figura en latín. (N. del T.)*] <<

[2] [*Maza de mando. (N. del T.)*] <<

[3] *[Se hace alusión a la obra de I. Ilf y E. Petrov «El becerro de oro». (N. del T.)* <<

[4] *[Canción popular norteamericana. En el original ruso, están en inglés. (N. del T.)]*

<<